ANUARIO DE LA REVISTA

intervalo

4 PESOS

HUGO WAST

VALLE NEGRO

La GIOCONDA

G. D'ANNUNZIO

EL ABUELO

B. P. GALDOS

10 OBRAS COMPLETAS

DICIEMBRE 1950 AÑO DEL LIBERTADOR GRAL. SAN MARTIN

INDICE

Editorial

COLUMBA HERMANOS

Redacción y Administración:

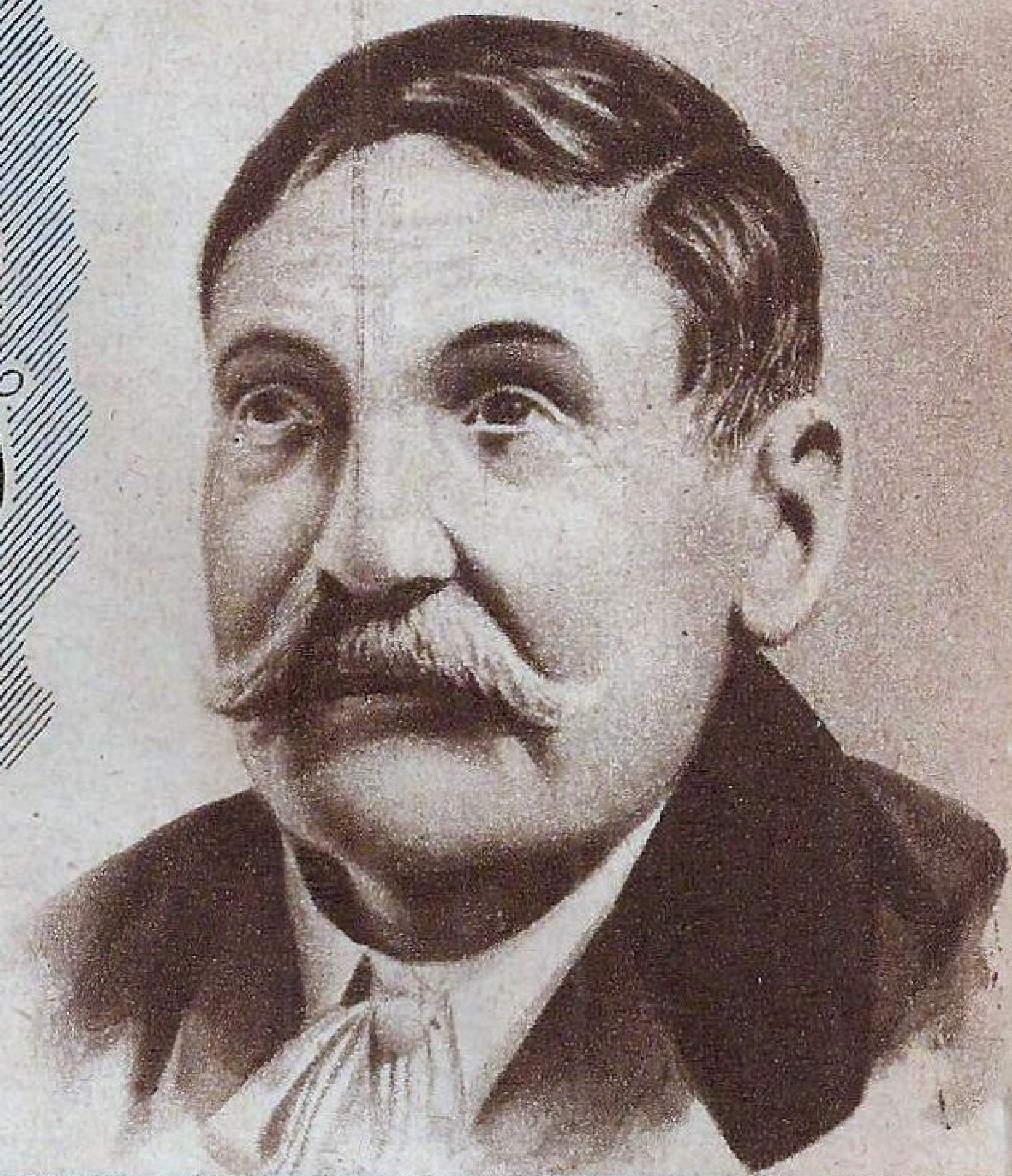
Sarmiento 1889 **Buenos Aires**

El Abuelo

POR
B. PÉREZ GALDÓS

ADAPTACIÓN

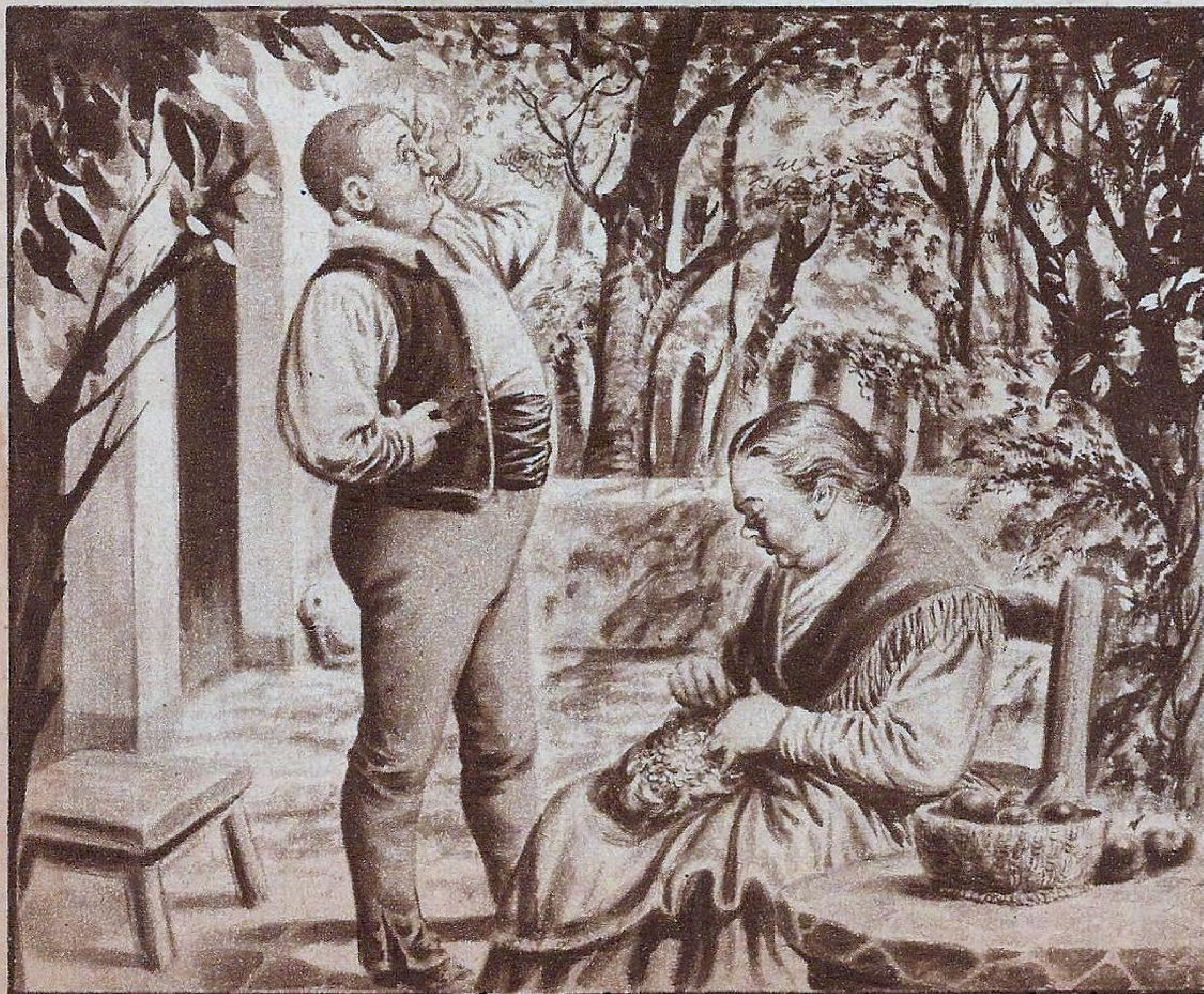
ILUSTRACIONES DE
D'ADDERIO



Si Cervantes no hubiese existido, Galdós sería el primer novelista español, aunque en fecundidad creadora se acerca más a Lope de Vega que al autor del "Quijote". Fué, para parangonarlo con un novelista, a la manera de Balzac, cargando como un cíclope, sobre sus hombros, el mundo de las criaturas de su imaginación, enraizadas en la realidad. Nacido en Canarias el 10 de mayo de 1843 y muerto en Madrid el 4 de enero de 1920, su genio brilló como astro de primera magnitud en el firmamento literario del siglo XIX.

El Abuelo es una de las obras en que Benito Pérez Galdós dió la medida más alta de su genio de novelista. Como creador de caracteres se acerca en ella a Shakespeare. Se ha comparado al Conde de Albrit, protagonista de esta novela, con el Rey Lear. Escrita en forma dialogada, pero sin ceñirse a las necesidades escénicas, el propio Galdós hizo una versión teatral de esta obra, que fué representada con inmenso éxito y ha sido piedra de toque de los grandes actores.

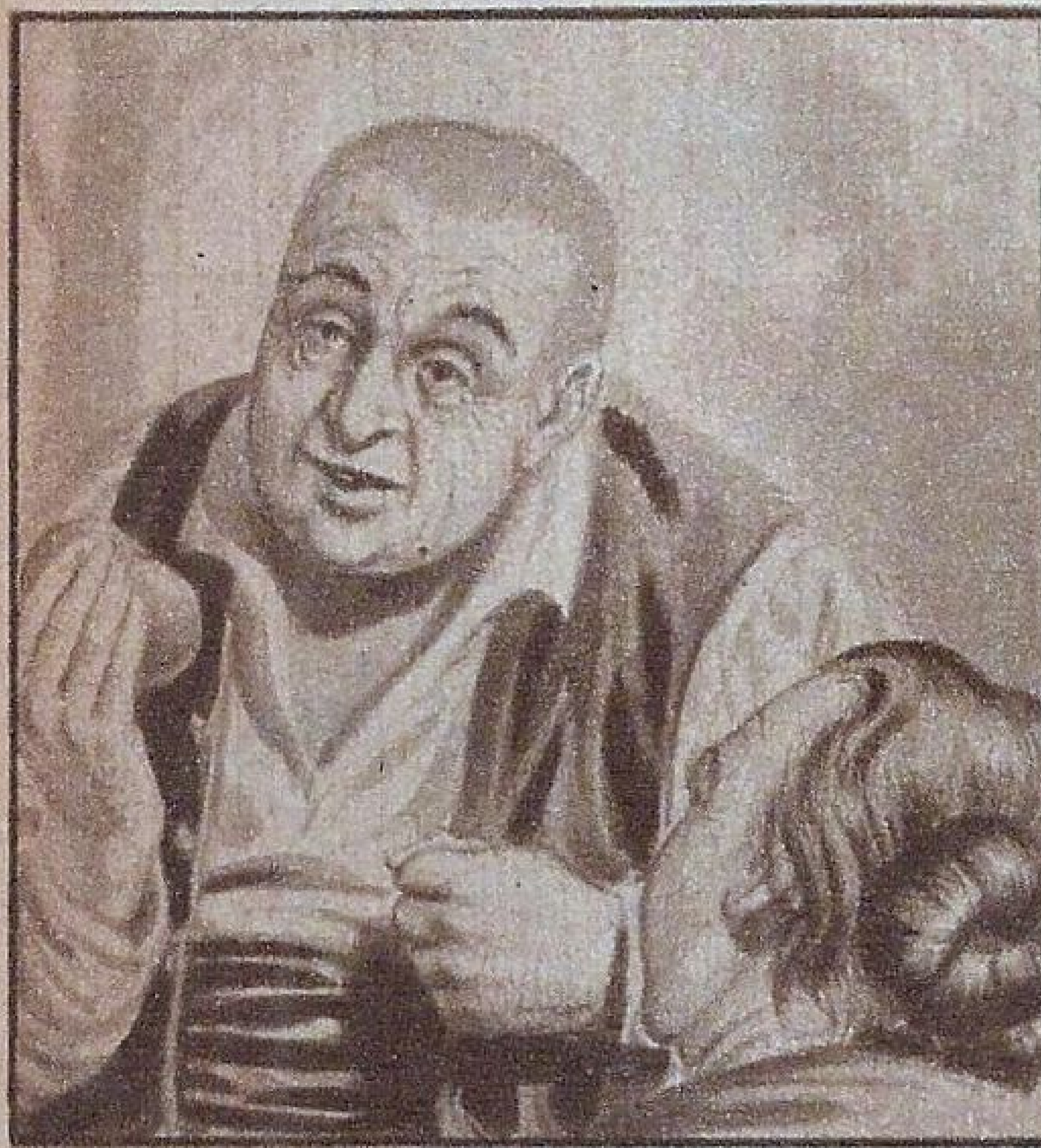
Deliberadamente, como en **El Abuelo** se plantean problemas de carácter universal, inherentes a la naturaleza humana, Galdós ha rehuído el darle color local, y no tienen determinación geográfica—aunque dentro de España—la comarca donde lo sitúa, ni el mar que la baña, y son imaginarios todos los nombres de pueblos y lugares. La acción se desarrolla en la villa de Jerusa y sus alrededores, comenzando en La Pardina, granja que perteneció a los estados de Lain.



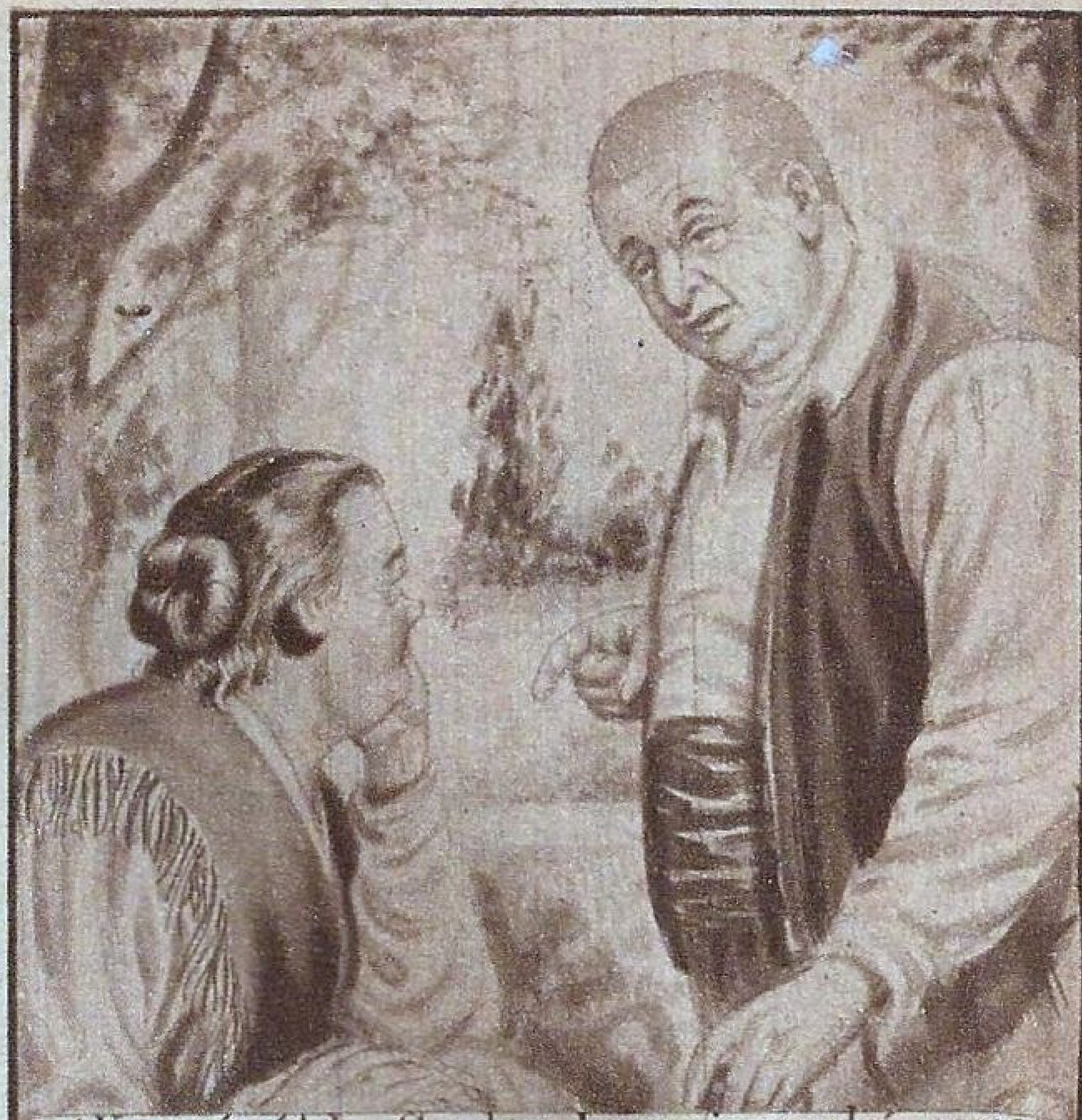
En La Pardina trabamos conocimiento con sus actuales propietarios, Gregoria y Venancio, matrimonio de poco más de cincuenta años. Marido y mujer pertenecen a la clase ordinaria, que ha sabido ganar con paciencia, sordidez y astucia, una holgada posición, y descansa en la indiferencia pasional y en la santa ignorancia de los grandes problemas de la vida. No tienen hijos y, cansados de desearlos, principian a alegrarse de que no hayan querido nacer. En edad madura, viven donde han nacido, y son propietarios donde fueron colonos. En la terraza de La Pardina, que...

1

...tiene a la derecha las habitaciones, al fondo frondosa arboleda de frutales y a lo lejos el mar, se hallan Gregoria y Venancio, junto a una mesa de piedra. Sobre la mesa hay una cesta de hortalizas. Y mientras sopesan los frutos de la huerta y discriminan sus cualidades, comentan la llegada de la Condesa Lucrecia, y la coincidencia de que, al mismo tiempo, llegue su suegro, el Conde de Albrit.



—Se pelearán hoy como ayer... Suegro y nuera rabian de verse juntos. ¡Por supuesto, al señor Conde habremos de alojarlo! —¿Qué duda cabe? No faltaba más... Yo digo: ¿vienen y se topan aquí por casualidad... o es que se dan cita para tratar de asuntos de la casa? Porque de resultas de la muerte del Condesito habrá enredos. 2



—¡Yo qué sé! La Condesa Lucrecia vendrá, como siempre, a dar un vistazo a sus hijas. —Y a pagarnos la anualidad vencida por el cuidado, manutención y servicio de las dos señoritas que puso a nuestro cargo. 3

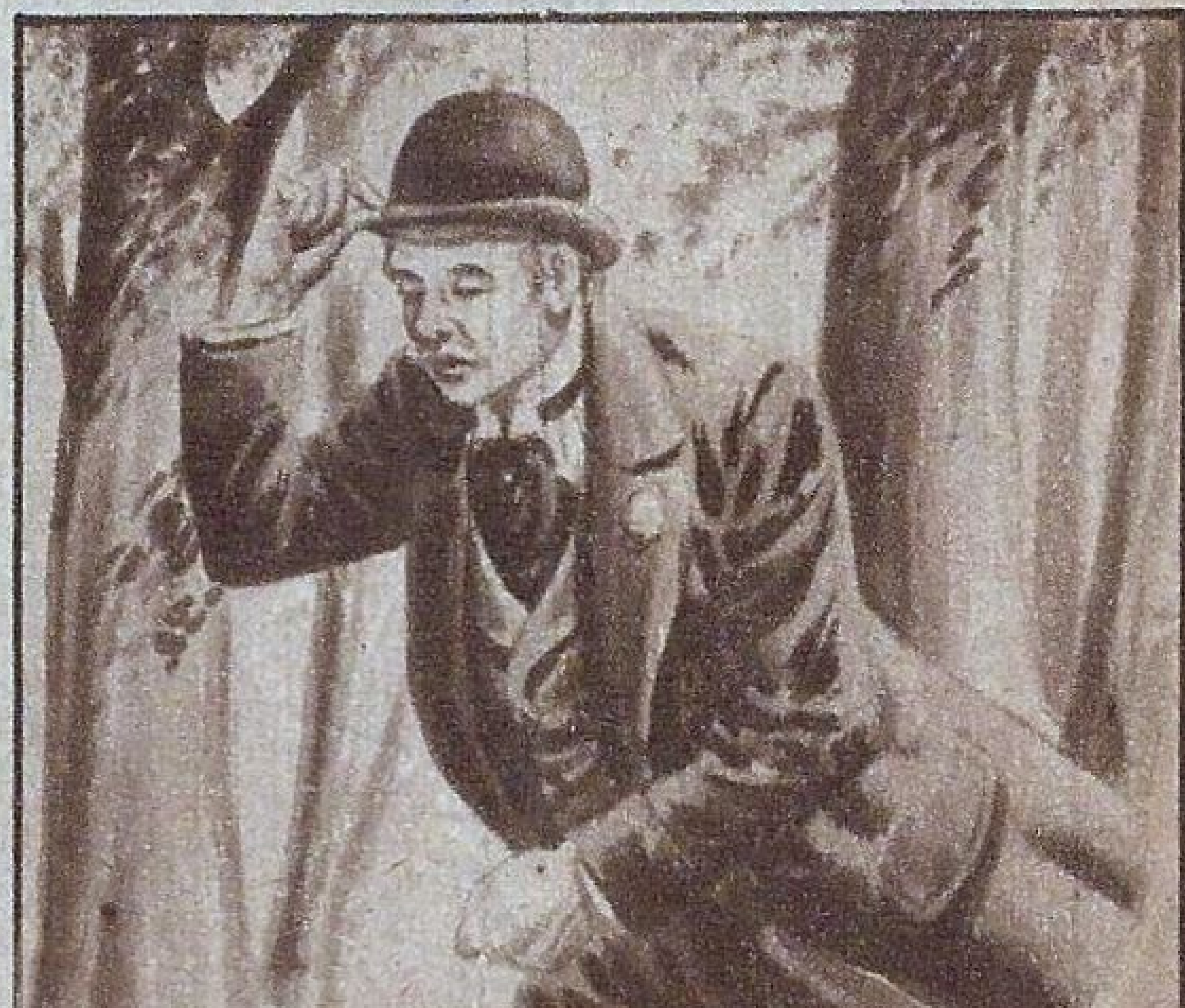
Confían en saber algo más de la llegada de la Condesa y su suegro por Senén, que desde ayer está en el pueblo y cuya visita esperan de un momento a otro. No pasa para ellos inadvertido que siempre que aparece la Condesa en el pueblo, recala él también; como tampoco se les oculta que ella, de la que fué criado, lo protege, porque lo tiene de correveidile, y "de tapadera de sus trapisondas amorosas", como dice Gregoria en voz baja. Todo lo cual lo explota él consiguiendo de la Condesa credenciales y ascensos en el empleo que le ha proporcionado en la administración pública.



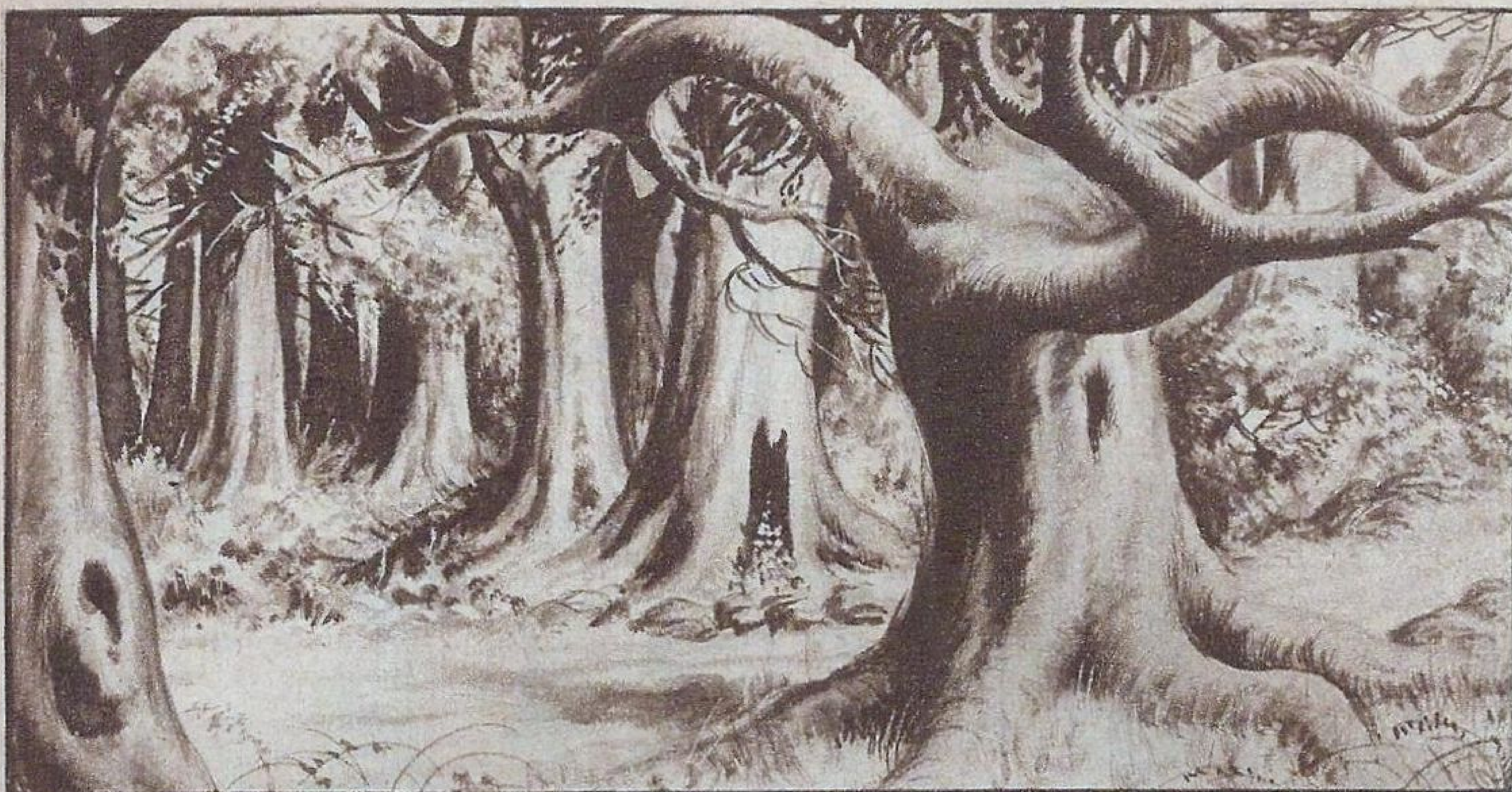
Llega Senén, que cuenta unos treinta años y viste a la moda, con afectada elegancia de plebeyo que ha querido cambiar rápidamente la grosería por las buenas formas. Por él saben Venancio y Gregoria que la Condesa arribará a Lain en el tren de las doce y cinco; que el alcalde irá a la estación a esperarla en su coche, que el municipio le prepara un gran recibimiento y que permanecerá poco tiempo en el pueblo, pues está invitada a pasar unos días en el cercano castillo de Verola, con los señores de Donesteve. 4



—Y del Conde, ¿qué me dices? —Que Su Excelencia debió llegar a Lain anoche, o esta mañana en el primer tren. De modo que no me explico, mi querido Venancio, que no lo tengas ya en casa. —De fijo habrá ido a Polán, a visitar el sepulcro de su esposa, la Condesa Adelaida. 5



Senén pone fin a la conversación recordando que ha ido allí con el encargo de llevarse inmediatamente a las hijas de la Condesa a casa del alcalde, con objeto de que la madre las vea en cuanto llegue. Las niñas no están a la vista. Gregoria piensa que, correteando y de juego en juego, se habrán internado por el bosque. Y allá va Senén en su búsqueda. 6



El bosque de las inmediaciones de Jerusa está formado por corpulentos robles, hayas y encinas. Lo atraviesa un tortuoso sendero, donde se ven los surcos trazados por los carros del país. Por el Norte, formidable cantil de roca y conglomerado, en cuyos cimientos baten las olas del mar; al Sur cierra el paisaje la espesura de la vegetación; hacia el Oeste serpentea y se subdivide el sendero, atravesando algunas calvas y matorrales. 7

En un claro del bosque se hallan las hijas de la Condesa Lucrecia, Leonor y Dorotea, niñas de quince y catorce años, respectivamente. La diferencia de edad apenas se distingue, y por gemelas las tienen muchos, viendo la semejanza de sus rostros y la igualdad del talle y estatura. Son ágiles, corretonas, traviesas: dos diablillos encantadores. Desde la niñez, la madre, irlandesa, las nombraba con los diminutivos ingleses Nell y Dolly, y estos nombres exóticos prevalecieron en Madrid como en Jerusa.



8

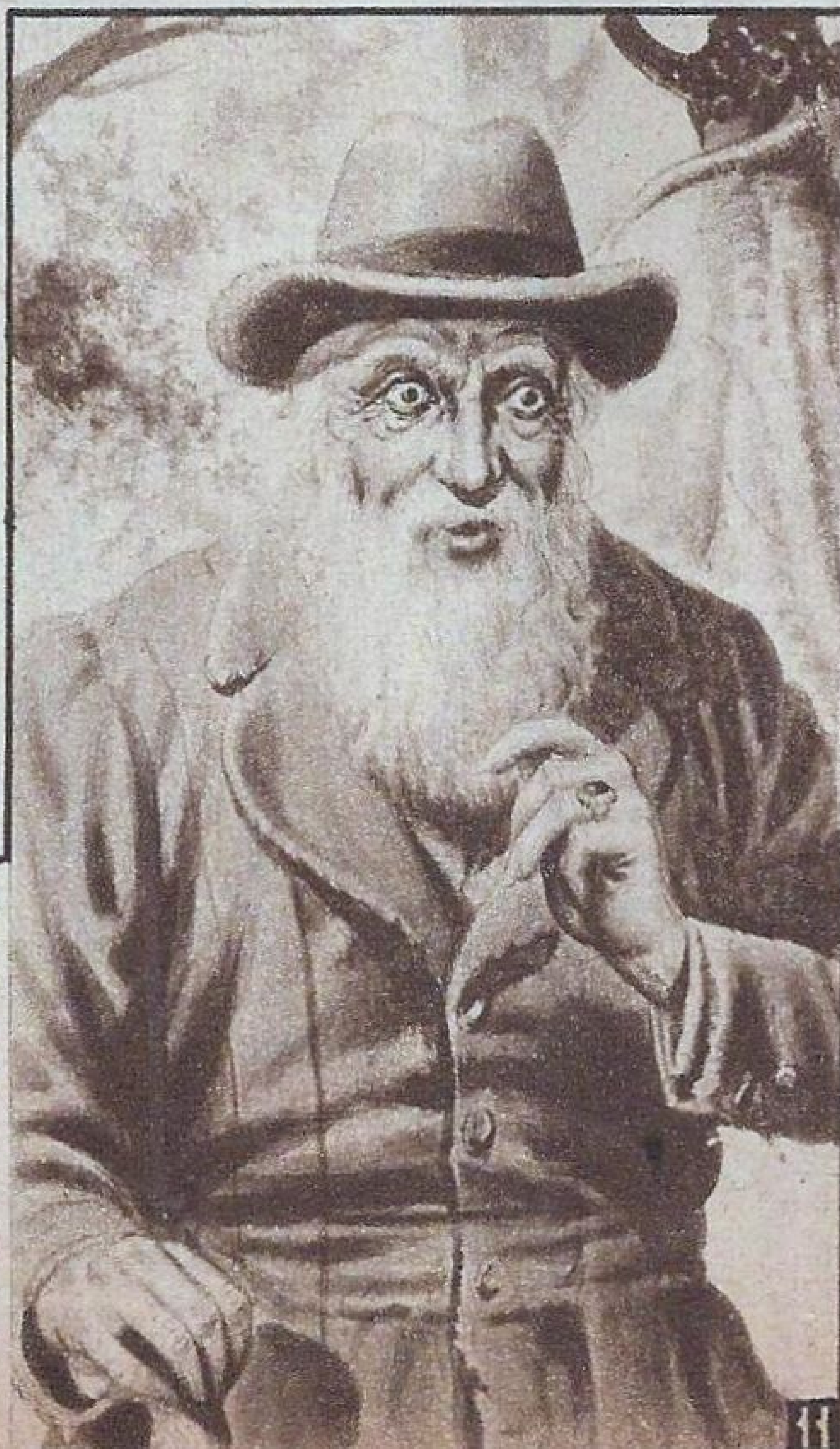


Han salido de casa con el propósito de estudiar en el campo y porque en ella las "molestaban los berridos de Venancio". Pero apenas abren el libro que llevan con el propósito de repasar la lección del día, y el tiempo se les va en charlar y corretear. De pronto, Nell avisa a su hermana que un hombre viene por el camino de Polán. 9



—No lo veo. —Míralo... Se ha parado al vernos, y allí lo tienes como una estatua. No nos quita los ojos... 10

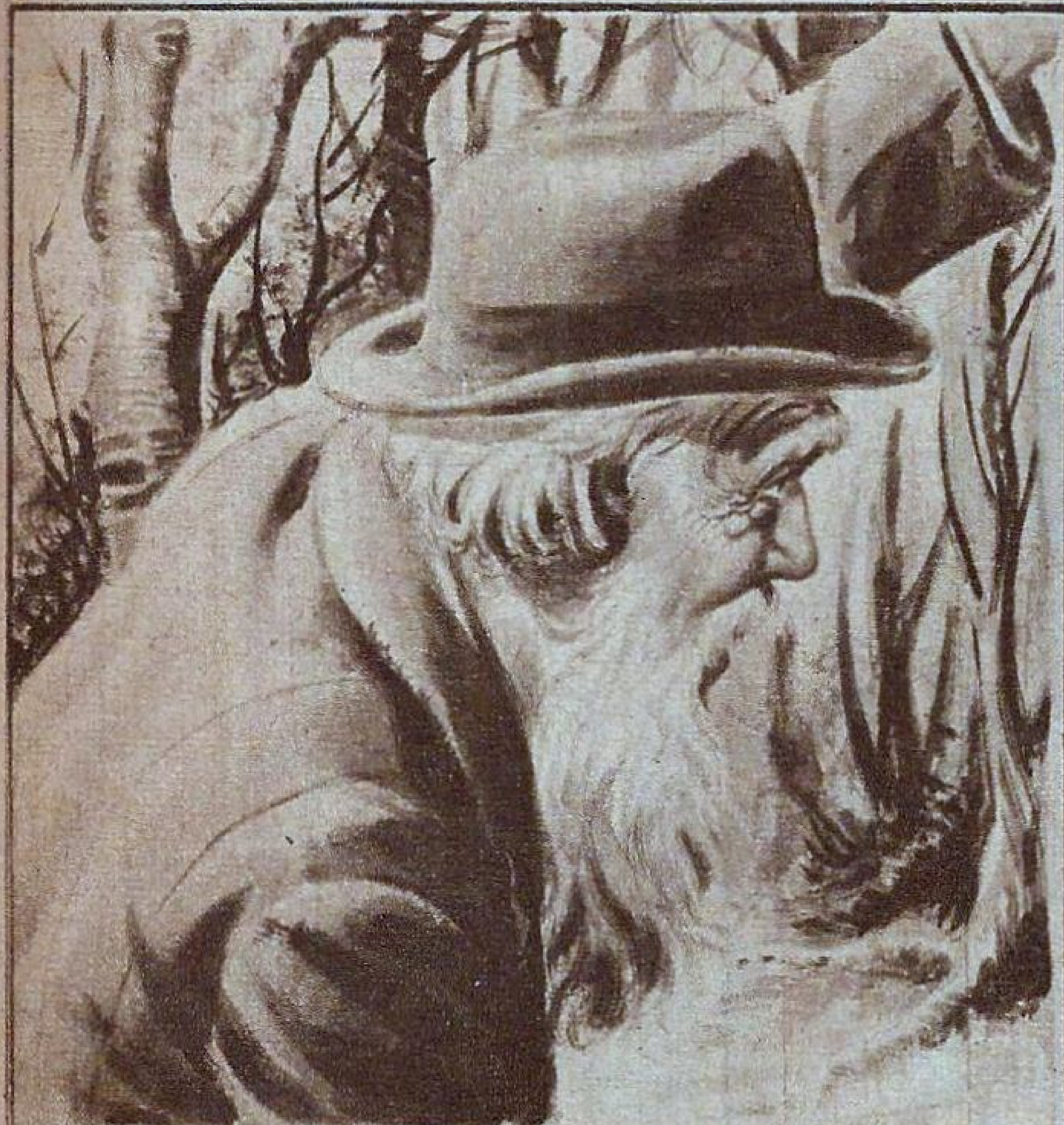
Quien ha aparecido en el sendero es don Rodrigo de Arista-Potestad, Conde de Albrit, Marqués de los Baztanes, señor de Jerusa y de Polán, grande de España, etcétera. Es un hermoso y noble anciano de luenga barba blanca y corpulenta figura, ligeramente encorvado. Viste buena ropa de viaje, muy usada; calza gruesos zapatones y se apoya en garrote nudoso. Revela en su empaque la desdichada ruina y acabamiento de una personalidad ilustre.



11



—¡Ay, Nell, yo conozco esa cara!... —Y yo también. La he visto en alguna parte... ¡Ay, ay! Ahora se adelanta... Nos hace señas... 12

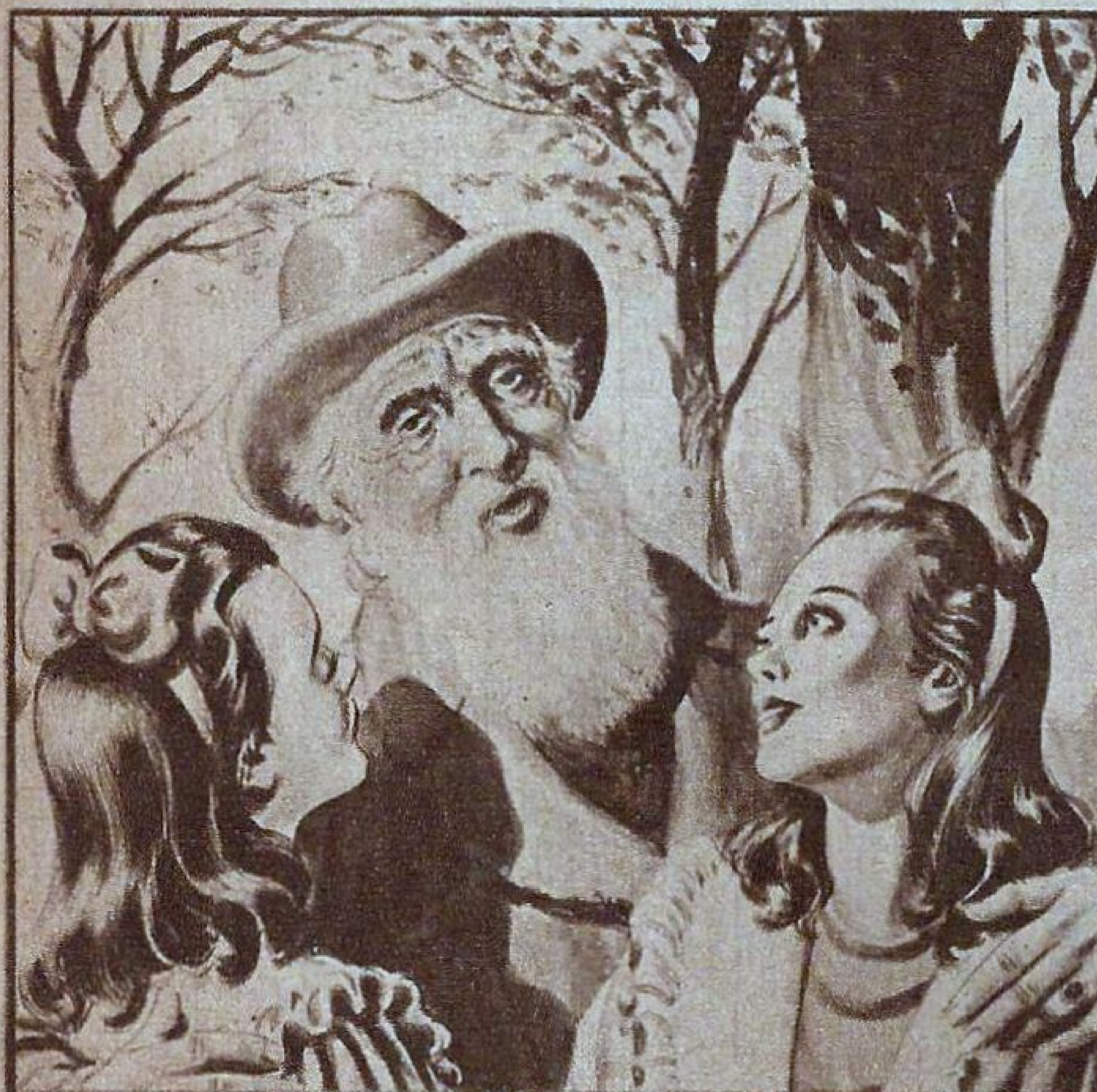


—Preciosas niñas, no me tengáis miedo. Soy vuestro abuelo. 13

—¿No me conocéis? ¡Ay! Hán pasado algunos años desde que me visteis por última vez. Erais entonces chiquitinas... Me volvíais loco con vuestra gracia, con vuestra donosura angelical...



14



Las abraza, las besa en la frente. Y ellas se alegran de aquel encuentro con el abuelito. —Pero ¿cómo no ha venido en el coche? El les explica: —Me molesta horriblemente el traqueteo de ese armatoste... y el venir prensado entre otras personas groseras y estúpidas. Ha pasado la noche en una cabaña de Polán y desde allí ha venido, pasito a paso, por el filo del cantil, recordando sus tiempos. —¡Ay! —exclama—. Todo lo que me rodea paréceme que me ve y me reconoce..., y que desde el mar grande al insecto casi invisible, todo cuanto aquí vive se queda en suspenso..., no sé cómo decirlo..., se para y mira... para ver pasar al desdichado Conde de Albrit. 15



—Apóyate en mi brazo, abuelito. —En el mío. —En las dos... Una por cada lado. Así... Me lleváis como en volandas. 16



Por el camino se encuentran con Senén, que iba en busca de las niñas, y juntos se dirigen por un atajo a La Pardina. No quiere el Conde pasar por las calles de Jerusa; no quiere ver gente y menos jerusanos, cuya ingratitud ha podido comprobar al verse viejo y pobre.



17



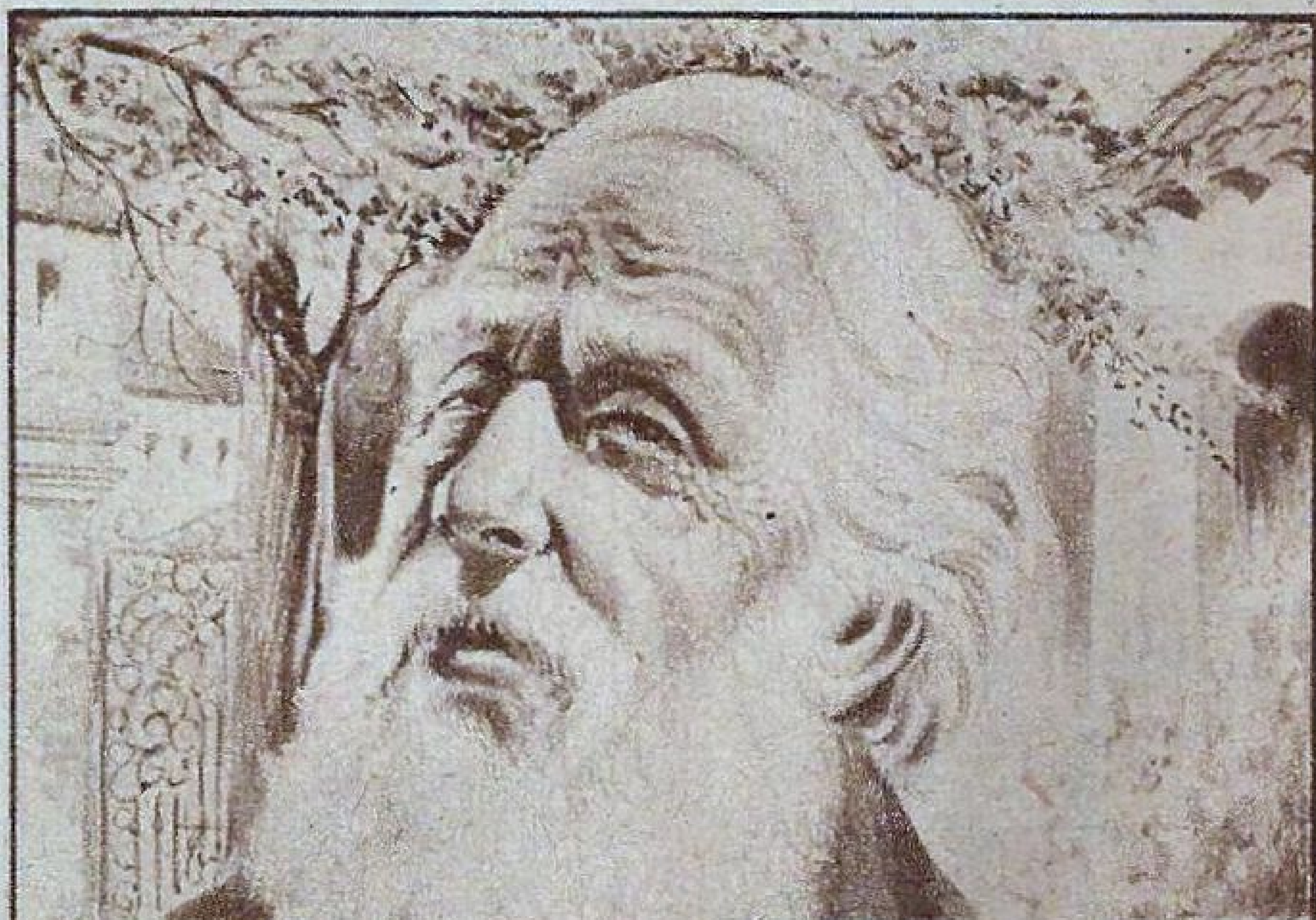
—Abuelito, tu pueblo no olvida los beneficios que de ti ha recibido. —No los olvida, no. La calle principal de Jerusa se llama **de Potestad**, y la fuente de los cinco caños, junto a la iglesia, se llama **del Buen Conde**. —Sí, sí, mi abuelo paterno. Historias, cosas pasadas, que sólo dejan tras sí un letrero, una inscripción... Todo se borra, ¡ay!, aún las piedras escritas. No me quejo, no. Ése es el mundo. Rodamos todos hacia lo infinito.

18

—Jerusa, por más que digan, no puede olvidar que debe su existencia a los Albrit de la Edad Media. —Y a mis abuelos y a mí todo lo que en ella es de algún valor. ¿Y cómo pagaron mis paisanos tantos beneficios? Pues cuando me vieron mal de intereses, recargaban horrorosamente mis propiedades en todos los repartos de contribución, para obligarme a vendérselas... Y lo conseguían. En sus manos rapaces está todo



19



Llegan a La Pardina. La emoción que siente el Conde al entrar en ella apenas lo deja respirar. Es su casa, la casa bendita de sus mayores, ahora en manos de antiguos criados. En una de aquellas alcobas nació él; la misma en la que nació también su madre y en la que murió.

20



Con profunda tristeza, dirigiéndose a Venancio, dice el Conde: —Aquí pasé la infancia, al lado de mi madre, que enviudó a los pocos días de mi nacimiento... Heredero de los condados de Albrit y de Lain, ¡cuántas veces, joven, en la plenitud de la vida, y con todo el verdor de las ilusiones fomentadas por la grandeza de mi linaje; cuántas veces, solo, con mi esposa o con mis amigos, vine a pasar alegres temporadas a La Pardina! En aquel tiempo tú eras un niño. Tus padres y otros padres de gentes ingratas que andan por esos mundos en diferentes oficios eran entonces mis servidores. En mí veíais al señor, al Rey de La Pardina, y hasta cierto punto al amo de toda Jerusa...

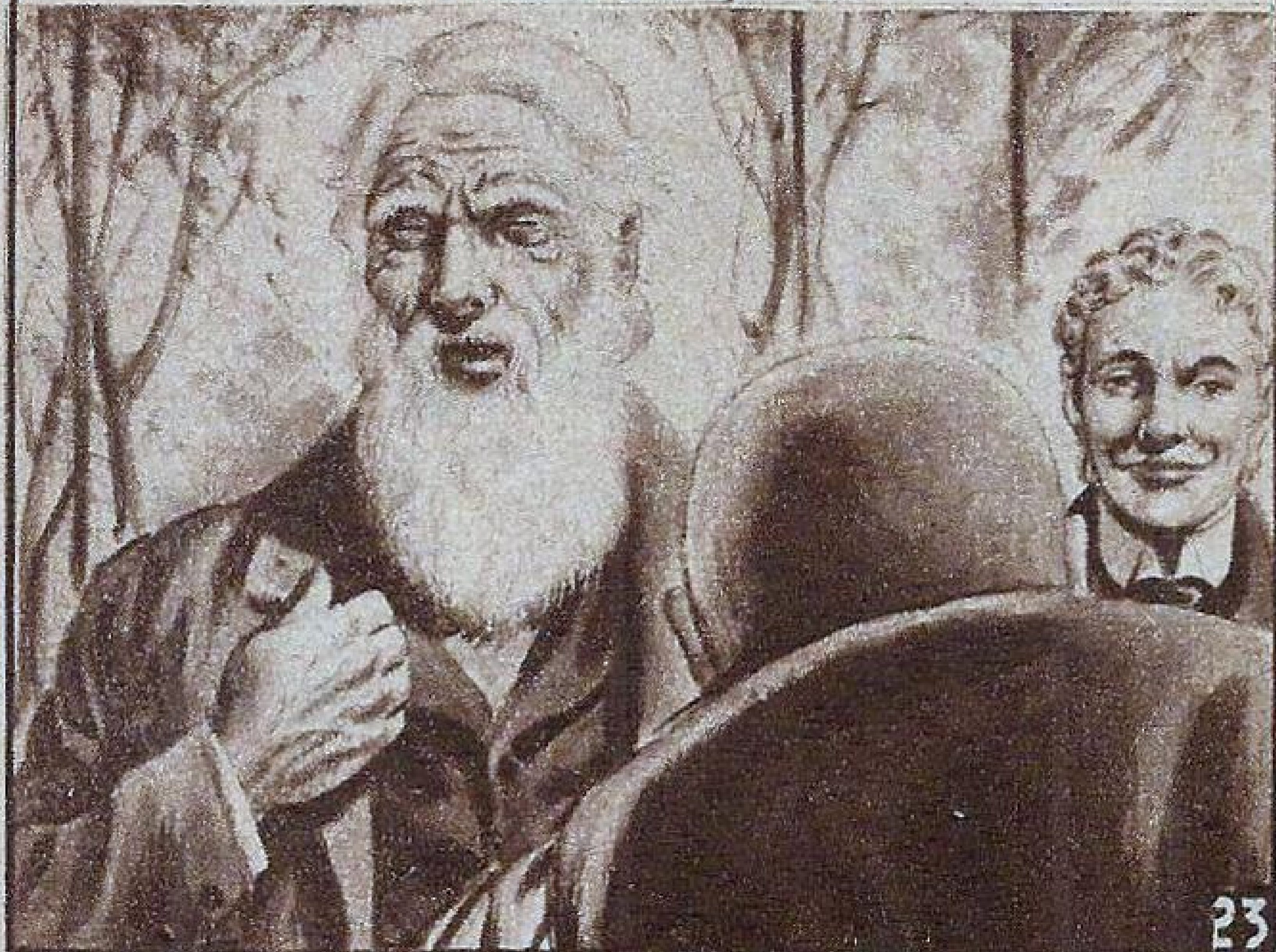
21



—Siempre fué Vuecencia el primer caballero de España. —Pues hoy, el primer caballero de España, el generoso y grande, viene a pedirte hospitalidad. Si me la das, ya sabes que has de hacerlo por pura caridad, no por remuneración ni recompensa. Soy pobre; todo lo he perdido.

22

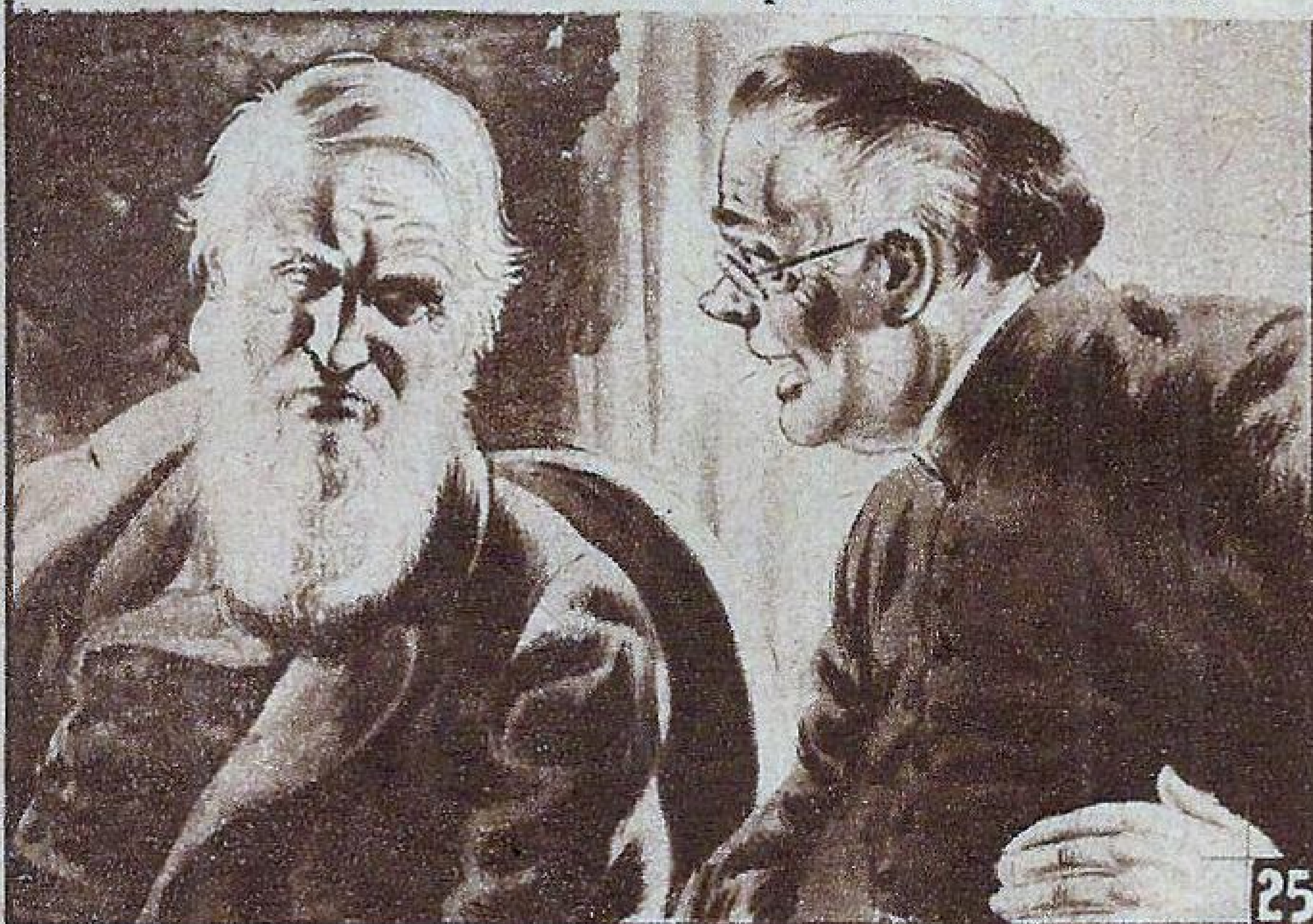
—El señor Conde viene siempre a su casa, y nosotros, hoy como ayer, somos sus criados. —Gracias... Te lo digo tranquilo y sin ninguna afectación, pues con la realidad no caben juegos de retórica. He llegado a los escalones más bajos de la pobreza; pero por mucho que descienda, no he llegado, ni llegaré nunca, al deshonor. Fuera de la decadencia material, soy y seré hasta el último día lo que fuí.





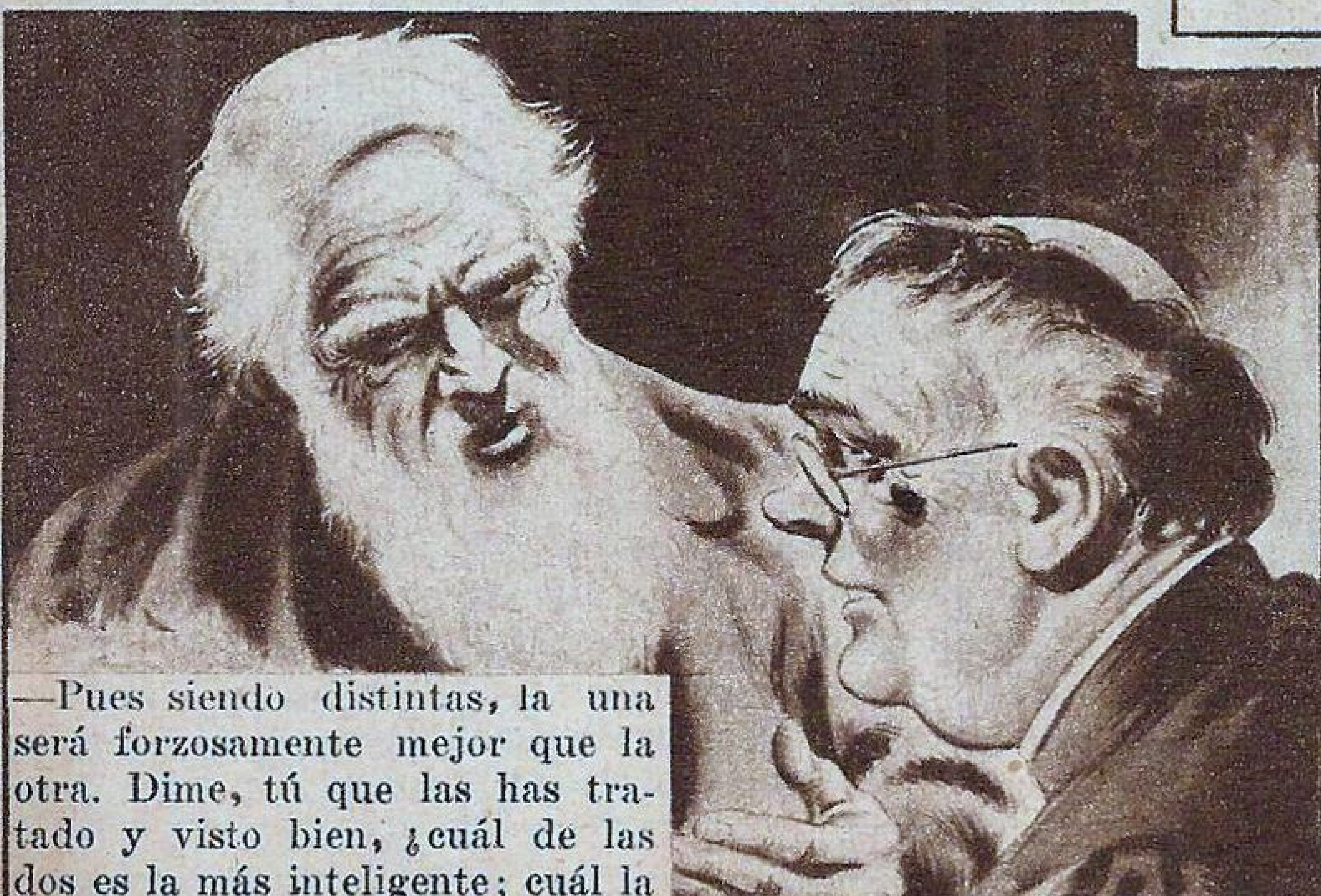
Sus nietas, después de arreglarse rápidamente con las mejores galas, se marchan con Senén, a casa del alcalde, donde esperarán a su madre. El Conde se queda en La Pardina; allí acude a saludarlo el cura, don Carmelo, hombretón de cincuenta años, de carácter jovial. Tiene razones para estar agradecido al Conde, pues a él debe el haber podido terminar su carrera de Teología y de Derecho.

Pronto, la conversación que con don Carmelo tiene el Conde, recae en sus nietas. Y en sus preguntas asoma por primera vez la preocupación que lo obsesiona, aunque ésta se manifiesta sólo con insinuaciones: quiere saber en qué se diferencian aquellas dos criaturas.





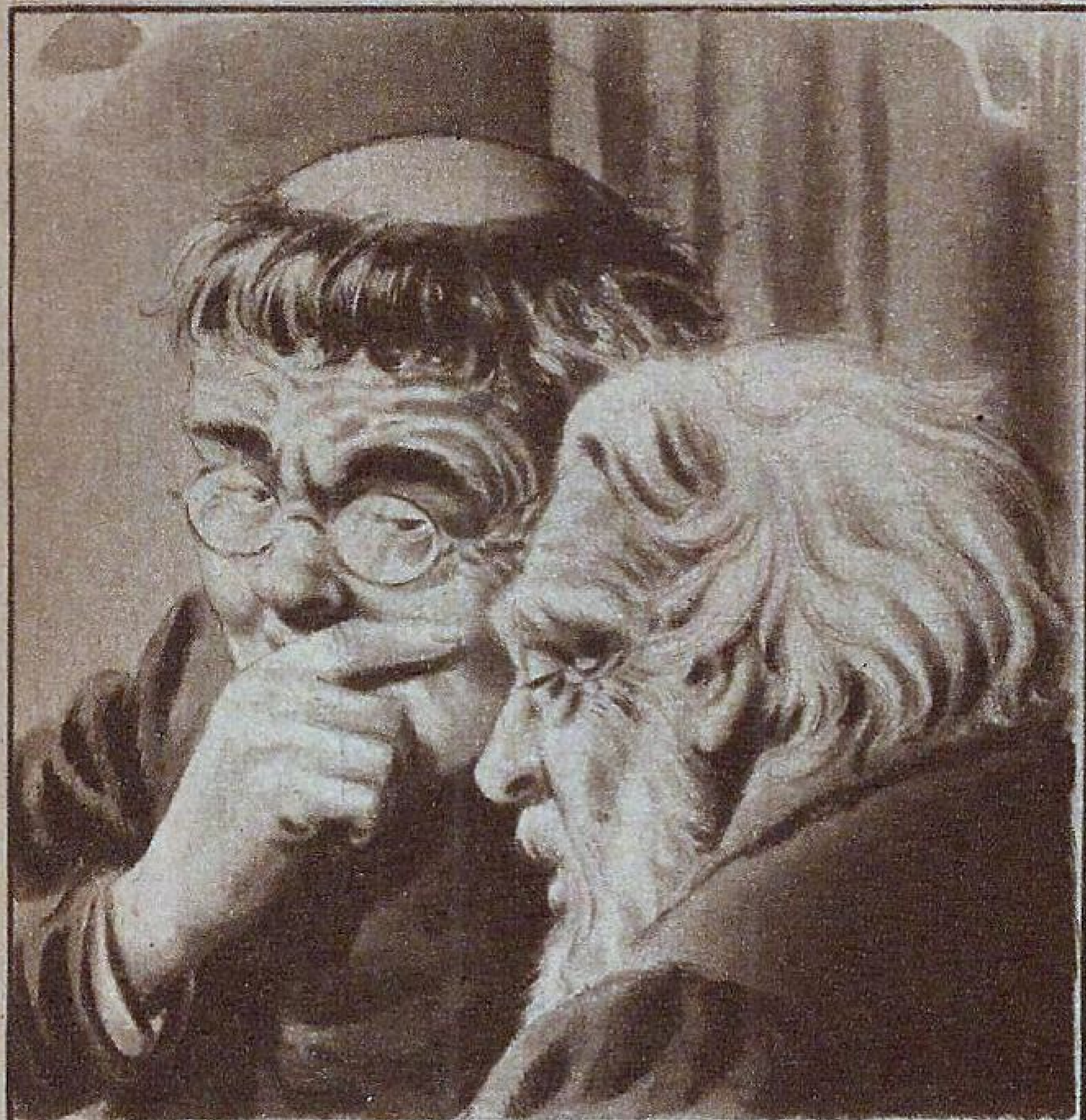
Creí notar una perfecta consonancia, igualdad más bien, en el timbre de sus voces. Como no veo bien, sus rostros me han parecido como dos reproducciones exactas, de un mismo tipo. ¿Serán por ventura iguales también sus caracteres, sus almas? —¡Oh, no, señor don Rodrigo! Ni son iguales sus voces, ni sus caras, ni menos sus caracteres.



—Pues siendo distintas, la una será forzosamente mejor que la otra. Dime, tú que las has tratado y visto bien, ¿cuál de las dos es la más inteligente; cuál la de corazón más puro, recto y generoso? —Difícil es, a fe mía, la respuesta. Pero ¿qué he de decirle yo al señor don Rodrigo, si en cuanto las trate familiar y diariamente, usted ha de conocerlas y diferenciarlas mejor que nadie?



Dejándose llevar de su sinceridad, el Conde le contesta: —De eso se trata; a eso he venido..., a estudiarlas, a intentar un análisis detenido de sus caracteres... Luego, como si temiera descubrirse demasiado, agrega: —Las razones de esto no está bien que las sepas por ahora...



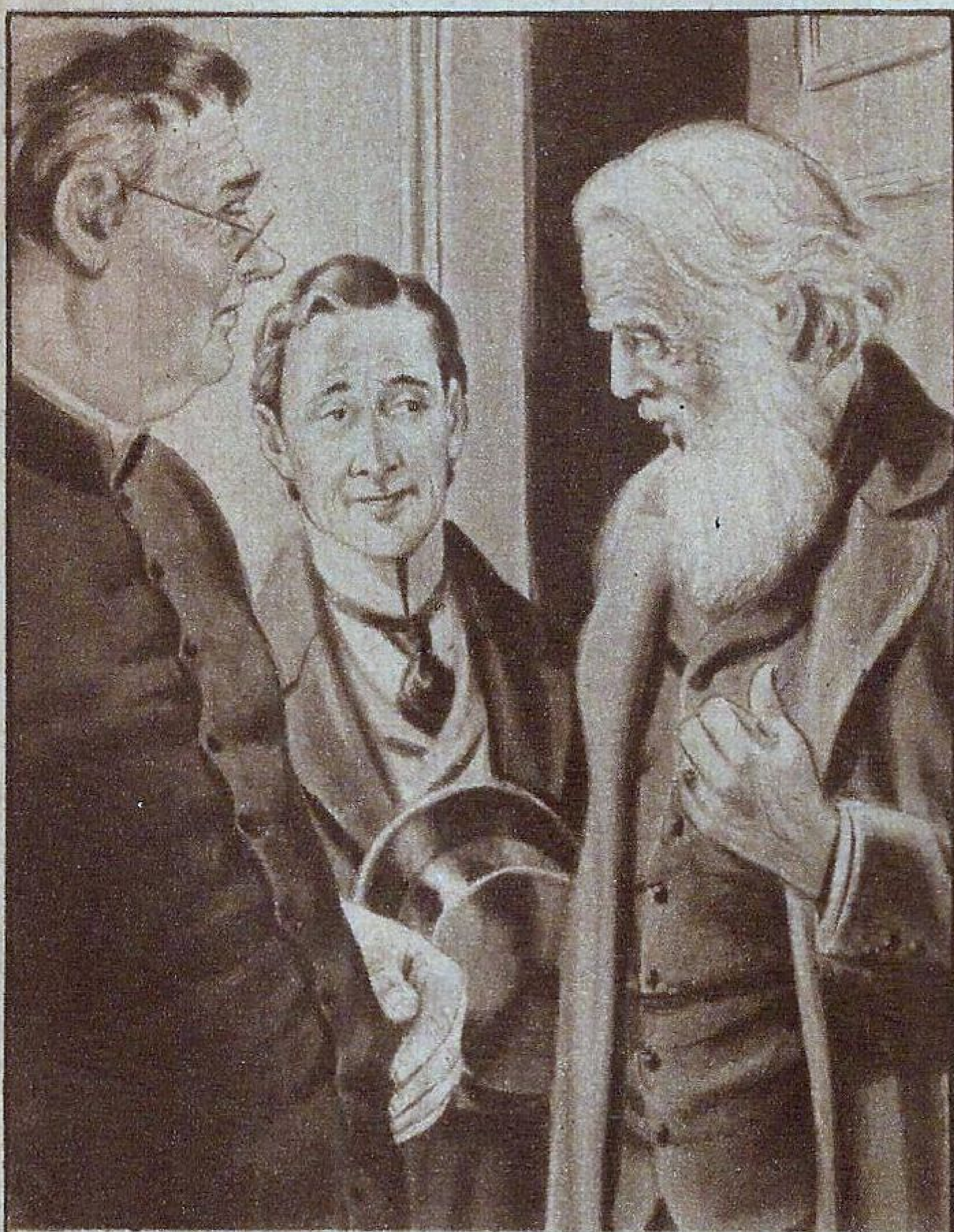
Y varía de tono y de conversación, dejando intrigado a don Carmelo.

29



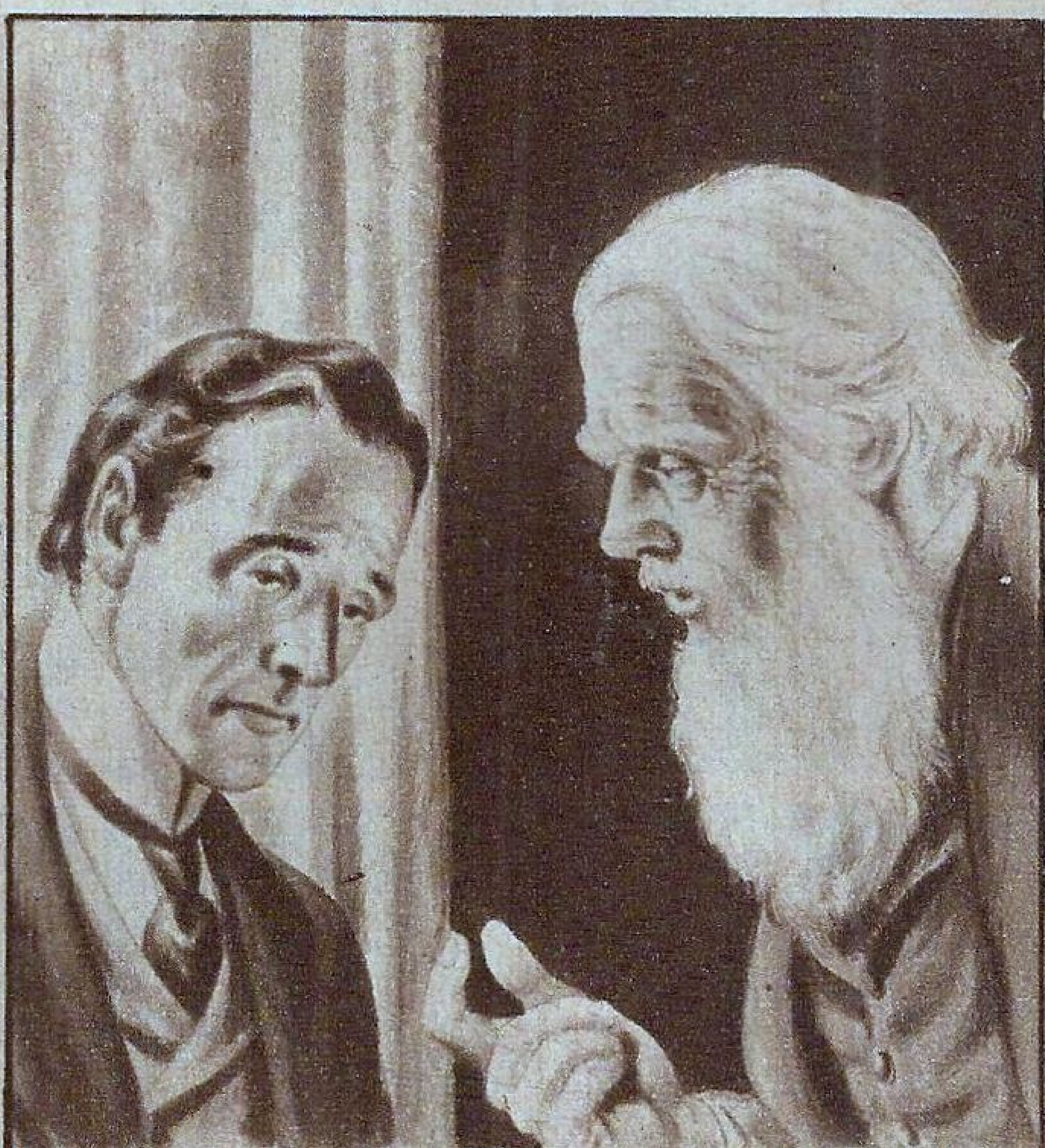
Llega también a saludarlo el médico del pueblo, Salvador Angulo, hijo de un guarda de los montes de Lain, y a quien el Conde le costeó la carrera lo mismo que al cura. No tarda aquél en llevar la conversación a lo que más le interesa y preocupa.

30



—Tú conoces a mis nietecitas; las habrás asistido en alguna dolencia. —Nell y Dolly disfrutan de una salud enteramente campesina y plebeya. Las he visitado por indisposiciones sin importancia.

31

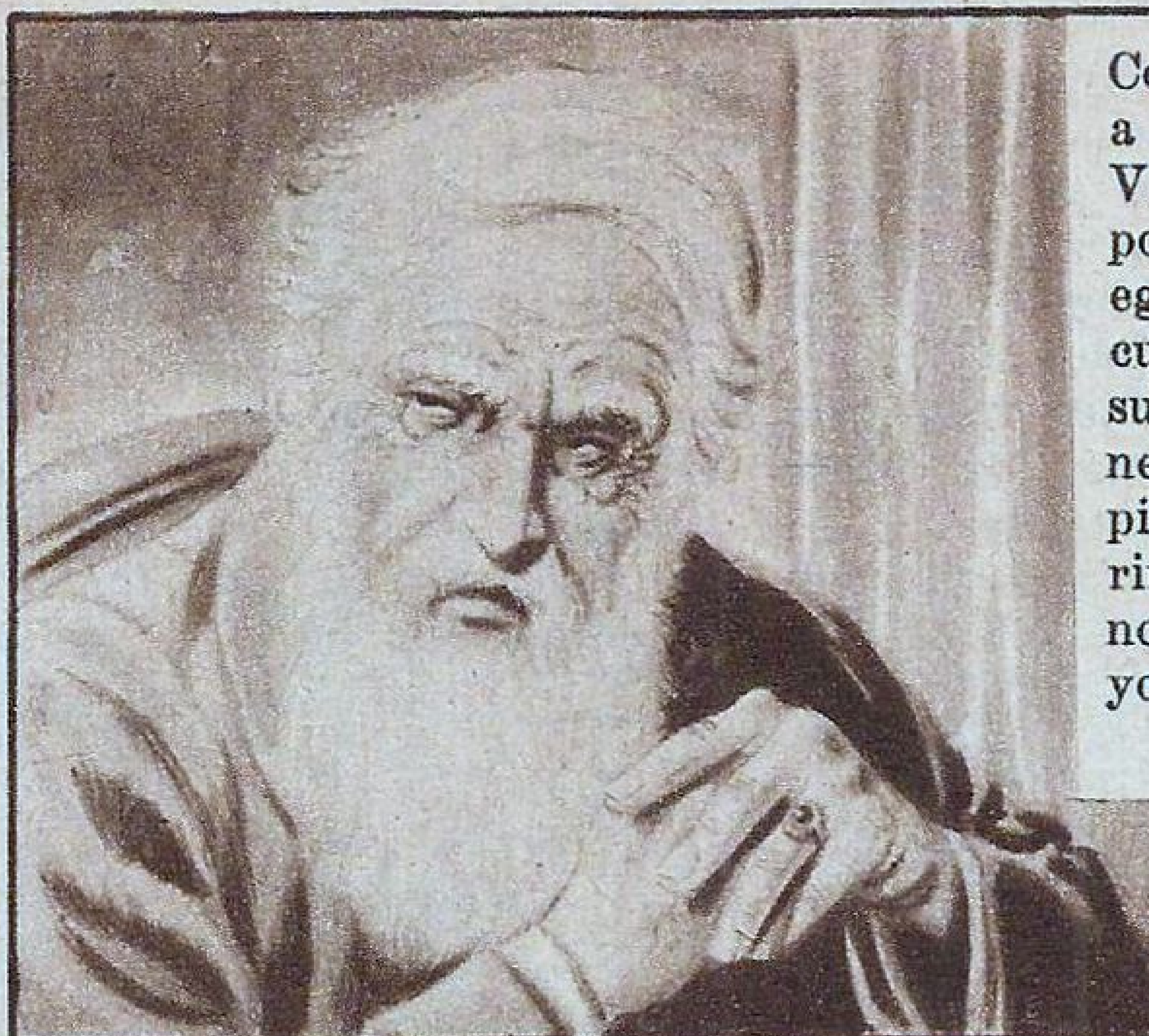


—Pero que a ti, como perspicaz observador, te habrán bastado para conocer sus temperamentos, qué afecciones prevalecen en cada una, qué predisposiciones patológicas se marcan en una y otra naturaleza..., porque de seguro habrá diferencia grande en la complexión, en la constitución anatómica y fisiológica de las dos chiquillas. No sé si me explico. —Perfectamente. Pero hasta hoy no he tenido ocasión de determinar entre una y otra notorias diferencias.

32

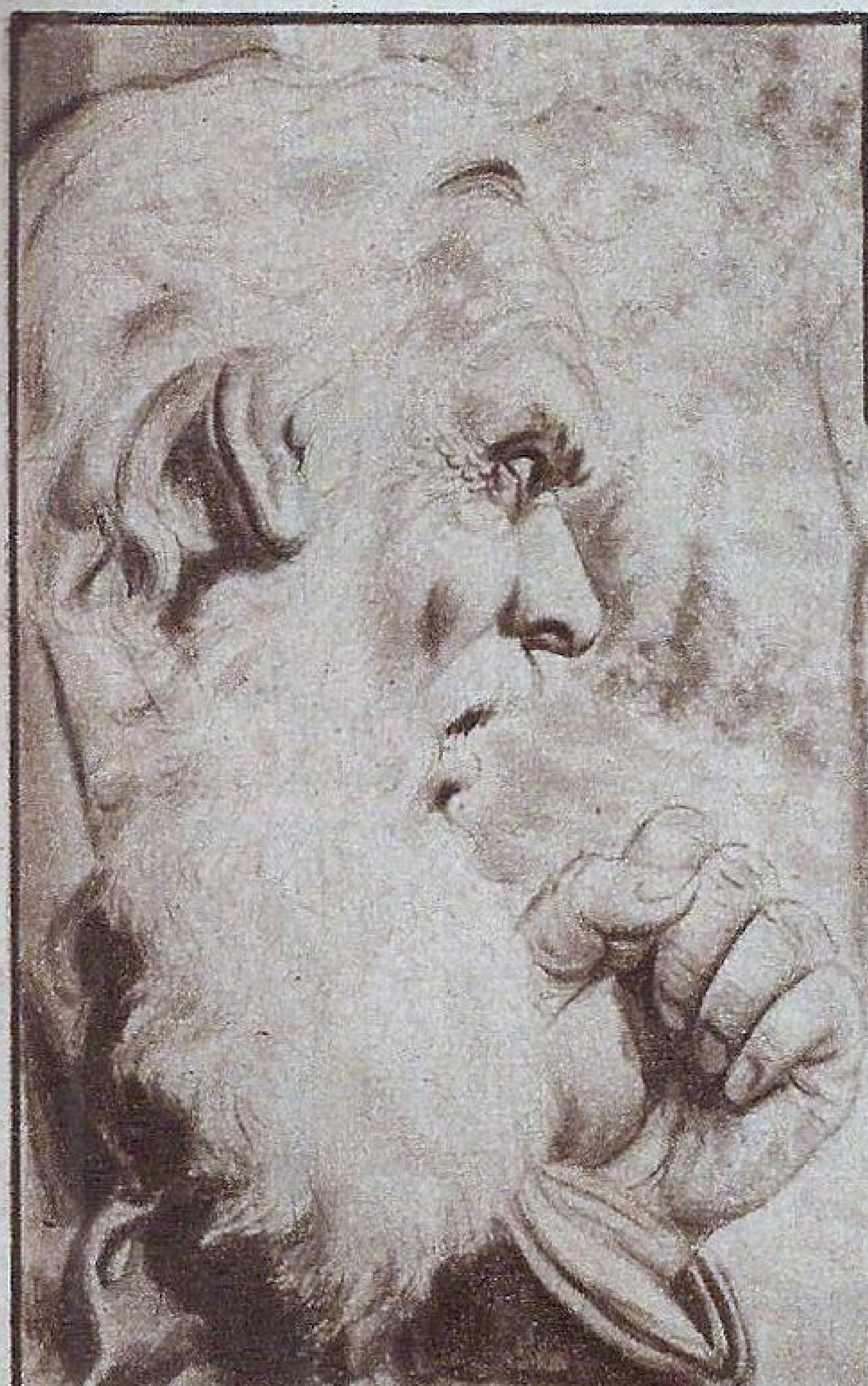


Suena un cohete que anuncia la llegada del tren donde viene la Condesa. El cura y el médico, que han de acudir a recibirla, se despiden apresuradamente del Conde. Queda éste solo, meditabundo, preguntándose: "¿Me ayudarán éstos en mis investigaciones?... ¡Se penetrarán del espíritu de rectitud, del sentimiento de justicia con que procedo?..."



Con desaliento, se responde a sí mismo: "Lo dudo... Viven en ambiente formado por las conveniencias, el egoísmo y la hipocresía, y cuando se les habla de la suprema ley de honor, ponen cara de asombro estúpido, como si oyeran referir cuentos de brujas. Si no me auxilian, trabajaré yo solo. El viejo Albrit se basta y sobra."

33



La música y el rumor popular anuncian la llegada de la nuera del Conde, cuya actitud cambia, vibrando de indignación: "Ya entras en Jerusa, Lucrecia Richmond... ¡Ya estás aquí, bestia engalanada, estatua viva, deshonesta! ¡Cuánto deseaba yo esta ocasión!... ¡Tú y yo solos, frente a frente!"

34



Lucrecia Richmond, Condesa viuda de Lain, nuera del Conde de Albrit, es una mujer hermosa, de treinta y cuatro años, del tipo que comúnmente llamamos interesante, mezcla feliz de belleza, dulzura y melancolía; castaño el cabello, el rostro alabastrino, de un perfil elegante, precioso modelo de raza anglosajona, recriada en América. Sus ojos son grandes, obscuros, con ráfagas de oro, y el mirar sereno y triste, como de tigre enjaulado que dormita sin acordarse de que es fiera. Viste con elegante traje de luto. En su habla apenas se percibe el acento extranjero. A Rafael, el hijo del Conde de Albrit casado con Lucrecia Richmond, correspondió, por muerte de su madre y según el fuero de Lain, el condado de este nombre, de donde le viene su título a la Condesa viuda.

35



Aquella misma tarde, don Carmelo, por encargo del Conde, pide a Lucrecia, que se halla agobiada de tantos agasajos en casa del alcalde, hora y sitio para una entrevista. Ella se la concede. A la mañana siguiente irá a ver a su noble suegro.

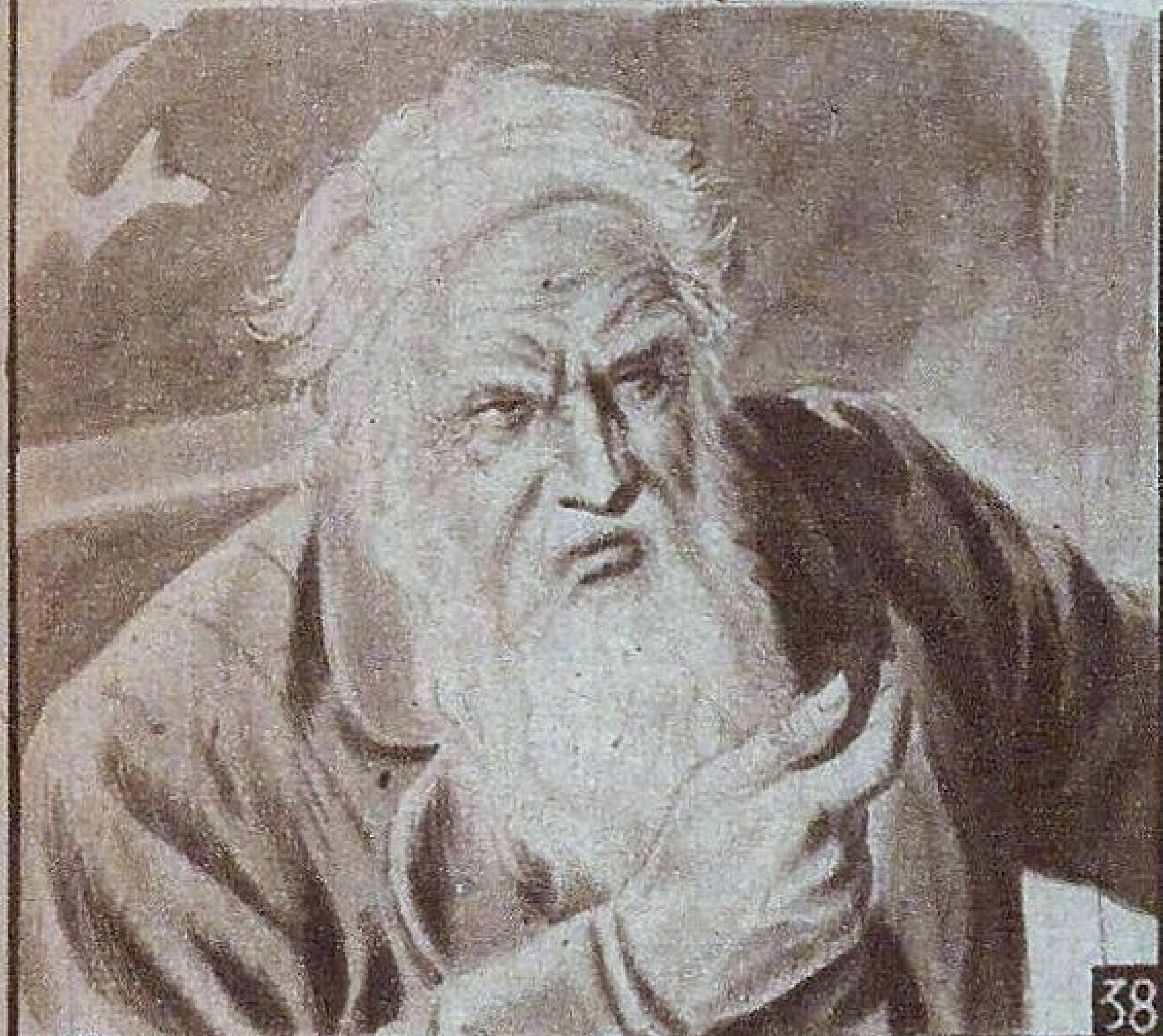
36



Ya están los dos sentados frente a frente en una sala baja de La Pardina. El Conde le agradece que haya tenido la bondad de concederle aquella entrevista, aunque para merecer favor tan grande haya tenido que ir a Jerusa. —Es obligación sagrada para mí acceder a su ruego —le responde ella—. Obligación, digo: durante algún tiempo me ha llamado usted su hija. Para que no quede duda de su actitud, él le dice: —Pero ya no... Esos tiempos pasaron... Fué usted, como si dijéramos, una hija eventual..., transitoria; una hija de paso.

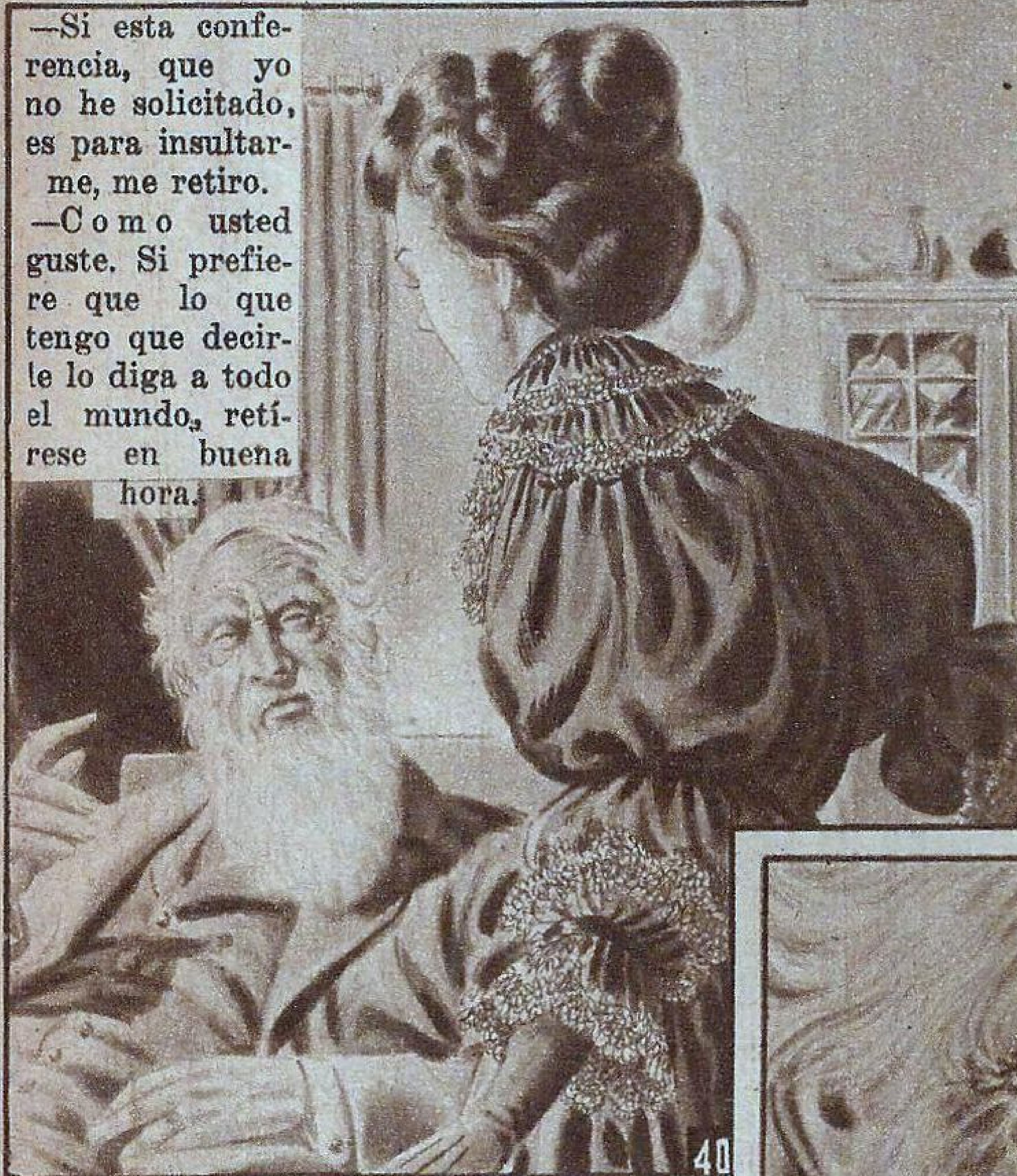
37

Lucrecia se esfuerza por sonreír para engañar su miedo, y él continúa, inexorable: —Extranjera por la nacionalidad, y más aún por los sentimientos, jamás se identificó usted con mi familia ni con el carácter español. Contra mi voluntad, mi adorado Rafael eligió por esposa a la hija de un irlandés establecido en los Estados Unidos, el cual vino aquí a negocios de petróleo. Pues bien: como todo el mundo sabe, me opuse al matrimonio del Conde de Lain; luché con su obstinación y ceguera... Fuí vencido. Me han dado la razón el tiempo y usted: usted, sí, haciendo infeliz a mi hijo y acelerando su muerte.

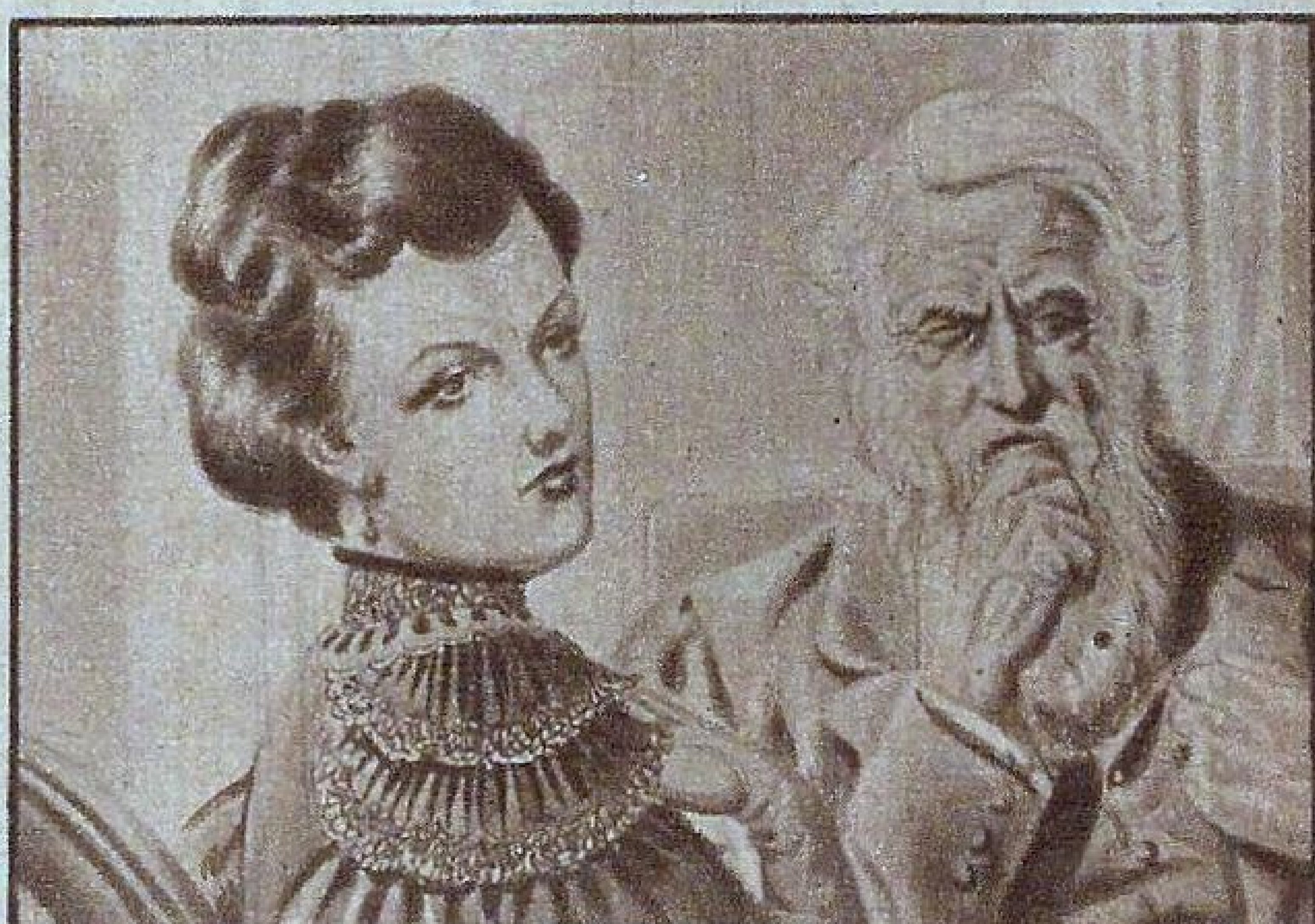




—Señor Conde..., ¡eso no es verdad! —Señora Condesa, es verdad lo que digo. Mi pobre hijo ha muerto de tristeza, de dolor, de vergüenza. 39



—Si esta conferencia, que yo no he solicitado, es para insultarme, me retiro.
—Como usted guste. Si prefiere que lo que tengo que decirle lo diga a todo el mundo, retírese en buena hora.



La Condesa, que vacila entre salir y quedarse, ante aquella amenaza de su suegro, se dispone a escucharle, angustiada, convencida de que no le queda otro remedio, ya que él lanzaría sus acusaciones a los cuatro vientos si lo dejase con la palabra en la boca. Pero antes de que el Conde continúe, ella procura tomar una actitud de defensa, como para ganar algún terreno ante el enemigo. 41

—Las desgracias, que son lecciones y avisos de la providencia, doman al más soberbio y suavizan al más atrabiliario. Esta ley, sin duda, no reza con usted. Francamente, yo creí que la pérdida total de su fortuna y el horrible desengaño de América amansarían su orgullo... Veo que no. El león, caduco y pobre, vuelve a España más fiero. —¿Qué quiere usted? Dios me ha hecho fiero y fiero he de morir.





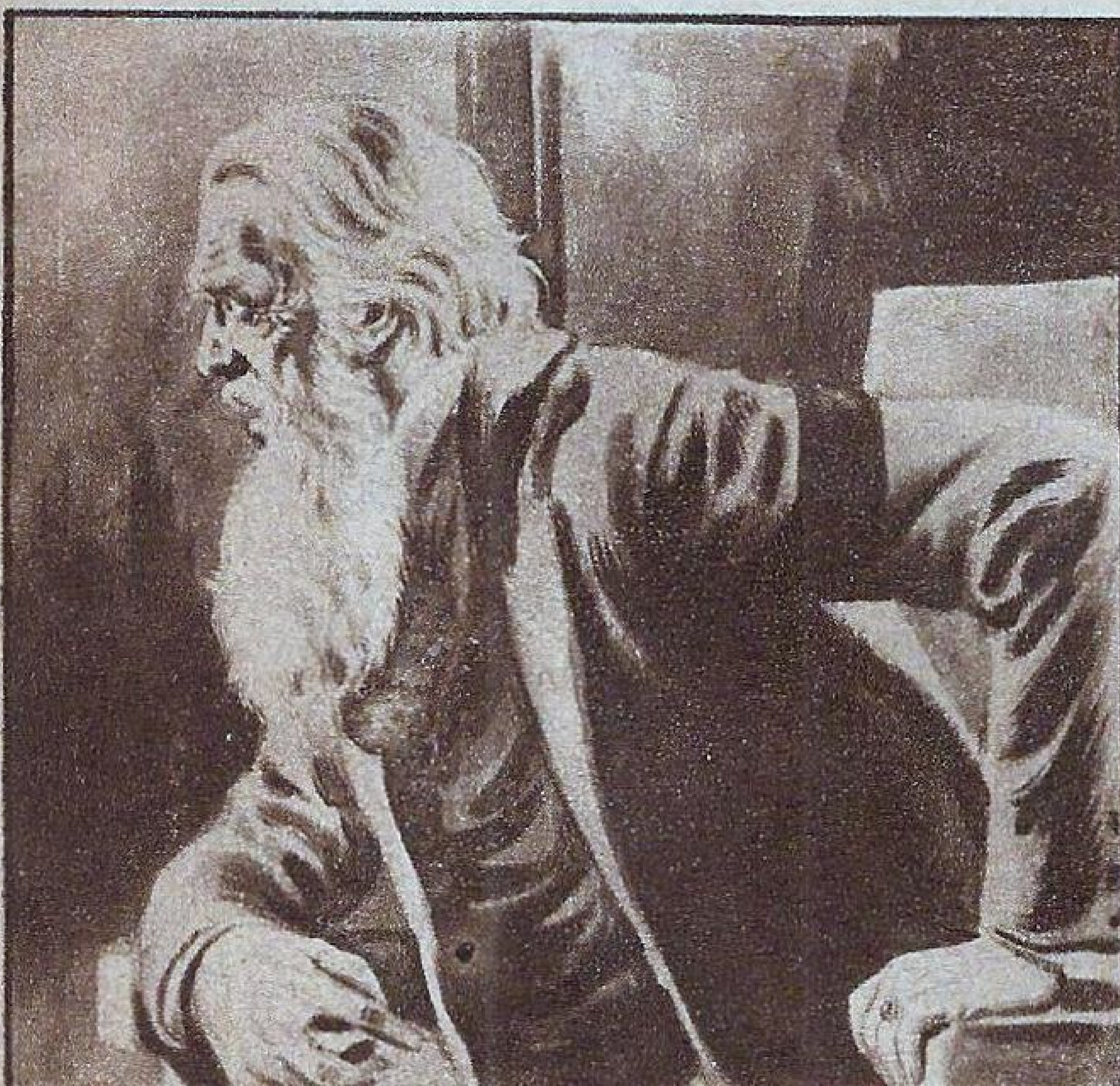
Insiste la Condesa en recordarle sus equivocaciones, y la última, la que lo llevó a América, en la creencia de que el gobierno peruano le reconocería la propiedad de...

43



...unas minas que fueron de un antepasado suyo. —Pero la realidad —acaba diciéndole—, le deparó tan sólo desprecios, cansancio inútil, humillaciones... Y, no teniendo sobre quién descargar su despecho, se revuelve contra una pobre mujer, y la injuria y la maldice.

44



—Si al regreso de aquella excursión que consumó mi ruina —le responde el Conde—, hubiera yo encontrado a mi hijo vivo, su cariño me habría hecho olvidar mi triste situación. Pero la muerte de Rafael, acaecida hace cuatro meses, avivó en mí la irascibilidad—despecho si usted quiere-, el sabor amargo que en mi alma dejaron las desdichas..., y avivó también el odio a la persona que creo responsable de la infelicidad y de la muerte de aquel hombre tan bueno y leal.

45



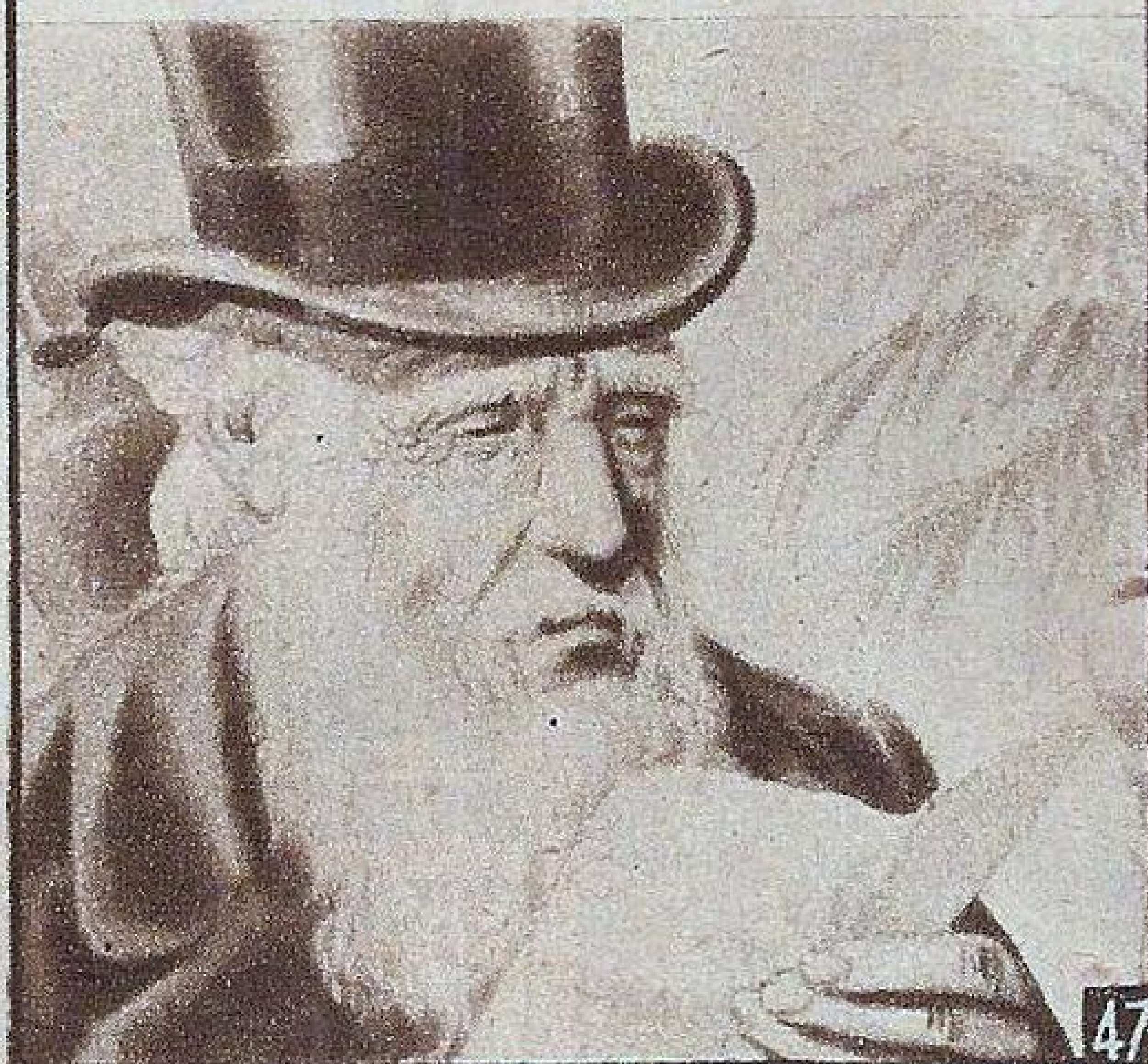
—¡Responsable yo de su muerte! Eso es una infamia, señor Conde. —Mi hijo ha muerto... del abatimiento, del bochorno a que lo llevaron los escándalos de la esposa. Eso lo sabe todo el mundo. —Se hace usted eco de viles calumnias. —Ahora lo veremos...

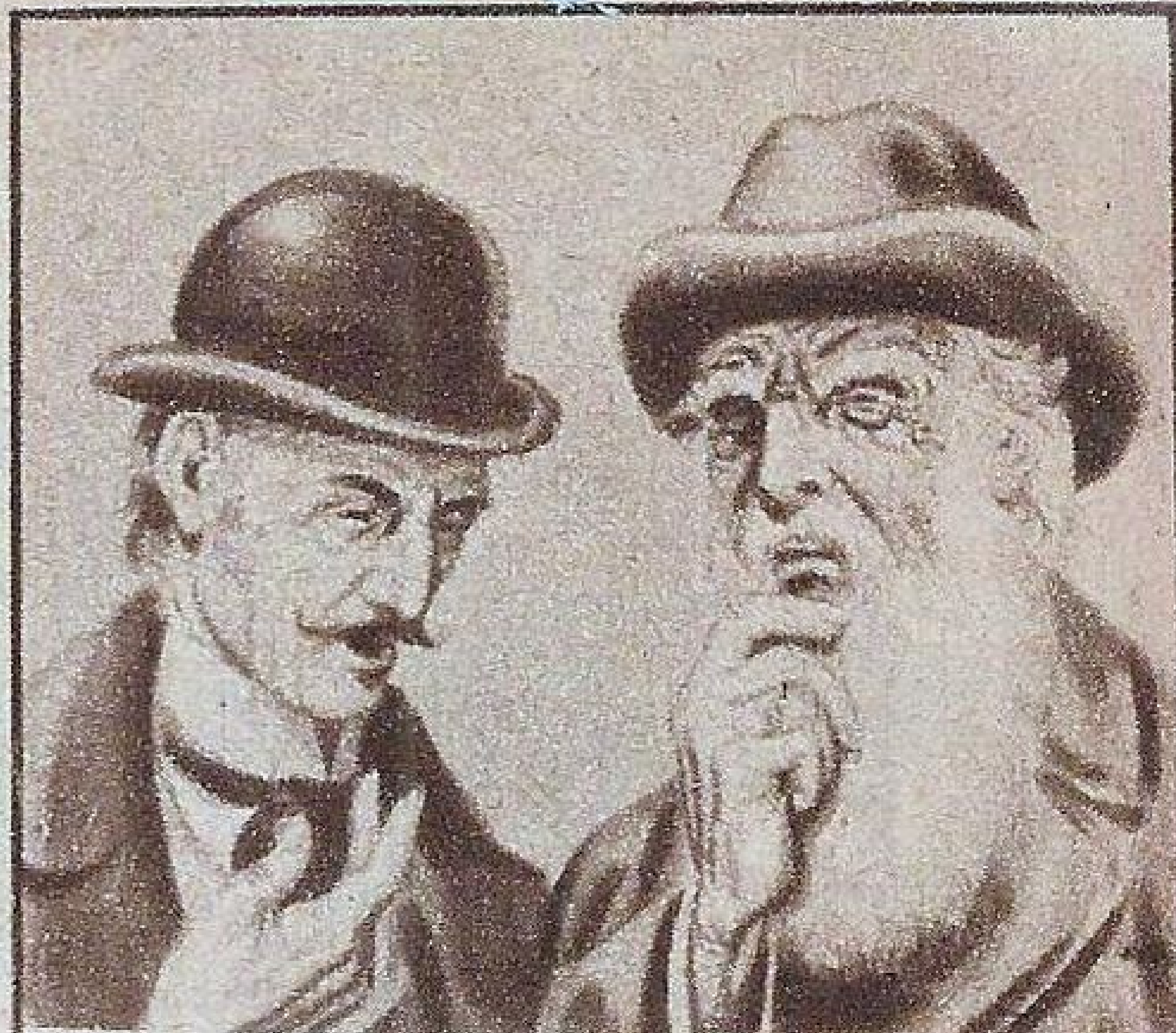
46



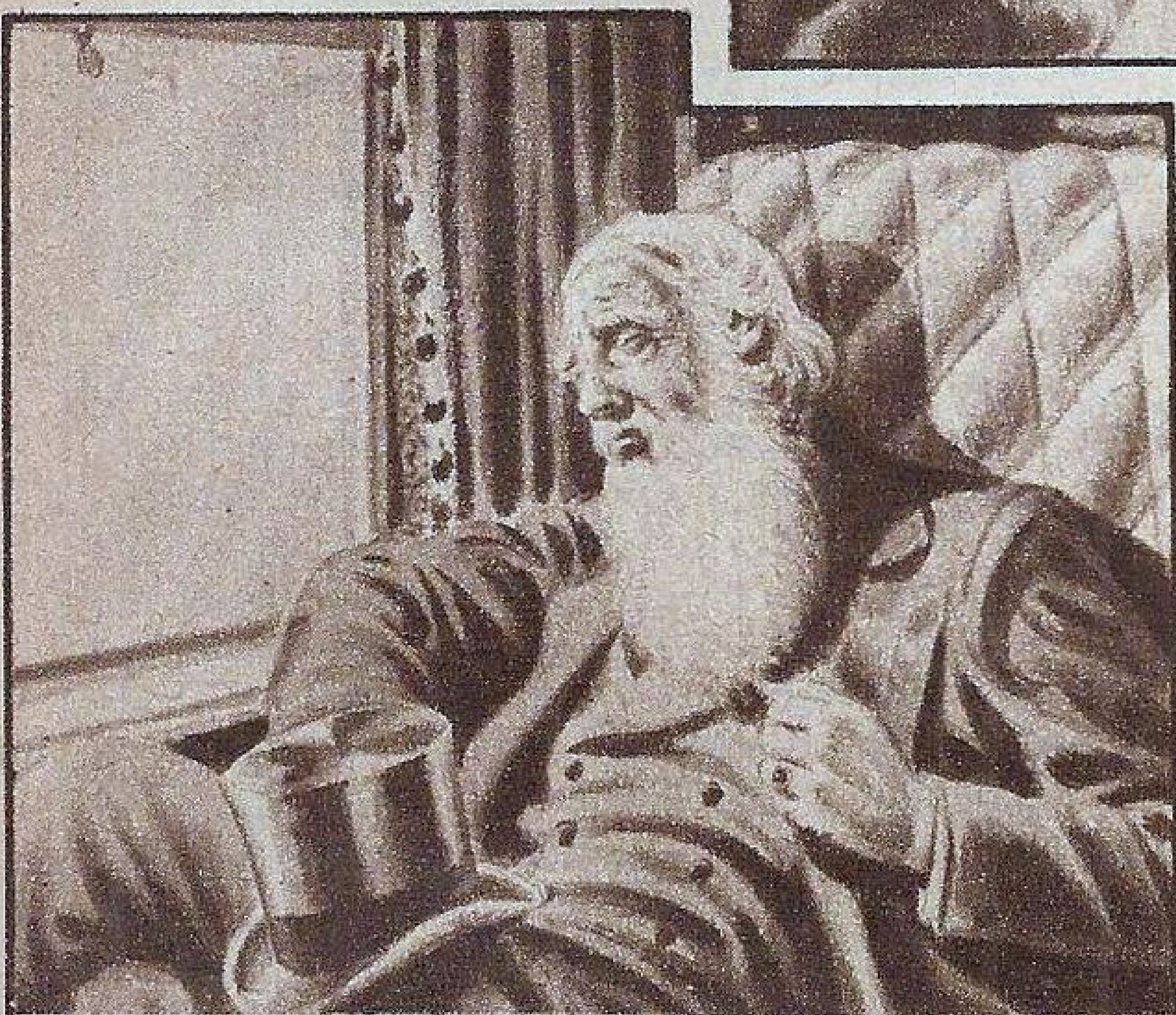
Cambiando de tono, con cierta dulzura, reconoce el Conde que pudiera ser que se equivocara, que su nuera fuese mejor de lo que la supone; pero que ese error suyo lo confirmaría ella misma, dándole una dura lección si tuviera el arranque de confesarle la verdad acerca de un punto delicadísimo, sobre el cual va a interrogarla. Lucrecia, ante la idea de ver erigirse a su suegro, ante ella, en confesor y juez, se siente aterrorizada. Quiere huir, pero él la detiene por un brazo, llevándola a un sillón, donde ella cae desfallecida y donde escucha el relato, tras el cual el Conde espera oír de sus labios la verdad que persigue y ansía.

—Al llegar a Cádiz, de mi inútil viaje a América, entregáronme una carta de Rafael, en la cual mi hijo me manifestaba su dolor, su amargura hondísima. La vida había perdido para él todo interés. Hallábase enfermo y, en su desesperación, no anhelaba curarse. Lo consumía el desaliento, la pérdida de toda ilusión, la vergüenza de ver ultrajado su nombre...


47



"Rafael no me decía nada concreto. Expresaba tan sólo el estado de su espíritu, sin exponer las causas... Pero a poco de recibir la carta, me dió cuenta detallada de las aventuras de la Condesa de Lain un amigo queridísimo, persona de intachable veracidad, que no sólo refería lo que era público y notorio, sino algo que por circunstancias excepcionales tuvo ocasión de conocer y comprobar."
48

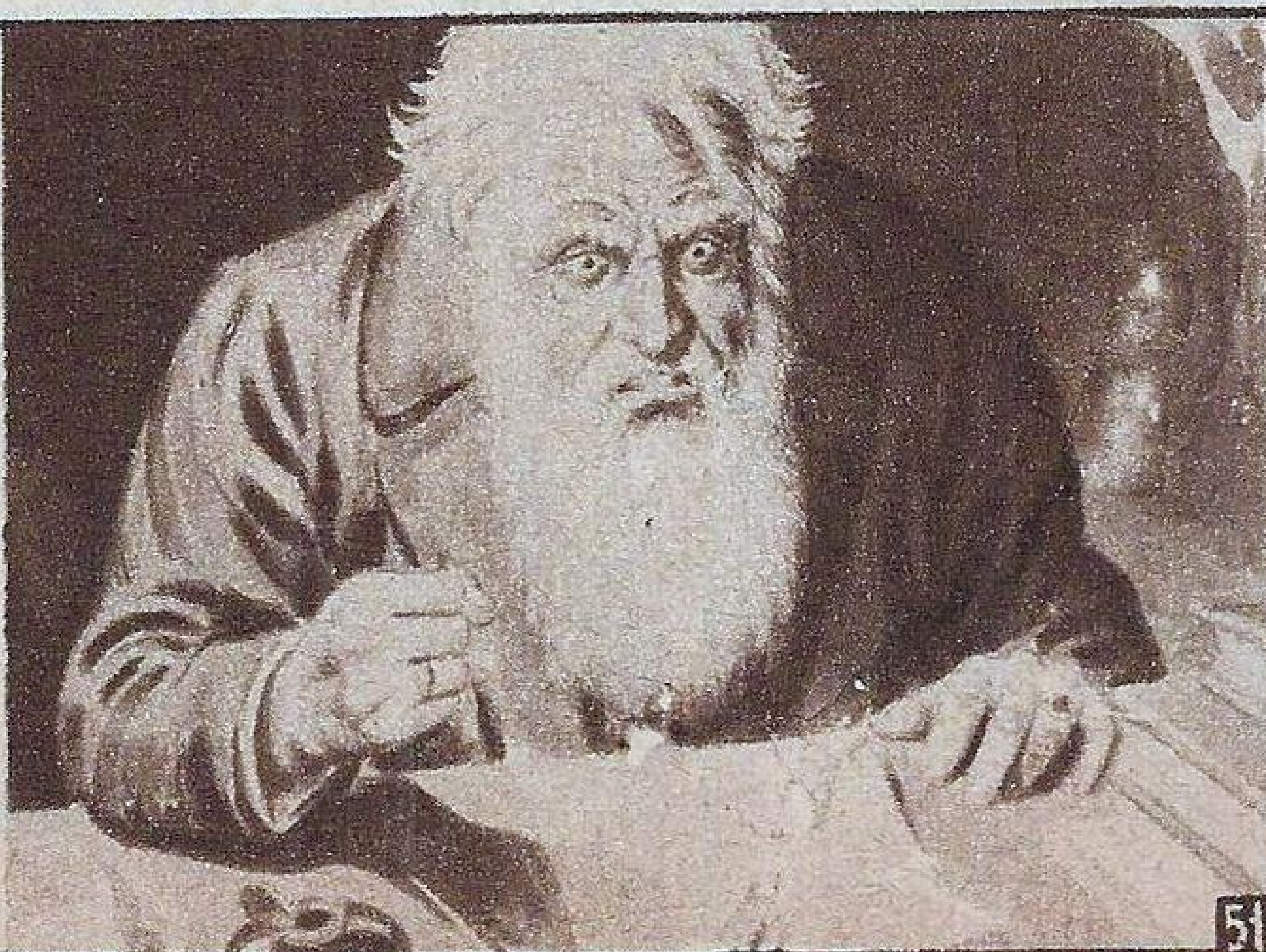


"Claro que al recibir la carta y al oír los informes de mi amigo, me faltó tiempo para correr al lado de Rafael. Tomé el tren y, sin parar en ninguna parte, me fuí a Valencia. Dos horas antes de llegar yo, mi adorado hijo había muerto. Agravóse su enfermedad en aquellos días. Él no hacía caso... Un tremendo acceso de disnea, el espasmo..., la muerte. Todo en unas cuantas horas... Murió en el cuarto de una fonda..., vestido sobre la cama..., mal asistido de gente mercenaria... ¡Jesús! ¡Qué dolor!..."
49



"Desesperado, loco, permanecí..., no sé cuántas horas, ante el cadáver de mi pobre hijo, sin darme cuenta de nada que no fuera él y el misterio inmenso de la muerte. Pasado algún tiempo, empecé a fijar mi atención en lo que me rodeaba, en sus ropas, en los objetos que le pertenecieron, en los muebles que había usado, en la estancia..., en la que había una mesa con varios libros y papeles y, entre ellos, una carta..."
50

"Rafael estaba escribiéndola a las tres de la madrugada, cuando se sintió mal. Vino bruscamente la muerte, lo atacó con furia, ¡ay!... El infeliz llamó: acudieron... Se le prestaron los auxilios más perentorios... Todo inútil... La carta quedó medio escrita... Allí estaba, ¡hablando... y viva! Hablando... ¡Era él!... La leí sin tocarla, inclinado sobre la mesa, como me habría inclinado sobre el lecho si lo hubiera encontrado vivo."

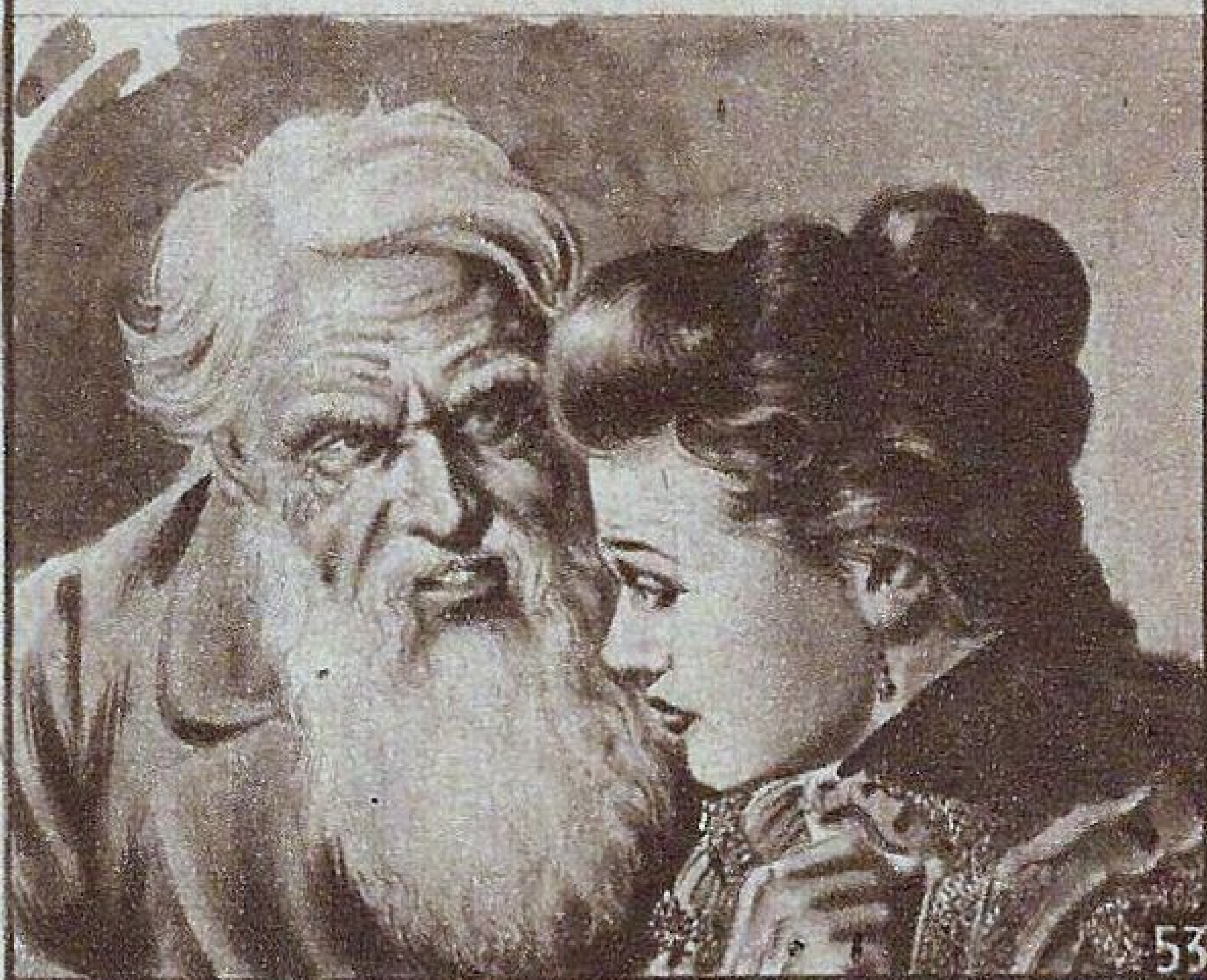

51

En la carta, dirigida a Lucrecia, el Conde leyó estos gravísimos conceptos: "Te anuncio que, si no me envías pronto a mi hija, la reclamaré. Quiero tenerla a mi lado. La otra..., la que, según declaración tuya en la desdichada carta que escribiste a Eraul y que pusieron en mi mano sus enemigos..., no es hija mía..., te la dejo, te la entrego, te la arrojo a la cara..."

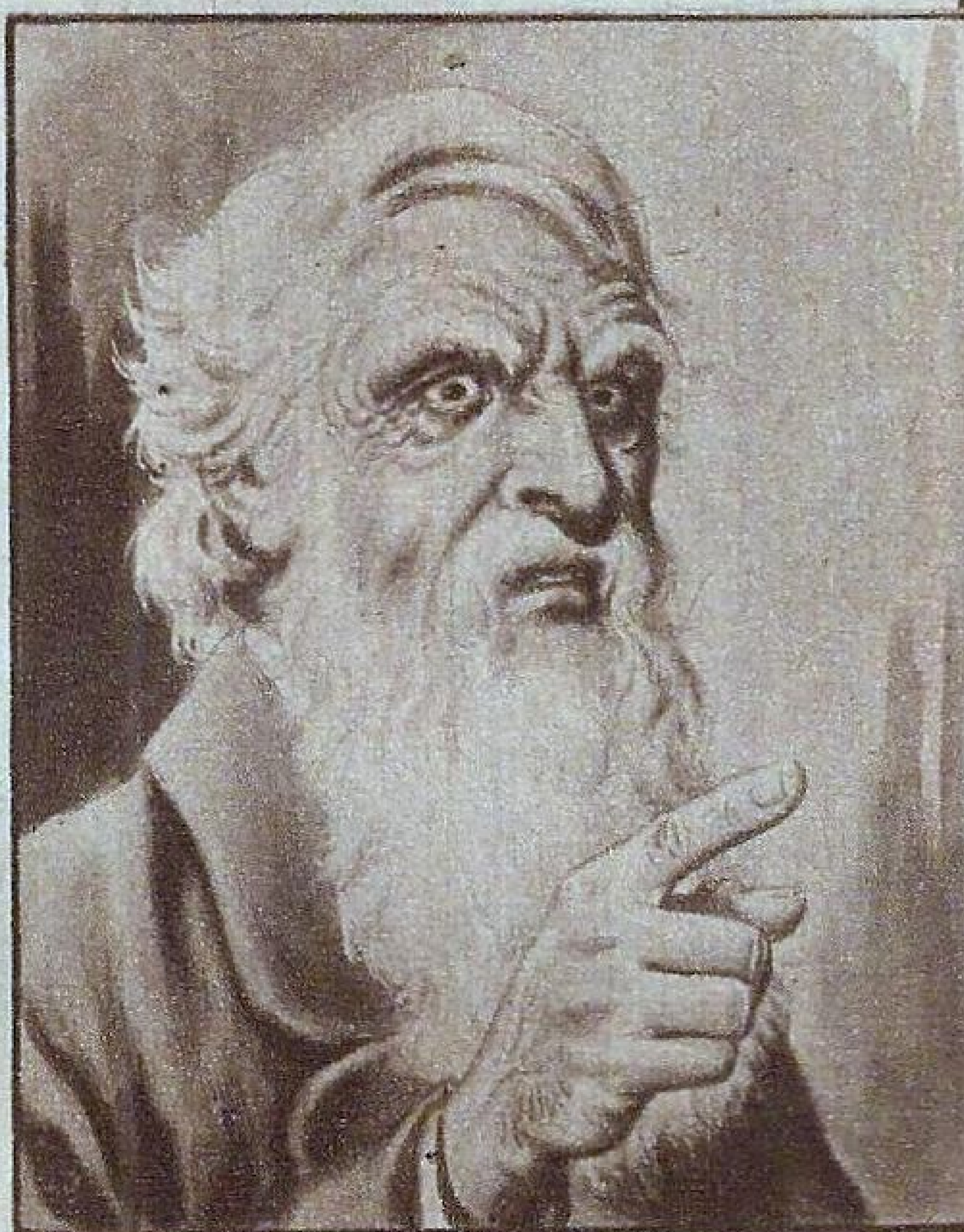
Lucrecia, que ha escuchado las últimas palabras con estupor que casi es embrutecimiento, repite: —¿Eso decía..., eso dice? A lo que el Conde le contesta: —Eso dice—, y luego añade: —Ya sabe que lo sé. No puede negármelo... Tengo pruebas.



—Lo niego... Es falso... —¿Niega usted que hizo... a Carlos Eraul, pintor muerto hace un año, esa grave revelación?



El Conde ha buscado la carta de Lucrecia a Eraul, la ha buscado inútilmente entre los papeles de su hijo, y, como no puede presentársela a Lucrecia, ella se obstina en su negativa de revelarle cuál de las dos hijas es la que usurpa su nombre, la que simboliza y personifica su deshonor. Más aun: niega que aquello pueda ser cierto y lo conmina a que deseche esa torpe idea.



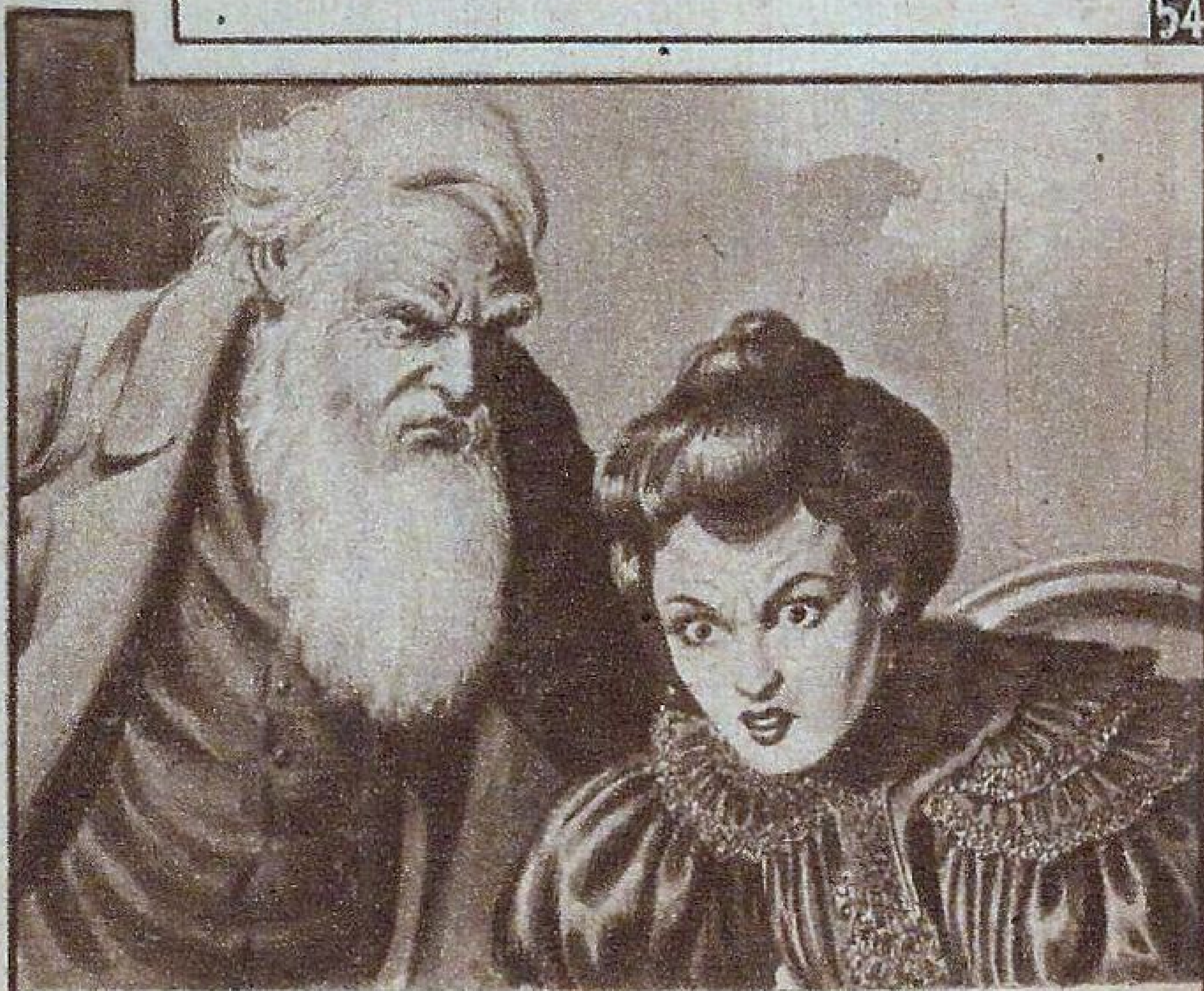
Entonces el Conde se yergue ante ella con severa autoridad, para decirle: —Antes hará usted del día noche y de la noche día, que conseguir arrancarme de la mente la idea de que lo escrito por mi hijo no es la pura verdad. Dígame usted pronto, pronto, cuál de esas dos adorables niñas es la falsa... o cuál es la verdadera: es lo mismo. Necesito saberlo, tengo derecho de saberlo, como jefe de la casa de Albrit en la cual jamás hubo hijos espurios, traídos por el vicio. Esta casa histórica, grande en su pasado, madre de reyes y príncipes en su origen, fecunda después en magnates y guerreros, en santas mujeres, ha mantenido incólume el honor de su nombre. Sin tacha lo he conservado yo en mi esplendor y en mi miseria... No puedo impedir hoy, ¡triste de mí!, este caso vergonzoso de bastardía legal; no puedo impedir que la ley trasmita mi nombre a mis dos herederas, esas niñas inocentes. Pero quiero hacer en favor de la auténtica, de la que es mi sangre, una exclusiva transmisión moral. Esa será la verdadera sucesora, ésa será mi honor y mi alcurnia en la posteridad... La otra, no. Falsa rama de Albrit, la repudio, la maldigo..., maldigo su extracción villana y su existencia usurpadora.

54



—¡Por piedad!... ¡No puedo más! —Valor... Una palabra me basta...¡después de oírla no he de decir nada desagradable... La verdad, Lucrecia, la verdad es lo que salva.

55



—¡Nunca!... ¡Antes morir! —Bien. Pues lo que usted no quiere decirme, yo lo averiguaré.

56



—¿Cómo? Está usted loco... Su demencia me inspira compasión.

57



—La de usted a mí no me inspira lástima. No se compadece a los seres corrompidos, encenagados en el mal. —Continúa injuriándome, ¡a mí, a la viuda de su hijo!

58



—La que me habla no es la viuda de mi hijo, pues aunque la ley, una ley imperfecta, así lo dispone, por sobre esa ley está la autoridad moral del jefe de la familia de Albrit, que la toma a usted y la arranca, como cosa extraña y pegadiza, y la arroja a la podredumbre en que quiere vivir.

59



—¡Albrit! Raza de locos..., caballería burlesca..., honor de bambolla para cubrir la mendicidad. ¡Qué sería del viejo león si yo no lo amparase! Soy generosa, le perdono las injurias y cuidaré de que no muera en un hospital o arrastrando su melena gloriosa por los caminos. —Lucrecia Richmond, quizá Dios te perdone. Yo... también te perdonaría... si pudieran ir juntos el perdón y el desprecio.

60

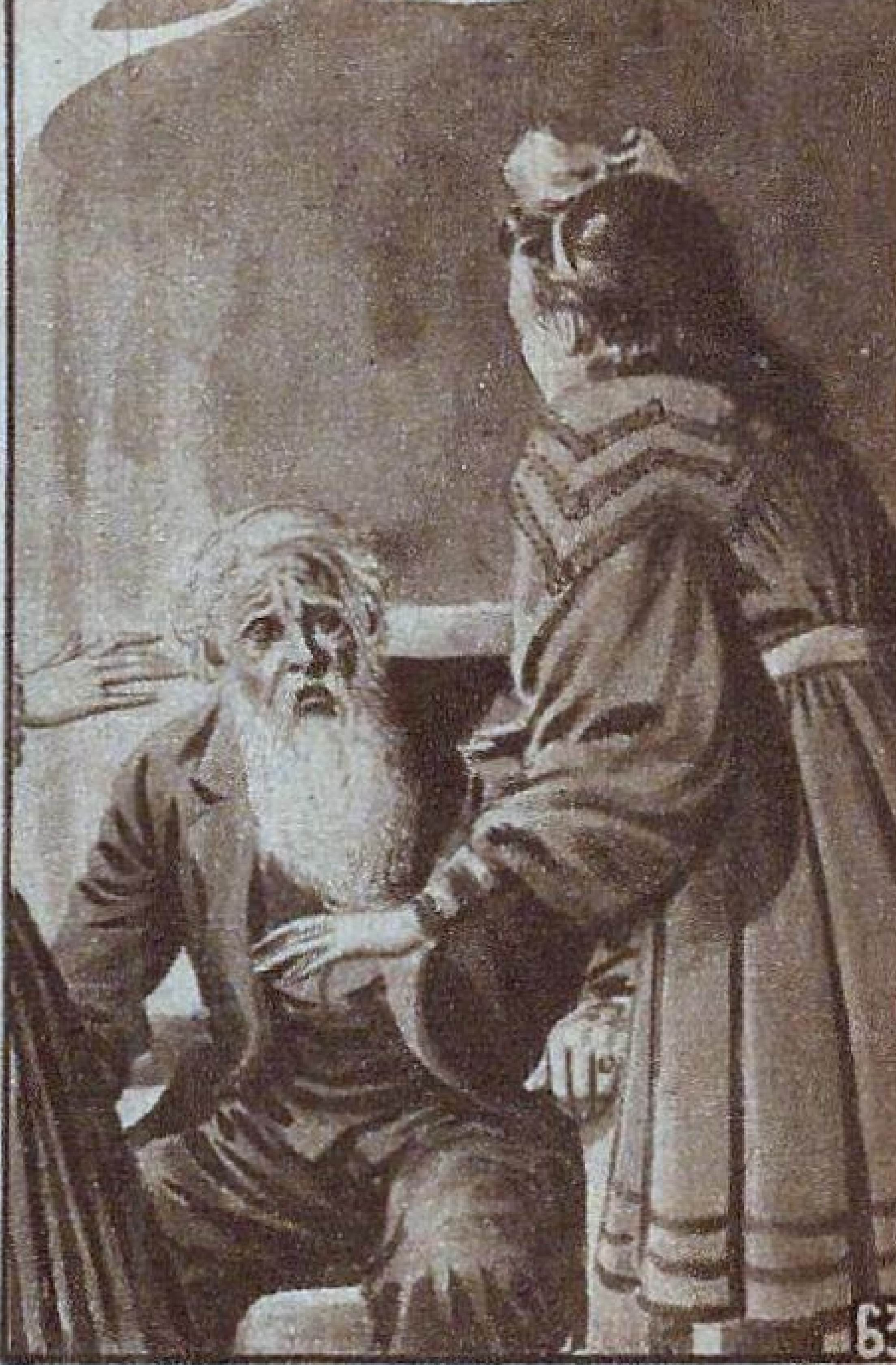
La Condesa da por terminada la entrevista, abriendo la puerta para que pasen los que, en la habitación vecina, aguardaban el final de aquel encuentro entre el Conde y su nuera. Nell y Dolly corren a abrazar a su madre; tras ellas, Gregoria y Venancio; poco después, el cura y el médico.



—Mamita, tú has llorado. —Estás sofocadísima... —El abuelo y yo hemos evocado tristes recuerdos.



—También el abuelo ha llorado. -Venid..., abrazadme... ¡Os quiero tanto!



Las dos niñas acuden a él y lo abrazan y besan, cada una por un lado, en tanto Lucrecia habla aparte con Gregoria y Venancio, encargándoles que atiendan a su suegro y que lo cuiden como a ella misma; pero que no dejen de vigilarlo. Esta misma recomendación hace al cura y más especialmente al médico, dando a entender que padece de desvarío.

—Descuide usted... Lo observaremos... — Y a mi regreso dispondré.



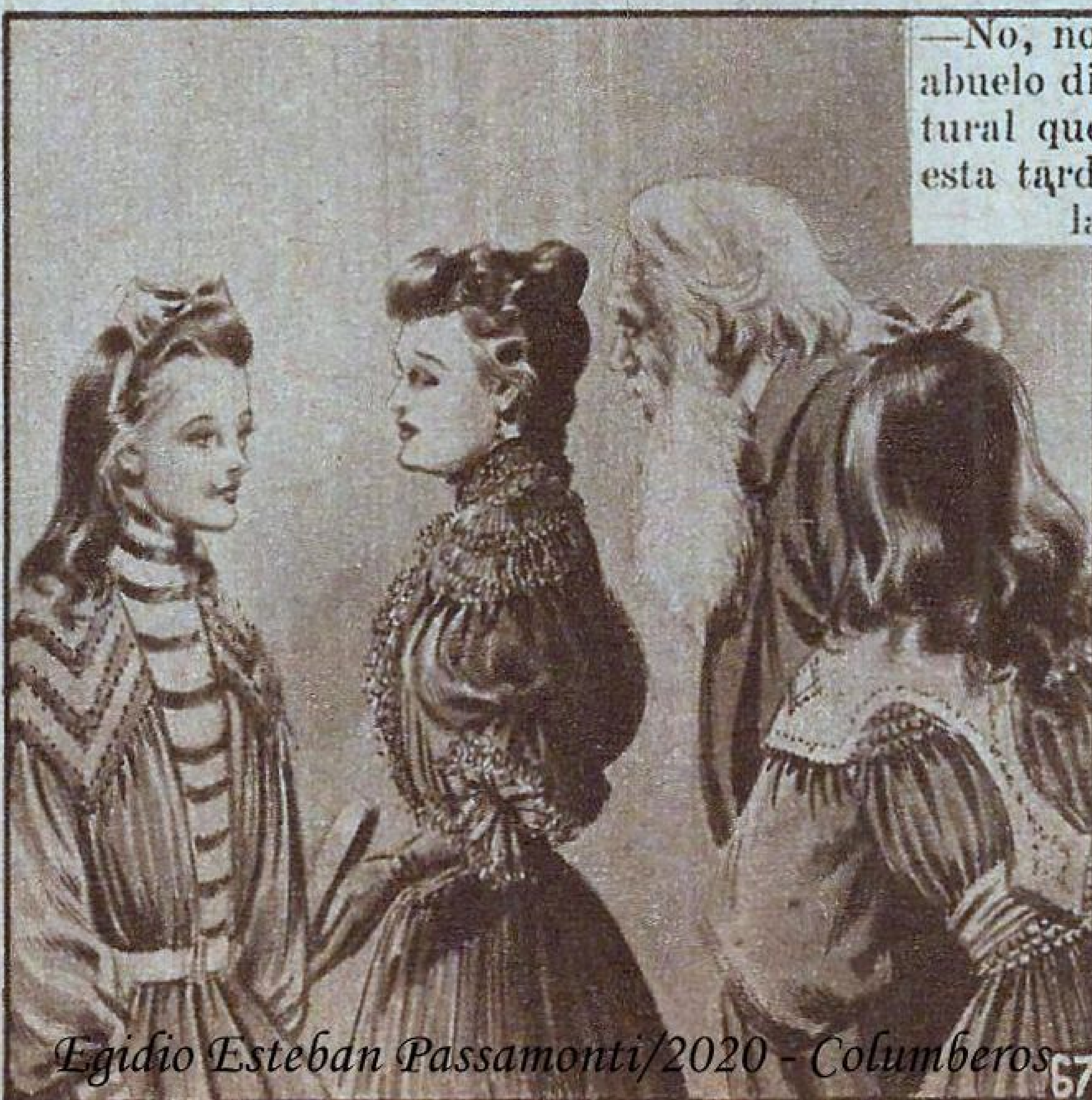
—¿Insiste usted en dejarnos hoy? No se vaya. —Tengo que estar en Verola hoy mismo. Es para mí..., no sé cómo decirlo..., cuestión de vida o muerte. Adiós.





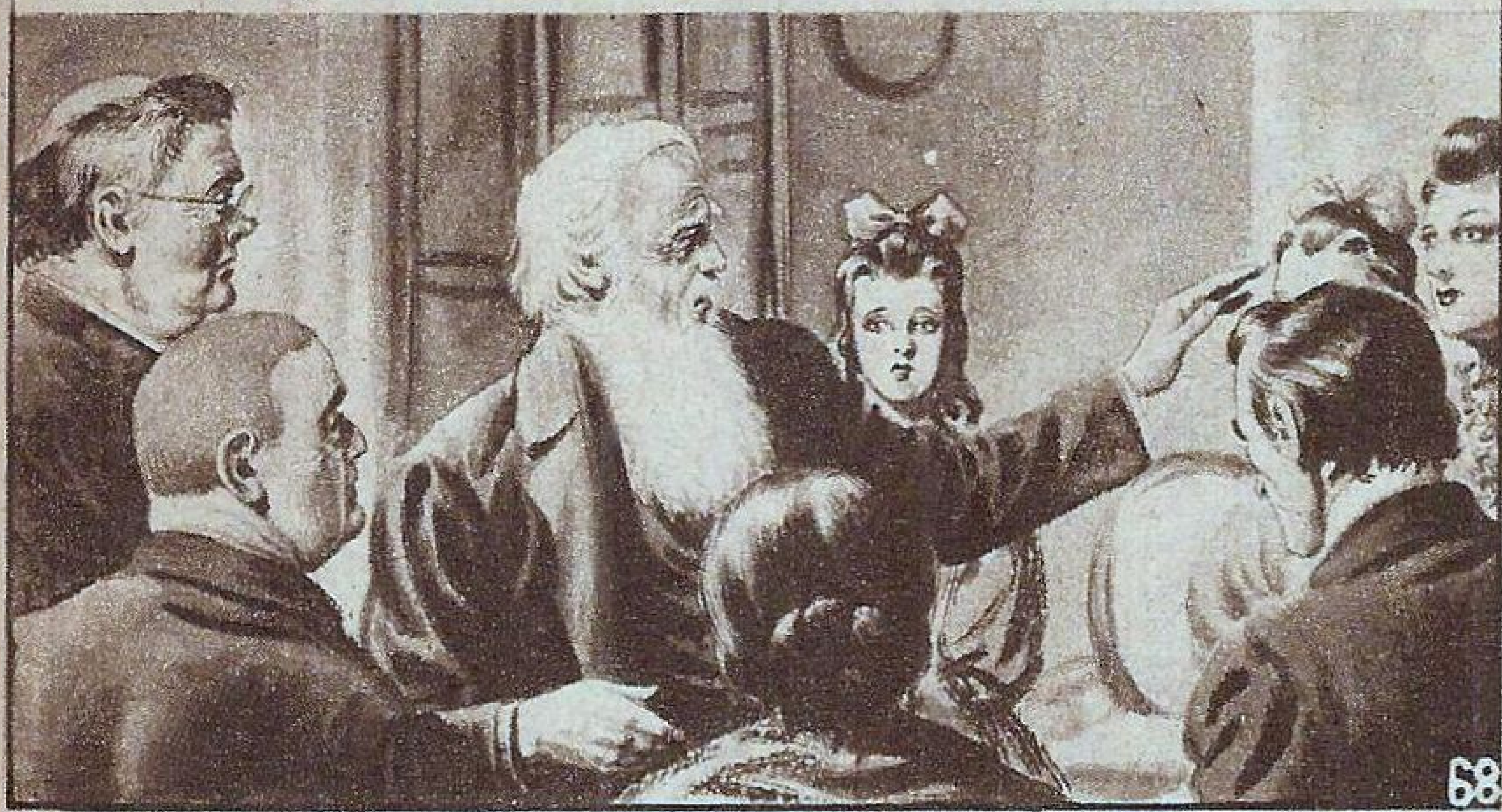
—Mamita, ¿te acompañamos a tu casa o nos quedamos un rato con el abuelo? —Como queráis.

—No, no; decídelo. —Lo que el abuelo disponga. —Me parece natural que, si vuestra mamá se va esta tarde, estéis a su lado hasta la hora de partir.

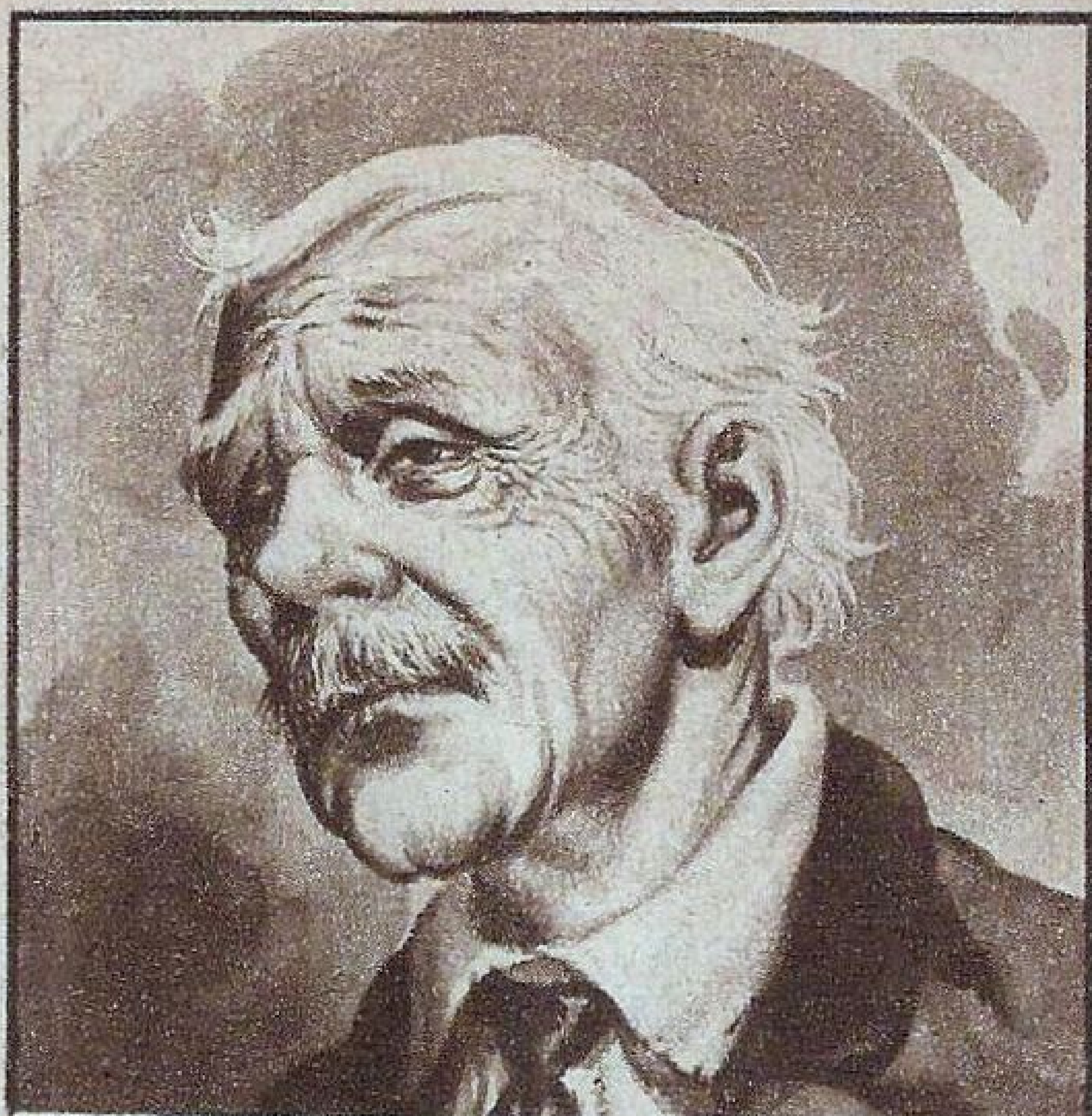


Y, al besar a las niñas, despidiéndolas, exclama: —¡Oh! No os veo bien, no os distingo; me parecéis una sola... El médico, que lo ha oído, le pregunta: —¿Qué? ¿La vista no anda bien? —Mal estamos hoy —le contesta el Conde—. Toda la mañana he notado una obscuridad, una vaguedad en los objetos...

Mira en derredor, con ojos que se esfuerzan en ver. —No veo nada..., apenas distingo... —dice. Luego se fija en la Condesa, que, altanera, le clava la mirada, y continúa: —No veo bien más que a Lucrecia..., a ésa, sí..., la veo..., allí está... Mi ceguera creciente no me permite ver más que las cosas grandes..., el mar, la inmensidad..., y ella es grande, enorme...; la veo... como el mar... Es otro mar, un mar de... de... de... Su voz se extingue. Queda inmóvil y rígido. Y todos se miran en medio de un profundo silencio.



68



Las niñas de Albrit tienen como preceptor a don Pío Coronado, un anciano maestro de escuela jubilado. La expresión bonachona de su rostro no lograron borrarla los años con todo su poder, ni los pesares domésticos con toda su gravedad. Su bondad, la excesiva blandura de su corazón, eran ya en Coronado un defecto, casi un vicio, por lo cual, lamentándose de sus acerbas desdichas, solía decir, elevando al cielo los ojos y las palmas de las manos: —¡Señor, qué malo es ser bueno!

69



Aquel día —algunos después de la entrevista del Conde con su nuera y de la marcha de ésta a Verola —llevaba ya el maestro más de una hora de inútiles tentativas para introducir en la mollera de sus alumnas algunos conocimientos históricos, aritméticos y gramaticales, cuando aquéllas le propusieron suspender la lección para ir de paseo.

70



—Es un día espléndido. —Y el cielo y la mar nos dicen: "¡Venid, volad y traed a vuestro adorado preceptor!". —¿Yo..., también yo? ¡Viva la indisciplina!

71



Cuando las muchachas están convenciendo al bueno de don Pío para complicarlo en su aventurita, aparecen el cura y Venancio. Don Carmelo aprueba el paseo, pero a condición de que no sea por el bosque, e indica a don Pío que las lleve por la playa. Lo dice teniendo en cuenta, allá en su fuero interno, que el Conde acostumbra pasear por el bosque. Y en evitación de un encuentro con él, le recomienda muy especialmente que no se separe de ellas.

72



Nell y Dolly van con el maestro a la playa. Se queda el cura con Venancio, a los que se agrega el médico. Es reunión convenida para hablar del Conde, en la que interviene también Gregoria. Hablan sobre el encargo que les ha dado la Condesa de vigilarlo. Y los dueños de La Pardina se lamentan de las molestias y gastos que les ocasiona, de los cuales no los resarce la asignación que la señora les ha señalado para mantener al suegro.

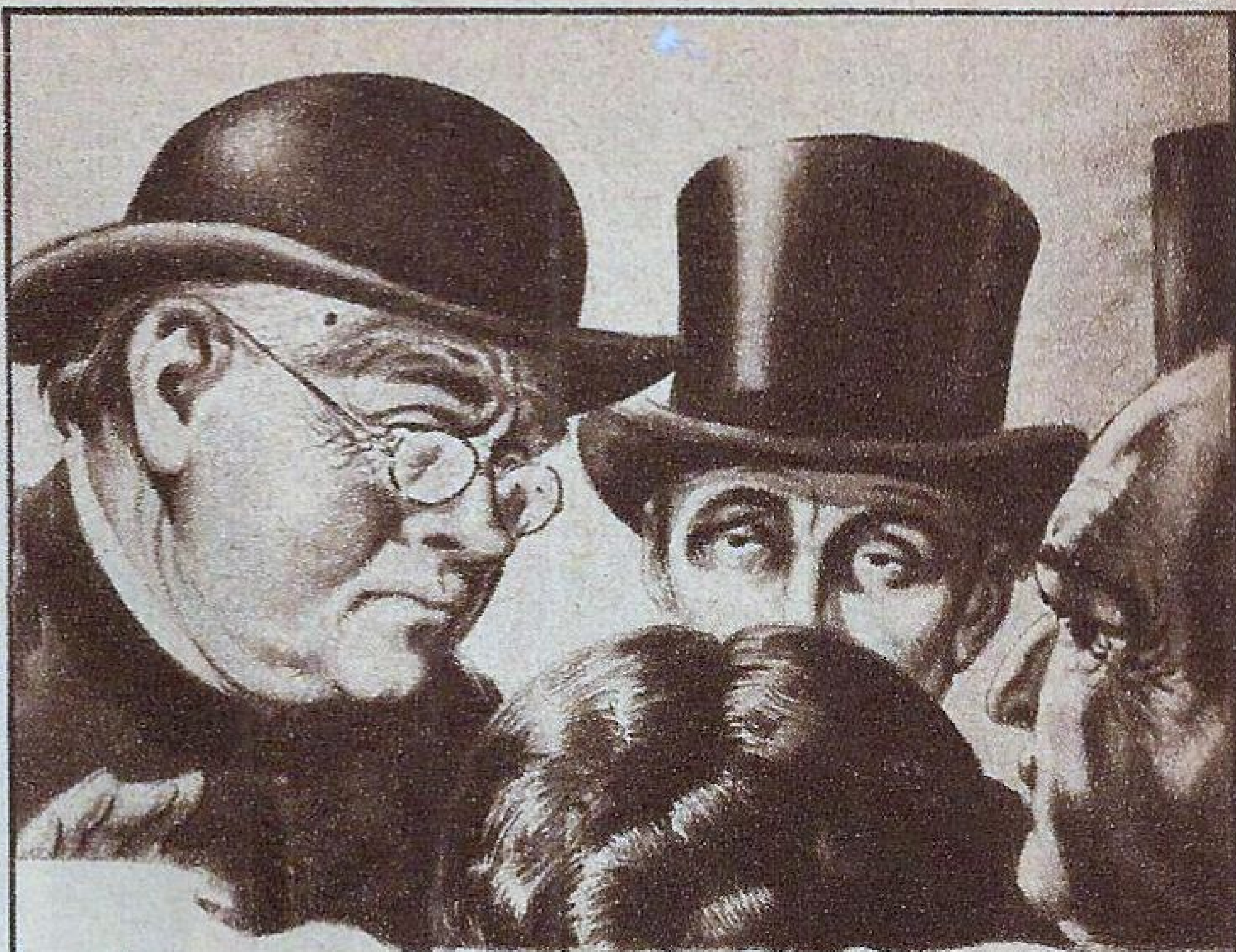
73





El cura les reprocha su avaricia y mezquindad, advirtiéndoles que la misión de todos ellos es aliviar, en lo que les sea posible, la triste situación, física y moral, de aquel anciano desvalido, de aquel prócer...

74



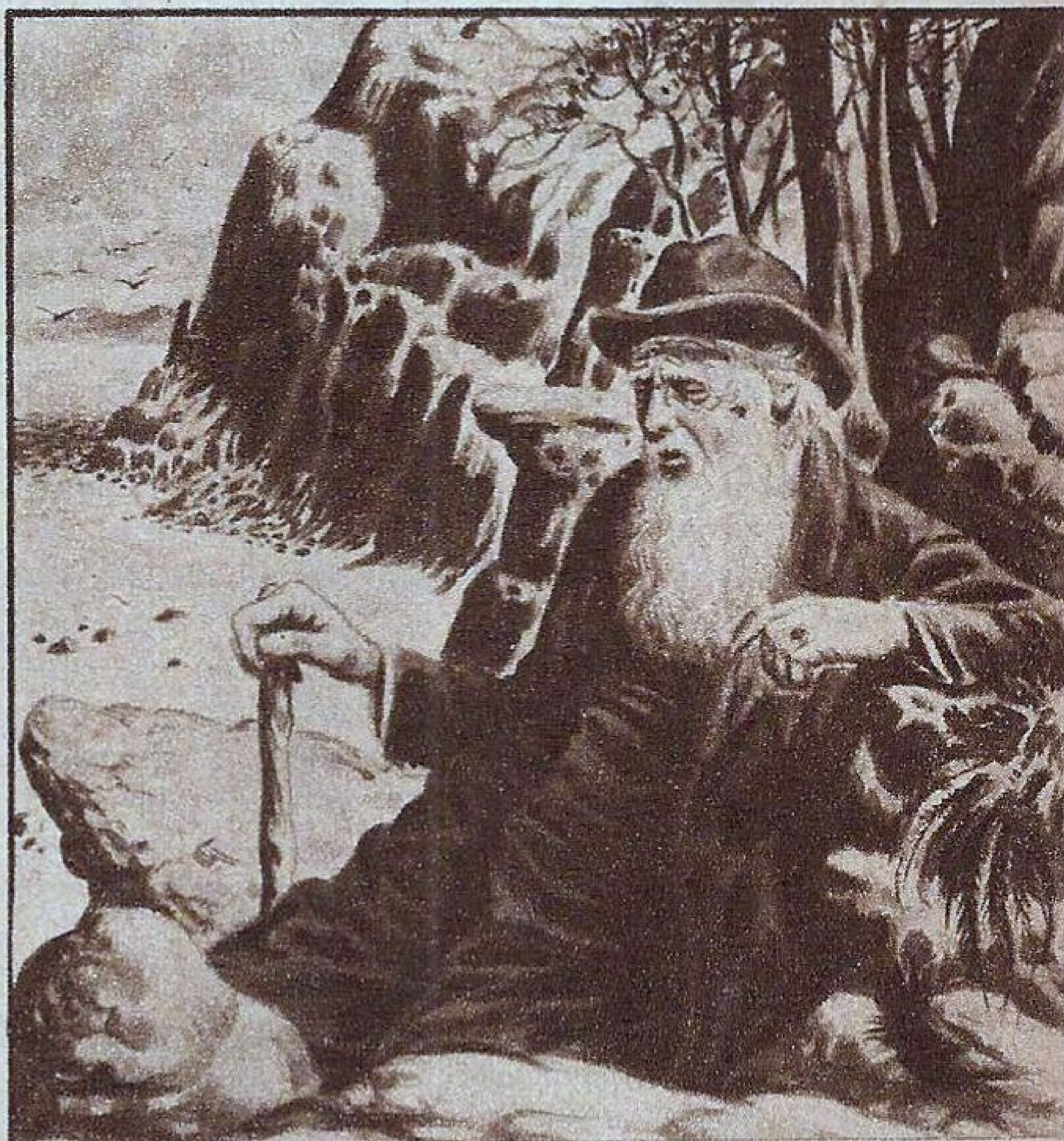
...ilustre, y recordando que, si en la época de su poderío y grandeza él les tendió la mano y fué su sostén, ahora deben corresponder con fiel solicitud y cariñoso amparo. Sus palabras son acogidas con demostraciones de asentimiento. Pero aun están más de acuerdo con él Gregoria y Venancio cuando, teniendo en cuenta las rarezas del anciano, reconoce que "el pobre león de Albrit estará mejor en otra leonera". Esa "otra leonera", en la que el cura ha pensado y con la que todos están muy de acuerdo, es el convento de Jerónimo de Zaratán. Mientras discuten la forma de llevar a la práctica aquel proyecto, el Conde, que hasta entonces ha permanecido en su habitación, sale al campo, a paso lento, apoyado en un palo, y tan abstraído que apenas repara en ellos.

75



Se interna por los senderos del bosque, dándole vueltas a la idea que lo obsesiona. Del largo monólogo interior, podemos recoger estas palabras: "Esa diabólica mujer no ha querido decirme cuál de mis nietas es la falsa; pero no importa... Verás, verás, infame, cómo yo lo averiguo sin ajeno auxilio, sin interrogar a los que seguramente conocen tus secretos... Dios me dé una intensa penetración para desentrañar la verdad; sabré leer la historia de mi deshonra en esas preciosas caras; y, si por mi ceguera no acierto a descifrar los rostros, leeré en la invisible cifra de los pensamientos, penetraré en la hondura de los caracteres, y no necesito más, pues los caracteres son el temperamento, la sangre, el organismo, la casta... ¡Adelante, Rodrigo de Albrit!"

76

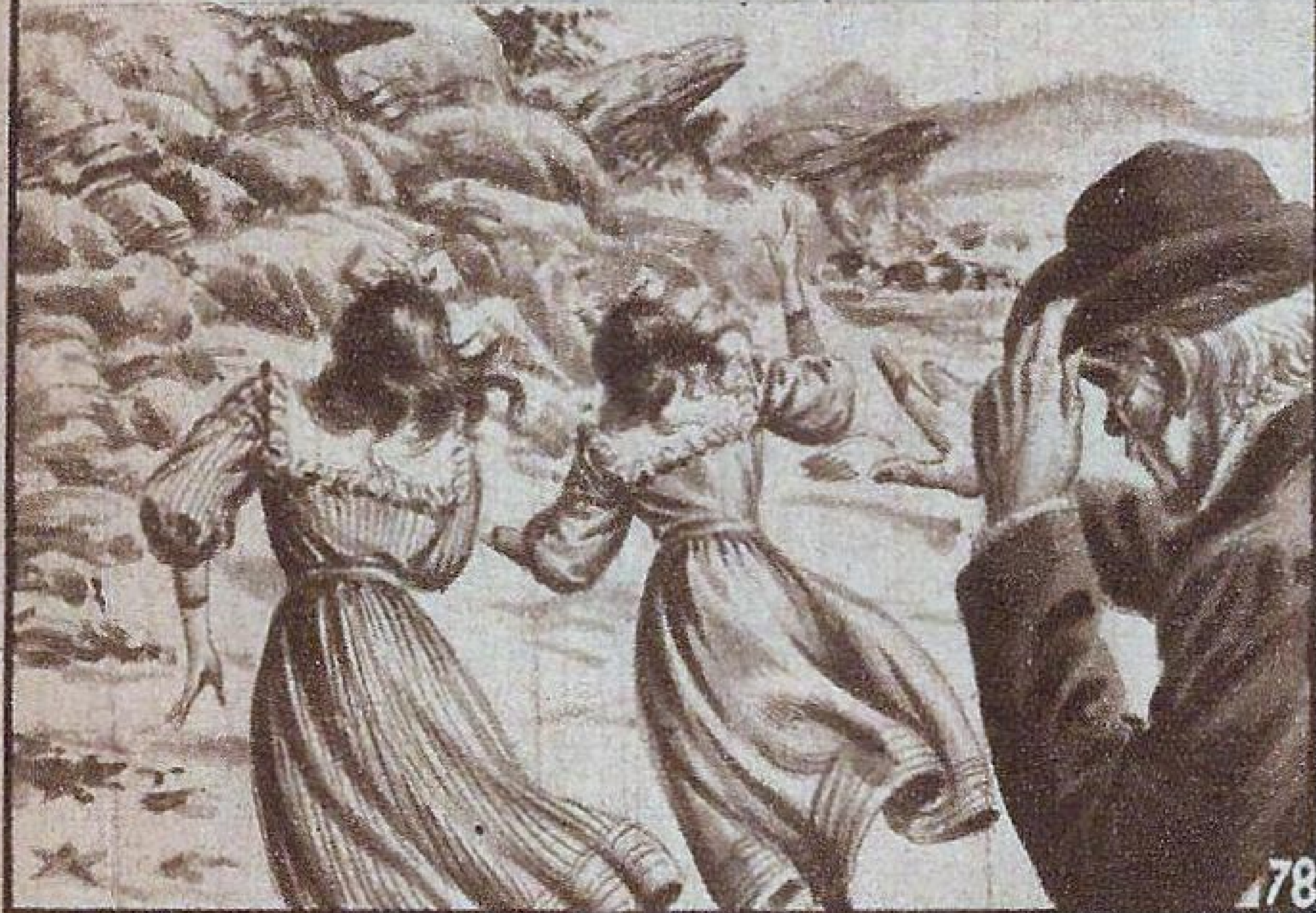


Andando y andando llega a un altozano del bosque que parece suspendido sobre el mar. Al Norte, el cantil, que desciende con rápido declive hasta la playa, la cual se extiende limpia y arenosa en toda la profundidad del paisaje. En una peña que le ofrece cómodo asiento se recuesta el anciano, meditabundo, y contempla abstraído la costa y el oleaje manso y rumoroso.

77



Desde allí distingue en la playa unos bultitos que se mueven y en los que adivina a las nietas; éstas, con mejor vista, lo han reconocido desde lejos, y corren hacia él, subiendo ágilmente por las piedras del cantil, hasta llegar a un tiempo las dos, sofocadas, sin aliento, junto al abuelo, que las abraza y las besa.



78



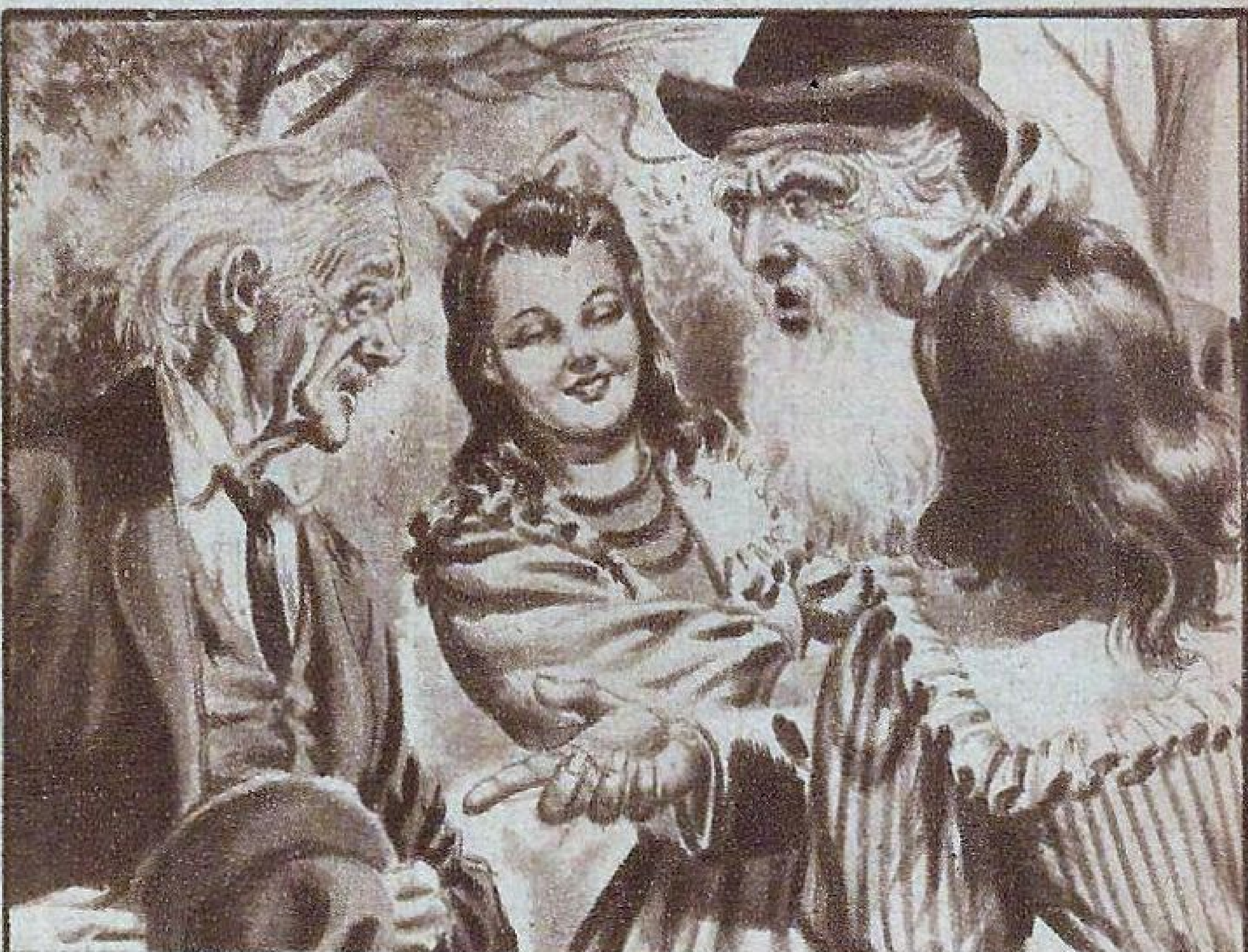
—¡Por qué habéis venido tan aprisa? Claro, como sois ángeles, nada os cuesta volar. —Don Pío no quería que viniésemos.

79



El buen viejo, a quien cuesta mucho seguirlas, llega por fin junto a ellas, muerto de fatiga. Saluda al Conde, y éste le dice que, puesto que ya no necesita cuidar a las señoritas, puede marcharse. Tímidamente el maestro le advierte que le es imposible dejarlas, porque el señor Venancio le encargó mucho que no les consintiera separarse de él, que con ellas salía y con ellas debía volver a casa. Picado, el Conde le replica: —Ya que no es usted el maestro, porque ellas no aprenden, lo mandan a usted que sea su pastor. Pues para pastorear este rebaño, me basto y me sobro, señor Coronado.

80



—No se incomode, señor. Yo no hago más que cumplir las órdenes de Venancio. —¿Y mis órdenes no significan nada para usted? Ese bestia mandará en su casa, pero no en mi familia. —Abuelito, por amor de Dios, no te incomodes. —¡Si don Pío se va!... ¿Qué tiene que hacer más que lo que tú le mandes?

81

—Así es, en efecto. Me retiro, puesto que lo manda usía con tanto imperio... —dice el buen Coronado—. Y si me riñen allá, que me riñan... Lo que yo digo: "es malo ser bueno". Quedan solamente el abuelo y las nietas. Dominado por la idea que lo atormenta, el Conde las hace acercarse a él y aproximar sus rostros al suyo. Se pone una a cada lado, y él las abraza. Las tres cabezas quedan casi juntas. El abuelo las mira con profunda atención, para luego exclamar con desaliento: —No veo, no veo bien... Esta condenada vista se me va, se me escapa cuando más la necesito... Y por más que os miro no hallo diferencia en vuestros semblantes.



82



Sopla viento de turbonada. Gruesas nubes obscurecen el sol. Y sin temor a que los sorprenda la lluvia, echan a andar por el bosque. En un momento en que sus nietas se alejan de él, jugando, el Conde reflexiona: "Las facciones nada me dicen... Hablarán los caracteres... Ya se clarean, ya. Nell paréceme más grave, más reposada; Dolly, más frívola y traviesa... Pero noto que cambian, permutan las cualidades de una y otra, de modo que aquélla parece ésta, y ésta, aquélla. Observemos mejor."

83

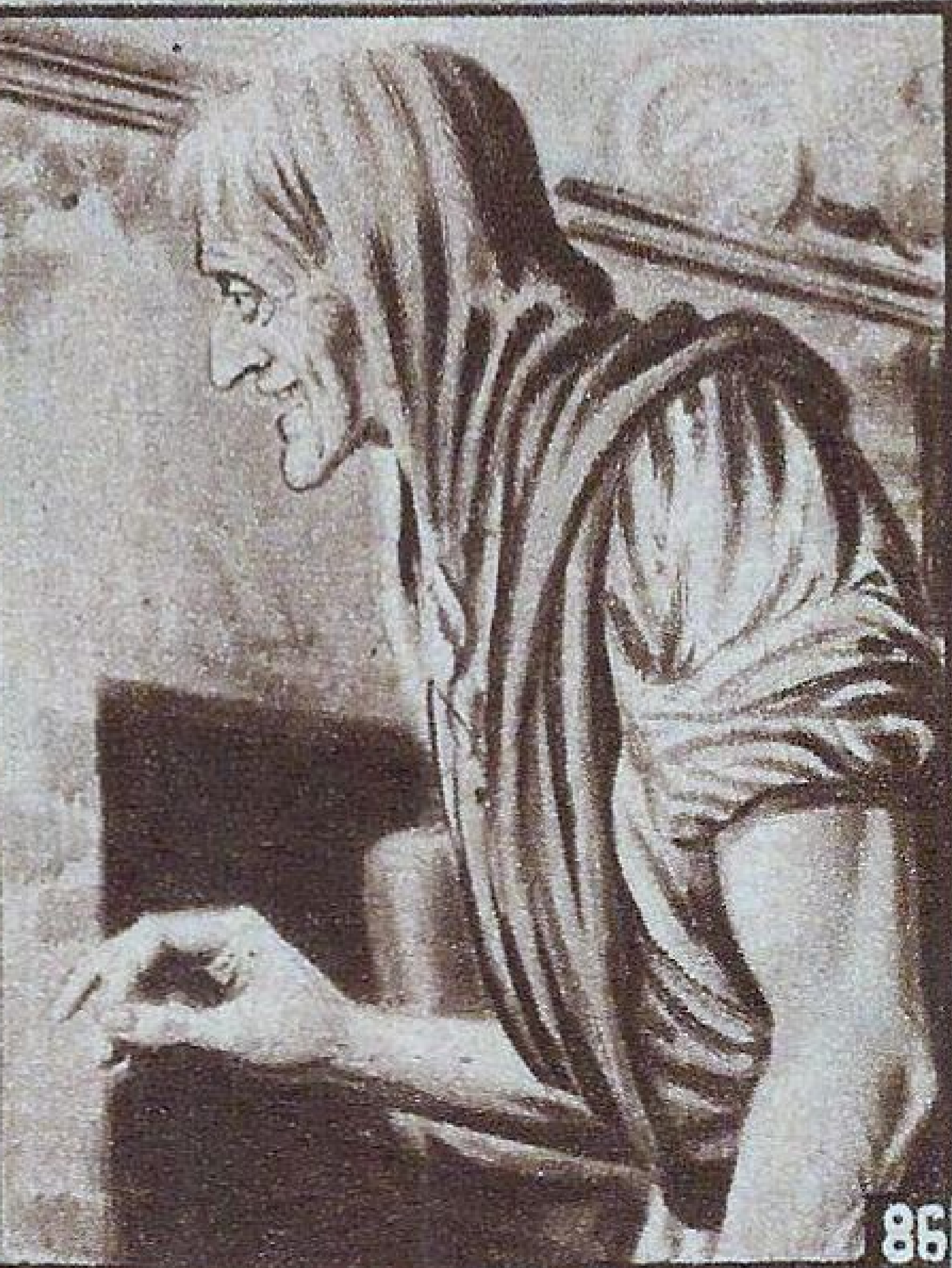
Para guarecerse de la lluvia, que comienza a caer copiosamente, se refugian en la gruta de Santorojo: cavidad ancha y profunda en la fragosa peña. Allí el Conde se confunde aún más, pues las voces de sus nietas, devueltas por el eco, le parecen una misma, semejante a su vez a la de la Condesa Adelaida, su difunta mujer. "Soy yo", dice cada una de ellas, y el eco devuelve sus palabras con idéntico acento. "¡Confusión horrible!" —piensa el Conde. "Soy yo" —dice la naturaleza... "¿Y quién eres tú?... ¿Será Nell la mala?... ¿Será Dolly?"





Salen de la gruta cuando pasa el chubasco y van a dar a una pobre casa de campo, de un solo piso, de una sola puerta, con dos ventanucos tuertos. Vive allí una vieja corpulentísima, mujer de excepcional naturaleza, que por su musculatura, en cierto modo grandiosa, parece prima hermana de la **Sibila de Cumas** de Miguel Angel. 85

La Marquesa, como llaman a aquella mujer, ha servido en su juventud en La Pardina. Ha conocido a la familia del Conde, lo conoce a él desde hace mucho tiempo, y, tras recordar días lejanos, le hace el elogio de sus nietas, que llevan la alegría por dondequiera que van. —¡Ah! —le dice—. ¡Si el señor las hubiera visto aquí esta primavera, cuando venían a pintar!

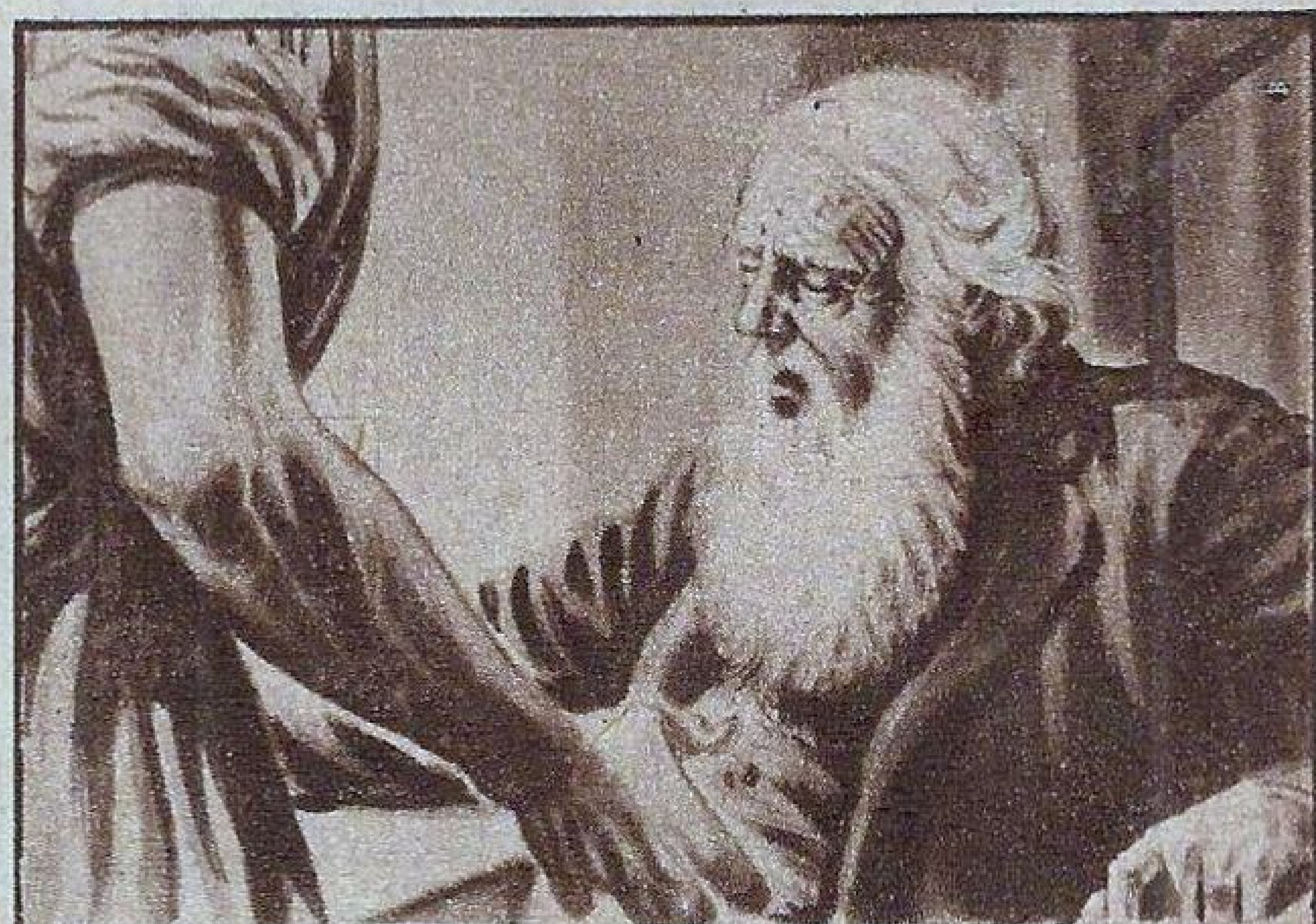




Al Conde le da un vuelco el corazón. Es la primera vez que oye aquello de que sus nietas pintan. Pero ¿cuál de las dos? Las llama, excitadísimo. La pintora es Dolly. Al comprobarlo, el anciano inquiere de ella el origen de su afición, en el afán de descubrir si aquel gusto por la pintura, aquella inclinación artística, la lleva en la sangre. Así parece ser. 87



El Conde se queda abstraído, como si su espíritu se sumergiera en abismos profundos. La Marquesa se sorprende de su silencio, pero aún más de sus palabras, cuando le oye decir: —Has sido la sibila que me ha revelado lo que yo quería saber. Dios me trajo a tu choza. Mis horribles dudas, gracias a ti, se han trocado en triste certidumbre... 88



—Lo que tiene mi señor Conde es debilidad. ¿Quiere un vasito de vino? Lo tengo blanco y bueno. —Lo que tengo es tristeza, y mi tristeza no se disipa bebiendo. Es muy honda. A veces el descubrimiento de la verdad nos amarga la existencia más que la duda. No sé cuál es más terrible monstruo, si la madre o la hija, si la duda o la verdad... 89



—No se caliente la cabeza, señor..., porque, de cavilar, ¿qué sacamos? El cuento de que las mentiras son verdades y las verdades mentiras.

90



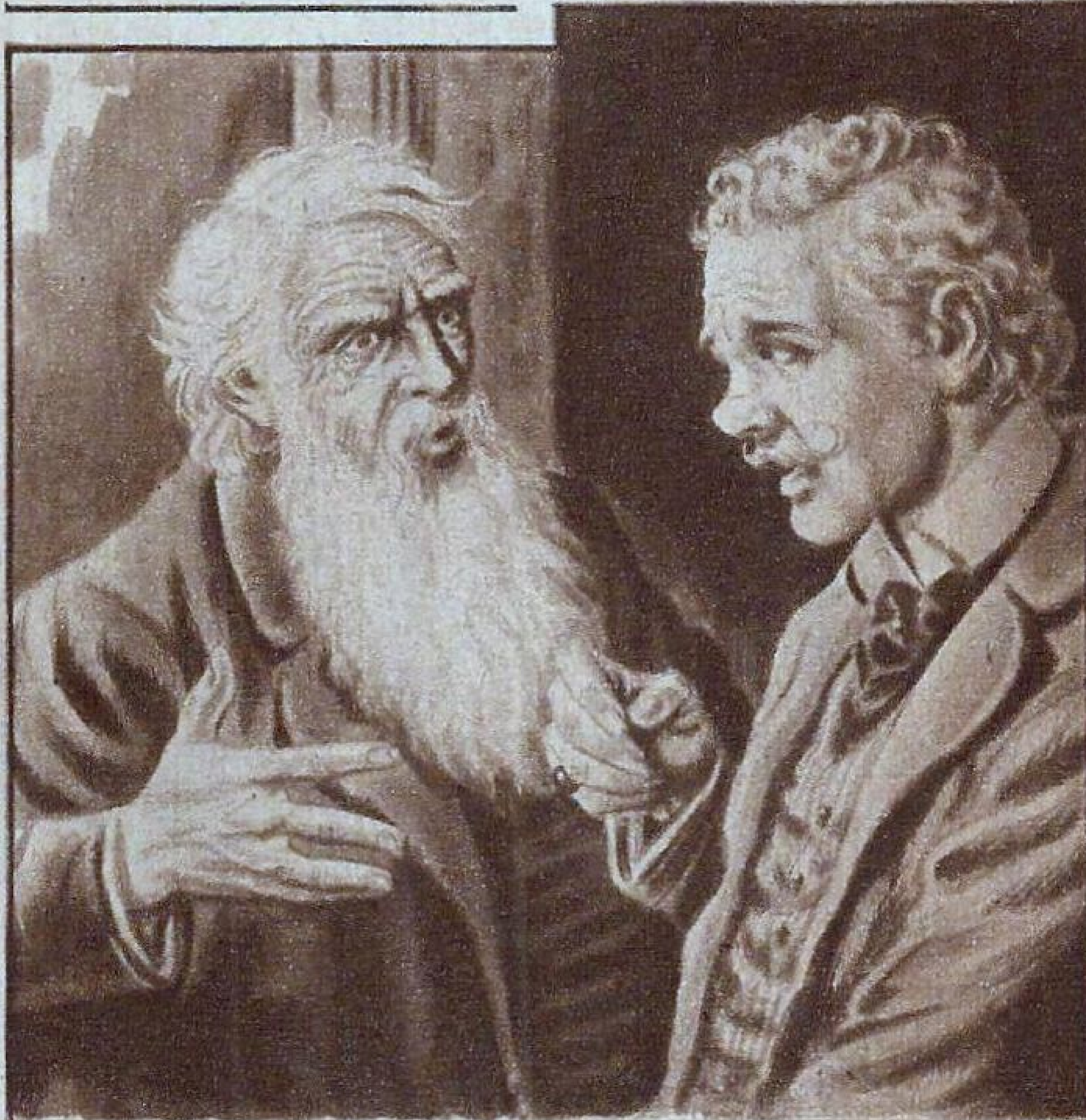
—Todo es dudar, gran señor... Hártese de dudar y de vivir... tomando las cosas como vienen, y vienen siempre dudosas. —Eres la sibila de la duda. Te agradezco tu filosofía. No sé si podré seguirla.

91



Desde aquel día, el Conde procura llegar a la comprobación absoluta de que Dolly es la hija espuria, la nacida de los amores de la Condesa con el pintor Carlos Eraul. Otros detalles de su carácter parecen confirmar su origen plebeyo, pues si el genio pictórico abrió camino a aquél, fuera de la educación artística, que se debió a sí mismo, no podía vanagloriarse de su cuna, hijo de un vaquero metido a contrabandista. Sin embargo, también puede comprobar el abuelo que la nobleza de sentimientos de Dolly y el amor que siente hacia él, en nada ceden a los de Nell y aun los aventajan.

92

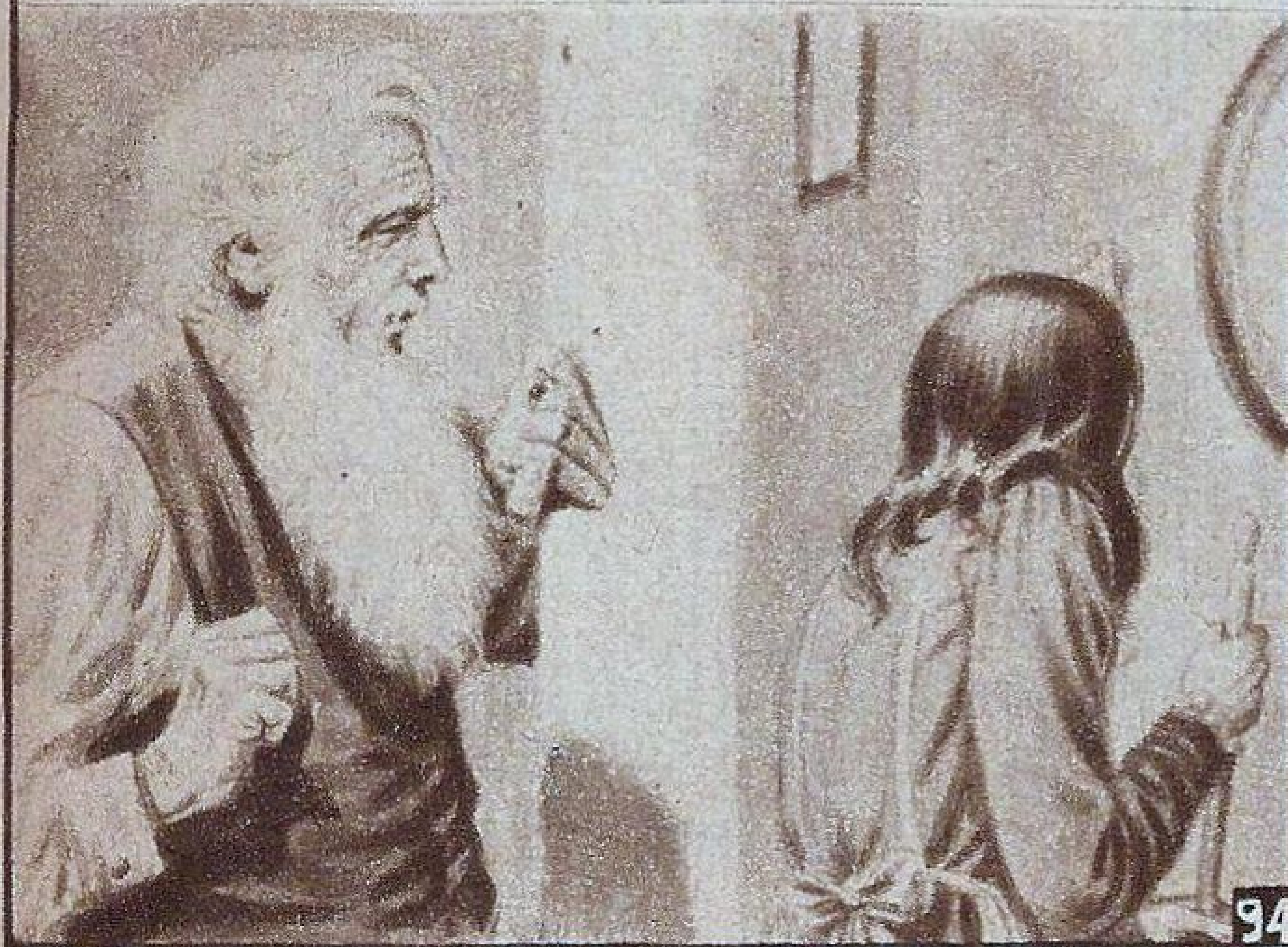


En vano interroga a Senén, el correveidile de su nuera. Tiene el convencimiento de que aquel miserable posee el secreto que tanto ansía descubrir, pero nada consigue de él. Es un secreto que el antiguo criado de la Condesa vende caro a su señora y que no saldrá de sus labios mientras le pueda servir de ganzúa para que ella siga protegiéndolo, ayudándolo a enriquecerse y a encumbrarse.

93



Dolly ha notado el desvío del abuelo con respecto a ella, como si ya no la quisiera, y sufre y se esfuerza en demostrarle que ella lo quiere siempre. Procura subsanar las faltas que con él cometen sus antiguos servidores, dueños ahora de La Pardina, los que en su ruindad y egoísmo llegan a todas las indignidades de la ingratitud. Le hace el café a su gusto, le guisa platos que son de su agrado, le arregla la habitación.

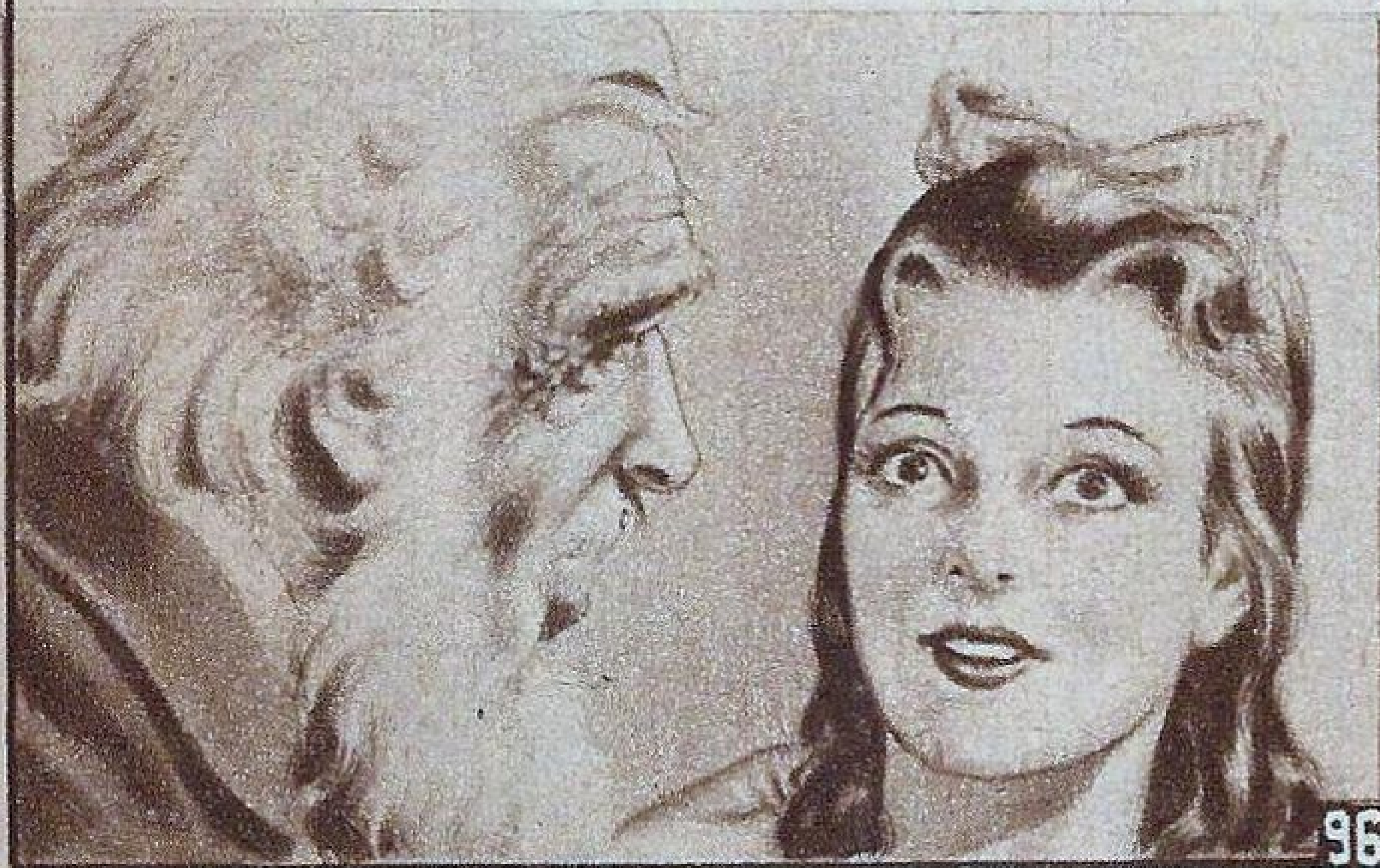




Y le dice palabras que le llegan al alma: —No vayas a creerte que hago estas cosas para que me quieras. Pégame, y haré lo mismo. Las hago porque es mi deber, porque es mi deber, porque soy tu nieta, y no puedo ver con calma que a un caballero como tú, poderoso en otro tiempo y dueño de toda esta comarca, lo desatiendan gentes groseras, que no valen lo que el polvo que llevas en la suela de los zapatos.

95

—Hija mía, tu charla inocente, tu ingenuidad, tu alma, que sale con tu voz y aletea en tus resoluciones, hacen en mí el efecto de un tremendo huracán..., ¿no entiendes?...; sí, de un huracán que me envuelve, me arrebata, me arroja en medio de la mar... —¡Abuelo!...





Sin que Dolly pueda comprender aquel arrebato de su abuelo, él continúa, como enajenado: —Sí; aquí me tienes forcejeando en medio de este oleaje de la duda. Una onda me trae y otra me lleva..., y yo..., ahogándome sin morir en esta inmensidad negra y fría... ¡Oh! ¡No puedo vivir, no quiero vivir!... Señor, la verdad o la muerte... No te asustes, niña querida. Son arrebatos que me dan. Tras esta duda quizá venga la certidumbre que deseo, que pido a Dios con toda mi alma; certidumbre que no será la que perdí: será otra, ¡qué se yo! Dolly, ¿dónde estás? Ven a mí. Abrázame. Si eres tú, porque lo eres...; si no, porque..., no sé por qué..., porque sí..., no lo sé. Y la abraza estrechamente y la besa llorando.

97

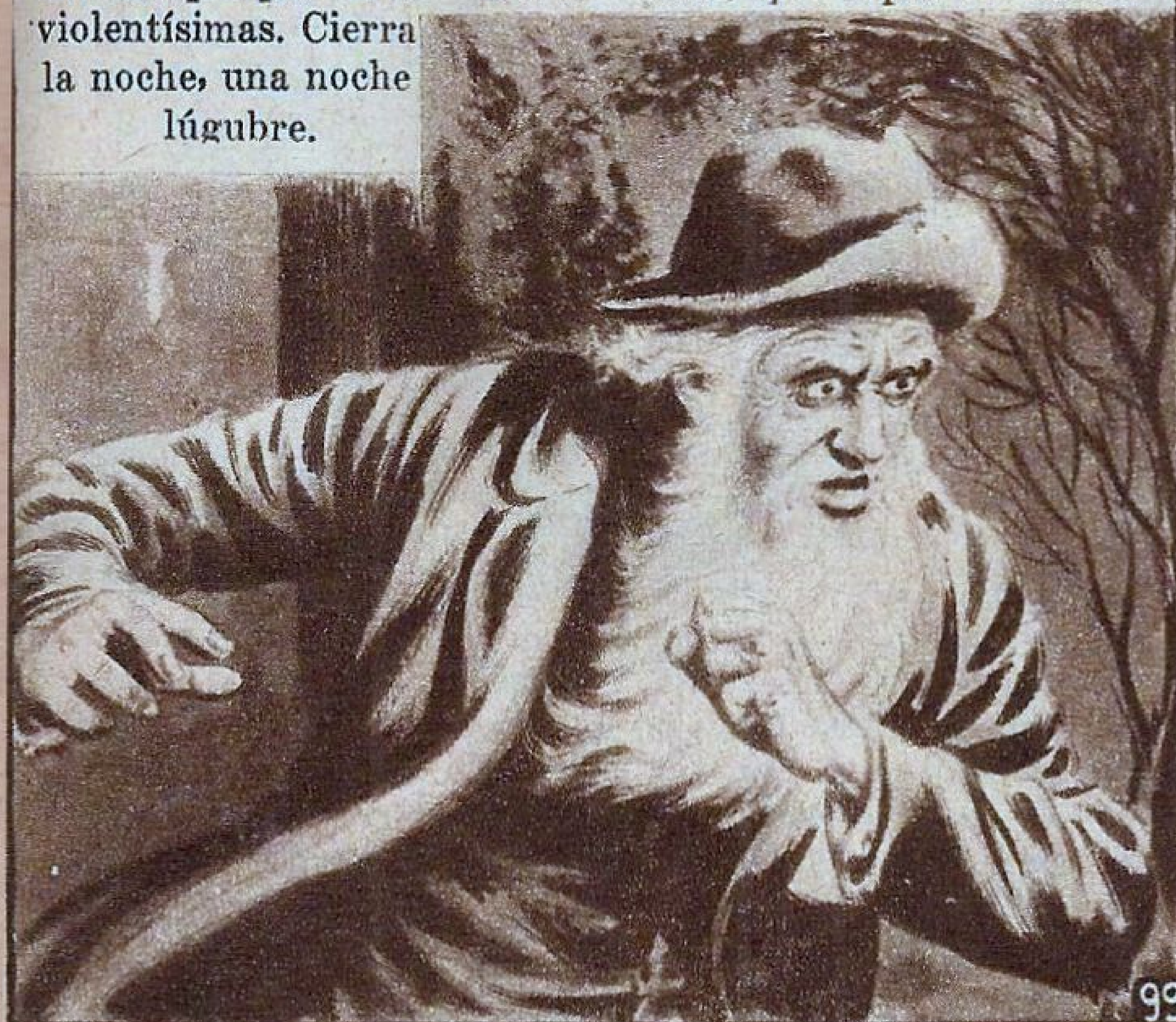
Interrumpe aquella emotiva escena la llegada del cura. Viene a recordar al Conde que lo esperan para acompañarlo al monasterio de Zaratán. Los que lo esperan, además de don Carmelo, son el médico y el alcalde. Lo llevan con el pretexto de visitar el convento, cuyos frailes desean agasajarlo, como prueba de gratitud por lo mucho que ha hecho en favor de la comunidad; en realidad, para dejarlo en él.



Pero de nada valen los subterfugios con el Conde de Albrit. Cuando después de haber comido y pasado la tarde en el monasterio, advierte que sus compañeros se han marchado a Jerusa, se revuelve furioso contra el prior: —Me han traído con engaño, me dejan con perfidia..., se van... Me encierran como a una bestia dañina... ¡Me ponen en manos del carcelero, que es usted, la Comunidad...!¡Zaratán maldito!

98

Y, en un rasgo de fiereza, obliga a que le abran la puerta del convento: —¡Ah, se me obedece al fin!... Abierta la jaula, el león recobra la libertad... ¡Ay del que quiera sujetarlo! Sale presuroso y se aleja con tal viveza, sacando bríos de sus piernas cansadas, que su rápido andar parece milagroso. Toma la dirección del páramo, hacia el cantil de Santorojo, colosal muralla que se eleva del mar, en algunos sitios con declive de peñas escalonadas, en otros con una verticalidad espantable. Continúa andando, no sin dificultad, porque va de cara al viento, que sopla en rachas violentísimas. Cierra la noche, una noche lúgubre.



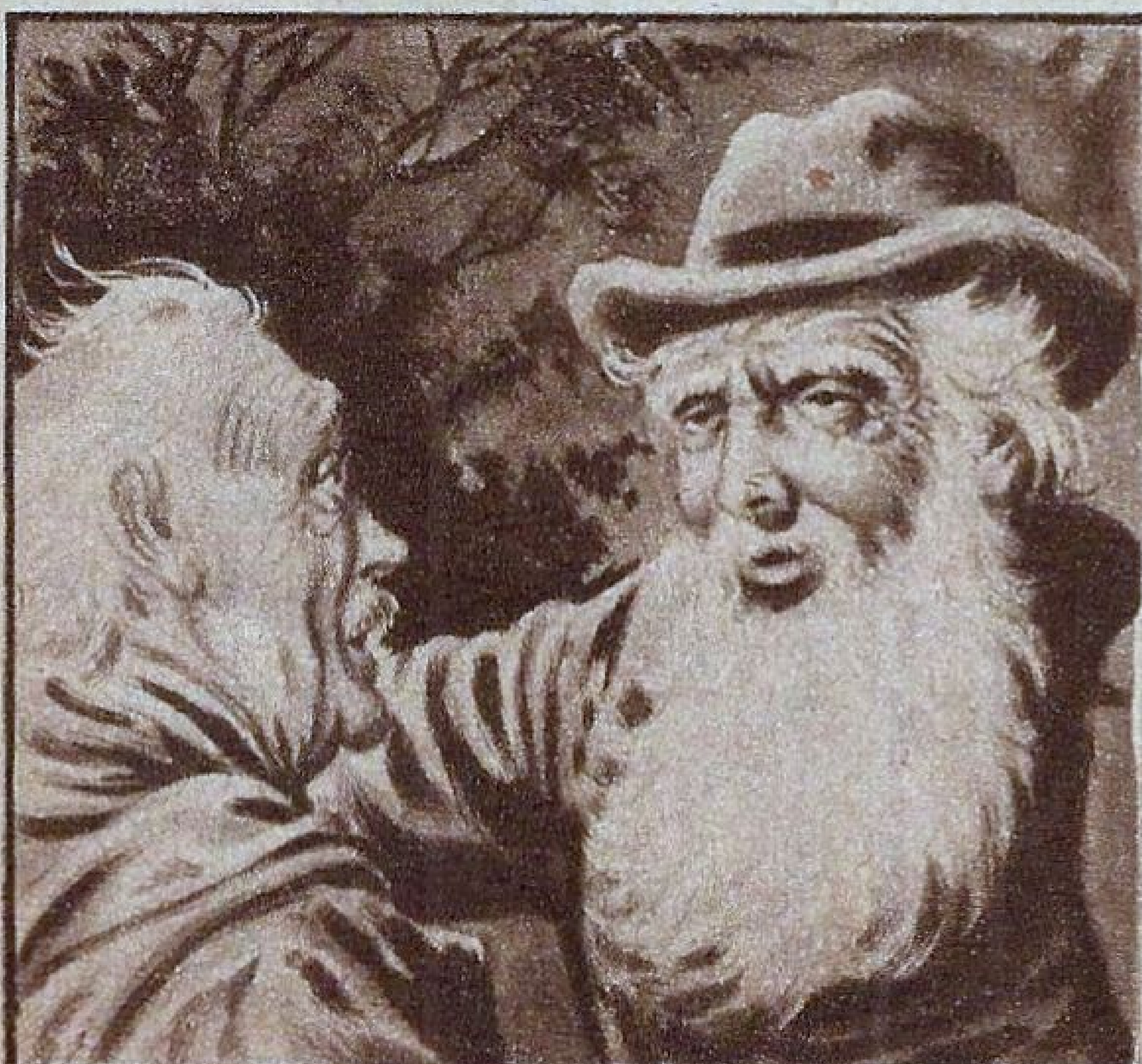


En dirección contraria a la que lleva el Conde avanza un hombre. Es don Pío Coronado, el preceptor de las nietas. Sus desventuras lo han llevado hasta allí, dispuesto a tirarse desde los cantiles al mar; pero en aquella ocasión, como siempre, le falta decisión para matarse. Relata sus cuitas e infortunios, hijos todos de su bondad, al Conde de Albrit, en quien encuentra comprensión y afecto, y los dos ancianos llegan, andando juntos, hasta el Calvario, y se sientan en la meseta de granito que sustenta las cruces.

100

Allí el Conde lo interroga sobre sus nietas. —Tú que las has tratado íntimamente, tú que has vivido en contacto con sus inteligencias en capullo, con sus corazones virginales, dime: ¿cuál de las dos te parece más noble, más moralmente bella, más digna de ser amada? Las preferencias de don Pío van hacia Dolly. —Hay algo en Dolly —dice— que me parece superior a cuanto vemos en el mundo. O mucho me equivoco, señor de Albrit, o la engendraron los ángeles.





—Soy de tu opinión con respecto a Dolly, agudísimo Coronado. Veo que tu inteligencia sabe penetrar en la razón y fundamento de las cosas. Y me figuro que tu juicio se funda en observaciones... —Sí, señor... Cuando estuvo aquí toda la familia, hace dos años, observé en el señor Conde de Lain la misma preferencia. Cuando paseaban, que era las más de las tardes, Dolly iba del brazo de su papá. Y Nell, del de la madre. Don Rafael idolatraba a Dolly.

102



El Conde se muestra gozoso, animadísimo. La concordancia de las ideas de don Pío con las suyas lo llena de júbilo. Pese a sus anteriores presunciones, se aferra a la idea de que Dolly es la buena. Regresa con Coronado a La Pardina, donde su presencia causa una...

103



...verdadera consternación a Gregoria y Venancio, que lo creían definitivamente encerrado en el monasterio.

104



Va allí no para acogerse de nuevo en casa de quienes lo arrojaron de ella con su ingratitud y grosería, sino para ver a sus nietas. Pero las nietas están en una fiesta que da aquella noche el alcalde en su casa. Encarga a don Pío que vaya a buscarlas.

105



Llegan Dolly con don Pío, Nell con Senén, el cura y el alcalde, y están presentes, además, Gregoria y Venancio. Enterada de lo ocurrido, Dolly se encara con todos: —¡Cómo habíamos de permitir tal infamia si la hubiéramos sabido! Han faltado al respeto que merece el noble desvalido, el anciano, el padre de Jerusa, el que no debiera entrar en estos valles y en este pueblo sin que antes las piedras se levantaran para bendecirlo y hasta los árboles se arrodillaran para adorarlo... ¿Por qué queréis privarlo de libertad? No padece más locura que en el cariño que nos tiene; y si los que se han criado a su sombra lo menosprecian o lo ultrajan, aquí estamos nosotras, las nietas, para enseñar a todo el mundo la veneración que se le debe.

106



—¡Vaya un geniecillo! —Pero, chiquilla, tú...
—Yo... Me basto y me sobro. Nieta soy de mi abuelo. —¡Sí, sí!... ¡Sangre mía, corazón de Albrit!

107



La Condesa ha regresado del castillo de los Donésteve, en Verola. Allí se ha concertado casar a Nell con el Marquesito de Breda, primogénito de Utrech. Ello va unido a un fracaso sentimental de Lucrecia con el Marqués de Pescara, que la inclina al arrepentimiento. Llevará a sus hijas con ella, las presentará en sociedad, casará a Nell, no faltará tampoco ocasión de casar a Dolly. Se hospeda en casa del alcalde y manda a buscar a sus hijas, que están con el abuelo en La Pardina.


108

Nell se apresura a regresar junto a su madre, muy complacida de las noticias que han llegado ya hasta ella, de su presentación en sociedad y de su próxima boda. No así Dolly, que no quiere separarse del abuelo, hasta que viene el alcalde con una pareja de la guardia civil y se la lleva a la fuerza. Cuando esto ocurre, el Conde está en su habitación con Senén, que ha ido a hablarle.


109

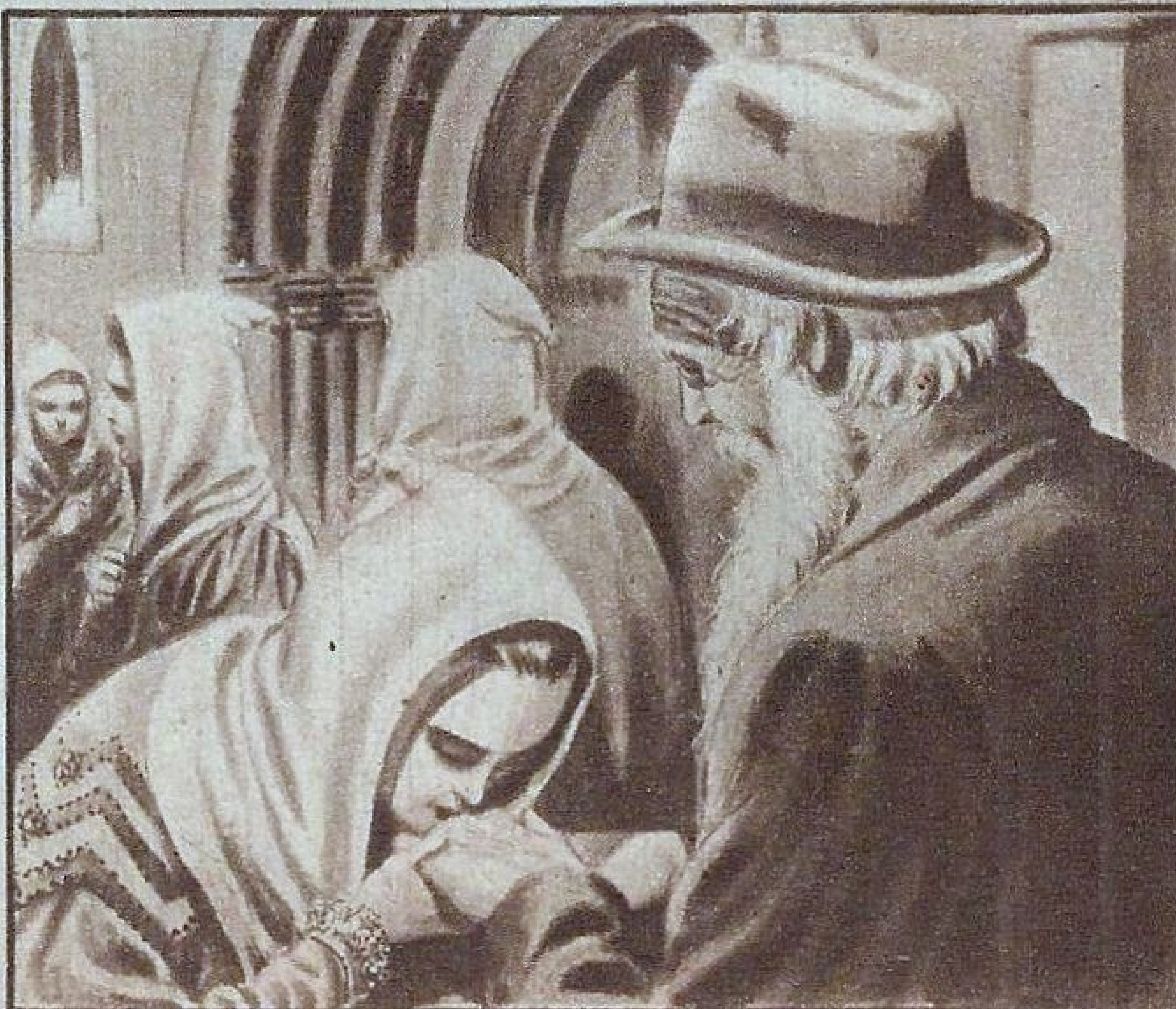
El Conde oye los gritos de protesta de la nieta, cuando se la llevan; va a correr en su defensa, fuera de sí. Pero Senén le cierra el paso, revelándole la verdad que tanto ansía y que en otra ocasión inquirió de él: —La hija falsa, la hija espuria... es Dolly. Es su venganza porque la Condesa se ha negado a darle lo que le pedía, echándolo de su presencia. Pero el Conde no se lo agradece, sino que, por el contrario, poseído de trágico furor, se arroja sobre él, clavándole las manos en el cuello: —¡Falsario, traidor! ¡Dolly es mi sangre!


110



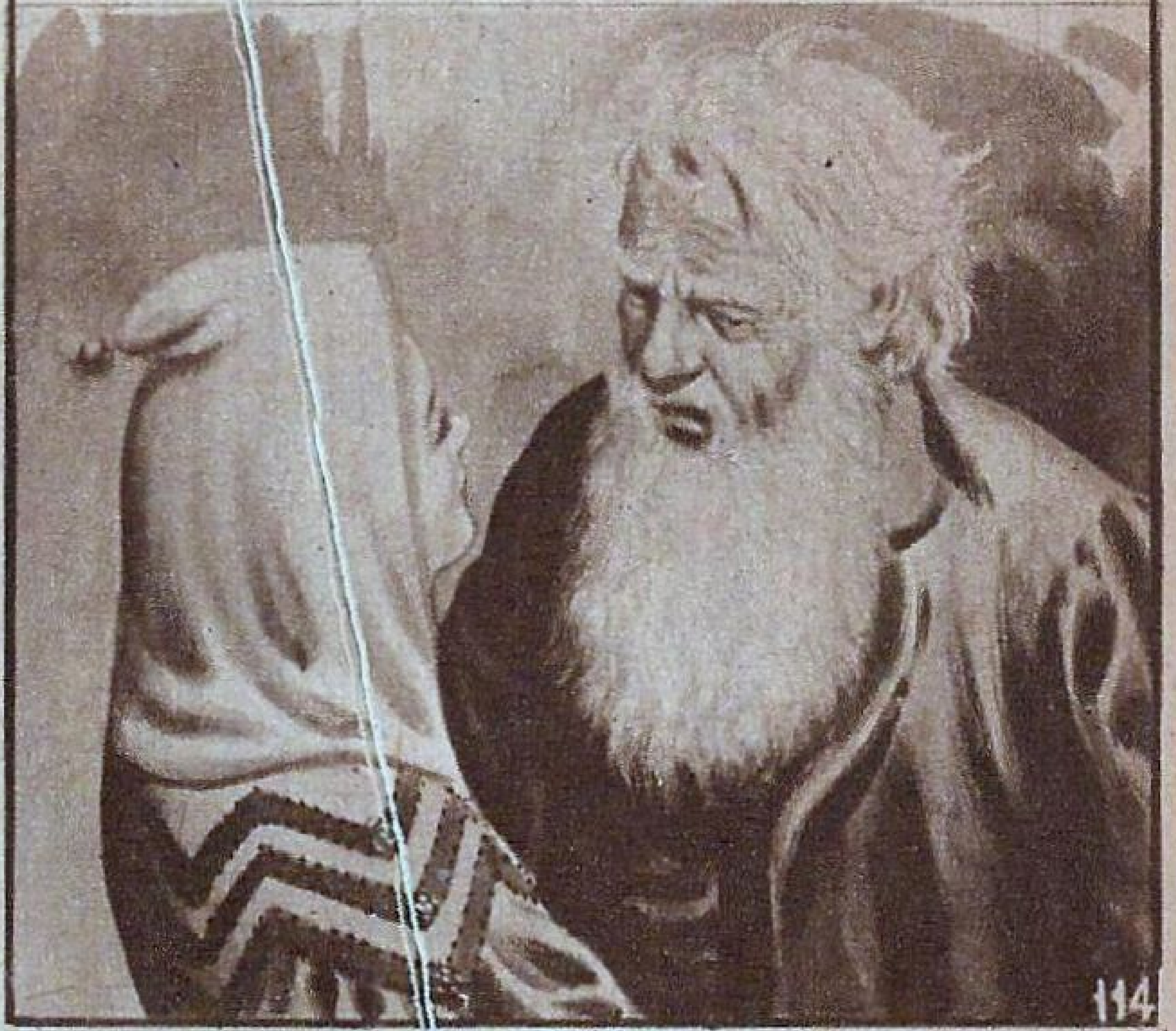
A punto está de matarlo, a pesar de que Senén le ofrece pruebas de la verdad de lo que dice, cuando Gregoria entrega al Conde una carta de la Condesa, que han traído para él. Alumbrado por el farol que lleva Gregoria, la lee el propio Senén, pues el anciano, casi ciego, no puede. La carta dice: "Señor Conde: por consejo de mi confesor, he autorizado a éste para revelar a usted la verdad que desea saber. Lucrecia."
111

El confesor de la Condesa es el prior de los Jerónimos, que a aquella hora se encuentra en la iglesia parroquial de Jerusa, en atención a que predica don Carmelo, por ser la primera noche de la novena de Nuestra Señora de la Esperanza. Allí se dirige el Conde. Cuando llega, don Carmelo no ha terminado aún su sermón, y espera en el pórtico.

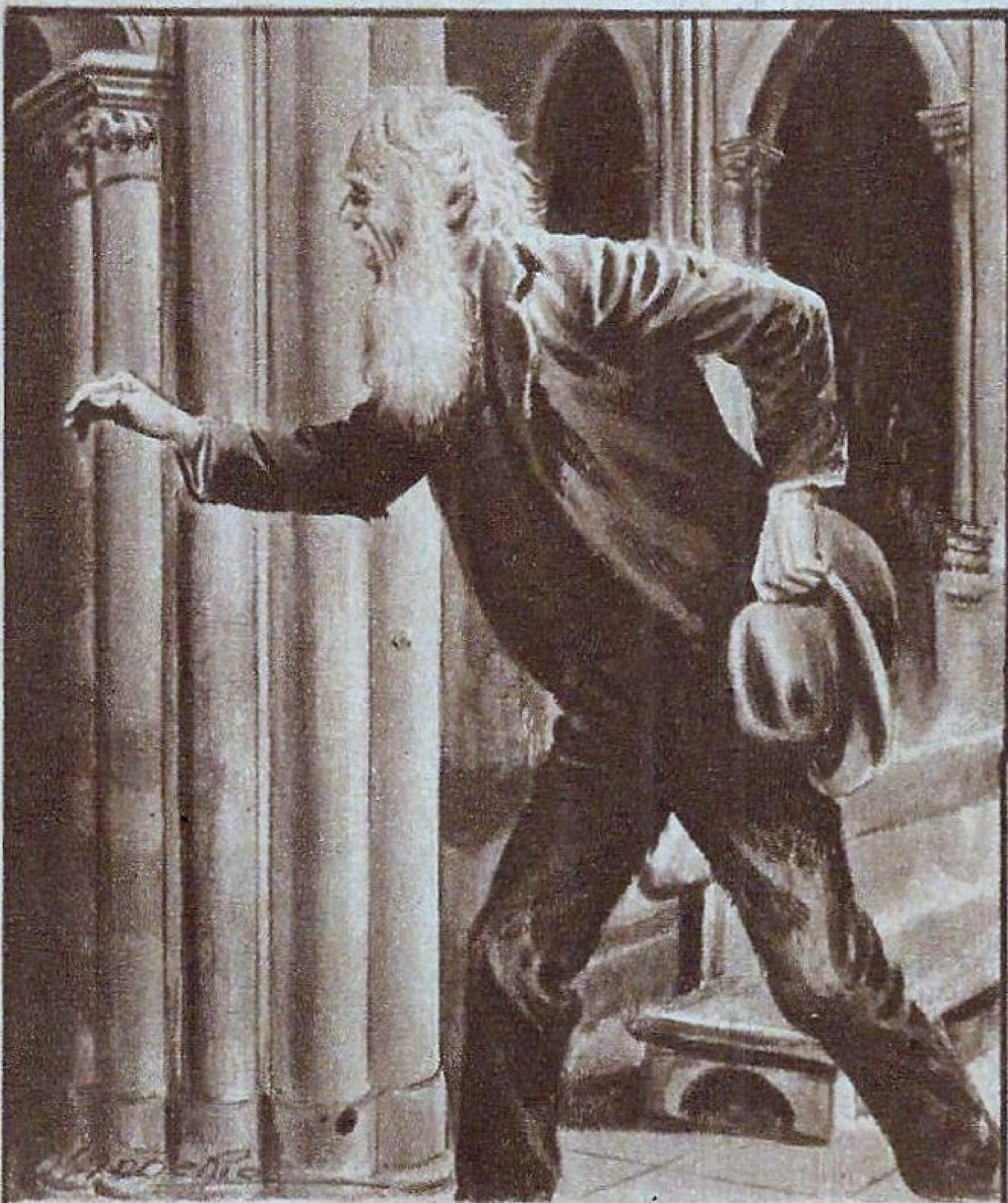


Empieza a salir la gente. Retírase el Conde a un ángulo del pórtico para dar paso a la multitud, y en esto sale por la puerta de la sacristía Nell, acompañada de una hermana del alcalde. Lleva la niña de Albrit caperuza de franela, que le da aspecto de figura gótica arrancada de las vitelas de un misal antiguo. Su rostro, de hermosas líneas, adquiere distinción severa. Caen sobre sus hombros los pliegues de la tela con suprema elegancia. Al ver al abuelo corre hacia él, le toma las manos y en ellas da sonoros besos.
112


El Conde siente hondamente removida su alma. En ella entra una ola impetuosa. Es el convencimiento de que tiene entre sus manos las de la legítima sucesora de Lain y de Albrit. —Hija mía—le dice—, tu presencia me causa tanto regocijo como orgullo. Te reconozco. Eres mi descendencia, la continuidad gloriosa de mi sangre. ¡Rama florida de Arista-Potestad, Dios te bendiga!
113


Luego le pregunta por su hermana. ¿Por qué no ha ido con ella? Nell le explica que su madre no ha querido que fuera porque está un poco mañosa, pero que mañana irán las dos a verlo. —No vayáis, porque no me encontraréis —le dice él.
114


—Pues ¿adónde te vas? —Sucesora de Albrit, futura Marquesa de Breda..., ya sé..., ya sé..., sigue tu camino lleno de luz y déjame en el mío tenebroso.
115


Con frialdad que le llega al alma, Nell le recomienda que acepte el recogimiento de Zaratán. Y el Conde se aparta de ella tambaleándose, en busca del prior. Tentando la pared, se precipita en las salas que conducen a la sacristía, exclamando: —¡Horrible, horrible! Ni siquiera ha manifestado el deseo de vivir en mi compañía..., lo que quiere es encerrarme... Esto es dar con el pie al ser inútil, al ser caído que estorba... La duda, ¡oh, Dios mío!, me asalta otra vez; la duda sopla otra vez en mi alma como huracán, y de las pavesas que se iban apagando levanta llamaradas... No, no es ésta la legítima, no puede serlo. Todos me engañan... Nell no tiene corazón; su frialdad desdeñosa desmiente la noble sangre. No es, no es... ¡Padre Maroto! ¡Prior de Zaratán!
116


117
Tropezando, se abre camino. Un monaguillo lo conduce. El prior sale a su encuentro. Cambian algunas palabras. Para hablar a solas, se encierran en el camarín de la Virgen.

El noble anciano sale de la iglesia tropezando como un ebrio. Se aleja por la calle del Buen Conde, que conduce a la subida del Calvario. Ya no puede dudar. "¿No hay un rayo del cielo que me haga ceniza? —se dice —. Nell es la verdadera, la falsa es Dolly, Dolly, ¡la que me quiere más! ¡Vanidades del mundo, grandezas del honor, con qué mueca tan horrible me miráis!" Avanza. Pasa junto al último farol de Jerusa por aquella parte. En dirección contraria viene una mujer del pueblo, que lleva una cesta al brazo. Es la Marquesa.



118

—¡Señor mi Conde, por aquí solito a estas horas! —¿Quién eres? Yo soy Albrit, el último Albrit de la línea masculina. Tú, ¿quién eres? ¡Ah! La Marquesa... Sibila de Jerusa, aquí me tienes. Ya no dudo; luego, no existo... Esto que ves en mí no es la persona de Arista-Potestad: es su esqueleto.



119

—Señor, ¿qué le pasa? ¿Qué disparates dice? Voy a La Pardina. ¿Quiere algo para allá? ¿Por qué no viene conmigo? —¿Yo, a La Pardina?... ¿Has visto a las niñas de Albrit? ¡Qué feas son!... Repugnantes como gusanos venenosos. La legítima no me quiere; me manda al manicomio. Dolly, que me ama, no es mi nieta. Es hija de un pintor vicioso y grosero..., linaje de contrabandistas en el Alto Aragón. ¡Dime, Sibila, dónde está el hoyo más hondo de basura y lodo para meterme y hacer en él mi cama eterna?



120

Se aleja dando tumbos. La Marquesa sigue su camino. Llega el Conde hasta el Calvario de Santorojo: tres cruces en un altozano. Allí se encuentra con don Pío Coronado, que está decidido a matarse, pero espera del Conde que le cumpla lo prometido, empujándolo desde el acantilado al mar. —Te arrojo a ti, y después yo. Don Pío se asusta. —Bueno, pues, juntos, en amor y compaña. Pero antes de caer al abismo, quiero que me digas, gran filósofo, qué piensas tú del honor.



—El honor..., pues el honor... Yo entendía que el honor era... algo así como las condecoraciones... Se dice también *honores fúnebres, el honor nacional, el campo del honor*... En fin, no sé lo que es. —Hablo del honor de las familias, la pureza de las razas, el lustre de los hombres... Yo he llegado a creer esta noche... y te lo digo con franqueza..., que si del honor pudiéramos hacer cosa material, sería muy bueno para abonar las tierras.

121



Se sientan al pie de las cruces. La noche está plácida, y la luna, en creciente avanzado, platea el cielo y la mar, y baña en dulce claridad la tierra. De pronto, don Pío descubre un bulto lejano. En el silencio grave de la noche suena como vibración intensa de la atmósfera la voz de Dolly gritando: —¡Abuelo!

122

Llega hasta las cruces, sin correr, porque cojea un poco, como si le doliera un pie. —Abuelito querido, ¡lo que me ha costado encontrarte! ¿Sabes? Me escapé de casa. Corrí a La Pardina, y en la puerta me encontré a la Marquesa con una cesta de caracoles, y me dijo que te había visto subir hasta el Calvario. Tuve que saltar por la verja... Me lastimé un pie... Al alcalde se le antojó ponerme presa en su despacho porque dije a mamá que a todo trance quiero quedarme en Jerusa con el abuelo y vivir siempre con él... ¡Ay, lo que he corrido!





—¡Oh, Dolly, Dolly!... Parece que me ahogo... Es que Dios me abre el pecho de un puñetazo y se mete dentro de mí... Es tan grande, tan grande..., ¡ay!, que no cabe. —Si Dios entra en tu corazón, allí encontrará a Dolly con su patita coja... Abuelo, abuelo mío, cuando todos te abandonan yo soy contigo. 124

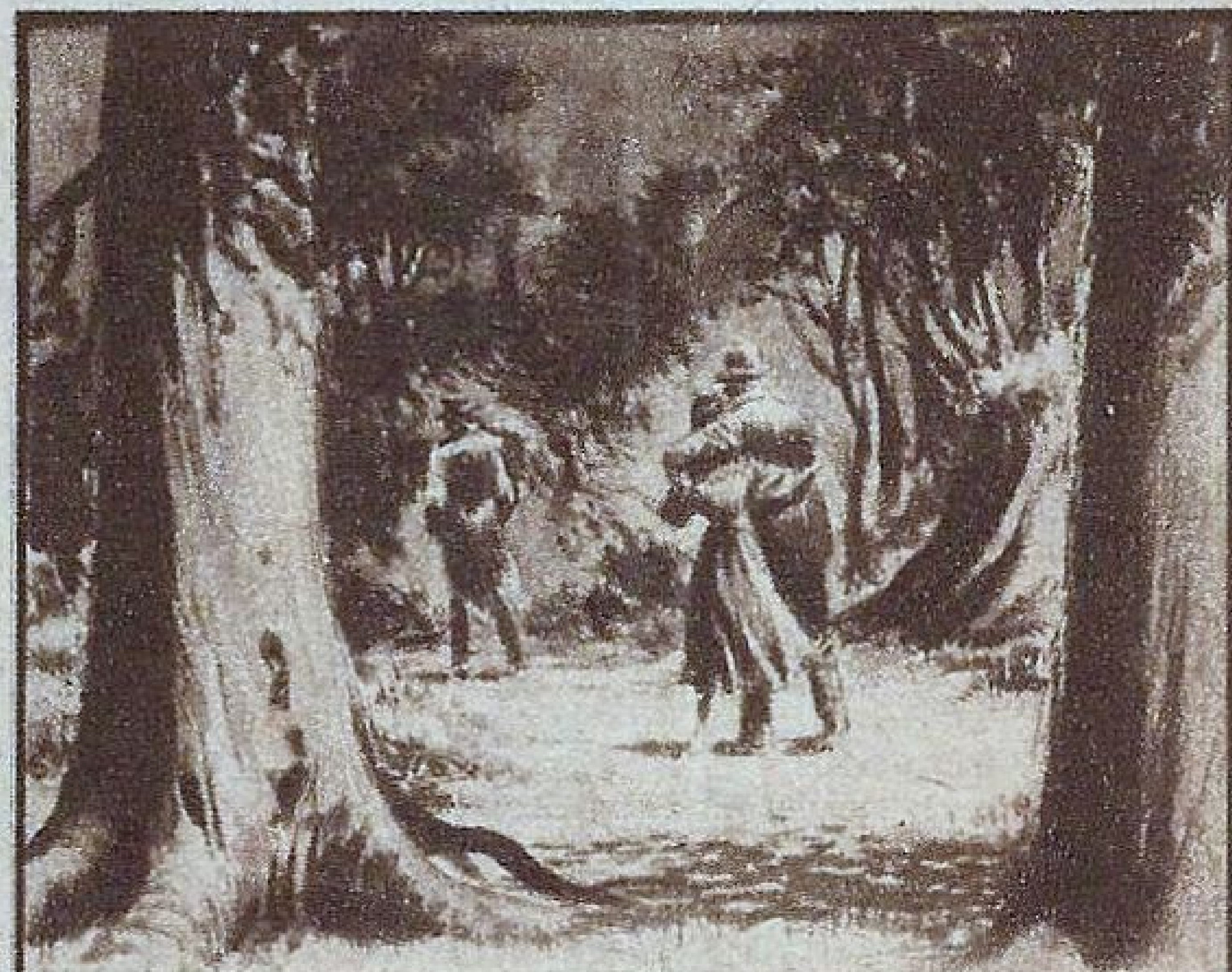


El Conde la abraza y la besa. Luego, elevando hacia el cielo la palma de una mano, exclama: —Señor, ¿qué es esto? ¿Tal monstruosidad es obra tuya? ¿Qué nombre debo dar a esta cosa espantable y enorme que llena mi alma de gozo?... Del seno del cataclismo salen para mí tus bendiciones... Ya veo que de nada valen los pensamientos, los cálculos y resoluciones del ser humano. Todo ello es herrumbre que se desmorona y cae. Lo de dentro es lo que permanece... El ánima no se oxida.

125

Toma en brazos a Dolly, diciendo: —¿Está cojito mi ángel? Pesas poco y yo aun tengo vigor para cargarte. Vámonos primero hacia Rocamor. Allí espero encontrar almas compasivas. Vámonos... Pío, te nombro mi amigo, te hago la síntesis de la amistad. Ven.





Huyen hacia Occidente. Don Pío, conocedor de los senderos y atajos, va adelante guiando. A ratitos, Dolly, por no cansar al abuelo, se desprende de los brazos de él y anda. Desaparecen en las lomas que separan el término de Jerusa del de Rocamor. 127



En la aldea de este nombre, y en una pobre casa de labor, les da generosa y cordial hospitalidad un matrimonio dedicado a la cría de carneros y vacas; gente sencilla: un par de viejos honradísimos y joviales que allí habían nacido y allí moraban desde tiempo inmemorial, restos nobilísimos, olvidados ya, del poderoso estado de Lain. Amanece.

128

Al filo del mediodía llega la pareja de la Guardia Civil con una carta de la Condesa. Dolly la lee. Dice así: —Señor Conde, puesto que usted quiere a Dolly y Dolly lo quiere, doy mi consentimiento para que viva en su compañía, por sus días. Y que éstos sean muchos desea ardientemente su hija *Lucrecia*." Y don Pío, entre helechos, filosofando, dice: –El mal... ¿es el bien?

FIN

129

Valle Negro

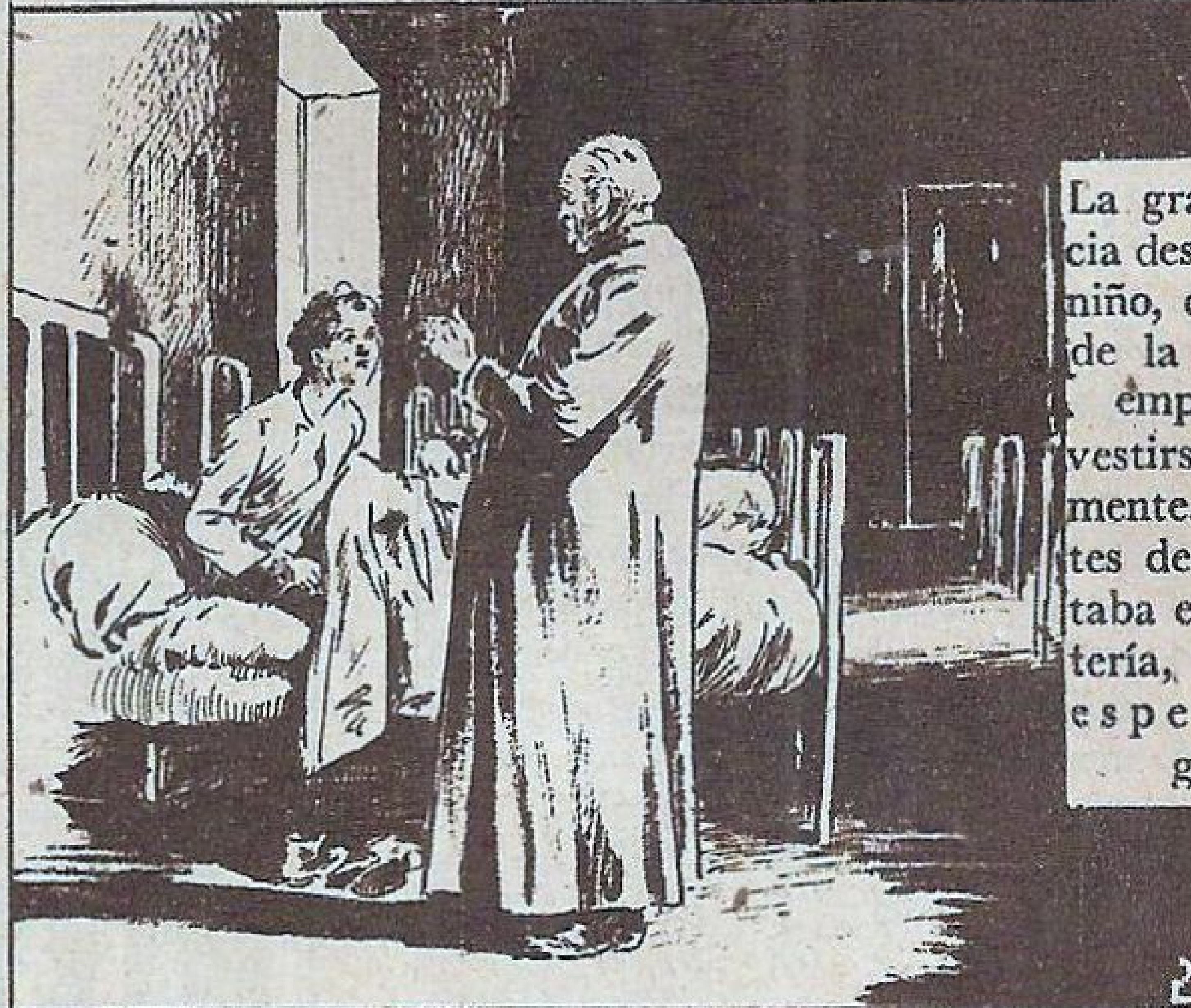
POR **HUGO WAST**

ADAPTACIÓN · DIBUJOS DE **E. RAPELA**

El doctor Gustavo Martínez Zuviría (Hugo Wast) nació en Córdoba, en 1883. Es uno de los novelistas argentinos más leídos y de más abundante producción. En 1927 obtuvo el Gran Premio Nacional de Literatura, y sus obras han sido traducidas a casi todos los idiomas europeos y algunas adaptadas al cinematógrafo. **Valle Negro**, la novela que hoy publicamos, dada a la estampa en 1918, fué premiada por la Real Academia Española y elogiada por la crítica en general. **Valle Negro** desarrolla un dramático juego de pasiones, que se ve realzado por una prosa ágil y clara, de indudable calidad artística.

Una noche, en el dormitorio del colegio de los escolapios de Córdoba, Gracián Palma despertó sobresaltado. En la penumbra del largo salón, alumbrado por dos lámparas a media luz, el padre Félix, más adusto que de costumbre, le decía: —Levántese; avisan de su casa que su padre está enfermo.





La grave noticia despabiló al niño, que saltó de la cama y empezó a vestirse febrilmente. Instantes después estaba en la portería, donde lo esperaba alguien.





El niño enmudeció, los ojos muy abiertos, sin comprender todavía. Luego se puso a llorar, con profundos sollozos. Entretanto, el coche rodó ruidosamente por el empedrado de una callejuela obscura, hasta pararse ante el ancho portal de una de aquellas casas antiguas de que aun quedan muestras en Córdoba. Había luz adentro, y, a juzgar por lo que dejaba ver una hoja entornada de la puerta, llenaban el patio muchas personas, que pasaban la "mala noche" en casa del muerto. Sin embargo, el doctor Palma —médico de escasa clientela, profesor en el Colegio Nacional— no era hombre de muchas relaciones. Vivía solo, con una criada que lo acompañaba desde antes de enviudar, y un muchachón que le servía de portero. Si aquella noche era tanta la concurrencia, debíase...



...a la forma inesperada y brutal de la muerte, que aguzaba un poco la curiosidad de los que conocían al doctor Palma, y lo apreciaban, porque, en definitiva, era bondadoso y honesto. Gracián cruzó por medio de todos, y en el escritorio, donde lo había sorprendido el síncope, halló a su padre, tendido en un catre de lona.

5



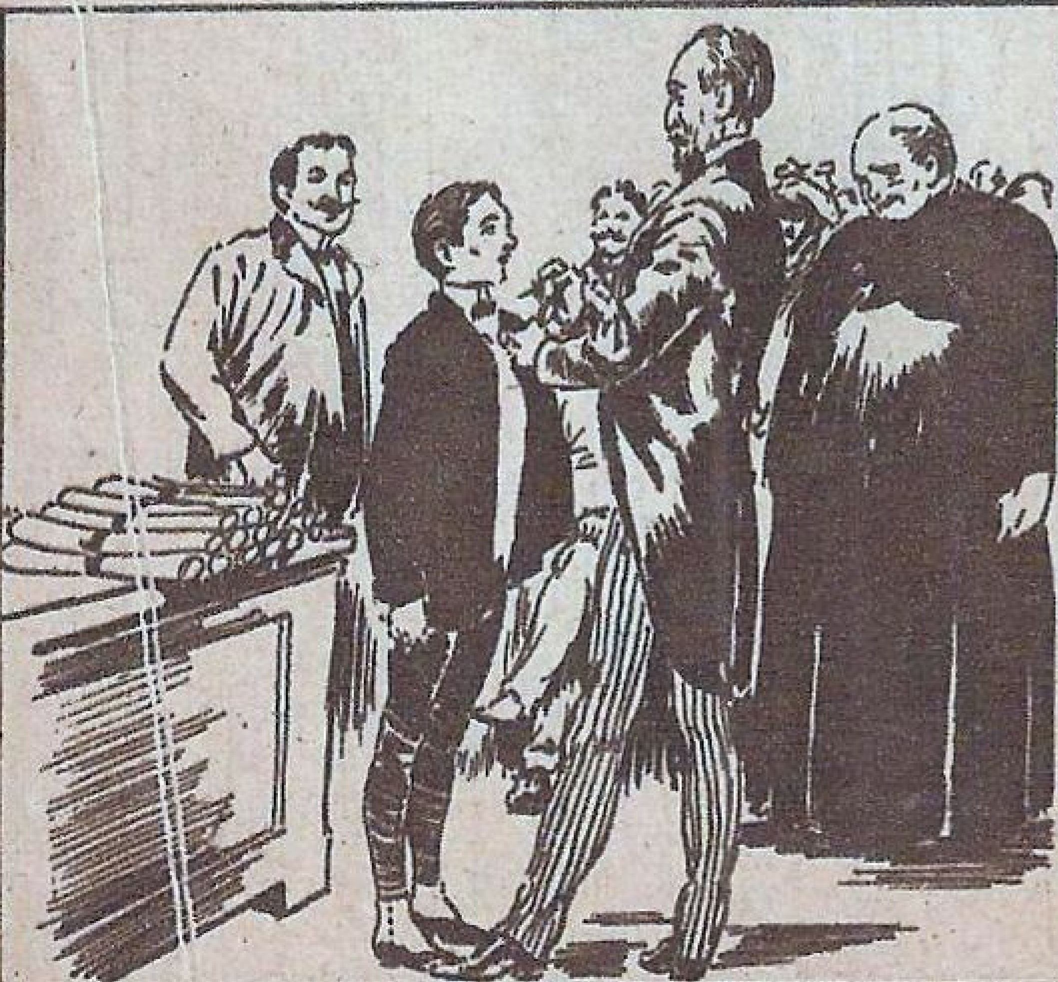


...“estoy sentenciado: van ya dos ataques de angina de pecho en este año, y el tercero, que será el definitivo, no puede tardar. No tengo a nadie a quien confiarle mi hijo, que acaba de cumplir los trece años, sino a ti, mi antiguo amigo, cuyo afecto no han amenguado los años de ausencia. De mi hermano ignoro hasta el paradero. El muchacho es bueno, demasiado bueno, quizá, porque carece de fibra o de carácter. En ti confío para que lo lleves a tu lado cuando yo falte. Lo poco que tengo, esta casa y...” Allí se había roto el hilo de aquel pensamiento, que tan seguramente acababa de formular su propio implacable diagnóstico. Gracián cavilaba ahora sobre el destinatario de la carta, don...







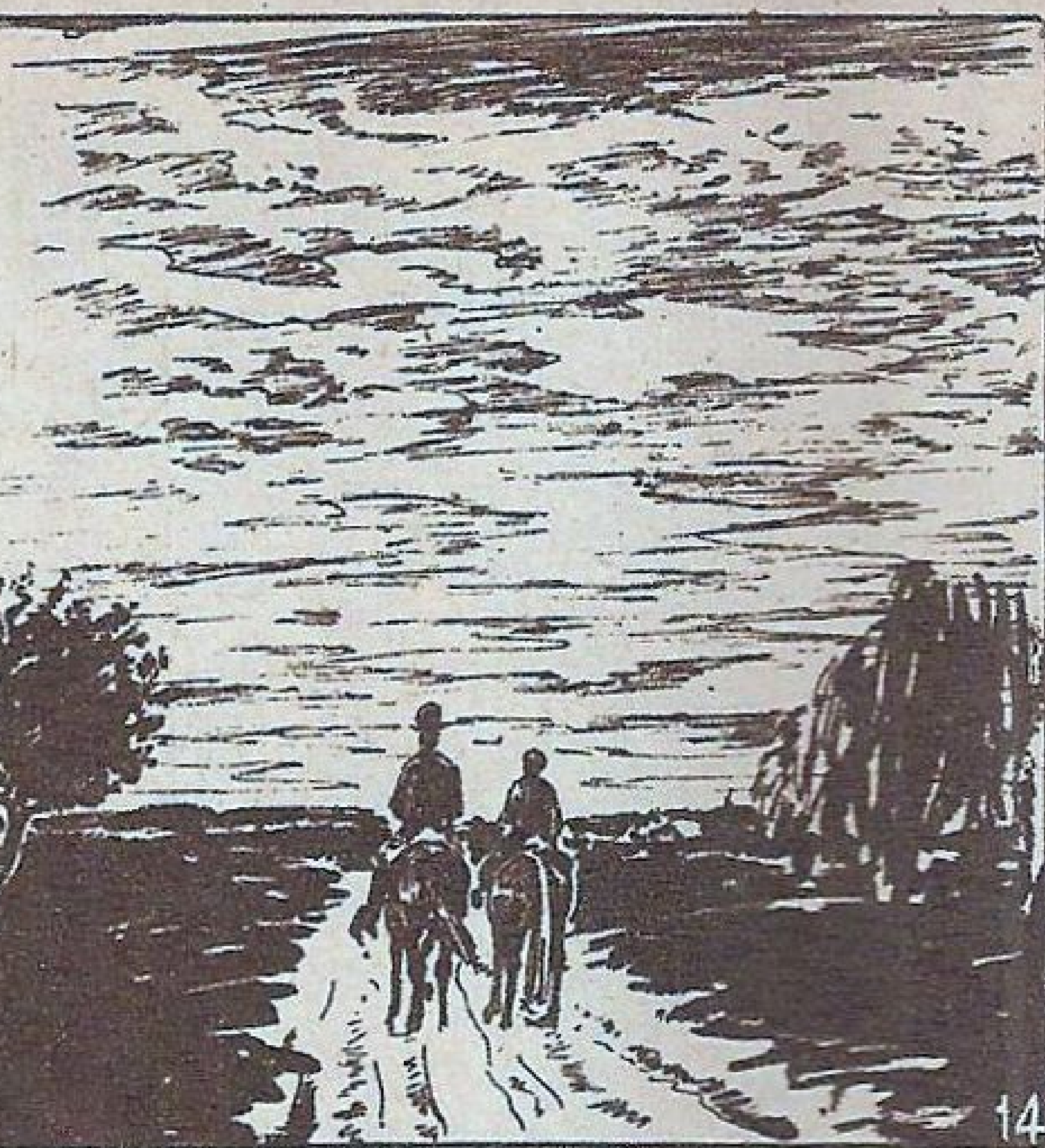




. . . después, Cosquín, con sus grandes sauces y sus obscuras alamedas, que se fundían en las sombras de la noche incipiente. Un peón montado en una mula, con dos caballos, aguardaba al señor de Viscarra, y tomó el maletín del niño, adelantándose luego al trote largo.



Partieron por el camino de piedra caliza, que se dibujaba limpiamente en la obscuridad. Era la hora en que aparecen las primeras estrellas. La luna saldría tarde, y Gracián empezó a temer que, una vez internados en los montes, lejos de la cinta blanca de la carretera, perdieran el rumbo. Pero en las dos oportunidades en que don Jesús le preguntó si tenía miedo, Gracián contestó negando la verdad . . .



Al bajar una loma, abandonaron el camino real y tomaron un sendero, hacia el Norte. Un trueno lejano, en la hondonada, hizo que el niño preguntara qué era. —El río Yuspe —le contestó el señor de Viscarra. Siguieron andando. Con gran consuelo, Gracián vió surgir detrás del cerro, el disco de oro que había de aclarar un poco la lobreguez del monte. Cruzaron el Yuspe por un vado; había un banco de arena, y el agua mojó apenas los ijares de las cabalgaduras. Llegados a la otra orilla, don Jesús se volvió a Gracián: —Aquí empiezan mis tierras; la casa no está lejana —le dijo con cierta solemnidad en la voz afectuosa. Comenzaron a trepar una loma empinada, pero de mejor camino. —Es el atajo —volvió a observar don Jesús—; más . . .



Al llegar a lo alto, vieron una llanura de donde venía el rumor apacible de la arboleda. La luna plateaba la cima de unos álamos negros y melancólicos como cipreses, en un claro de los cuales brillaba una lucecita. —¡Valle Negro! —exclamó el señor de Viscarra, deteniéndose y señalando la luz con la punta del látigo. Y Gracián añadió, ansiando una explicación: —Donde el viento brama . . .

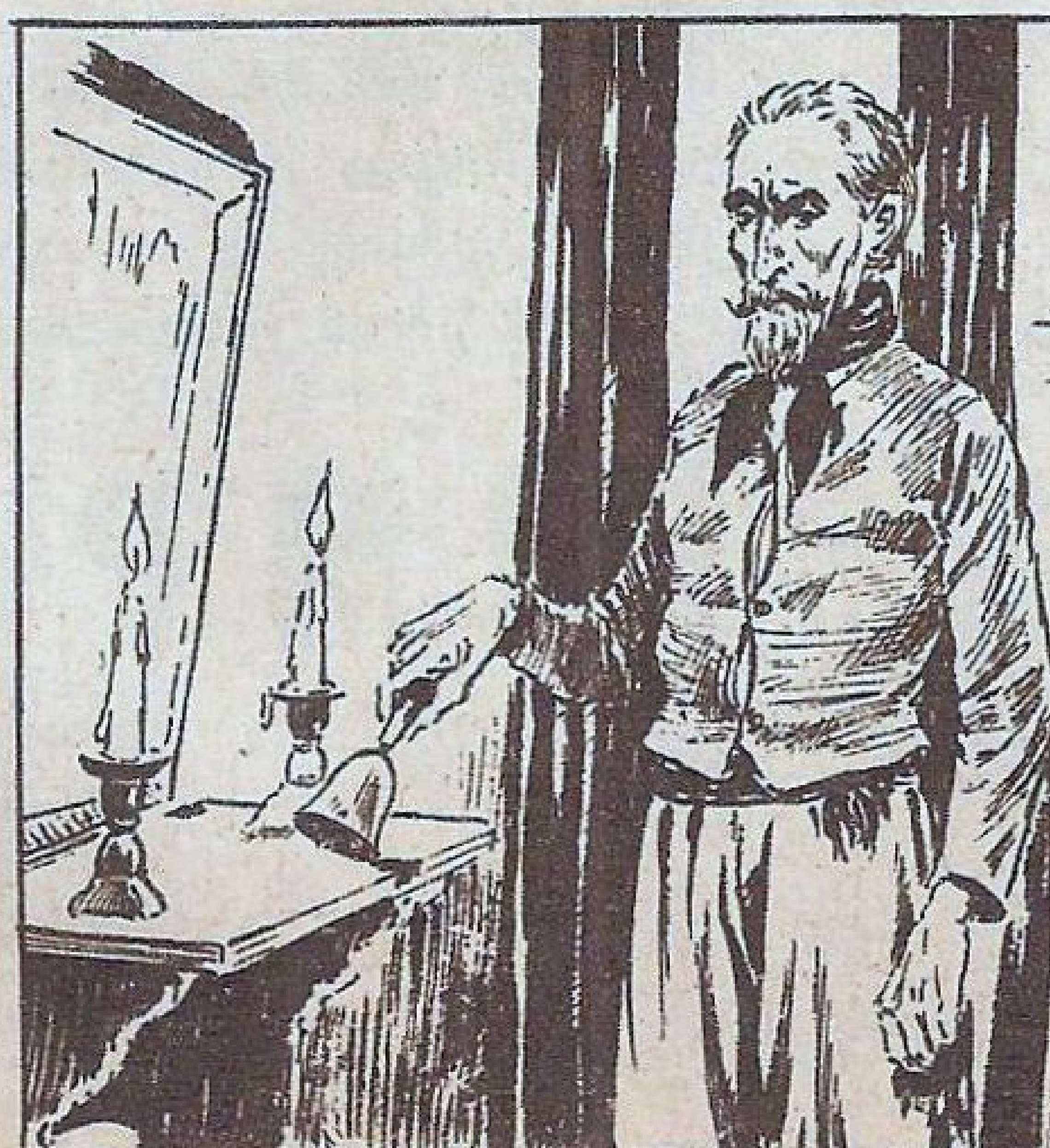


En silencio y a la par hicieron el resto del camino. Anunciados por el ladrido de los perros, entraron en la casa, grande, silenciosa y triste. El peón que los había precedido recogió los caballos. Don Jesús echó pie a tierra y desapareció bajo la arcada de un zaguán.





Una mujer con un farolito guió al niño al comedor, donde vió la mesa puesta bajo un gran quinqué. La sala era amplia. En los ángulos, dos rinconeras de caoba para guardar la vajilla; un vasar en la pared del fondo, con dos floreros al pie de un cuadro del Corazón de Jesús; un sofá negro, de crines, y, arrimadas a los muros, algunas sillas de cuero, con tosca armazón de algarrobo, pulida por los años.



Un reloj antiguo, colgado en la testera de la pieza, dió nueve campanadas y en ese momento entró el señor de Viscarra, cambiado el traje de ciudad por otro de campo; agitó una campanilla, y casi inmediatamente se presentó . . .

...Flavia, la hermana de don Jesús de Viscarra. Se acercó a Gracián, y el niño se quedó mirándola, impresionado por la extraña hermosura de aquella mujer de treinta años, de boca cerrada y triste y ojos alucinados,obscuros en la sombra y verdes a la luz del día.



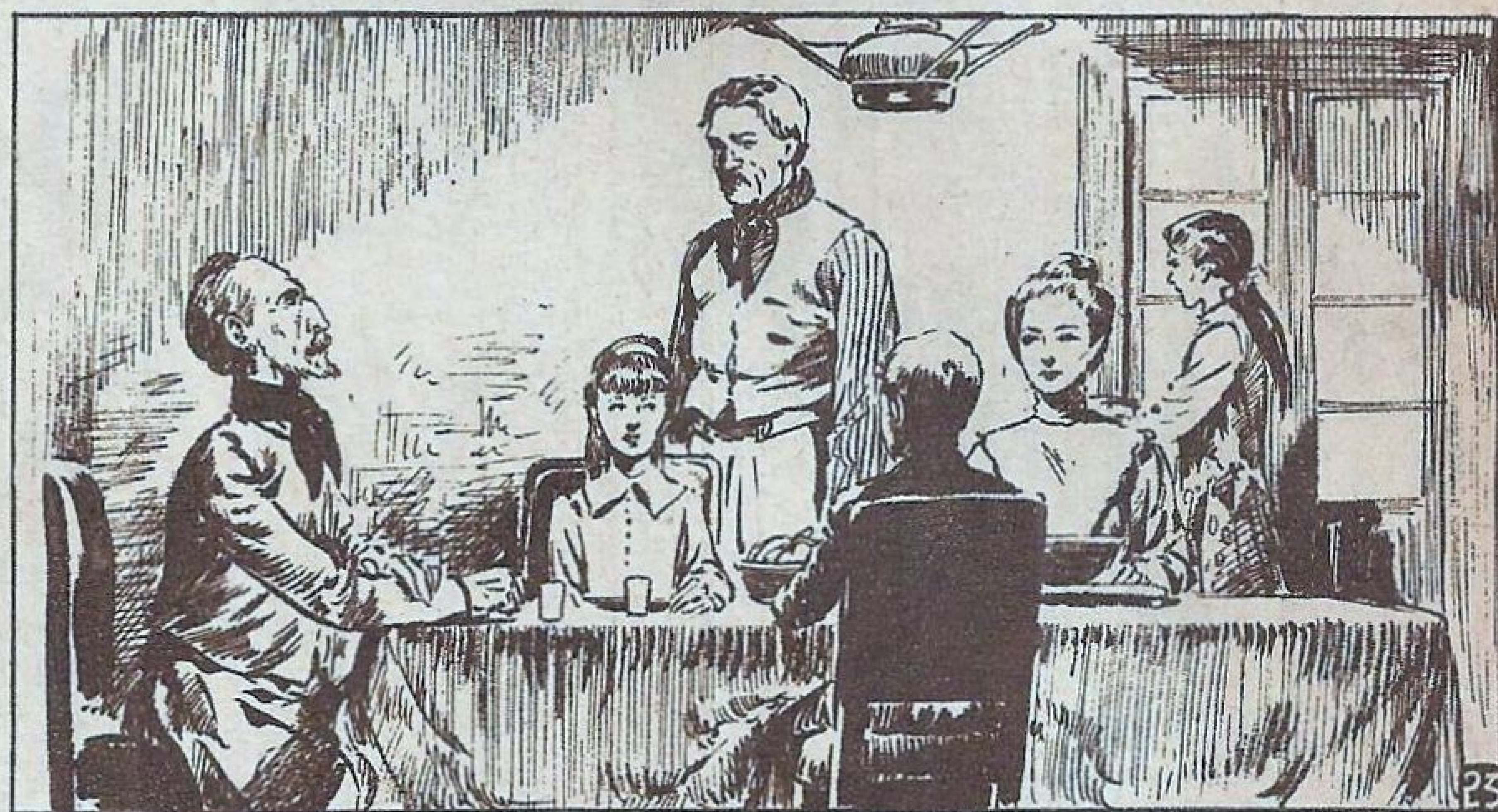
Tras ella, con un rumor de alas, llegó Mirra, la única hija del dueño de casa, chicuela de once años, que, al ver a Gracián, se inmutó un instante. Luego corrió a abrazar al padre, quien la levantó como si nada pesara y la besó en los ojos.



Ocuparon todos sus sitios.Estando aún en pie,el señor de Viscarra se santiguó y rezó el "Benedicite", que las dos mujeres corearon.



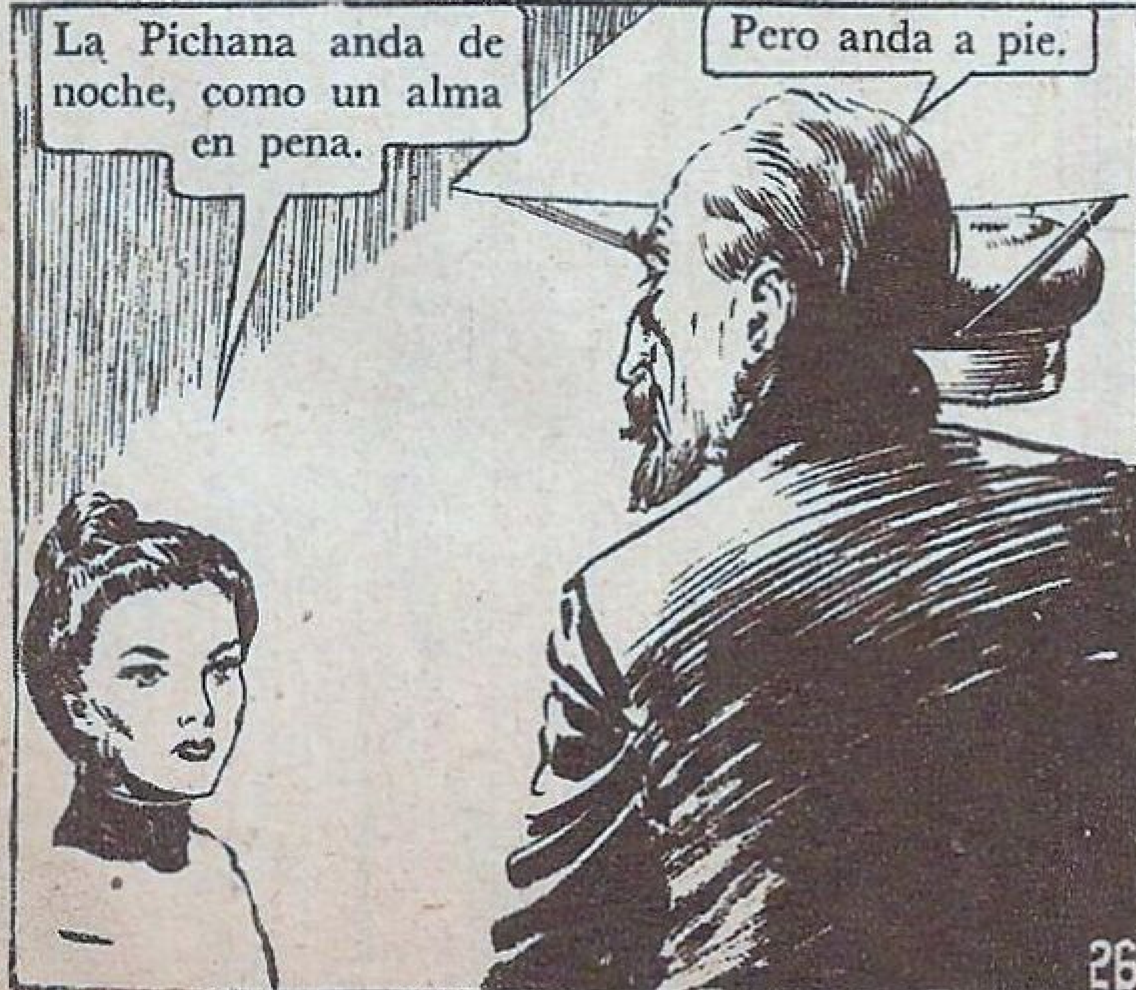
Servía la mesa una muchachuela algo mayor que la niña, que llamaban Pastora, y era Flavia la que distribuía los platos, y don Jesús el que llevaba la palabra. Gracián comía en silencio, sintiendo a ratos posarse en él la mirada distraída de Flavia y los ojos chispeantes y audaces de Mirra.
Hacia los postres entró el peón que había ido a esperarlos a Cosquín. Se llamaba Lázaro, era el capataz de la estancia y venía a pedir órdenes para el día siguiente.Mientras el señor de Viscarra pensaba en lo que había de ordenarle, se oyó un alarido que venía del monte; habría sido difícil decir si era una voz humana o el ulular de una bestia.





La frase de Flavia pareció una angustiada disculpa. El señor de Viscarra, que se había parado, miró como si lo inquietara un recelo.

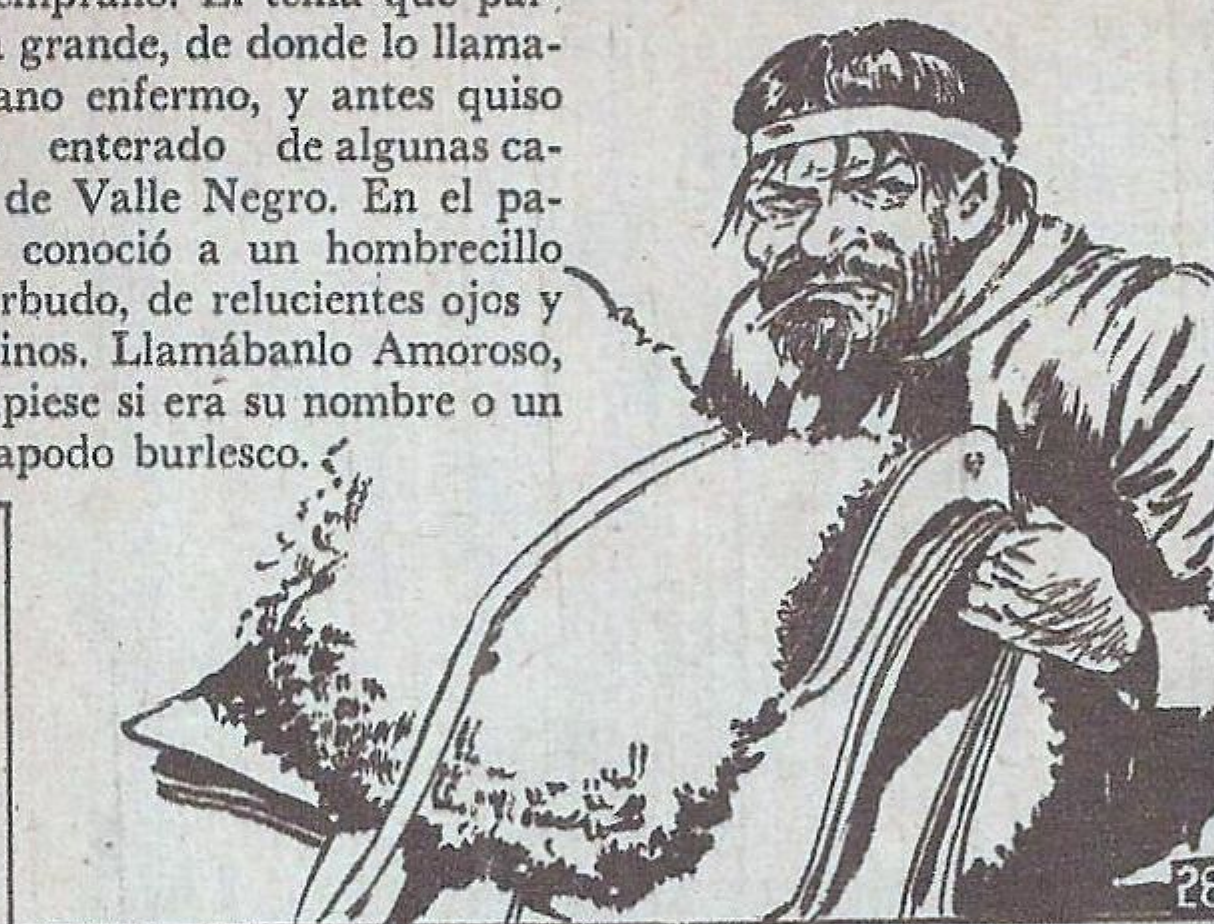




Concluyó la cena en silencio: Don Jesús comía con el ceño fruncido. A los postres se levantó, dió unos cuantos pasos por la galería, donde se espesaba la sombra, y llamó a Gracián para llevarlo a su cuarto. Le preguntó si tendría miedo de dormir solo. —No, señor —contestó el niño, temeroso siempre de confesar la verdad. Y esa noche, por primera vez en su vida, durmió solo, tapada la cabeza con las mantas y lleno su sueño de extrañas visiones.



A la mañana siguiente, don Jesús lo despertó muy temprano. El tenía que partir a la sierra grande, de donde lo llamaba un hermano enfermo, y antes quiso dejar al niño enterado de algunas características de Valle Negro. En el patio, Gracián conoció a un hombrecillo retacón y barbudo, de relucientes ojos y de gestos felinos. Llamábanlo Amoroso, sin que se supiese si era su nombre o un apodo burlesco.



Amoroso ensilló una mulita zaina, y pocos minutos después partía montado en ella, acompañando a don Jesús, que iba en su caballo. Otro peón los seguiría después con algunas maletas. Gracián quedó solo, encomendado a Flavia para que lo cuidara y a Mirra para que lo distrajera.



La niña no tardó en acercársele, sacudiendo briosamente una botella.



Gracián movió la cabeza: ¡qué había de saber!



El hizo señas de que sí, incapaz de hablar todavía, porque era tímido, y la audacia de la chicuela lo desconcertaba. La niña le puso la botella en las manos, corrió adentro y...



...volvió con otra, llena de leche también, mientras él permanecía alelado con la suya, sin saber qué hacer. Mirra se echó a reír a carcajadas, mostrando sus dientecillos, agudos como los de un lobezno. Batiendo las botellas de leche, llegaron al otro lado de la casa, donde estaban la cocina, los cuartos del servicio y el galpón.

A la luz del día, Valle Negro, con su pradera dilatada y verde, circundada por abruptos cerros arbolados, con la alameda que rodeaba la casa y el umbrío sauzal de la represa, no parecía a Gracián el paisaje de leyenda que había visto en la noche, pero sí que guardaba un dejo de melancolía en su belleza solitaria. La casa, llena de sol, dominaba el valle; a lo largo de la cornisa de las galerías, corría un festón de madreselva nevada de flores. En la plenitud del día, Gracián vió acrecentada la belleza de Flavia, a quien halló rodeada de palomas que comían lo que ella les daba. Gracián, venciendo su timidez, le...



...dió la mano y la miró de frente, como para que ella lo mirase. Flavia echó al suelo todo el maíz que aun tenía y, abandonando el lugar a las palomas, llevó a Gracián hasta su pieza, que en el extremo de la galería daba hacia el campo por una ventana de rejas; y allí, con su mismo peine, le alisó los cabellos enmarañados, le arregló el traje y lo besó en la frente.-¿Vas a vivir siempre con nosotros? —le preguntó.





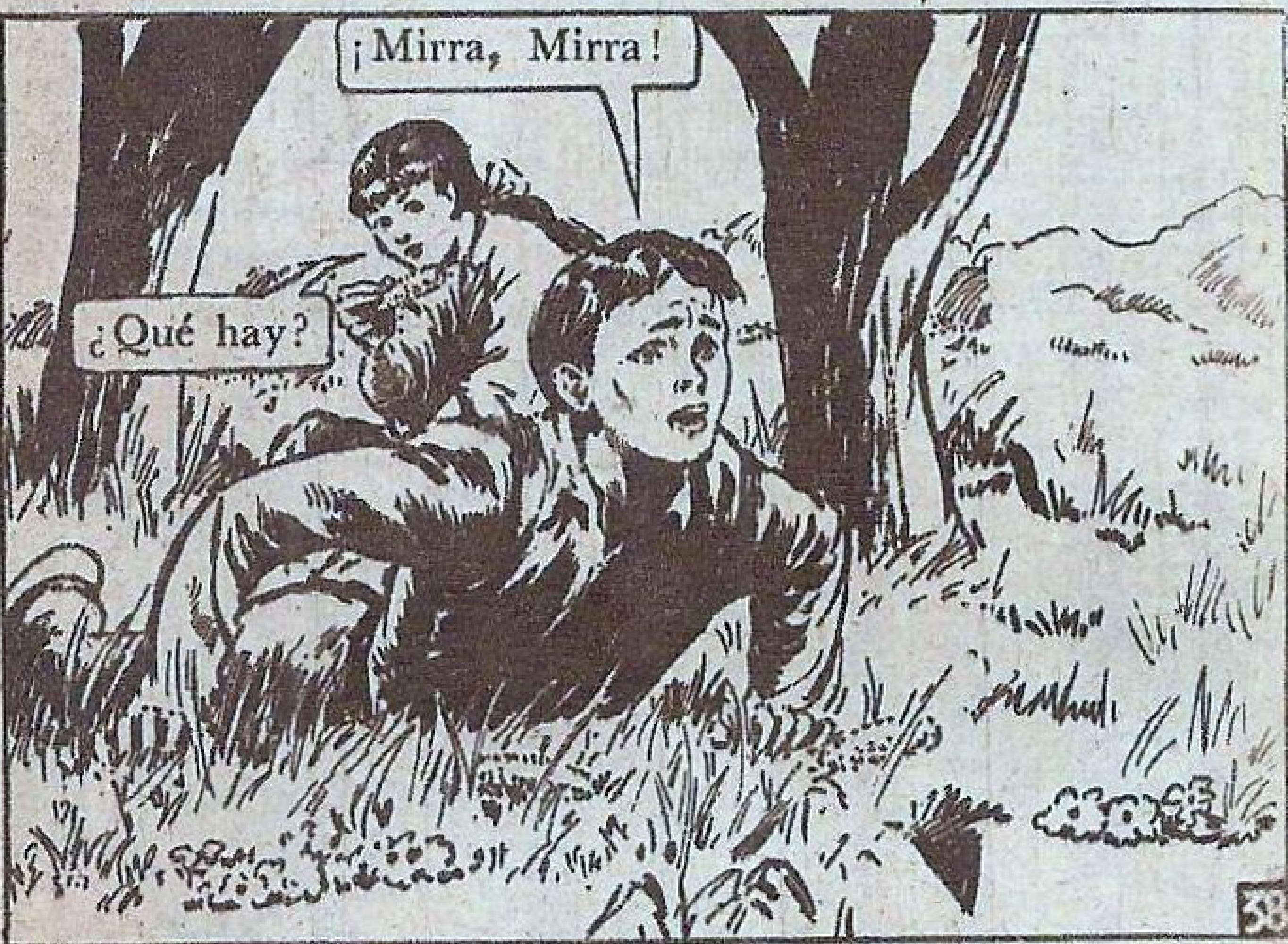
Y le echó los brazos al cuello, arrebatado por una ola de simpatía. Mirra llegó en ese momento. Flavia, como a disgusto, alejó al muchacho, diciéndole: —Cuando esté hecha la manteca, llévenla al comedor.

Cerró la puerta del cuarto, se examinó la cara en el espejo del ropero, se enjugó con el dorso de la mano los ojos llenos de lágrimas, y se acercó a la reja, mirando a la distancia, como si ansiara ver algo.



Cuajada la manteca en las botellas, Mirra quitó los tapones y echó el untuoso manjar en un plato hondo, y, escurrido el suero, lo cubrió con frescas hojas de higuera. Ya trataba de vos al muchacho, que seguía todos sus gestos lleno de admiración. En seguida lo invitó a comer choclos asados en el sauzal, junto a la compuerta de la acequia. Lo hacían los dos, en silencio, cuando el muchacho, que estaba de bruces sobre el césped, se puso de pie con espanto.







Y señalaba un tronco de sauce en el que se veía...

39

...la figura sórdida y harapienta de una negra de motas color ceniza, encaramada allí como un gato del monte. —Es la Pichana —dijo tranquilamente Mirra—, una pobre que vive de limosnas.

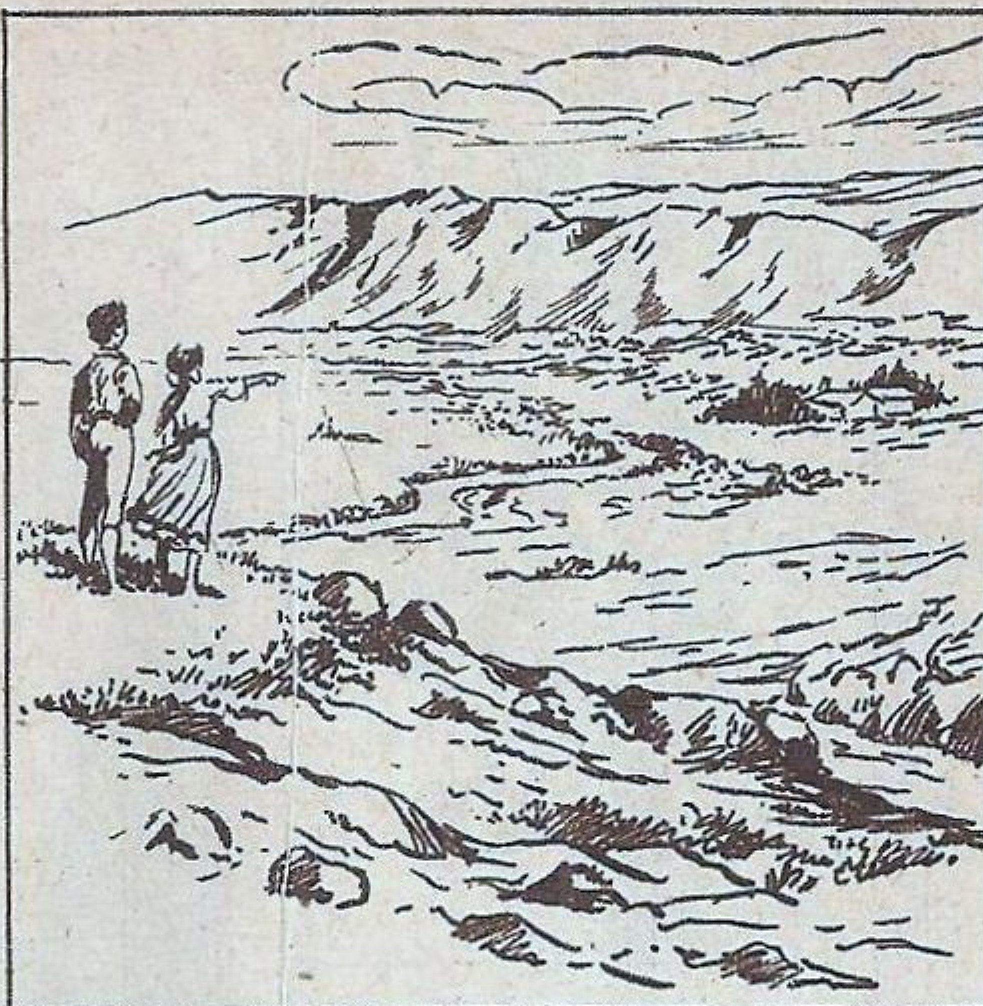




La Pichana se reía, con mueca maligna, como si gozara con el susto del muchacho. Mirra corrió con los choclos a donde estaba la vieja, que alargó los brazos para tomarlos. Luego, con agilidad felina, se escabulló por entre los árboles, para que no la vieran los perros, que la odiaban.

41

Gracián hizo preguntas, y Mirra fué dándole otros informes acerca de la Pichana. No era mala; conocía el nombre de todos los yuyos y podía decir para qué servía cada uno. Vivía en el bajo, donde había un pozo que nunca se secaba, pero del que sólo ella bebía. Después las noticias de la niña se refirieron a su tía Flavia, que no la quería. Hacía tres años que se hallaba en Valle Negro, desde la muerte de la madre de Mirra. Primero se mostró cariñosa con su sobrina; cambió, demostrando no quererla, desde que Mirra se peleó con Victoria Camargo, hija del dueño de la Cuesta de su nombre. Camargo era enemigo de Viscarra. Decía que Valle Negro le pertenecía, y amenazaba acudir a los tribunales para que así lo establecieran. La enemistad de los padres había originado la pelea de las niñas.



Hablando, Mirra y Gracián habían llegado al filo de la loma que dividía las aguas de las lluvias, y la vista se dilataba ahora suavemente por la Cuesta de Camargo, una meseta que parecía llegar hasta la sierra de Achala. En una rinconada divisábase una arboleda de aguaribayes, y, en medio de ella, una casa de paredes rosadas y de techo de paja. —¡Allí vive él! —dijo Mirra, con acento que anunciaba al enemigo de su padre, a quien rara vez nombraban en el valle.

Era mediodía cuando volvieron a las casas. Flavia fué al encuentro del muchacho y le habló con extraña vehemencia y voz apagada, para que él sólo le oyera.









Con la mano cuya hermosura parecía indestructible por el tiempo y por las labores, le acarició los cabellos, y el muchacho se quedó mirándola alejarse, cuando sintió la voz de Mirra, que había ido a la cocina y regresaba ya.

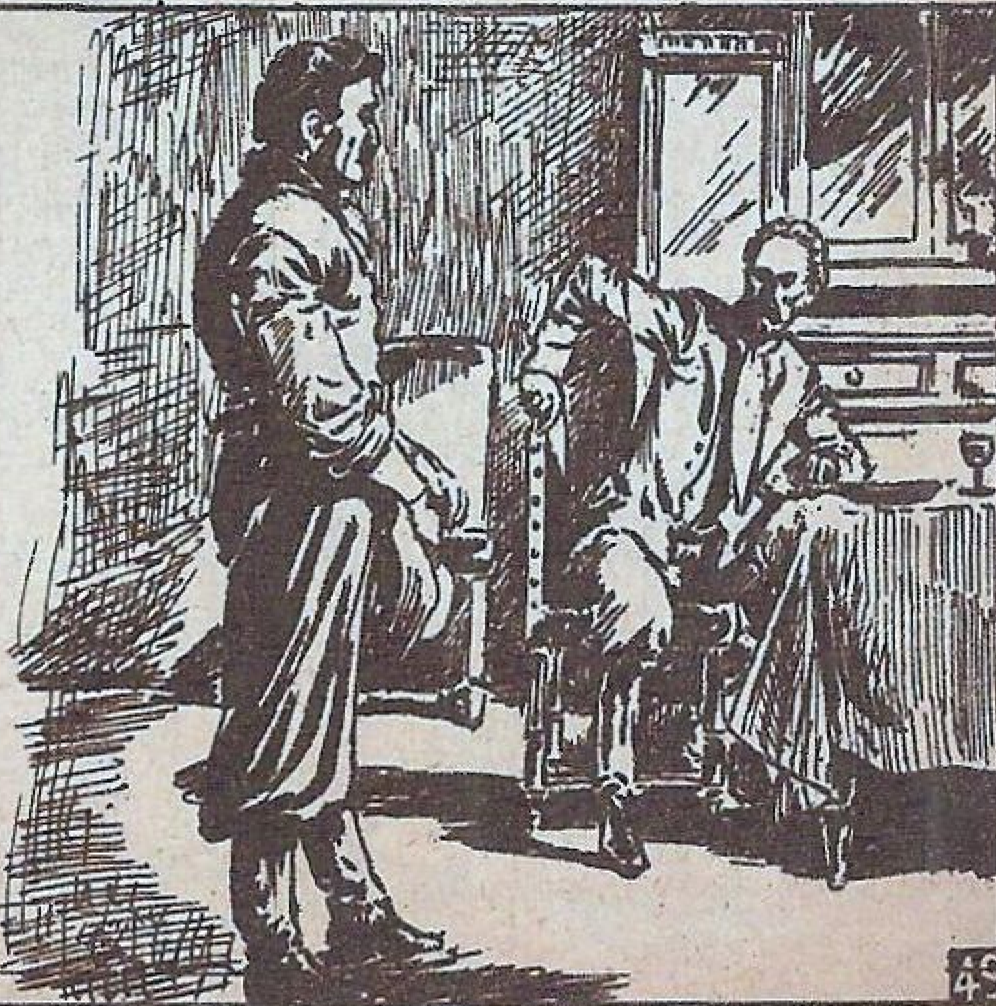
Unos días después, el señor de Viscarra, que había vuelto de su viaje a la sierra grande, anunció en la mesa: —Hoy Camargo me ha demandado ante los tribunales, por los límites de Valle Negro.



La frase cayó en silencio. Gracián sorprendió en los ojos de Flavia la misma angustia de la noche que llegó, al oírse el aullido de la Pichana. Y como si al recordarla hubiese evocado la temerosa aparición de la bruja, surgió del valle el mismo grito pavoroso de entonces. Don Jesús se puso de pie; pero, haciendo. . .



. . .un visible esfuerzo, volvió a sentarse. Entró Lázaro, con el sombrero en la mano. —Que suelten los perros y vaya Amoroso con ellos a ver quién anda en el algarrobal —dijo el amo. La orden era extraña; si el grito era de la Pichana, los perros la hallarían en el monte y la destrozarían.



Se oyó ladrar a los dos canes —Rayo y Dogo—, que pasaban el día encadenados, para ser puestos en libertad a la noche, y se vió cruzar la sombra de Amoroso, seguido de ellos, camino del monte; y el señor de Viscarra...



50

. . . reanudó el hilo del soliloquio que iba explayando ante el pensamiento distraído de Flavia y de los niños. Estaba tranquilo, no obstante conocer a Camargo como capaz de graves hazañas. Era, en efecto, famoso por su destreza en el manejo de las armas, y aunque había proferido contra de Viscarra amenazas de muerte, que Lázaro transmitió a su patrón, don Jesús desdeñaba precaverse, porque algo de fatalismo en su sangre criolla le hacía creer que las cosas vienen de lejos, sucediéndose como una cadena que los hombres no pueden romper. Por lo demás, la enemistad de los Camargo y los Viscarra no derivaba sólo de aquella cuestión de linderos, tan común entre los vecinos de las sierras.

Había ocurrido que la madre de don Jesús de Viscarra, viuda ya, y siendo éste muy niño, fué víctima de un asalto de bandoleros. El hombre que los capitaneaba llevaba oculto el rostro con un pañuelo negro que le servía de antifaz; pero por la estatura, el andar y el afán de ocultarse, la viuda de Viscarra sospechó que era el mayor de los Camargo.



51

Pablo, el menor de los Camargo, heredó posteriormente la Cuesta y con ella la tradición de odios entre las dos familias. Sólo un suceso pudo borrar ese sentimiento, y fué el amor que un día nació en Pablo por Flavia, a quien había conocido en Cosquín, cuando tenía ella diecisiete años y era extraordinariamente hermosa.



52

Don Jesús de Viscarra, jefe de la familia y tutor de su hermana, se negó rotundamente a autorizar el noviazgo con aquel mozo rubio, de gesto bravío, mucho menor que él y que tenía fama de calavera. El idilio se rompió, y, para alejar a la niña, don Jesús la mandó a casa de unos parientes, en un pueblo perdido en la sierra, donde ella vivió años sin verlo, guardándole un mudo resentimiento. Después de enviudar el señor de Viscarra, Flavia, así llamado, volvió a Valle Negro. Sus años de juventud habían pasado ya, y no deseaba casarse. Era callada y buena ama de casa, por lo que su hermano, teniéndola cerca, no pensó más en la antigua historia de amor. Entretanto, Pablo...

. . . Camargo vivía solo en la Cuesta, con una niña que aparecía como hija suya, algo menor que Mirra, y don Jesús no demostraba preocuparse ya de su vecino. La noche que lo nombró en la mesa, Gracián quedó hondamente conturbado.



53

Salió al patio y vió el cielo tormentoso. Cuando, en la obscuridad de la galería, buscaba la llave de su habitación, vió pasar a Amoroso, que siguió hasta el cuarto de Flavia. Se quedó en el umbral; Flavia salió y permaneció un momento junto al peón, que se perdió luego en las tinieblas. —¡Señor, Señor! —oyó el muchacho que ella decía—, ¿tanto he pecado?



54

Después Gracián vió que Flavia se encerraba en el cuarto, que compartía con Mirra. Rendido a la fatiga, se acostó y se durmió, dejando abierta la ventana, por donde entraba la luz de los relámpagos. Hacia medianoche, un trueno lo arrancó del sueño. Se levantó a cerrar y, al mover las maderas, sintió en la galería la voz de Mirra: —¡Gracián! ¡Gracián! . . . ¿Has oído?



55



56







Él, que presentía un misterio que no les convenía aclarar, la besó en las mejillas frías, mojadas por las salpicaduras de la lluvia, y la chicuela se escurrió hasta su pieza. Gracián también tornó a acostarse y se durmió mecido por el monótono cantar del agua en los caños.

A la mañana, bajo el cielo limpio de nubes, a ambos les pareció que habían soñado. Pero, junto a la compuerta de la represa, tuvieron la sensación de que realmente habían ocurrido hechos desusados. Allí estaba, muerto de una cuchillada que le había partido la garganta, Dogo, el más bravo de los perros de Valle Negro.



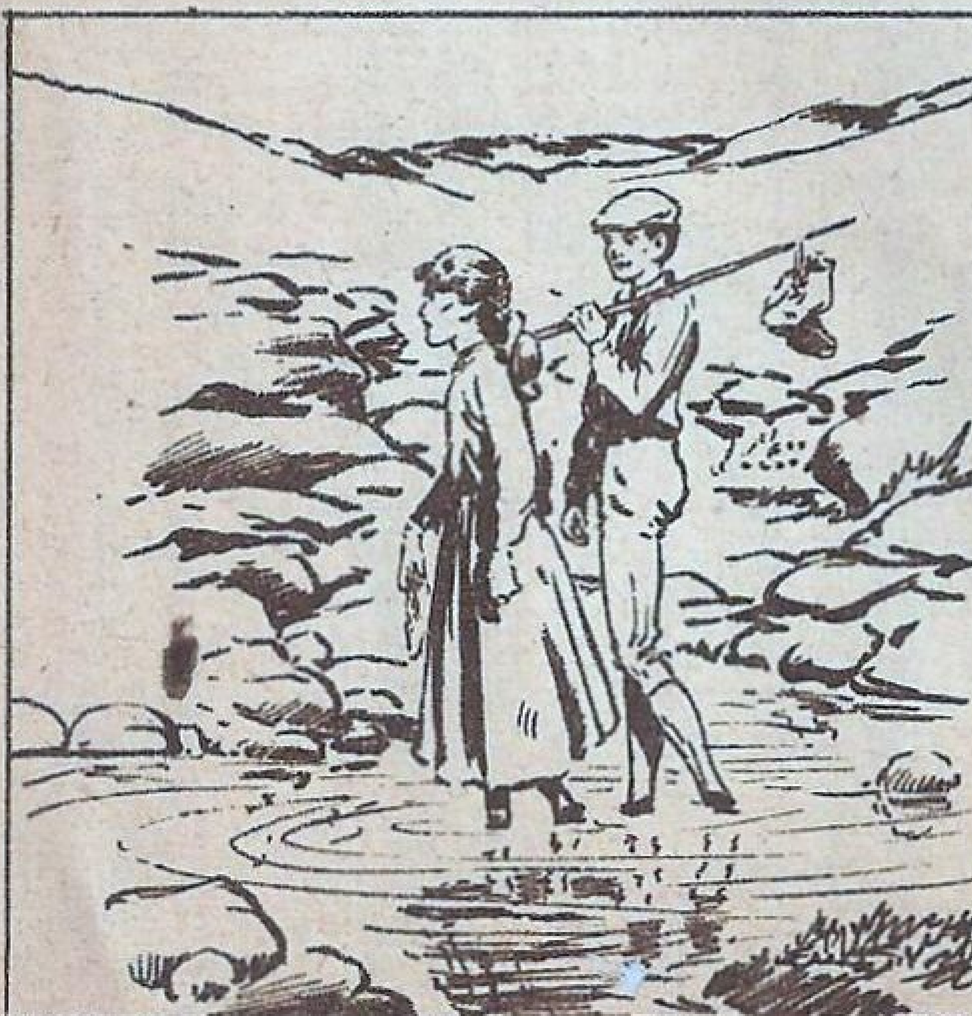
Mirra, con los ojos turbios de lágrimas, propuso que arrojaran el cuerpo muerto al arroyo que afluía al Yuspe, para que lo llevara la creciente causada por la lluvia de la noche. Cuando volvían de hacerlo, se encontraron con Amoroso. —Parece que te alegra la muerte del perro —le dijo Mirra, colérica. El peón negó, horrible como nunca: —No, niña...



El viento arreciaba, y Gracián volvió a oír el raro bramido que la noche anterior le había llamado la atención durante la tormenta. No era un rumor que naciera del valle; parecía venir por debajo de la tierra, con horribles modulaciones. Habló a Mirra, para que le explicara lo que supiera, y la niña le prometió hacerle conocer, en un día de sol, el lugar en que nacía el ruido. La oportunidad se les presentó en ocasión de un nuevo viaje de don Jesús, otra vez acompañado de Amoroso, a la estancia de su hermano, en la sierra alta. Los niños salieron a la siesta, hora en que dormían todos los moradores de Valle Negro. Pasaron, en larga marcha, frente a la tapera que habitaba la Pichana y llegaron al río. Mirra, infatigable, la cara...

...encendida, echado a la espalda el sombrerito, se agachó a desatar las alpargatas.





Gracián se quitó los zapatos y los colgó de la punta del bastón, puesto al hombro, y con nuevo entusiasmo siguió a Mirra. Los pequeños pies de la niña parecían alados. ¡Qué linda estaba! Pensó en el próximo fin de las vacaciones, en el austero colegio y en el nuevo verano que vendría después, en el que él la encontraría más grande, cambiada quizá.



Ya no marchaban al sol, porque grandes nubes blancas les hacían sombra. De pronto Gracián oyó, penetrado de horror, un pavoroso bramido y se quedó inmóvil, indagando qué era. —El viento brama en la laguna —dijo Mirra—; pero es un remolino, y ya pasó.

En efecto, volvió a reinar un imponente silencio. Prosiguieron. Iban entre dos enormes despeñaderos de piedras rosadas; el cauce del río parecía un tajo en la montaña. Un nuevo remolino se encajonó en la hendidura, y al rato sintióse el bramido, más cercano y más espantable. Gracián tuvo miedo. Mirra se lo reprochó con energía y le señaló, próximas, "las cuevas de los leones", adonde se dirigían. Saltó como una cabrita y desapareció de la vista del atónito Gracián, como si la hubiera tragado la montaña. Su voz, saliendo de entre un matorral de fragante peperina, anunció el hallazgo de las cuevas. La entrada era difícil, y la cavidad un antro obscuro, como pozo sin fondo. Pero...



. . . allí estaba Mirra, y Gracián la siguió, arrastrándose de bruces por el plano inclinado de una ancha piedra. De pronto le faltó apoyo y cayó sobre un suelo polvoroso. Las carcajadas de Mirra despertaban los ecos de las catorce cuevas que, según la tradición, se internaban unas tras otras hacia el centro de la Tierra.

55

El niño examinó la vasta caverna intranquilo, temeroso de que alguno de los leones que la leyenda daba como antiguos moradores de ella, tuviera el capricho de retornar a su cubil. Las cuevas se sucedían en declive. Al llegar a la segunda, Mirra sintió un poco de miedo, oyendo aquel bramido del viento en la Laguna Brava, que había engendrado tantas historias. Por la cueva contigua salieron al aire libre. Iba cayendo la tarde, sin que ninguno de los dos lo hubiera advertido, y el viento sur amontonaba las nubes hacia el Poniente.



66

Bandadas de patos negros seguían el curso del río. Mirra se había puesto muy seria y habló con acento entristecido.





¡Ya no era tiempo! El huracán llegaba sacudiendo los altos quebrachos y rugiendo al encajonarse en el estrecho cañón de la laguna. Y empezó a caer la lluvia, en rayas oblicuas, como largos hilos de cristal, o en gotas que se aplastaban con leve chasquido sobre las peñas. Los dos niños, llorosos, se dieron la mano y bajaron a las cuevas, hasta que pasara la lluvia.

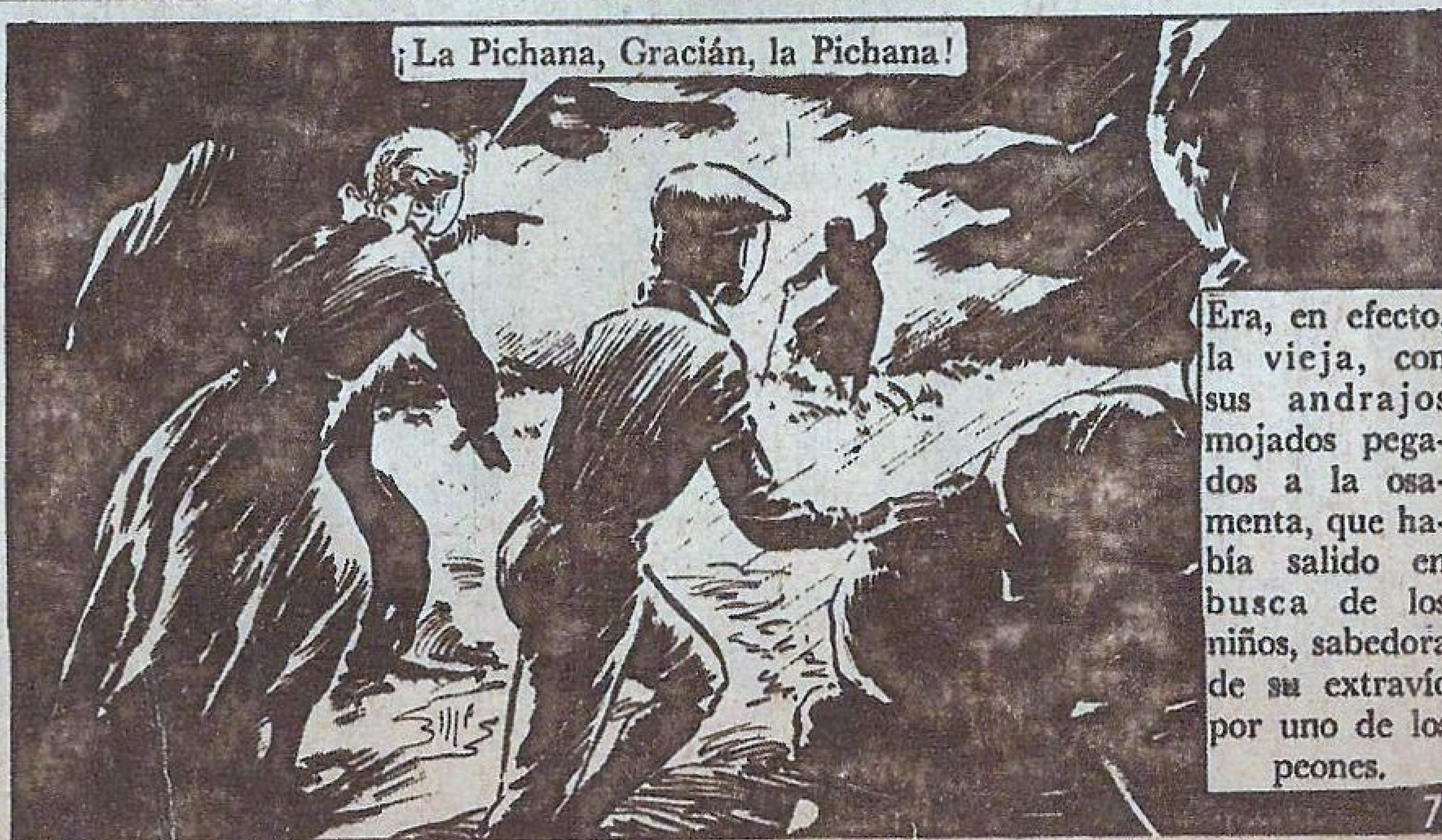
68



Sin hablar una palabra, se deslizaron por la grieta y cayeron casi juntos en el antro sombrío, acolchado de arena seca. Afuera se acrecentaba la furia de una de esas teatrales tormentas de la sierra, con truenos horrísonos, repetidos veinte veces por el eco de las quebradas, y con infinitos relámpagos, que envolvían el paisaje en llamaradas de azufre.

69

Mirra, tanteando, halló una piedra que le sirvió de asiento. A sus pies, sobre la arena, se echó Gracián, cuya cabeza, vencida por el sueño, no tardó en recostarse sobre las rodillas de la niña. Faltaba sin duda mucho para el alba, cuando Mirra, que resistía el cansancio por no dejar de prestar esa ayuda a su amigo, sintió la voz de alguien que los nombraba. Dió un grito de alegría que despertó a Gracián, y locos de ansiedad se pusieron a buscar la salida. Cuando salieron, era plena noche. Garuaba, y el río pasaba hinchado y espumoso como un torrente. A la luz de un relámpago, Mirra reconoció a quien los buscaba.











Gracián salió del cuarto de Flavia. Mirra lo esperaba, cavilosa y triste. Juntos se fueron a jugar, pero no hablaron de Flavia. Al día siguiente —el día de la partida— ,Mirra, despierta desde temprano, estaba ya a la salida del sol en el sauce de la represa, la mirada vagando en el horizonte y el pensamiento fugitivo puesto en la ciudad lejana, que llamaba a su amigo. Lo esperaba allí para pedirle que no abriera la valija hasta Córdoba, y en ningún caso delante de su padre. Ella se la había arreglado a escondidas, guardando entre la ropa un pequeño retrato suyo, para que la recordara. Gracián llegó vestido ya para el viaje, desbordante...









Algún tiempo después, durante otra ausencia de don Jesús, Flavia y Mirra cenaban sin hablar, cuando se oyó en el monte el alarido de la Pichana.





Flavia hizo un gesto desdeñoso y no respondió. Esa noche, la...

...niña se durmió sin saber cómo. La despertaron los ladridos de los perros. Iba a incorporarse, pero vió, al resplandor de la luna que entraba por el postigo abierto, que su tía se acercaba, vestida con un traje obscuro, y quedó inmóvil. —¡Mirra! —oyó que le decía dulcemente—. ¡Mirra!



Mirra no contestó. El corazón le golpeaba rudamente en el pecho, con el presentimiento de que algo iba ocurrir. Pasó un largo rato, en que no se oía el más ligero rumor. Empezaba a perder la conciencia de las cosas, cuando la despabiló un leve crujido de la ventana que daba al campo. Abrió los ojos y nada pudo ver, porque el postigo estaba ahora cerrado y una densa tiniebla reinaba en la habitación. Tuvo miedo y llamó a Flavia, sin obtener respuesta. Un gemido, en el rincón opuesto del cuarto, le dió ánimos para bajarse de la cama y allegarse, a tientas, al lecho de Flavia. La halló llorando, con llanto dulce y triste, como el rumor de una vertiente invisible.





Esa mañana, Amoroso se encontró en el deslinde de ambas propiedades, con Pablo Camargo, que parecía esperarlo.



Pablo Camargo tenía el gesto orgulloso y hablaba con rudeza. Sacó un papel del bolsillo y se lo entregó al peón, que escuchaba con humildad.



Y, corriéndose hacia donde el monte era más tupido, desapareció. Amoroso volvió bridas, como si hubiera cumplido la misión que lo había llevado a ese sitio. El mensaje...

85

...era para Flavia, a quien el peón servía con fidelidad inquebrantable y dócil. Ella leyó el papel en su presencia y no reflexionó mucho para dar su breve respuesta.



Hacía años —¡años!— que Pablo Camargo reclamaba una entrevista de Flavia. Ella no lo veía desde los tiempos remotos en que fué su amante a escondidas de toda la gente; pero él la había espiado y se estremecía de cólera al recuerdo de que la voluntad de su enemigo se la había quitado. La veía en su indestructible hermosura, y su vieja pasión reconcentrada ardía como una hoguera. Había aprendido a aullar como la Pichana, para anunciarle que estaba allí, aguardándola, y con larga paciencia ganó la devoción de Amoroso, a quien pudo utilizar como mensajero. Flavia faltó siempre a las citas, aún después de prometerle que iría. Entonces Pablo Camargo apeló a la espantable amenaza de alejar a Victoria, hija de aquellos amores. Eso era lo que le decía —*"por última vez"*— el papel que acababa de entregar Amoroso.



Oculta entre los árboles, esperaba transida de angustia. Esperaba ver llegar a Pablo con su hija, y, al verlo, se echó a llorar, comprendiendo que había caído en una celada y también que no tendría fuerzas para protestar de aquella injusticia. —¿Por qué lloras, Flavia? —la interrogó Pablo.













...envolvió con una capa, como a una criatura, repitiéndole la dulcísima promesa.

Sí, yo te la traeré; no llores más; yo te la traeré.



A partir de esa noche, la vida de Flavia comenzó a correr por cauces obscuros. Guardábase de Mirra, de su hermano, de Lázaro —que la rondaba y que era en la casa el que más de cerca seguía su pista—. La infeliz, embriagada por aquella tardía primavera que florecía en su alma, llegó hasta a pensar que debía guardarse de su hija, y como Camargo le representase lo inconveniente de llevarla consigo a sus citas, se resignó a no verla, aplazando, una vez más, la ocasión que perseguía desde años atrás. Tan eclipsada estaba su conciencia, que sentía el corazón ligero y alegre, de modo que se disiparon los recelos de su hermano al verla expansiva y contenta.



Las citas se veían facilitadas por la circunstancia de que Mirra ya no dormía en su cuarto. Y no le palpitaba el corazón con tan dolorosa violencia cuando se envolvía en su obscuro chal y, abriendo la puerta sin ruido, con paso de lobo, cruzaba la galería en que reinaba la noche. Amoroso, advertido previamente, acallaba los perros.

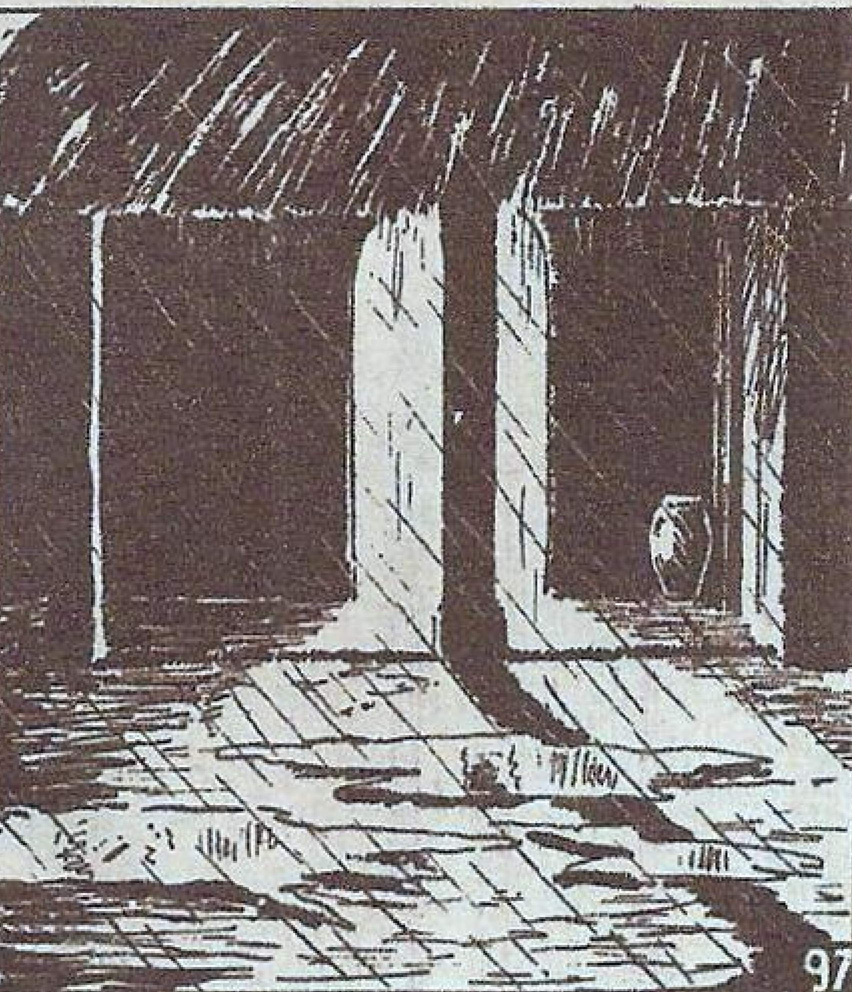
95

Una noche, Flavia vió entre los árboles una sombra que huyó de ella. Tuvo la certeza de que era Lázaro. ¿Por qué la espiaba? Tiempo hacía que observaba los modales del capataz. ¿Estaba enamorado y creía tener derecho sobre ella? Una oleada de sangre le incendiaba el rostro al pensarlo. ¿Tan bajo había caído que infundía esperanzas hasta en Lázaro?

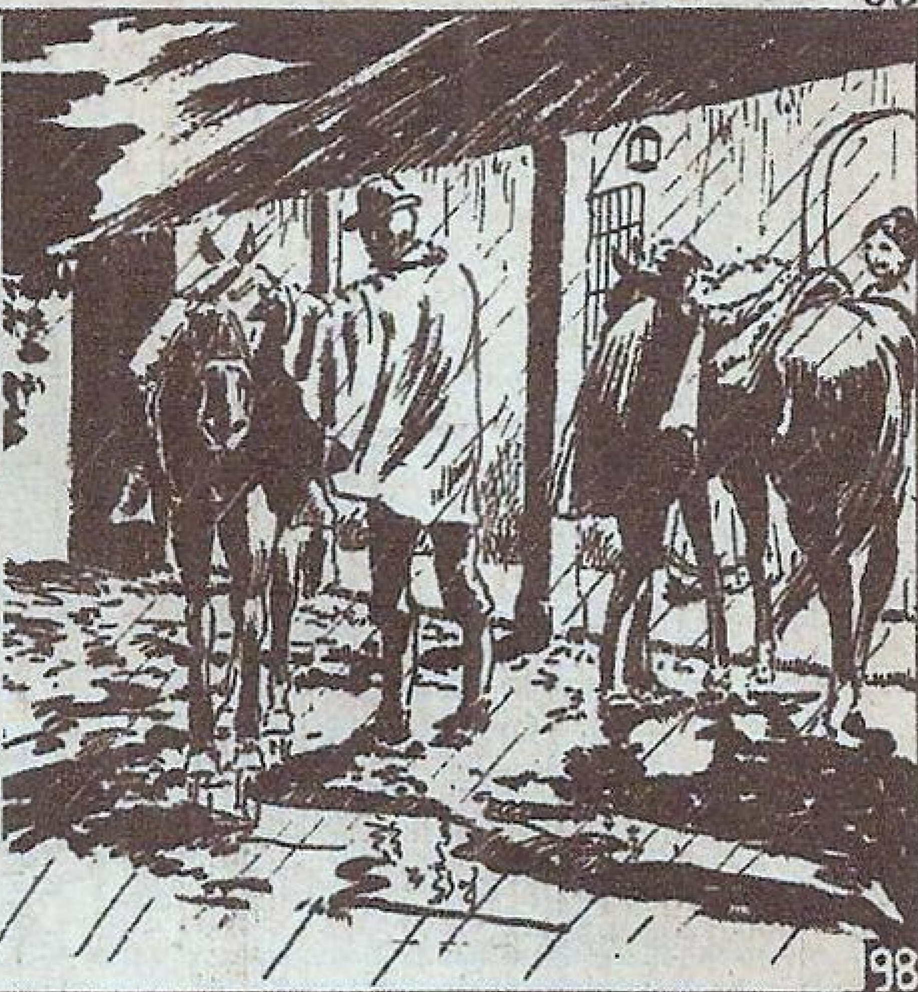


A veces le llegaba una vislumbre de la cruda verdad; sondeaba la deshonra en que vivía, pero postergaba sus buenas resoluciones para tiempos que ella comprendía que no llegarían nunca. Porque nada bueno podía venir por caminos tortuosos y vedados. Después de todo, si su amor era más fuerte que su pobre voluntad, ¿por qué no abandonaba la casa y se iba con su antiguo novio? ¿Y por qué él no la hacía su esposa? ¿No la amaba suficientemente? ¿O estaba casado y no era libre? Encadenada a Pablo Camargo, huía de toda alusión que pudiera echar luz sobre el horrendo secreto y cerraba voluntariamente los ojos para ignorar lo que pudiera ser verdad. Entretanto, empezaba a sentir que Camargo se alejaba de ella.

Al comenzar las nuevas vacaciones, don Jesús fué otra vez en busca de Gracián. La noche en que los esperaban, una tiniebla tormentosa envolvía la sierra, y la lluvia caía recia y persistente en el valle. Mirra había hecho poner una luz en la galería, para guiar a los viajeros, aunque su padre era capaz de recorrer aquellos parajes con los ojos vendados.



Llegaron a las veintidós, bajo un diluvio que había transformado en torrentes todos los senderos, y dando gracias a Dios porque en el vado del río el agua no pasó del "encuentro" de los caballos. Fué una aventura peligrosa y afortunada; y ya estaban allí, don Jesús quitándose el grueso poncho de lana, y sacudiéndose Gracián como un perrillo. En los ojos del muchacho...





...brillaba la alegría de la jornada, mientras en los de Mirra brillaba la luz suave y profunda de la dicha. Pero también Flavia celebraba la vuelta de Gracián, porque había concebido la idea de que pudiera relacionarse con su hija, y, por medio de él, atraer a Victoria a su presencia.



Mas fué Lázaro —con voluntad rendida de enamorado— el que realizó ese sueño de Flavia. Concertado con ésta y a favor de la ausencia de Camargo, atrajo a Victoria al pie de un tala, distante de las casas, en el que había un panal de lechiguanas que engolosinaba a la niña. Flavia, agazapada cerca, vió con honda emoción a su hija, que se aproximaba discutiendo con el capataz. —Pero este tala queda en el campo de nosotros —decía Victoria.





Y se puso a hacer fuego debajo del árbol, de una de cuyas ramas pendía la gruesa bola parda, que resonaba con el zumbido de las avispas. El humo empezó a ascender y a ahuyentar a las avispas. Lázaro veía a Flavia detrás de los churquis.

















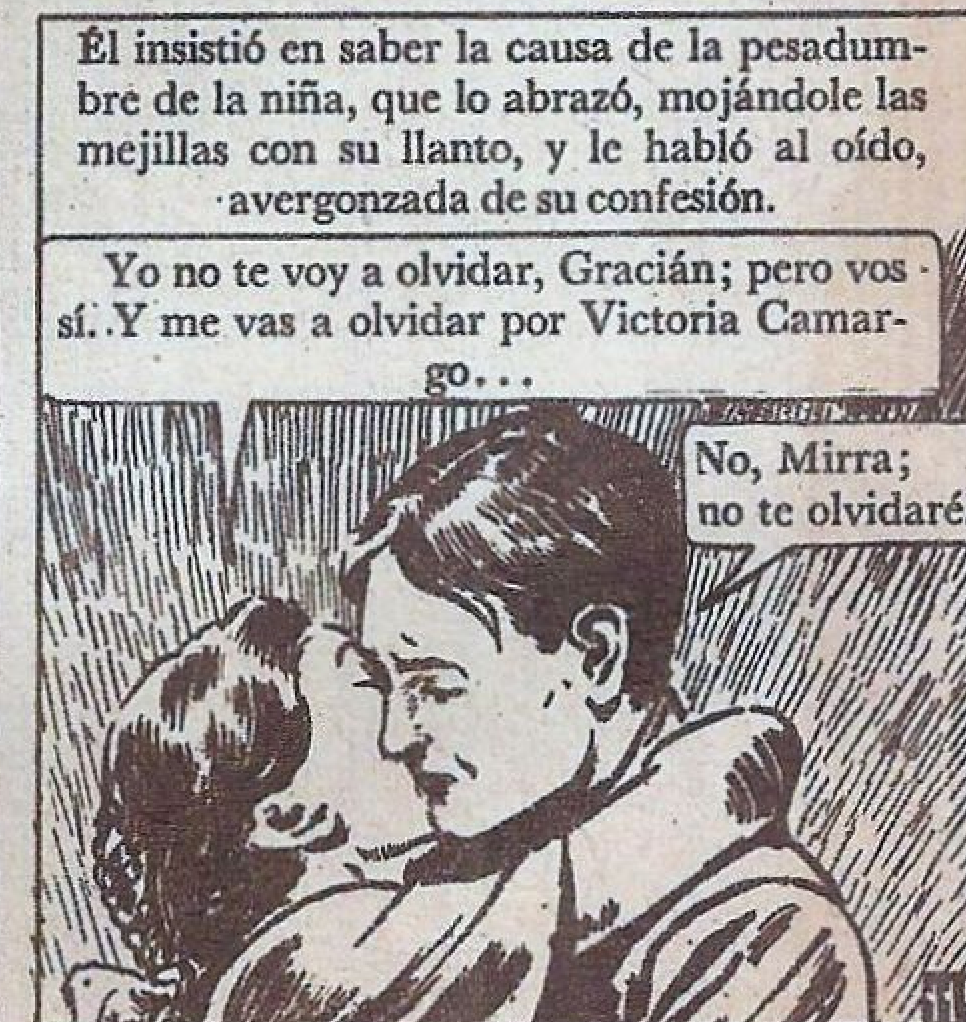






...mirarla, y el corazón se le apretó, como si por ella hubiera de venirle la desgracia. Demoró en regresar a la casa. No quiso explicar en qué había andado, y su padre en castigo la encerró en su cuarto. Estaba tan descorazonada que nada parecía importarle. Las palabras de Flavia le zumbaban en los oídos como profecía infalible. No quiso salir cuando la llamaron a comer, y su padre ordenó que nada le dieran. Acabó por dormirse. La recordó un golpe dado en los cristales. —¡Mirra! ¡Mirra! —le decía una voz desde afuera. Conoció a Gracián, y apenas pudo ahogar un grito de alegría. Abrió la ventana. De un brinco el muchacho salvó el parapeto.







Gracián volvió a prometer, y vió que Mirra le sonreía a través de las lágrimas. A la mañana siguiente, muy temprano, el muchacho volvió al cuarto, a despedirse de la niña. Cuando ella sintió el galope de los caballos que se alejaban, salió...

116

...a la galería, desde donde podía verse el camino, y estuvo mirando la silueta de los viajeros hasta que se perdieron detrás de la loma. Tendió entonces los brazos hacia ellos, creyéndose sola. Al volver la cara vió a Flavia, que había estado mirando lo mismo. Nada se dijeron, aunque en los ojos de ambas había un fulgor de desafío. Pero Mirra estaba contenta, porque creía en la promesa de Gracián.



117



Un enigma turbaba el pensamiento de la niña: ¿quién era Victoria para que Flavia le manifestara predilección? Había seguido espiando sus entrevistas, con las apasionadas demostraciones que intercambiaban, y adivinó que entre ambas existía un estrecho parentesco. —Es su hija —le dijo la Pichana un día que la encontró atisbando.

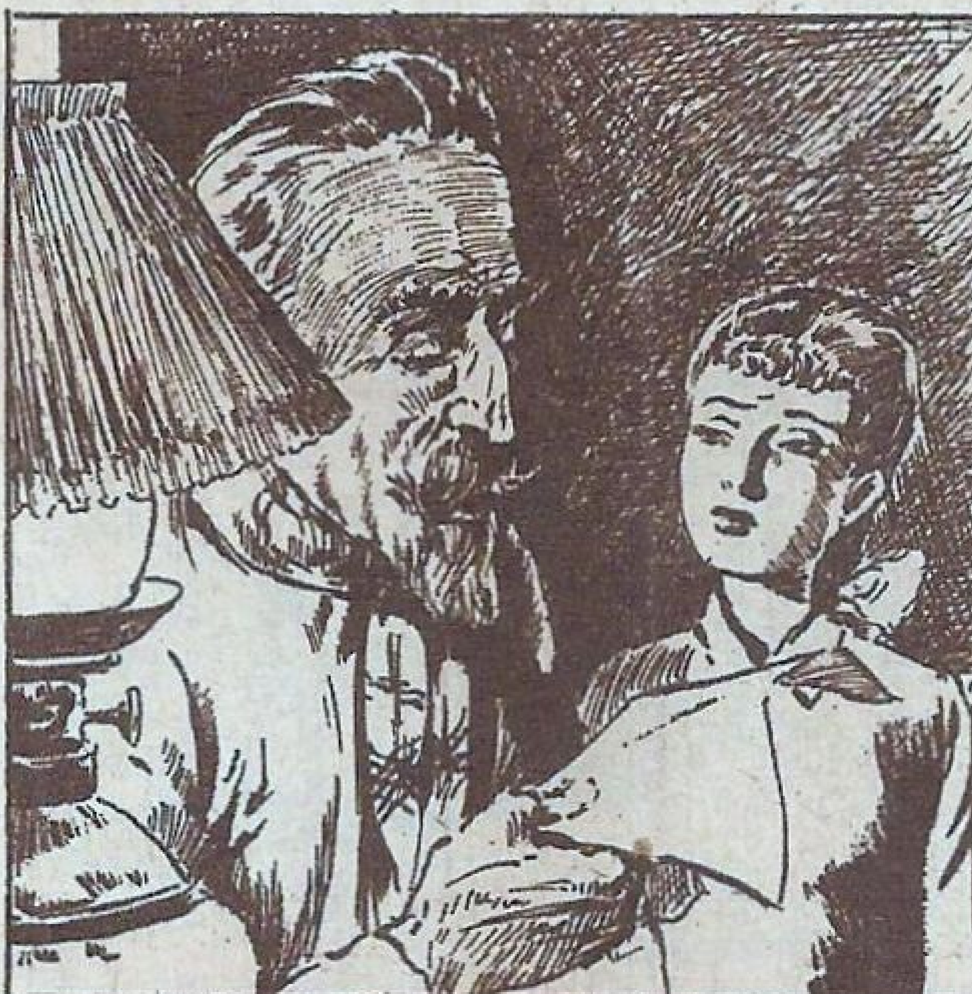
118



Mirra miró la cara de la Pichana, seca y huesuda como una calavera ahumada, en que relucían ojos de raposa, tan sagaces que parecían descubrir lo oculto debajo de la tierra. Desde allí...

119

...veían a Flavia con Victoria. No podían oír lo que hablaban, pero había tal pasión en los gestos de Flavia que Mirra se extrañó de no haber penetrado antes la verdad. ¿Qué otra cosa que caricias de madre podían ser aquéllas? Y la imaginación de Mirra voló un instante a los tiempos en que su madre vivía... Aquella tarde Amoroso trajo de Cosquín una carta de letra desconocida. El señor de Viscarra la leyó, impaciente y receloso, y luego volvió a hacerlo en la mesa, después de un preámbulo explicativo. La carta era de un tío de Gracián, hombre de edad, solo, rico, que había vivido casi siempre en el extranjero, y que ahora, de vuelta en el país, quería...



...reanudar los vínculos rotos por la larga ausencia. Se interesaba por Gracián, su presunto heredero, a quien había ya visitado en el colegio de Córdoba, y deseaba que pasara aquellas vacaciones a su lado, en un establecimiento de campo que poseía en la provincia de Buenos Aires... El señor de Viscarra leía junto al quinqué y no podía ver los ojos de Mirra, llenos de lágrimas. Gracián no vendría ya aquel verano.

120

Esa noche Flavia abrió sin ruido la puerta, para marchar a la cita que Amoroso le había concertado con Camargo. Tres noches seguidas había ido ella a esperarlo en vano. ¿Por qué Camargo le huía, desde que ella pretendió que le explicara qué insalvable obstáculo impedía que se casaran? Camargo sabía ya que Victoria solía encontrarse con su madre, y aunque no hablaban de ello, Flavia sentíase más aprisionada que nunca, porque si él llegaba a cumplir la amenaza de esconder a la niña, no tendría otro remedio que rendirse a cuanto impusiera su voluntad. Y esa noche Flavia no desafió inútilmente los peligros de tales encuentros; por el contrario, Pablo la aguardaba, vencido por el dolor de haberla hecho sufrir y encendida de nuevo, como nunca, su desgraciada pasión.



Repitió Flavia sus preguntas, y él le contó su historia, vieja ya de muchos años. Sí, estaba casado. Lo había hecho en el Uruguay, después de la ruptura, impuesta por Jesús de Viscarra. Al poco tiempo se había separado de su esposa, pero ésta vivía aún. —Mi casa está abierta para vos, Flavia —agregó, como otras veces—. ¿Vendrás si te llamo?

121

Flavia no parecía oír, anonadada por la confesión. Repentinamente se incorporó, llena de valor, y huyó. Sentía una fuerza que no nacía de ella, puesto que contrariaba sus anhelos, y era como un viento que la llevaba a través del monte, sin temor a errar la senda, sin miedo a la roca ni a las espinas.



Camargo la vió desaparecer en la sombra, como un fantasma. Creyendo que la perdía, echó a correr tras ella, y sólo lo detuvo el alboroto de los perros de Valle Negro y el temor de morir como un intruso. Airadamente, estiró el puño hacia la casa de su enemigo.

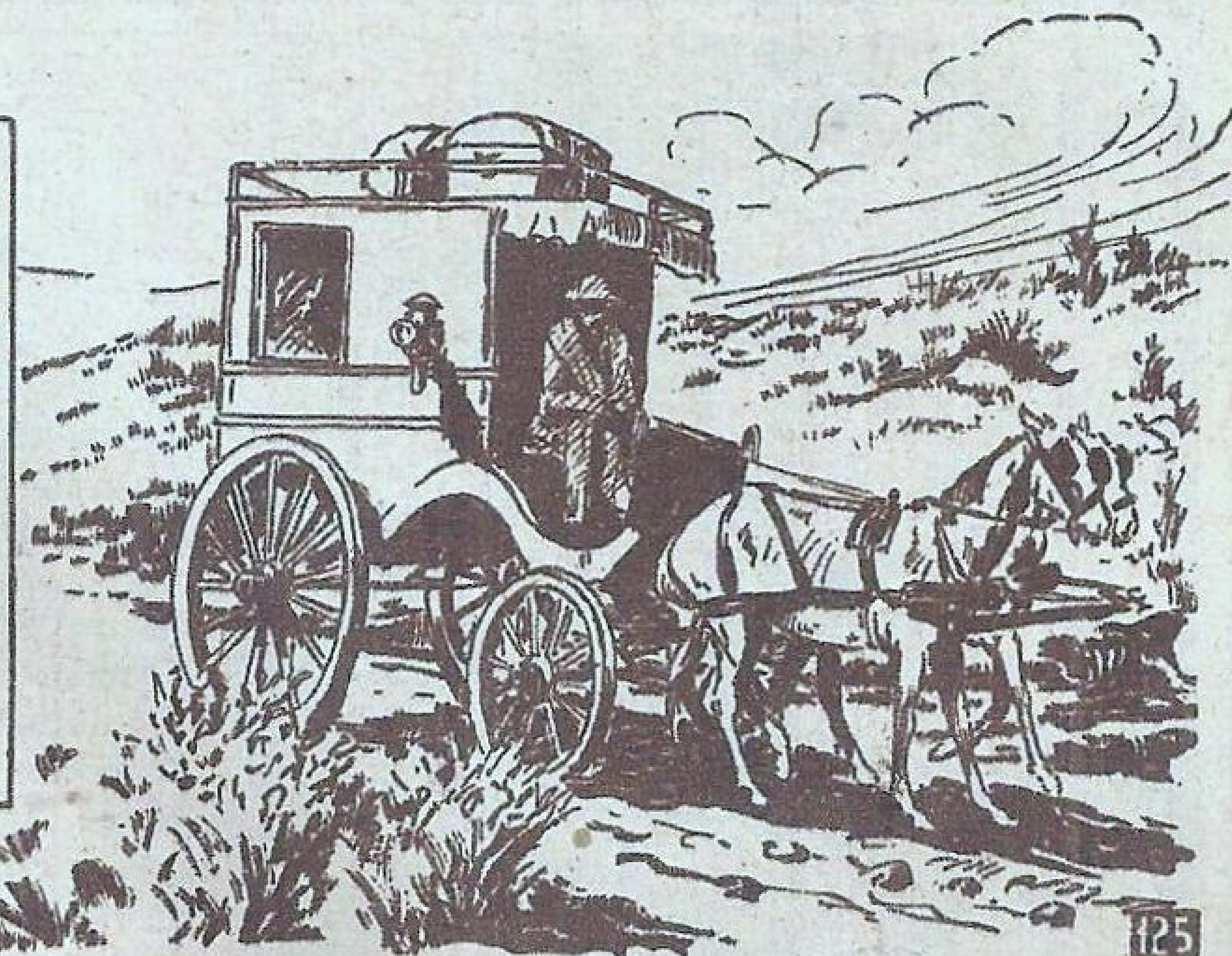


Si Camargo hubiera pensado que al revelar su secreto iba a espantar así a Flavia, habría preferido cortarse la lengua. Pareció que le caía un velo de sangre ante los ojos, y vagó días enteros por los sitios en que solía verla, seguro de que si le huía de nuevo la mataría. Después, con vergüenza y cansancio, se recluyó entre las paredes de su casa, más melancólica y sombría que nunca, porque hasta Victoria se contagió de la tristeza del padre. Al caer la tarde...



...sentábase en un banco de piedra, a la puerta de la casa, y se estaba allí, como sonámbulo, mirando crecer la sombra de los árboles. Victoria solía buscar sitio a su lado, y Camargo dejábala estarse allí, con tal que callara, o rechazábala con torvo ademán, receloso de que descubriera sus flaquezas.

Pero un día Camargo tuvo celos de la niña, que veía a la madre a escondidas, y, sin atreverse a interrogarla, la arrancó de aquellos lugares y la llevó a un colegio de Córdoba.



Como si se hubiera libertado de una prisión, en el ambiente de la ciudad se sosegaron sus ímpetus. Era acaudalado, tenía casas de renta y podía vivir sin cuidar de su estancia de la sierra, y así fué dejando pasar los meses, amortiguada su indómita pasión. Flavia se resignó a la ausencia de la hija como a un castigo que venía de lo alto. ¿De qué manera Dios, que disponía sus dolores, la premiaría por su paciencia? ¿Cómo se resolvería el problema que la confesión de Camargo planteó tan cruelmente?... Cierto día Camargo volvió a su finca de la Cuesta. Flavia lo supo y esperó que algo le mandara decir con Amoroso; pero inútilmente. Y al fin, colmada la medida de sus fuerzas, se rindió: ya que él no venía, ella iría hasta él y se rendiría como una esclava, en cambio de su hija.



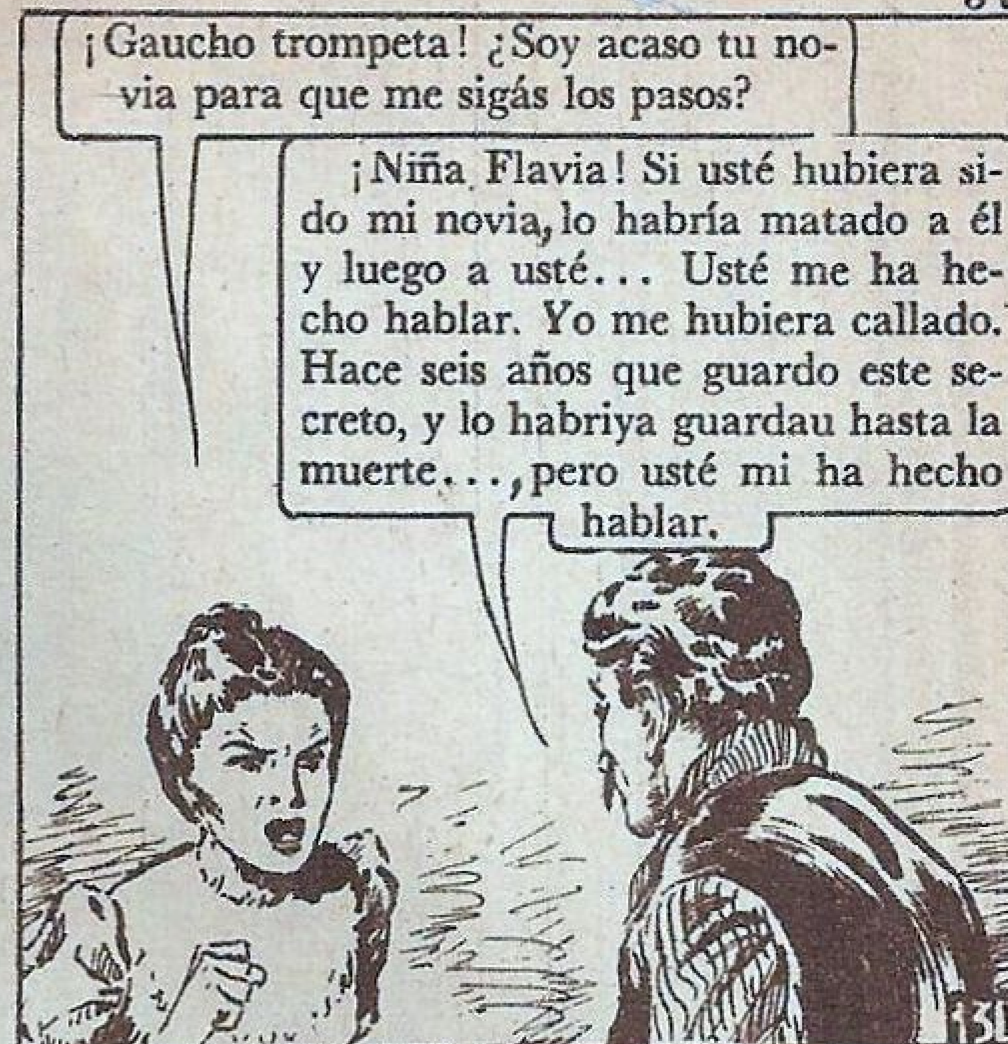
Se vistió precipitadamente, para no tener tiempo de arrepentirse, y se echó fuera de la casa de Valle Negro, en la que todos dormían... Cuando amaneció, estaba de vuelta, con infinita amargura en el alma —porque en una noche había destruído su dolorosa labor de tres años— y con la certidumbre de que alguien, probablemente Lázaro, la había seguido.

A la mañana siguiente, llamó con rabia al capataz.

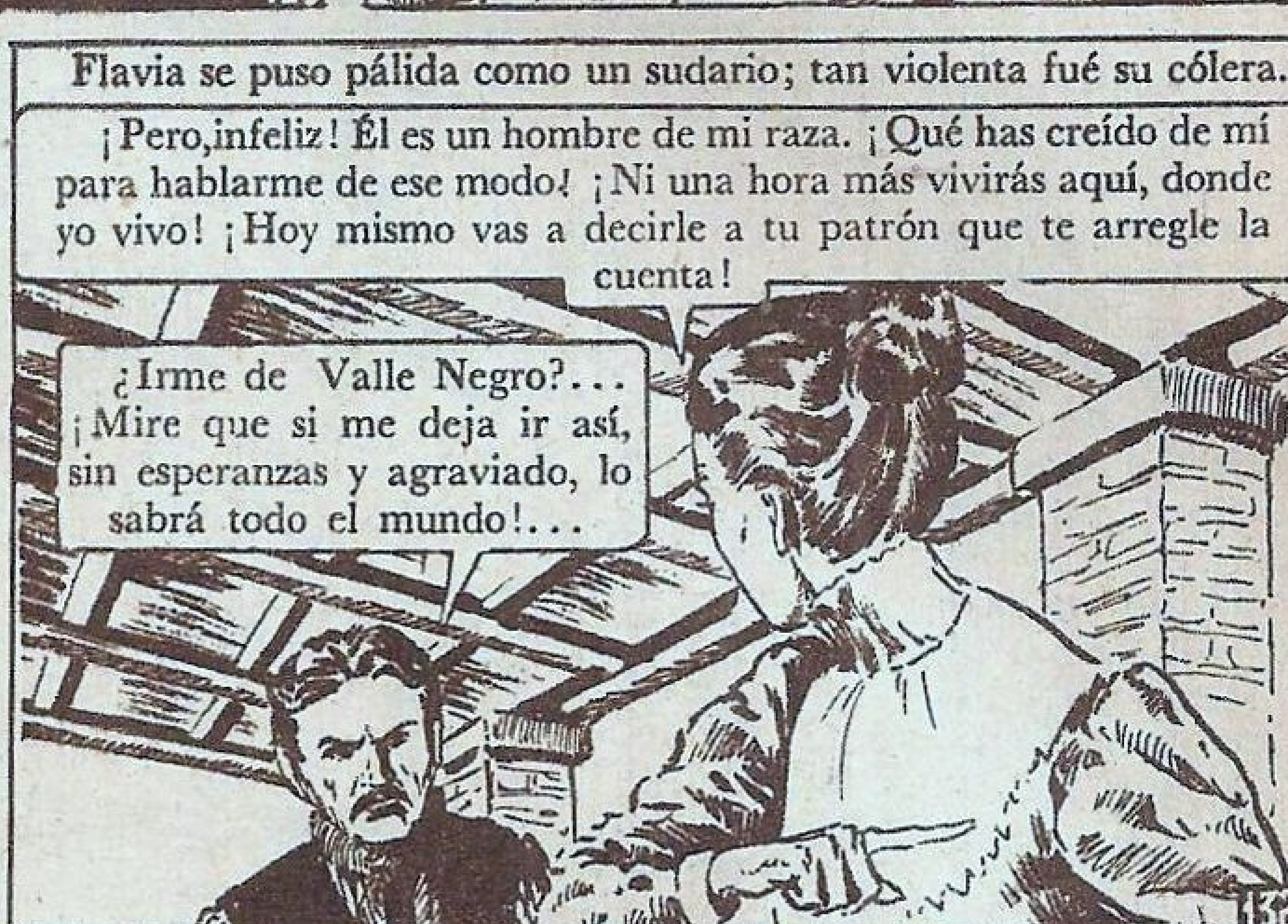












Beba la irresistible, por RAMÓN COLUMBA

¿ARRIBA? VOY AL DÉCIMO...

¡SUBIREMOS AL DÉCIMO, PRECIOSA!

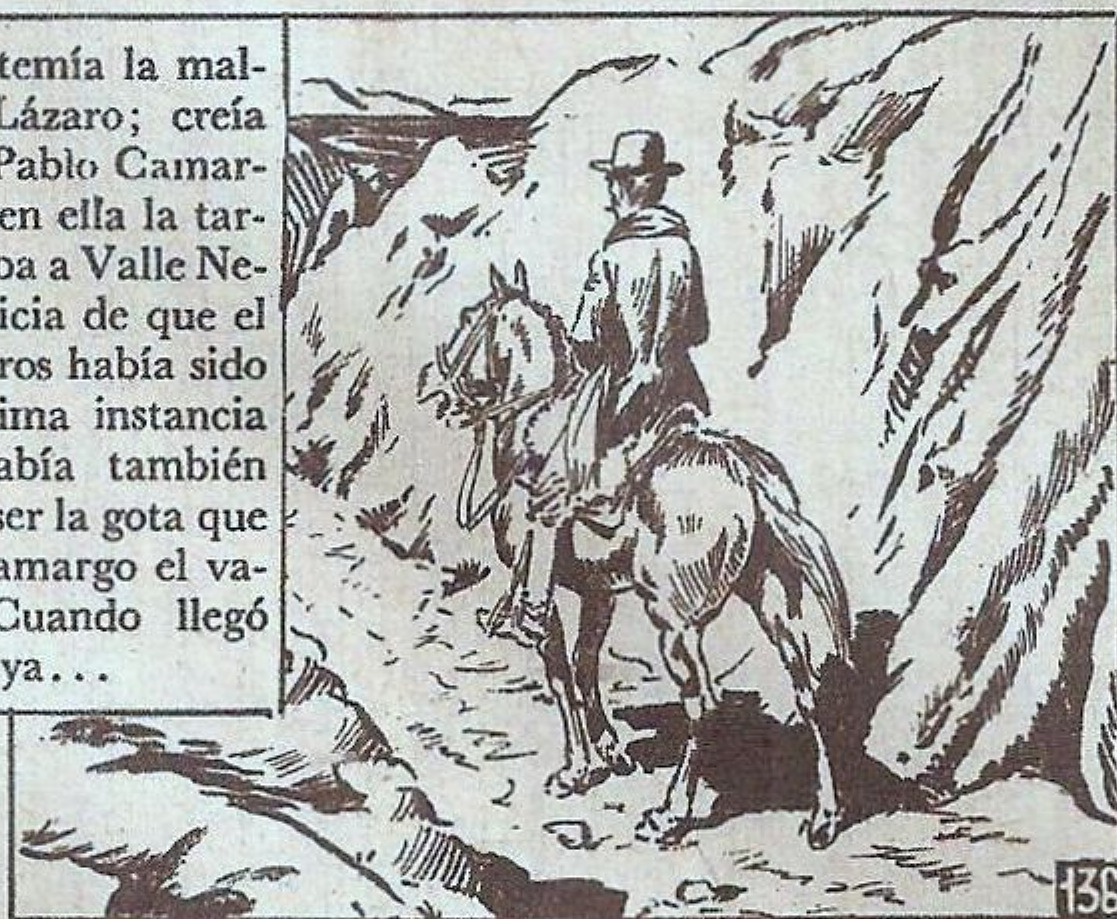
¿CÓMO?... SI TODOS VAMOS A PLANTA BAJA Y NOS FALTA UN PISO...

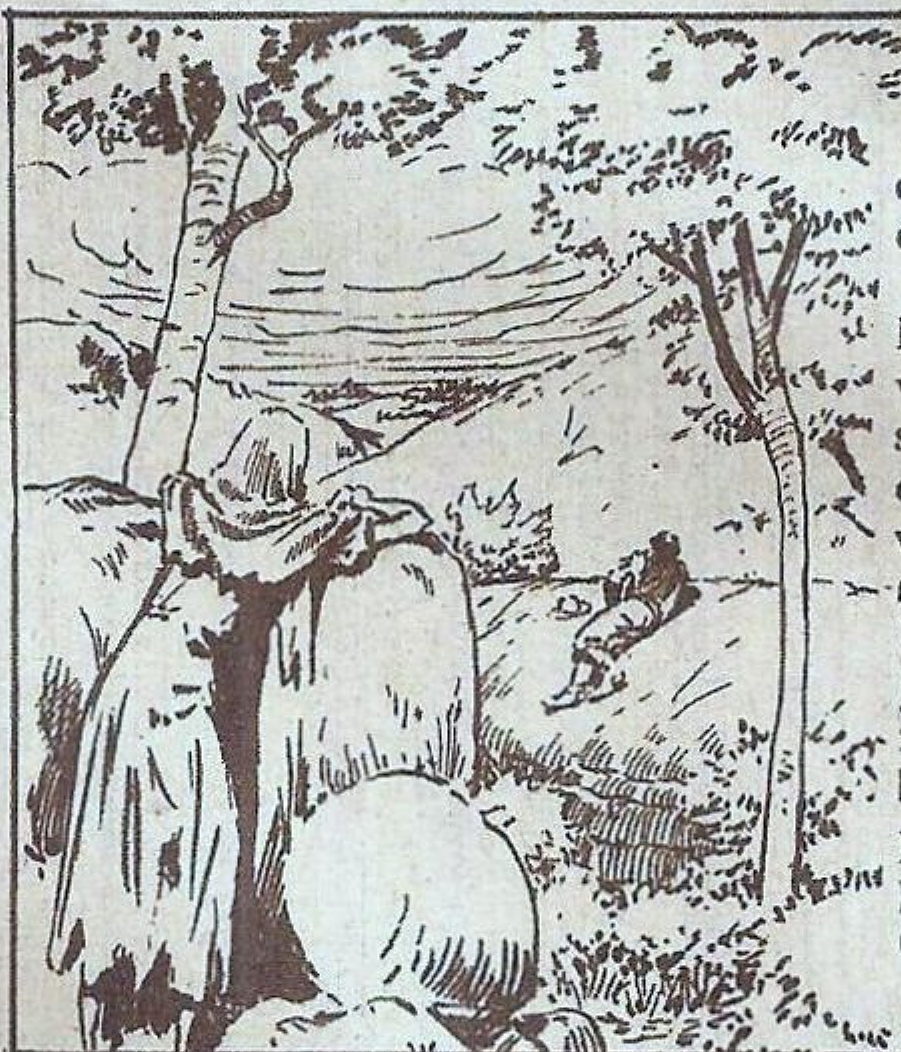
RC


¡Ah! ¿Es una amenaza?... Bueno, andá a contarlo; prefiero que lo sepa todo el mundo antes que rebajarme hasta vos...
Lázaro se fué, con su paso medido y silencioso de siempre, pero sintiendo como una quemadura el agravio de aquella mujer, que amaba al otro porque era de su raza.
133


Flavia corrió a su cuarto, cerró con violencia y se echó de rodillas.
¡Dios mío! ¡Tan hondo he caído?!
El señor de Viscarra acudió al ruido de la puerta y golpeó sus maderas con el cabo del rebenque.
134


Ella lo hizo entrar y le contó solamente que Lázaro la había requerido de amores. Don Jesús no quiso oír más. Fué en busca del que así osaba levantarse contra el honor de su fiero linaje de conquistadores y le marcó la cara de un lonjazo. Lázaro estuvo a punto de castigar la ofensa con el cuchillo que llevaba en la cintura. Pero...
...un pensamiento terrible fulguró en su cerebro. ¿Para qué matarlo allí? Tenía otra afrenta que vengar, porque su sangre, su raza, toda su larga estirpe de hombres sometidos y pacientes acababa de ser agraviada por una mujer. Se vengaría de ella matando al dueño de Valle Negro en circunstancias en que las sospechas de todos recayeran sobre Pablo Camargo. Si había esperado tantos años el premio de su amor, que al fin no conseguía, ¿por qué no iba a tener paciencia para vengarse, eligiendo la ocasión y el arma que sirvieran mejor a su designio? Y Lázaro humilló la cabeza, devoró el ultraje y salió para siempre de Valle Negro.
135


Don Jesús no temía la malquerencia de Lázaro; creía más en la de Pablo Camargo, y pensaba en ella la tarde que regresaba a Valle Negro con la noticia de que el pleito de linderos había sido fallado en última instancia a su favor. Sabía también que ésa podía ser la gota que colmara en Camargo el vaso del odio. Cuando llegó al río, ya...
136

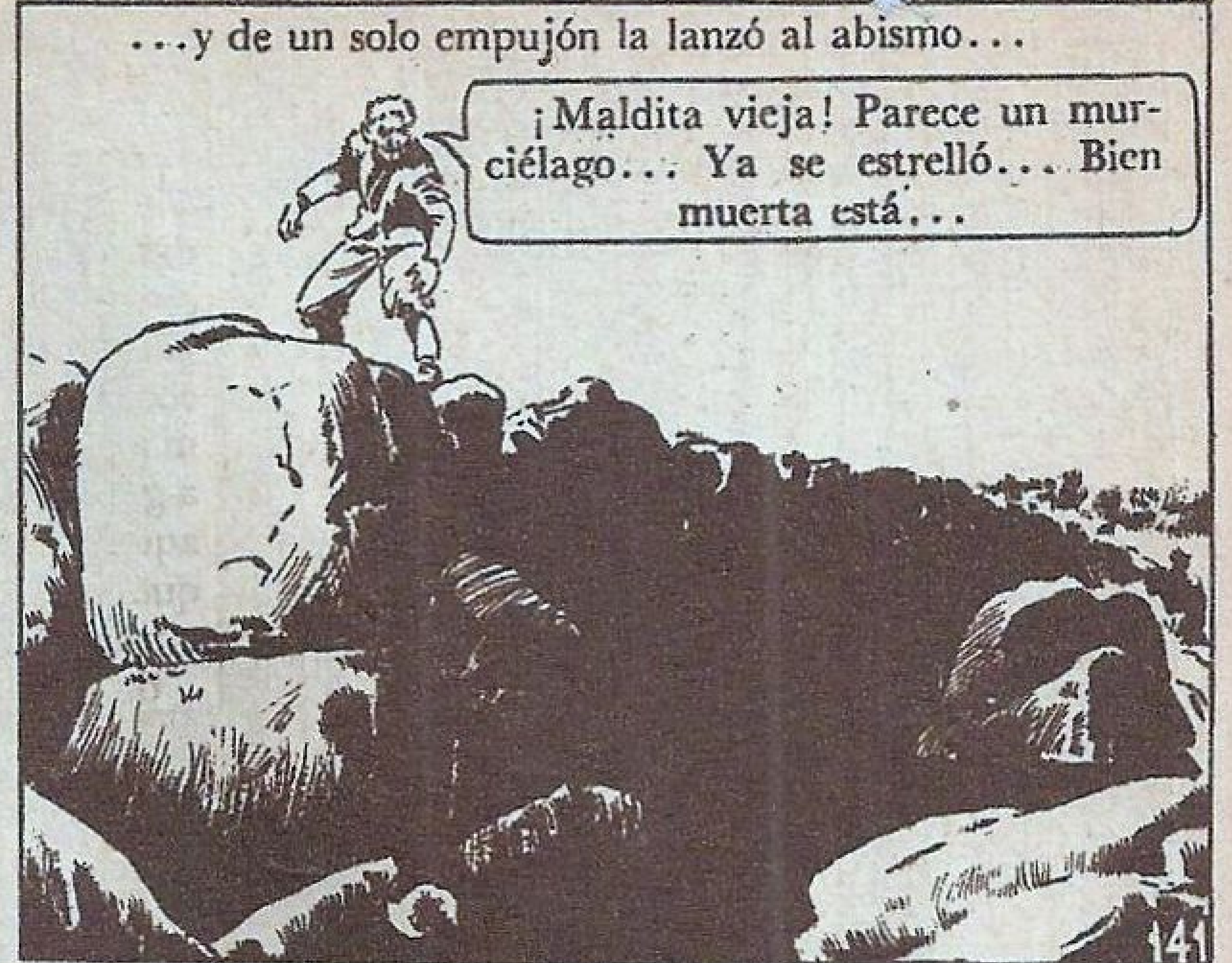

...no se veía el sol, desaparecido detrás de las montañas. "Llegaré antes de la noche", se dijo el viajero. Y empezó a subir la abrupta ladera del valle en que vivía la Pichana. Un crestón de piedra le impedía ver a lo lejos la silueta de la mendiga, que espiaba a Lázaro, agazapado allí cerca. De pronto ocurrió lo que Lázaro no había previsto.
137


En la misma senda, entre él y el caballero que avanzaba, surgió la inquietante figura de Pablo Camargo, a pie, con el fusil en la mano.
¡Jesús de Viscarra!... ¡Voy a fallar nuestro pleito mejor que tus jueces!...
El dueño de Valle Negro se santiguó, comprendiendo que era la muerte, y, un segundo después, el...
138


...estampido alarmó los ecos de las quebradas. Al caer el señor de Viscarra, la Pichana dió un grito, y Lázaro huyó, viendo cumplida por otra mano su venganza y no pensando ya sino en esquivar la acción de la justicia, que caería con todo su peso sobre la cabeza de Camargo. Éste fué a huir también, mas al volver la cara...
139

...divisó a la vieja, que gritaba en medio del camino, y corrió a aniquilar a aquel impensado testigo que depondría contra él... La Pichana, comprendiendo el peligro, intentó escapar. Pero Pablo Camargo la acorraló contra el filo de la empinada muralla de rocas, la atrapó del manto...





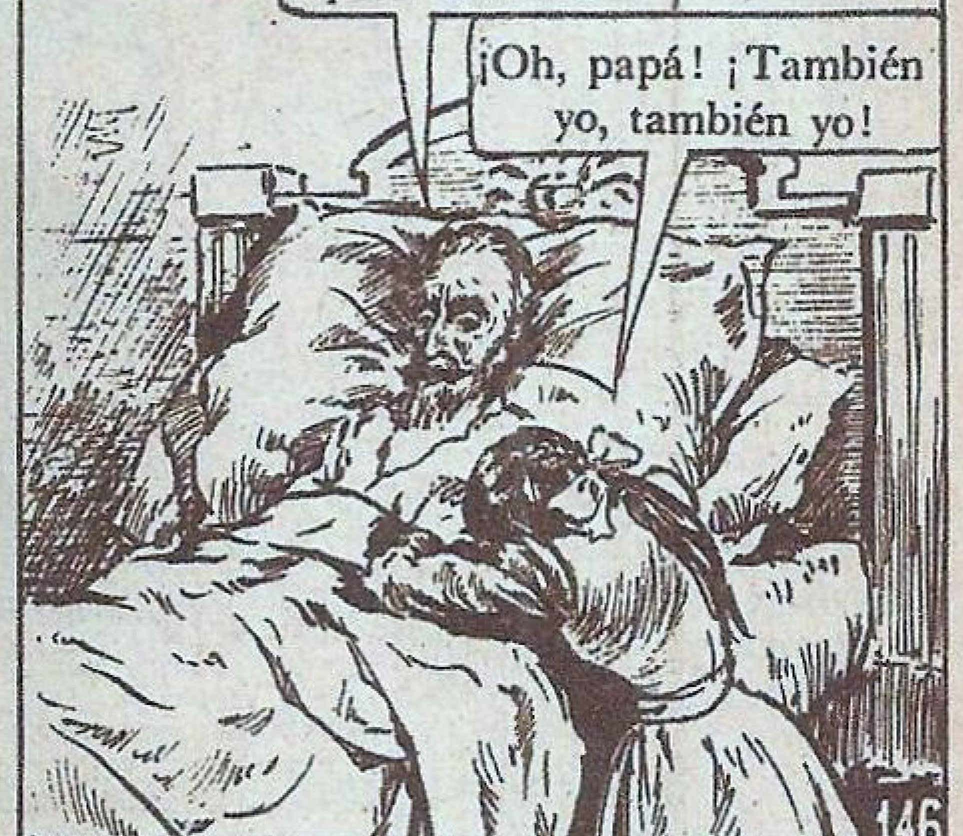
Los peones, que lo buscaban alarmados, alcanzaron a hallar con vida al señor de Valle Negro y lo llevaron a su casa. Mirra dirigió la tarea de acostarlo, con infinita dulzura. Al verlo abrir los ojos y sonreír, estalló en sollozos.







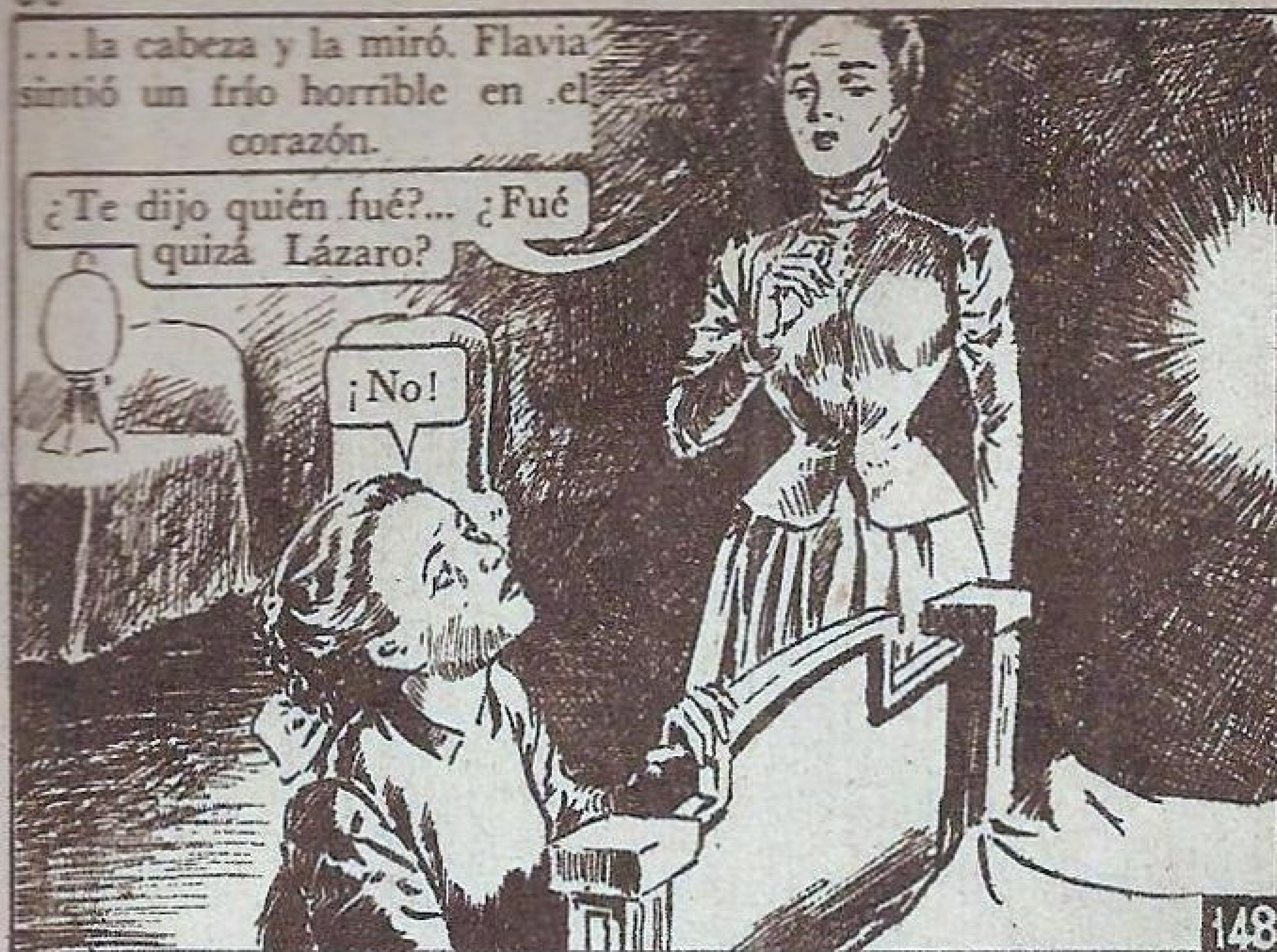




Él comprendió que la niña se unía en el perdón; abrió de nuevo los ojos, que había entornado fatigado, y le sonrió. Murió cuando el día se anunciaba tiñendo de rosa la cresta de los montes, y se retiró el cura de Cosquín, que había sido llamado para atender al moribundo. Pero, al rato de salir, el sacerdote volvió contristado.



En el camino había encontrado el cuerpo, frío ya, de la Pichana, que desde el valle en que moraba se había ido arrastrando con la esperanza de llegar viva a la casa del señor de Viscarra, sin duda para decir lo que ella vió y para que la justicia no persiguiera a Lázaro, a quien la mendiga quería como a un hijo. A todo esto, Flavia no se había movido de su rincón de la galería, donde permanecía acurrucada, con los ojos perdidos en la insondable negrura del valle, dejando a otras mujeres, menos anonadadas que ella, el procurar los remedios que vanamente se aplicaron al herido. Cuando se acercó, por fin, al lugar donde velaban a su hermano, Mirra, que lloraba a los pies del muerto, alzó...





La justicia no halló cómo proceder, ni contra Lázaro, a quien muchos señalaron como el culpable, ni contra Camargo, y todo se olvidó con el tiempo. Pero Camargo no pudo soportar la vida en la casa de la Cuesta, y se fué a Cosquín, con su hija. Allí, para acallar la secreta voz que clamaba en él, se puso a la par de los bebedores que pasaban sus horas en los almacenes. En el pueblo empezó a decirse que no tenía muy cabal la razón.



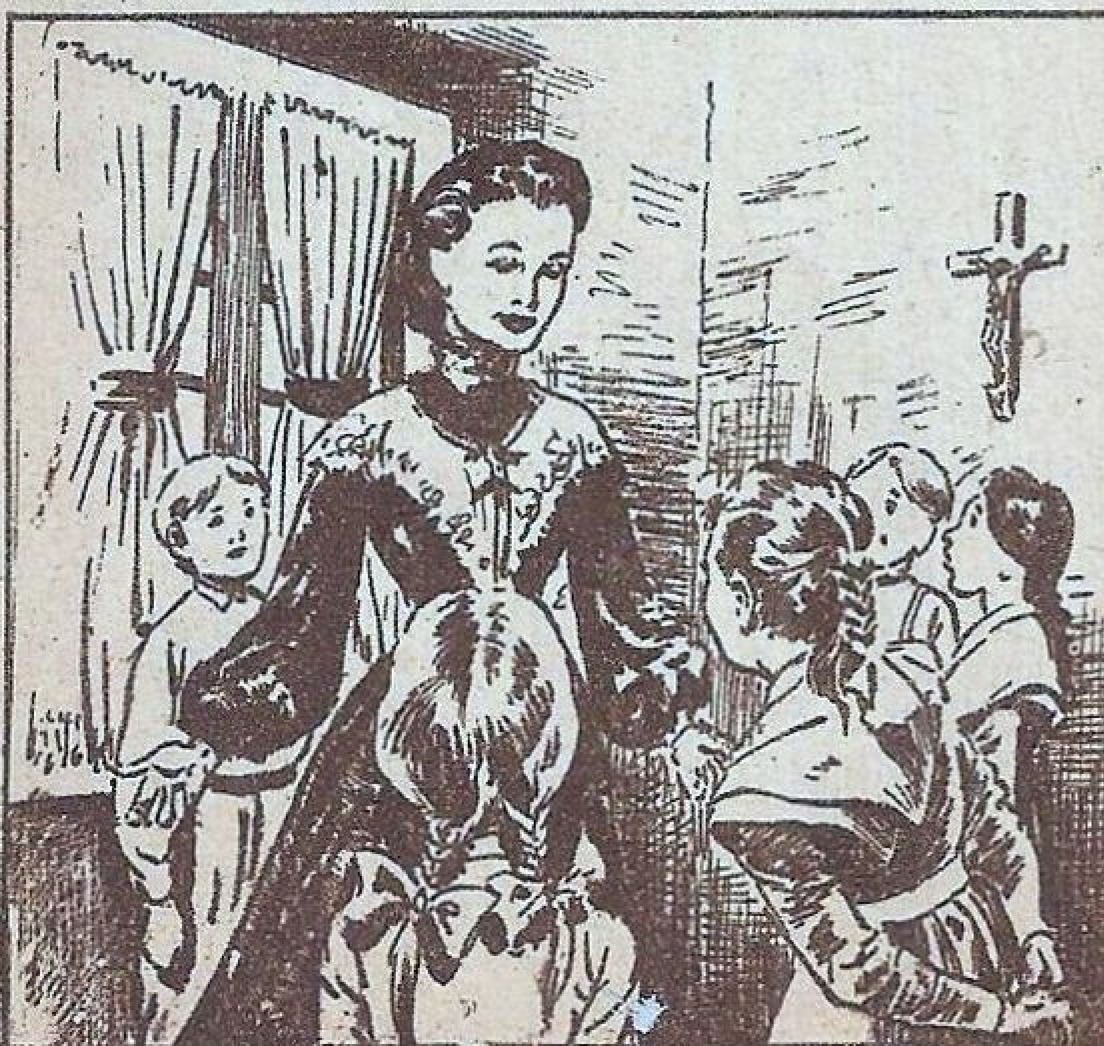
Para Mirra corrían tristes los días, como un río que nunca debía agotarse. Pero el horror de los horrores sentíalo Flavia en su conciencia envenenada por la funesta pasión. Vicioso y culpable, amaba a Pablo Camargo como en las noches trágicas en que lo aguardaba en la soledad del monte. No lo buscaba; antes le huía, como si al ir hacia él se manchara con la sangre del hermano que ella no tuvo fuerzas para ver morir. ¿Sería verdad? ¿Él lo habría asesinado? ¿Lo sabía Mirra? Pero Mirra callaba, y la sola figura de la niña enlutada, cuyas manos hacendosas llevaban ahora las riendas de la casa, era una viviente acusación contra Flavia, que vivía recluída en su cuarto.

Un día Flavia sintió la violenta necesidad de ver a Victoria. Se fué a Cosquín y allá se quedó, en la escuela oficial, donde había logrado que la nombraran maestra, para tener algo que ostensiblemente la obligara a permanecer allí, próxima a su hija.



Mirra, al quedar sola, llamó para que le sirviera de compañía a la mujer del hermano de su padre, viuda a la sazón, quien trajo consigo a una caterva de chicuelos. Mirra se sintió feliz con ellos y pensó dedicarse a la enseñanza. Sobre la puerta del dormitorio de su padre, que no quiso que nadie ocupara, pintó como mejor pudo una frase del Evangelio: "Dejad que los niños vengan a mí", y. . .





. . .comenzó las clases, en que ella enseñaría todo lo que supiera a los niños de los ranchos vecinos, que se criaban en inverosímil abandono. Todos se admiraban de ella, que concebía planes tan altos y los realizaba con tenacidad sin ejemplo entre esas gentes de fláccida voluntad, y con una serenidad imperturbable, como si perdurase en ella el espíritu del muerto. Y ninguno adivinaba su alma triste.

153



Habían pasado dos meses de la muerte del señor de Viscarra, cuando un peón procedente de Cosquín entregó a Mirra una carta. Ella conoció en el sobre la letra de Gracián y la guardó emocionada, no queriendo abrirla delante de testigos, por si el escrito no le traía lo que le anunciaba su ilusión indestructible.

154

Aguardó la hora de la siesta, para leerla a solas, conservando su esperanza el mayor tiempo posible. Cuando pudo escaparse de su tía y de sus primos, que ya apenas sabían vivir sin ella, corrió a buscar entre los árboles de la represa el sitio en que tantas horas había pasado con Gracián. A la sombra de los álamos murmuradores, la sobrecogió una emoción extraña y dulce. ¡Oh, Gracián, Gracián! ¡Qué lejos estabas de ella!



Dudaba en abrir la carta, ansiosa de prolongar la expectativa tan intensa que la conmovía hasta el llanto. ¿Qué buenas palabras habría encontrado Gracián para consolar su pena? Fué a romper el sobre, pero se detuvo: ¡un momento más! Era suave la hora, el cielo puro, desteñido por el sol; el aire armonioso, lleno de rumores que despertaban sus nostalgias; la brisa haciendo hormiguear el follaje de la alameda, las tortolitas cantando en el sauzal, las langostitas verdes chirriando entre los yuyos; de cuando en cuando, en el fondo de la represa, el latigazo de una rama que se arrojaba como una piedra en el agua transparente y fría.

Rompió el sobre y leyó con avidez. Eran frases hechas, pero expresaban, sin duda, la sincera congoja del muchacho, a quien le llegó con retraso la carta en que Mirra le había dado cuenta de la muerte de su padre. La de él terminaba así: "Yo no sé qué decirte, Mirra, ni sé si..."



"...lo que te dijera podría servirte de consuelo. Más que todas las palabras valdrá mi mano puesta en la tuya, y quiero verte para mostrarte que, si las cosas cambian, yo sigo siendo el mismo a través de los años. ¡Adiós, Mirra! Pronto iré a hacerte una larga visita." Todos los resentimientos de Mirra, nacidos de la ausencia, se esfumaron como neblina al sol. Por un pudor, mezclado de miedo a engañarse, guardó el secreto de la promesa de Gracián y cada mañana se levantó con la ilusión de que ese día vendría él. Lo pensó, con especial ahinco, hacia fines de enero, en que maduraron los piquillines; mas pasó el tiempo de recogerlos, y Gracián no llegó a Valle Negro.



¿Cuándo lo vería? Mirra iba a la huerta, buscando los lugares más frecuentados por él, para evocar mejor su recuerdo. Una vez quiso aguardar hasta la hora de las estrellas para volver a las casas. La infinita calma descendía como un velo sobre el valle. Un muchacho que tenían de mandadero apareció gritando.

157



Era de Gracián. Mirra la leyó a la luz del crepúsculo y supo, por fin, que no vendría hasta la primavera próxima, quizá hasta el verano, y que quería pasar en Valle Negro todas las vacaciones.

158

Pero pasó mucho tiempo sin que Mirra supiera más de Gracián. Cumplido el tercer año de la muerte de don Jesús, tuvo noticias, en Cosquín, por un veraneante que lo había conocido.

¿Gracián Palma? Era estudiante de medicina, mal estudiante. Abandonó la carrera. Se hizo periodista. Escribió algún libro de versos que no tuvo éxito. No cayó en la bohemia porque su tío murió dejándole una fortuna, y su nuevo tutor lo mandó a Europa.



Y pasaron más años sin que Mirra volviera a oír de Gracián. Éste había regresado a la patria, libre, por la mayoría de edad, de disponer de sus bienes, pero hastiado de la estéril agitación en que vivió persiguiendo fantasías que no llegaba a alcanzar, o que, alcanzadas algunas, le dejaban en los labios como un sabor de ceniza. Había cruzado el mundo como en un sueño, y he aquí que despertaba echando de menos las alegrías simples y sus humildes dones malgastados. ¿Dónde encontraría de nuevo su corazón de niño? Se acordó de Valle Negro y en el espejo de su alma vió dibujarse la deliciosa figura de su compañerita. Nada sabía de ella, y era suya la culpa.



Arrastrado por aquellos impulsos que lo tenían desde hacía años vagando por el mundo, Gracián volvió a Córdoba en una luminosa mañana de invierno. Oyó el tañido seco, algo cascado, de la campana de la Universidad, llamando a las clases, que empezaban a las ocho; y vió a los estudiantes, con los libros debajo del brazo, que pasaban discutiendo o rumiando su lección. ¡Qué lejos de su espíritu estaban aquellas juveniles preocupaciones!

160



Pero en el corazón llevaba todo el sol de su niñez, cuando bajó en Cosquín, plena noche ya. ¡A la mañana siguiente, incomparable mañana de oro, se vistió con premura y salió, no osando poner los ojos en la cara de los transeúntes, de miedo de ser conocido!... De pronto una voz: —¿No es usted Gracián Palma?

161

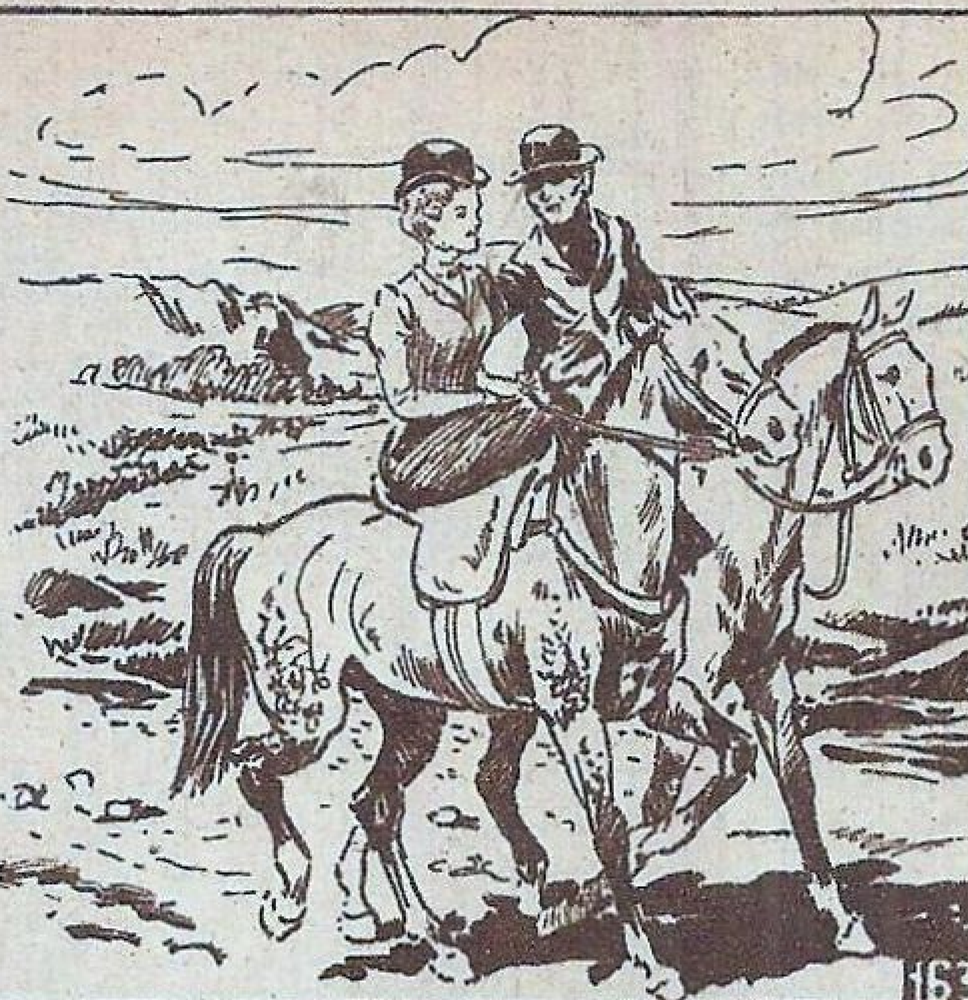


A la puerta de la escuela, vigilando la entrada de los niños, estaba ella, que lo hizo pasar, lo abrazó y lo acosó a preguntas.

162

Y aquel viajero que había cerrado sus valijas ansioso por visitar el escondido valle donde había dejado su alma de niño, donde quizá lo esperaba la novia ideal, demoró en su viaje. Camargo vivía ahora en la casa de Flavia, medio idiota, sin más expresión de inteligencia que una llamarada de odio en la mirada cuando veía a la pobre mujer, como si sus facciones le evocasen las de Jesús de Viscarra. Flavia y Victoria sentíanse aisladas en Cosquín, como si viviesen en la Cuesta. Y la visita de Gracián fué para Flavia —que no había olvidado antiguos proyectos— un medio de libertar a su hija de la hostil soledad en que vivía. Ella misma arrojó a Victoria en brazos del joven Palma, sin pensar que podía reproducirse su doloroso drama de amor y abandono.

Durante dos meses, Victoria y Gracián hollaron todos los caminos de la sierra, en solitarias cabalgatas que hacían murmurar a los vecinos y que dejaban un fulgor de pasión en los ojos de ella. Todos los caminos, menos uno: el que bajaba hasta el Yuspe, ascendía una loma y alcanzaba el rincón de Valle Negro.



Al fin, el que volvió a recorrer esa derrota fué Gracián, solo, cuando ya Victoria no necesitaba que él pronunciara una palabra indecisa o dudosa para comprender que lo estaba aburriendo. Una horrible desesperación subía del alma a los labios de la niña, que había empeñado todo en la aventura... Pero ¿qué hacer?



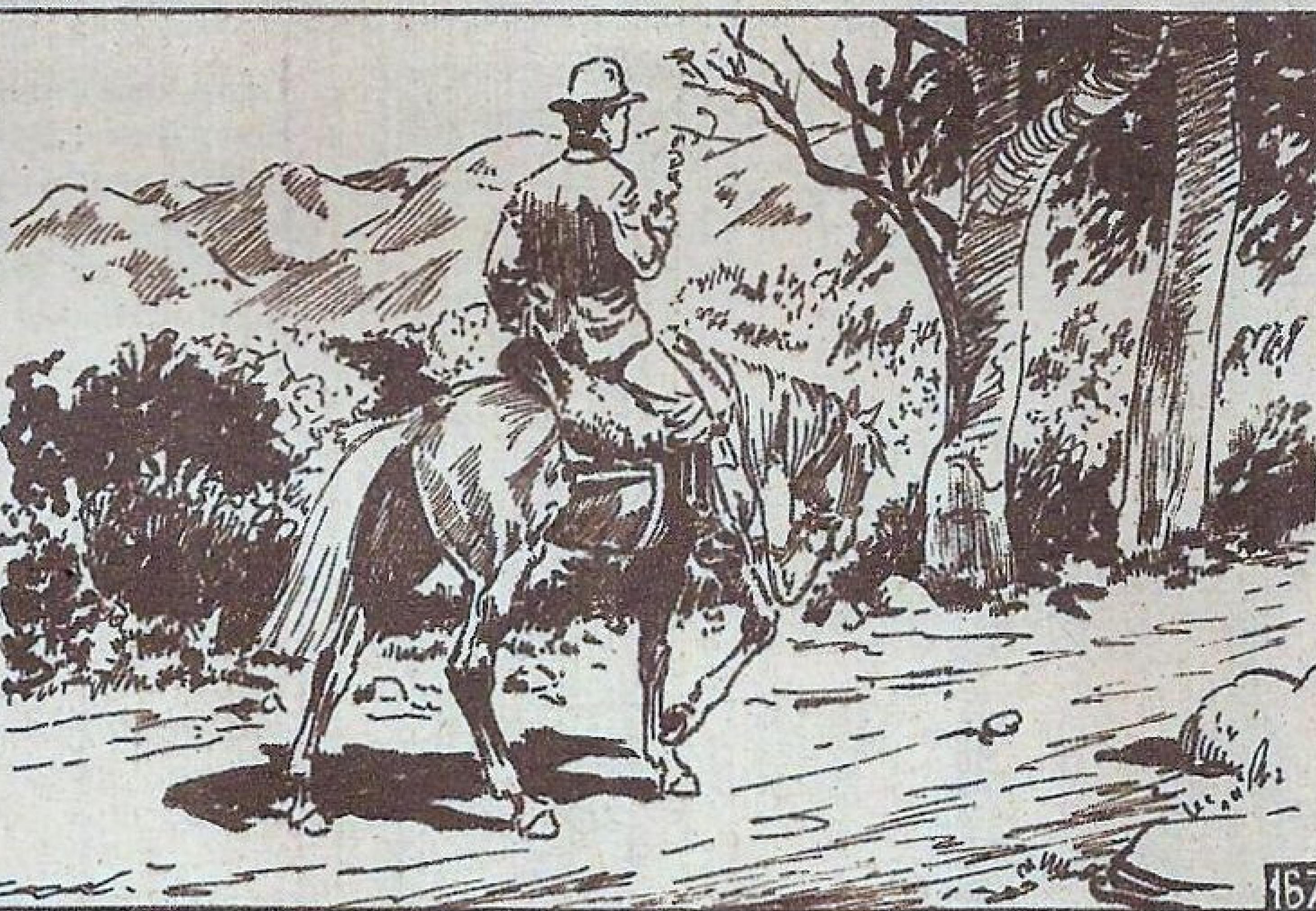
Gracián llegó a Valle Negro y habló simplemente a Mirra, sin tenderle la mano, sin mirarla casi.



Había humildad y dolor en las palabras de él. Ella, como si no lo viera desde la víspera, se acercó y le dió la mano. Gracián, enternecido y mudo de emoción, estaba como si le hubieran vendado los ojos, pues ni aun a ella la veía. Al rato pudo explicarse... Mirra le oía, y, roto el encanto, que como un tul de ilusión envolvía su recuerdo, lo veía tal cual era: débil, apasionado, indiferente a los dolores ajenos, inconsciente de sus deberes de hombre...



Gracián había tomado alojamiento en una casa de la pampa de Olain, a poco más de dos leguas de Valle Negro, y todas las mañanas hacía ese trayecto con el espíritu purificado de tentaciones, por la visión de Mirra. Su caballo, hecho ya al sendero, tomaba la marcha con paso igual, sin recelo y sin prisa, y el joven se complacía en soltarle la rienda, para mejor abandonarse a sus pensamientos.



Hasta pocos días antes no había hablado a Mirra de amor, temeroso de despertar de un ensueño, si aquel afecto que ella le mostraba no era más que la antigua amistad renaciente. Un día no le fué posible callar por más tiempo: —Cuando vine a pedirte perdón, Mirra —le dijo—, no era sólo tu perdón lo que yo venía a buscar. Era tu amor, que significaba más que el olvido de mis culpas, más que tu amistad, que tampoco me habría bastado. No te hablé, por miedo de engañarme...







Mirra meditó. Hasta sus oídos habían llegado habladurías de las gentes de Cosquín, que mostraban a Gracián enamorado de Victoria. Pero él negó, y Mirra cerró el diálogo prometiendo: —¡Mañana!... ¡Mañana a la tarde te contestaré!











Como una sombra salió Flavia y pronto desapareció. Mirra no se movió de su cuarto, abatida por una tormenta de dolor que la doblegaba como una caña. La voluntad de Dios había dispuesto que fuera verdad lo que un día Flavia anunció a su hija, y ella agachaba la cabeza como un sentenciado que no puede apelar. A la tarde llegó Gracián, y ella lo recibió como a un hermano que ha cometido una falta. Claramente, le dijo lo que sabía y le planteó sus obligaciones para con la niña que había creído en él y para con el hijo que vendría. Gracián ensayó una débil defensa. Luego se levantó con esfuerzo: tenía los ojos llenos de lágrimas, y...



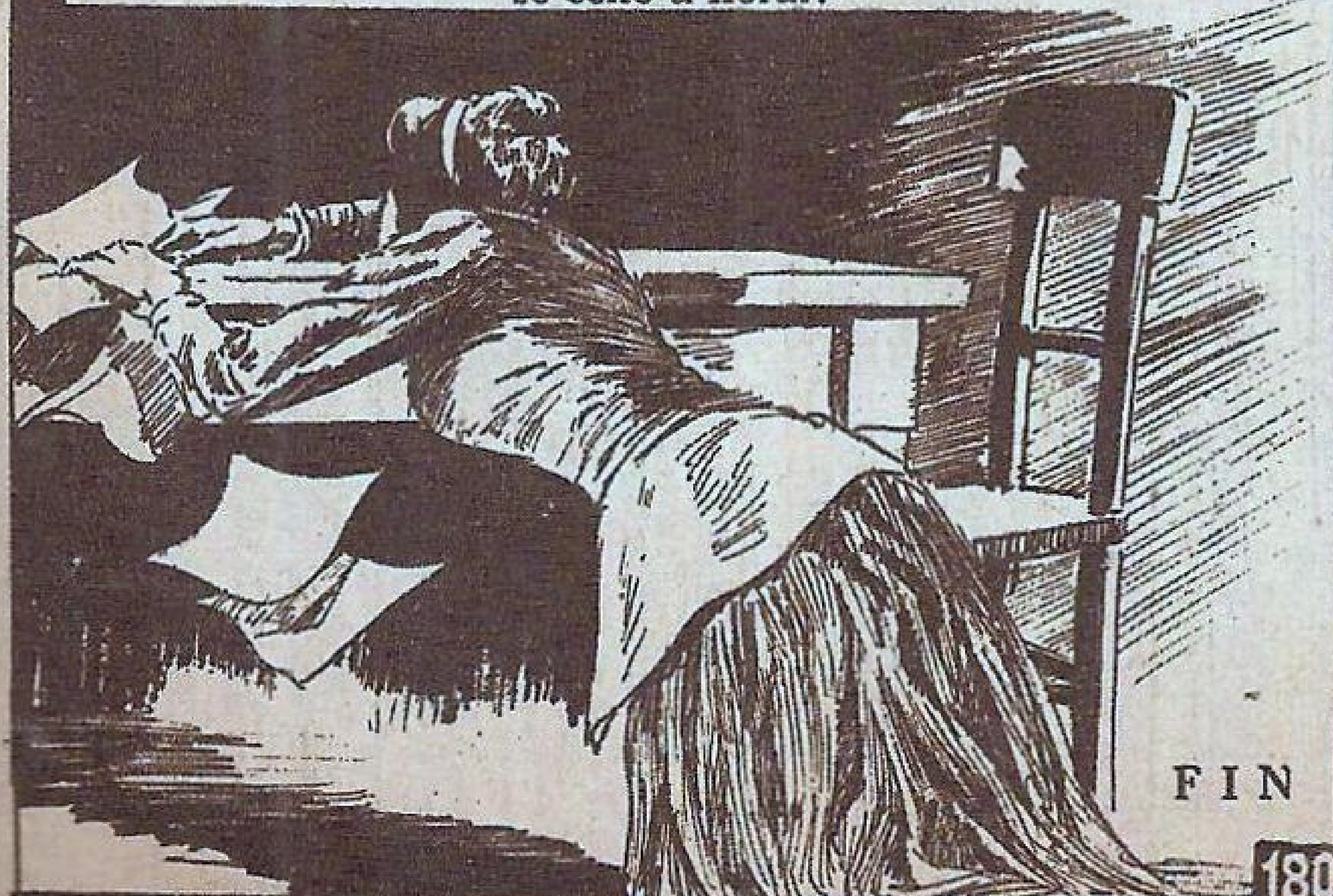


Un rato se quedó mirando su figura, que se achicaba en el horizonte, como aquel día que lo vió partir para el colegio. Un mar de amargura se le embalsaba en el pecho. Para esconder mejor su flaqueza, se encerró en el aula de clase y se arrodilló ante el Cristo exangüe que había dulcificado todos los dolores de Valle Negro y amparado la agonía de su padre.





Y sobre la mesita donde corregía las planas de sus escolares, se echó a llorar.



LA GIOCONDA

G. D'ANNUNZIO

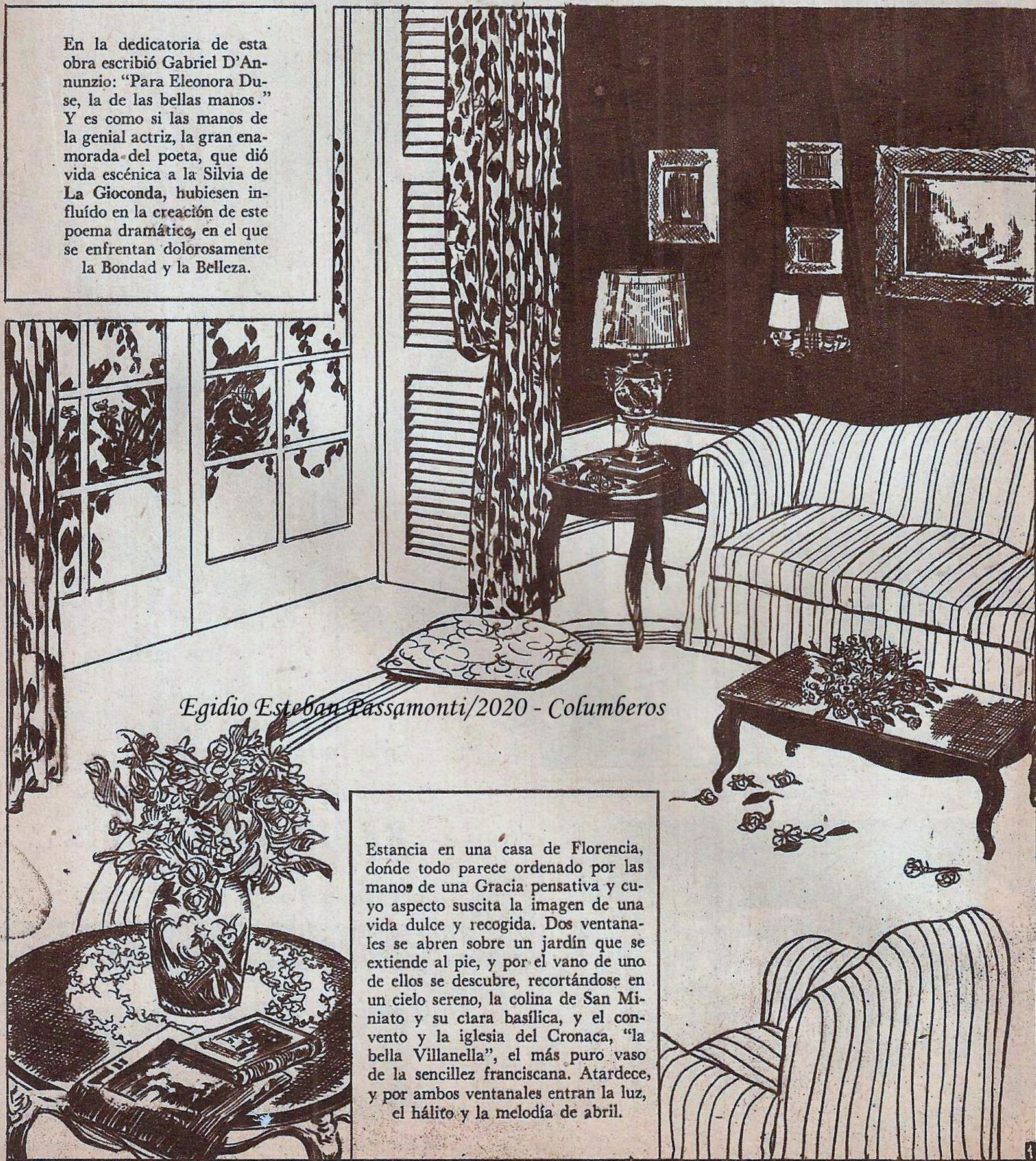
ADAPTACIÓN

•

DIBUJOS DE

MARIUS

Gabriel D'Annunzio nació en 1864, en Pescara, si bien él declaraba que había nacido "en pleno Adriático, sobre una nave, en camino de la costa de Dalmacia". Del mismo modo, toda su vida estuvo entre la realidad y la fantasía, y, al morir, el 1º de marzo de 1938, en su retiro de la villa Vittoriale, entraba simultáneamente en el reino de la historia y de la leyenda. Porque no sólo llenó una época con su obra de altísimo poeta, sino que la llenó también con sus genialidades y sus extravagancias. Después de haber alcanzado prestigio inmenso y universal renombre con sus versos, novelas y tragedias, su figura adquirió contornos épicos durante la guerra del 14, en la que conquistó Fiume para su patria y perdió un ojo. **La Gioconda**, que hoy ofrecemos a nuestros lectores, es una obra representativa de su genio literario, que se distingue por haber hecho de la palabra un instrumento sonoro y llameante, que él pulsaba maravillosamente para cantar la belleza con un alto sentido musical y plástico; obra representativa también de su carácter, que respondía al concepto nietzcheano de la vida, según el cual el creador debe sacrificarlo todo a la belleza.



En la dedicatoria de esta obra escribió Gabriel D'Annunzio: "Para Eleonora Duse, la de las bellas manos." Y es como si las manos de la genial actriz, la gran enamorada del poeta, que dió vida escénica a la Silvia de **La Gioconda**, hubiesen influído en la creación de este poema dramático, en el que se enfrentan dolorosamente la Bondad y la Belleza.

Estancia en una casa de Florencia, donde todo parece ordenado por las manos de una Gracia pensativa y cuyo aspecto suscita la imagen de una vida dulce y recogida. Dos ventanales se abren sobre un jardín que se extiende al pie, y por el vano de uno de ellos se descubre, recortándose en un cielo sereno, la colina de San Miniato y su clara basílica, y el convento y la iglesia del Cronaca, "la bella Villanella", el más puro vaso de la sencillez franciscana. Atardece, y por ambos ventanales entran la luz, el hálito y la melodía de abril.



La Gracia pensativa, cuya alma armoniosa se refleja en todos los detalles de aquella estancia, es Silvia Settala, la esposa del escultor Lucio Settala, que aparece en el umbral de la puerta que da a las habitaciones interiores.



La acompaña Lorenzo Gaddi, artista glorioso y maestro de Lucio, cuya senectud se ilumina con una llama de inteligencia y de bondad, que parece llevar consigo un no sé qué que conforta a todo el mundo, y cuya obra es una continua exaltación de la vida, un esfuerzo continuo para comunicar una chispa, lo mismo a sus estatuas que a las criaturas que encuentra en el camino.

—Por haber mantenido siempre encendida una esperanza, hoy puedo bendecir la vida. —¡La vida nueva, querida Silvia, criatura buena y animosa, tan buena y tan fuerte! La tempestad ha pasado. Después de tantos males, Lucio vuelve a usted, lleno de gratitud y ternura.



El maestro le dice que hace un momento Lucio tenía los ojos de un niño, los mismos ojos que le vió cuando fué a él por primera vez y le puso la arcilla en las manos. A Silvia le parece que junto a Lorenzo Gaddi su marido recobra toda la bondad, y escuchándole se siente reconfortada. Por eso retiene a Lorenzo a su lado, retrasando la despedida.







Silvia piensa que aquella mujer lo podría todo si aún fuese amada. Crece su angustia al recordar que Lucio quiso morir por ella, en una hora de delirio y furor, y que debía quererla mucho cuando ni el pensamiento de la esposa ni el de la hija fueron suficientes a detenerlo... En aquella hora terrible en que intentó suicidarse, era presa de ella, solamente, presa de su fiebre y su tortura, y el resto del mundo estaba como abolido. ¿Y quién podrá decir ahora lo ocurrido en Lucio, después de la catástrofe, cuando la sombra de la muerte ha pasado sobre su alma? ¿Ha vuelto en sí sin acordarse de nada, o bien la imagen de la otra ha surgido de lo hondo y permanece sobre la sombra para siempre, dominadora, con un relieve indestructible?



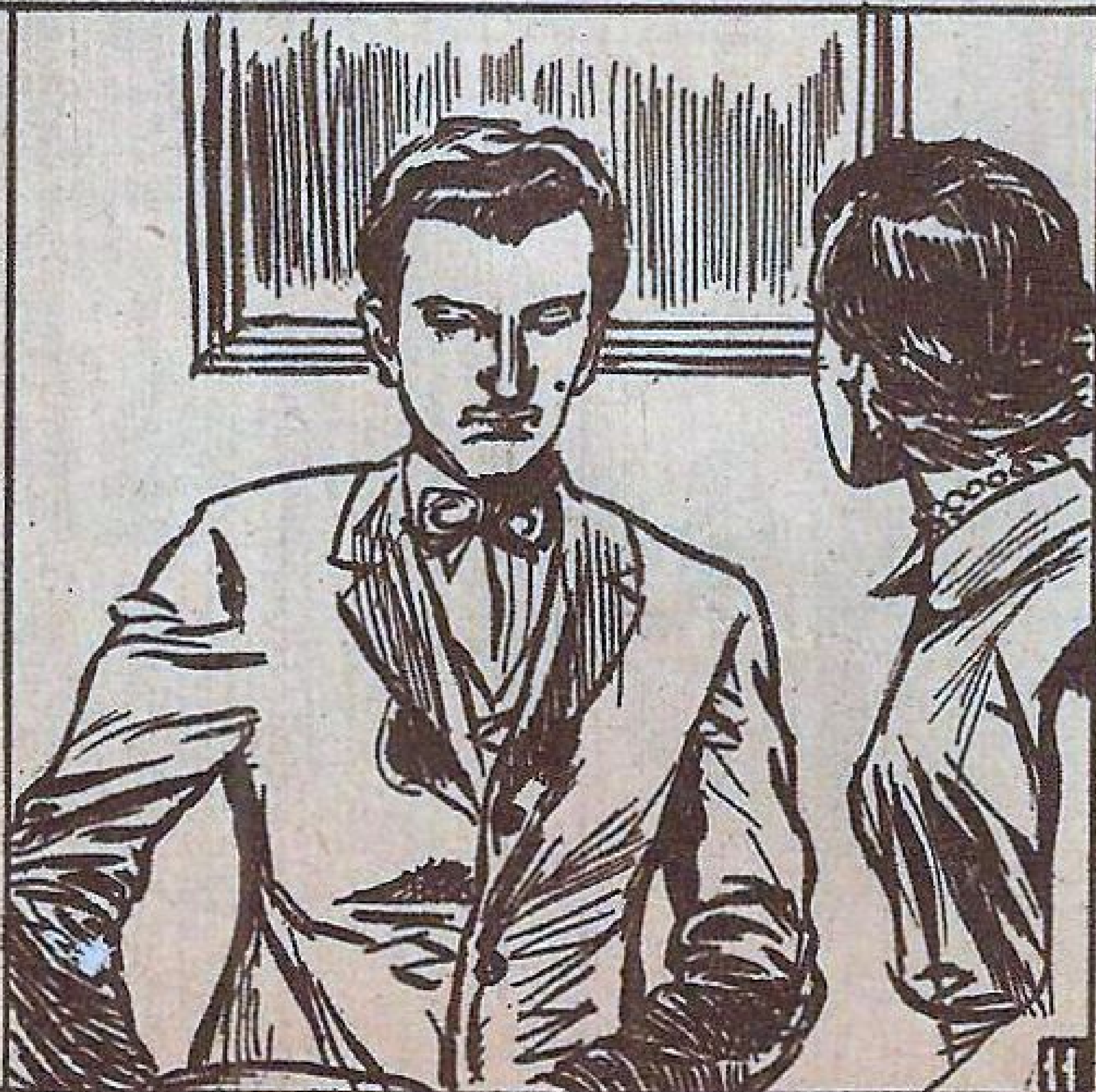
Cuando el maestro se dispone ya a marcharse llegan Francisca Doni, hermana de Silvia, y Cosme Dalbo, íntimo amigo de Lucio, que acaba de regresar de un largo viaje por Egipto. La casualidad los ha unido frente a la verja de entrada, y ésa es la única razón por la cual aparecen juntos.



Silvia va a anunciar a su marido, que en aquel instante está con el médico, la llegada del amigo, y el maestro se marcha. Al quedarse solos Francisca y Cosme, ella le cuenta... La cosa ocurrió en el estudio, a orillas del Mugnone, al anochecer. Sólo el guarda oyó el tiro. Al descubrir la verdad, corrió instintivamente a avisar a Lorenzo Gaddi antes que a nadie. Llevaron a la casa —donde ahora se encuentran— a Lucio, moribundo. Los médicos desesperaban de salvarlo. Silvia, con una increíble resistencia al sueño y al cansancio, por semanas enteras, hasta que él estuvo fuera de peligro, guardaba el umbral, silenciosa y obstinada, como para cerrar el paso a la muerte.



Cosme se lamenta de que, mientras aquello ocurría, él estuviese en un viaje por el Nilo, en el que Lucio debió haberlo acompañado. Por aquellos días Lucio terminaba la estatua para la que la otra le sirvió de modelo. —Creía que aquel mármol maravilloso iba a ser su liberación, y poco después la buscaba en la muerte —dice Cosme.





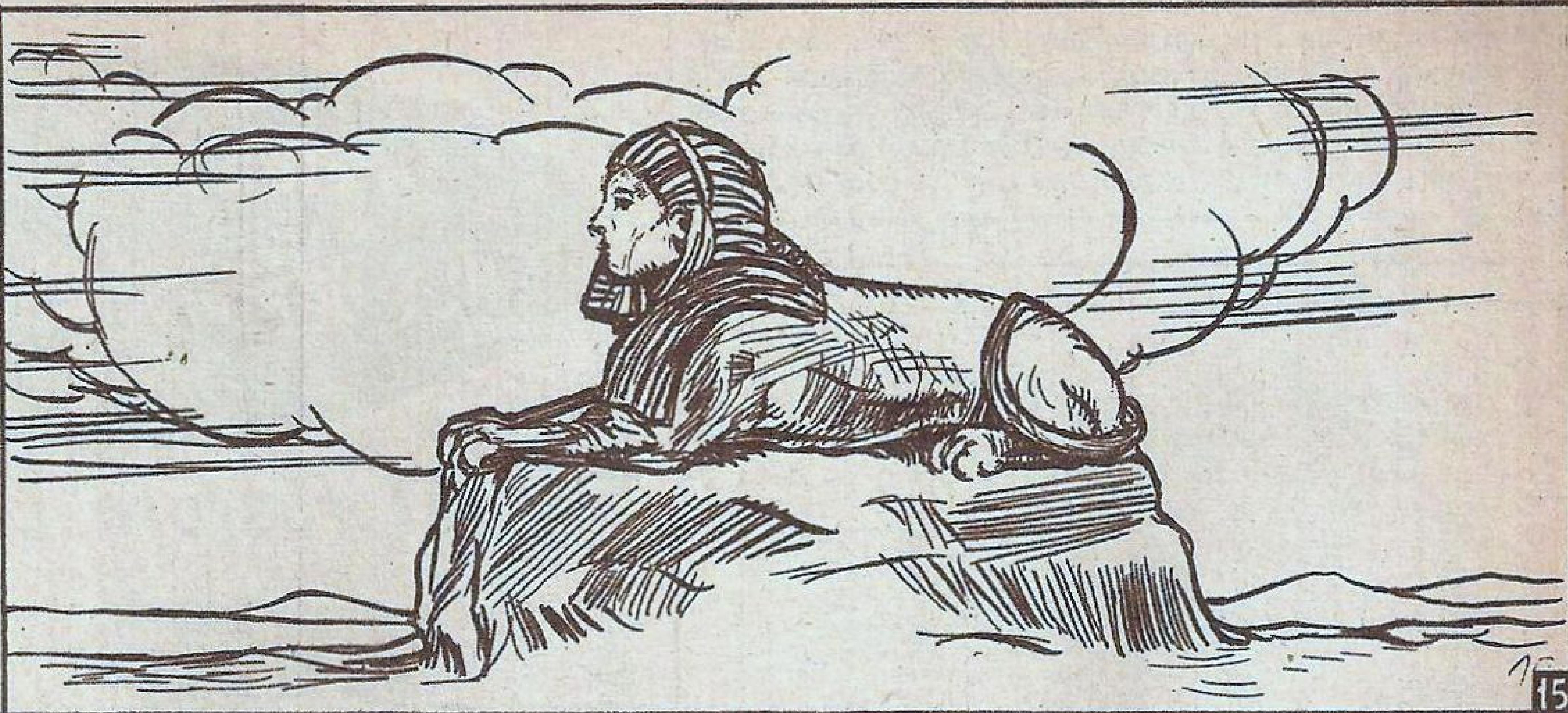
Apenas ha pronunciado aquel nombre, que allí no debe decirse, como le advierte Francisca, aparece en el umbral Lucio Settala, apoyado en el hombro de Silvia, pálido y demacrado, con los ojos extraordinariamente agrandados por el sufrimiento, y una sonrisa dulce y tenue, que afina su boca sensual.





Lucio, yendo hacia Cosme, lo estrecha entre sus brazos. Silvia se aparta, acercándose a la hermana, con la que sale, despacio, deteniéndose para mirar al esposo antes de desaparecer. Lucio, que no se ha dado cuenta de su marcha, mira en torno como extraviado y pregunta por ella con una inquietud indefinible, casi infantil. Piensa que los ha dejado solos para que puedan hablar sin reservas ni disimulos, y exclama: –No, no voy a contarte nada. Tú es posible que sepas. Yo, no; no me acuerdo, no quiero acordarme de nada.

Entonces Cosme evoca su viaje a Egipto, donde sus ojos han contemplado cosas maravillosas y ha conocido el éxtasis de la luz. Lucio lo interroga sobre algo que tiene para él singular interés: la Esfinge. Su estatua, aquella para la cual le sirvió de modelo Gioconda, es también una Esfinge, "imperiosa y pura, que lleva las alas aprisionadas, vivas, en los hombros".



En vano Lucio procura fijar su atención en las palabras de Cosme, que sigue contándole las impresiones de su viaje. Y al cabo, volviéndose hacia la puerta, como asaltado de súbita impaciencia, llama a Silvia. Cuando ésta se presenta, la mira con ojos atónitos, como si descubriese en ella una gracia nueva. Silvia deja sobre la mesa un ramo de flores que trae en la mano y excusa a su hermana porque se ha ido sin despedirse.



Cosme se marcha, prometiéndoles volver al día siguiente, y quedan solos Silvia y Lucio. Ambos, en el silencio, sienten palpitar sus corazones inquietos. El sol poniente dora la estancia. Por el hueco de las ventanas se distingue el cielo, más pálido; San Miniato resplandece en la altura; el aire es suave.





Silvia se deja caer sobre el diván, y él, de rodillas ante ella, que toda trémula y trastornada le pone las manos sobre los labios, como para impedirle que hable. Le pasan así entre los dedos el aliento y las palabras de él.



Como un torrente fluye de labios de Lucio la ternura de que está henchido su corazón por aquella mujer.—¡Escúchame, escúchame! —le dice—. Todas las penas que has sufrido, todas las heridas que recibiste sin un grito, las lágrimas que ocultaste para que yo no sintiera vergüenza ni remordimiento, tu infinita piedad por mi error, tu luchar desesperado por mi vida, tus vigilias, tus cuidados, tu ansiedad continua, tu silencio, tu alegría, todo lo que hay de profundo, todo lo que hay en ti de dulce y de heroico, todo lo sé, todo lo conozco, amor mío. Benditas sean la noche y la hora en que me trajeron moribundo a esta casa de tu martirio y de tu fe, para recibir nuevamente de tus manos —de estas divinas manos que ahora tiemblan— el don de la vida.





Apoya su boca convulsa en las manos de Silvia; ella mira a través del llanto que le empapa las pestañas, transfigurada por la felicidad imprevista. Y con voz apagada y rota, le dice:—¡No sigas, no sigas! Se me rompe el corazón... Me ahogas de alegría... Yo no esperaba de ti más que una palabra, una sola, y de pronto me inundas de amor, me llenas todas las venas, me llevas más allá de la esperanza, más allá de mi sueño, me das la felicidad sin límites. Quizá no haya llegado al fondo del dolor, pero sé que he llegado ahora a la cima de la felicidad.

21



Pero su felicidad había de ser muy breve. No más que al día siguiente, en aquella misma estancia y casi a la misma hora, Lucio Settala en pie, agitado, inquieto, se mueve con paso inseguro por la habitación, y, cediendo a la angustia que lo acosa, habla con Cosme.

22











Lucio reconoce que no se trata de la bondad, porque de ella no ha de venirle la luz, sino de ese instinto profundo que vuelve y precipita su espíritu hacia las más soberbias apariciones de la vida, y que, sólo cuando una forma substancial ha salido de sus manos con el sello de la belleza, cumple el oficio que le asignó la vida. De ahí su vértigo cuando piensa que Gioconda está en el estudio y que lo espera, en tanto su fuerza se pierde y su ardor se consume.



Una palidez mortal cubre el rostro de Lucio, que se apoya en un sillón, como si le faltaran las fuerzas. Entran Silvia y Francisca, y saludan a Cosme. Silvia fija la mirada en su marido, que permanece reclinado, inmóvil.
Sólo cuando se llega hasta él y le toca el hombro, Lucio se vuelve estremecido.



Mira el rostro de su mujer, titubeando; luego intenta sonreír. Está distraído, como ausente, y en el acento con que pronuncia las palabras más simples pone un exceso de disimulo que las hace extrañas como las de un loco. Se ve que la atención de los tres interlocutores se le hace intolerable. Y, cuando Cosme se dispone a marcharse, se apresura a salir con él hasta la verja.

Silvia inclina la cabeza, con el ceño fruncido, como quien medita una resolución. Luego parece como si una onda súbita de energía la reanimase toda. Y participa a su hermana lo que piensa hacer: ver a la **otra**, hacerle frente en el lugar donde no es más que una intrusa. —No la temo—le dice—; lo que ella hace es una vileza. Porque me cree sumisa y débil, se muestra tan audaz; porque he permanecido tanto tiempo en silencio y aparte, se figura poder vencerme una vez más. Pero se equivoca. Yo entonces creía perdido mi bien; toda defensa era inútil. Pero, ahora, lo he recobrado y lo defiendo.





Y agrega:—Ya no es posible demorarlo más, ni un día siquiera, ni una hora. ¿No te das cuenta del peligro? Aunque haya vuelto a mí con toda el alma, aunque se haya separado de ella por completo, aunque se haya vuelto hacia otra vida, hacia otro bien, ¿no comprendes la fascinación que puede ejercer todavía una mujer que le dice, obstinada y segura de sí misma: "Aquí estoy; te espero!"? ¡Saber que ella está allí, que ni un día deja de esperarlo, que nada basta a alejarla!... ¿No te das cuenta del peligro? Si Lucio ha sabido esta mañana que ella lo espera, es preciso que sepa esta noche —y de mi misma boca — que ya no lo espera.



A pesar de las reconvenciones de su hermana, a pesar de la lluvia, que ha comenzado a caer torrencialmente, Silvia no se arredra ni aplaza la decisión. Francisca, viendo que nada puede detenerla, la acompaña. Irán en su coche, que está a la puerta de la casa.



En el momento de salir, Silvia se detiene y mira en torno, como para abrazarlo todo con una mirada. Las cortinas palpitan; la lluvia tintinea. Se estremece al ver aparecer de pronto sobre el umbral a Lucio, febril, con la cabeza descubierta y los cabellos y la ropa empapados por la lluvia. Se miran, en un intervalo de silencio atrozmente pesado.



¡Qué pálida estás! ¿Adónde vas? Se ha abierto el cielo.

Tengo que salir. No tardaré mucho en volver. Ahí está Beatriz llorando porque quería venir conmigo. Ve a consolarla; dile que quizá le traiga algo muy hermoso.

35

El temple de su voluntad vibra en la voz resuelta. Sale rápidamente, seguida de la hermana. Lucio permanece con la cabeza inclinada, vacilante, bajo el peso de un pensamiento que lo aterra.

36

Silvia llega con su hermana al estudio de su marido y penetra en una habitación alta y espaciosa, iluminada por una vidriera cenital y tapizada de obscuro. En la pared del fondo, una abertura rectangular, bastante más ancha que una puerta, conduce al taller del escultor. Cierra el vano una cortina roja. El sentimiento expresado por el aspecto del lugar es muy distinto del que endulza la estancia de la otra casa frente a la colina mística. La elección y las analogías de todas las formas revelan aquí la aspiración hacia una vida carnal, victoriosa y creadora.

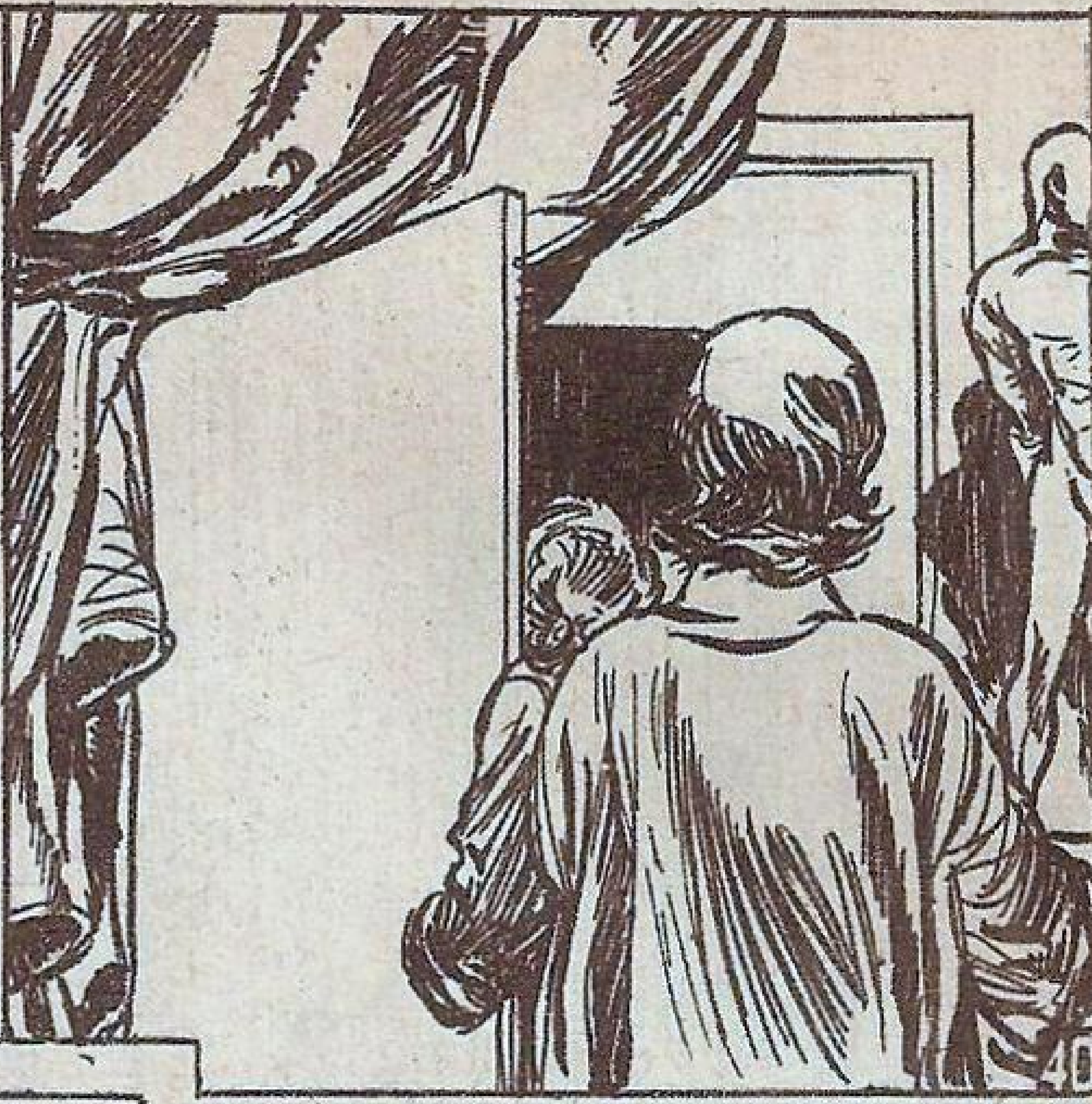


Ya sin sombrero ni guantes, Silvia, de pie en medio de la estancia, parece como si tratase de reconocer las cosas, casi como si intentase hacérselas de nuevo familiares, restablecer una comunión con ellas y no sentirse entre ellas extraña; pero, ante los ojos de su hermana, que permanece sentada, domina su angustia.





Pero Francisca no desea irse, dejando a su hermana sola. Ésta recuerda que hay en el muro de la izquierda una portezuela secreta, disimulada por un tapiz. Busca, encuentra, abre. Por allí se pasa al cuarto de los modelos y luego a un corredor, al fondo del cual hay una puerta que da al río.



Francisca le dice que la deje esperarla en la sala o en el corredor, que allí aguardará a que la llame. Silvia da algunos pasos por la estancia. Continúa observando cada rincón, como buscando una huella.



Aquella noche tú viniste en seguida. Estuviste aquí desde el primer momento... ¿Dónde fué? ¿Te acuerdas del sitio exacto?



Ahí, en el taller, a los pies de la estatua... ¡No, no vayas!

42

Silvia permanece unos instantes inmóvil y muda ante la cortina cerrada. Con un ademán rápido la levanta y desaparece entre sus pliegues. La cortina vuelve a cerrarse tras ella, pesada y rígida. Unos momentos de silencio, en que sólo se oye el respirar anheloso de la hermana.



De pronto, entre el sombrío color de púrpura, reaparece el rostro palidísimo de Silvia, diríase que iluminado por la luz de la obra sublime. También sus manos desnudas que separan la cortina, parecen resplandecer sobre el color sombrío. Sus ojos están fijos, dilatados por el asombro, deslumbrados no por una visión de muerte, sino por una imagen de vida perfecta, pues no es el recuerdo ni la huella del hecho cruento lo que la conmueve, sino la aparición de la obra bella, inmune y solitaria. Ha recibido el sumo beneficio de la Belleza: la tregua a su angustia, la pausa de sus temores.





Óyese el ruido de una puerta pesada que se cierra. Ambas se estremecen. Francisca tiende los brazos hacia su hermana, como en una última imploración angustiosa. Pero Silvia, recobrando la energía primera, le dice:—¡ Vete !No temas. Y la empuja por la portezuela, que vuelve a cerrar.

45

Queda de pie, con el rostro vuelto hacia la puerta, fijos los ojos, rígida en la expectación. En medio del alto silencio se oye claramente chirriar la llave que abre. Silvia no cambia de actitud.
Entra Gioconda Danti, cerrando tras sí la puerta. Al principio no descubre a la adversaria, pues viene de la luz a la sombra, y un velo denso le cubre el rostro. Cuando la ve, se detiene con un grito ahogado. Ambas permanecen unos instantes frente a frente, sin hablar.





Sé únicamente que ha entrado aquí como en un lugar que le perteneciese. Y me encuentra aquí segura como en mi casa. Una de las dos usurpa, pues, el derecho de la otra; una de los dos es la intrusa. ¿Cuál? ¿Acaso yo?



Silvia palidece aún más y vacila ligeramente, como quien recibe un golpe interior; mas pronto se yergue, vibrante de indignación, para acusarla de haber atraído a un hombre a sus redes valiéndose de las peores seducciones; de haberlo arrancado a la paz del hogar, a la nobleza del arte, para sumirlo en un delirio turbio y violento, haciéndole perder todo sentido de bondad y de justicia, tornándole la vida intolerable y empujándolo al suicidio.



—No, no fuí yo quien lo empujó hacia la muerte, sino usted misma —le responde la rival—. Quiso morir para librarse de una cadena, pero no de la que me ligaba a él: de otra, de la de usted, de la que le imponía la virtud de usted, o su ley, haciéndolo sufrir intolerablemente. Aquí, pocas horas antes de ceder al horrible pensamiento, me dijo las palabras más ardientes y más dulces que tuvo nunca su amor, y me dijo también su intolerancia del vínculo que lo ataba, el peso inevitable de la bondad, más cruel que ninguno, y el horror al suplicio cotidiano, la repugnancia de volver a la casa del silencio y de las lágrimas, una repugnancia que se hacía ya invencible.







Gioconda afirma su derecho a encontrarse allí y le dice a Silvia:–Usted no puede sentirse aquí tan segura como en su casa. Ésta no es una casa. Los afectos familiares no tienen aquí su morada; las virtudes domésticas no tienen aquí su santuario. Éste es un lugar fuera de las leyes y fuera de los derechos comunes. Aquí un escultor hace sus estatuas, solo, con los instrumentos de su arte. Y yo no soy más que un instrumento de su arte. La naturaleza me ha enviado hacia él para traerle un mensaje y para servirle. Obedezco; lo espero para servirle de nuevo.





Exaltada cada vez más, como herida en su orgullo, asumiendo un aire de reto, agrega:–Hasta ayer él ignoraba que yo lo aguardase, y su ignorancia la ha dejado a usted hacerse ilusiones. Pero hoy lo sabe ya. ¿Comprende? Sabe que estoy aquí, esperándolo. Esta mañana se lo ha revelado una carta, una carta que llegó a sus manos, que él ha leído. Y estoy segura, ¿entiende?, estoy segura de que vendrá. Quizá esté ya en camino, acaso esté cerca. ¿Quiere que lo esperemos?



Una mutación extraordinaria altera el rostro de Silvia. Parece como si algo insólito y horrible aconteciera dentro de ella. Es como quien de pronto se sintiese aferrado por una sierpe y se retorciera frenéticamente en el asco y la fascinación repentina. La antigua fatalidad de la mentira asalta súbitamente el alma de esta mujer pura, la vence y la contamina. A las últimas palabras de la enemiga, rompe en una risa inesperada, amarga, atroz, provocadora, que la hace irreconocible.



Y le miente que conoce su carta de aquella mañana, que le fué mostrada, no sabe si con más estupor que desprecio, y que ella le lleva la respuesta:–Lucio ha perdido el recuerdo de lo pasado y pide sólo que lo dejen en paz. Espera que el orgullo de usted le impedirá hacerse importuna.



¿Él la envía a usted? ¿Él mismo? ¿Es ésa su respuesta?

Sí, sí. Yo le habría evitado esto si no me hubiese usted obligado a ello. Tenga ahora la bondad de salir.



El furor ahoga a Gioconda, comunicándole un estremecimiento arrogante. Parece despertar en ella la fiera vengativa y devastadora. Por su cuerpo flexible y robusto pasa aquella fuerza misma que contrae las musculaturas homicidas de los felinos en acecho.



Silvia queda convulsa y pálida ante la mujer furibunda, y no es el espectáculo de aquel furor lo que la espanta, sino algo que contempla dentro de sí, algo horrible e irreparable: su mentira, que la hace exclamar a Gioconda con la voz ronca de cólera y de vergüenza:–Entonces ¿me echan? A esto ha conseguido usted arrastrarlo. ¿Cómo, cómo? ¿Vendándole con algodón el alma, lo mismo que la herida? Entonces está deshecho, acabado, no es más que un guiñapo inútil.



¡Calle! ¡Calle! Él está vivo y fuerte y nunca tuvo en sí tanta luz.

¡No es cierto! ¡Yo, yo era su fuerza, su juventud, su luz! ¡Dígaselo! ¡Dígaselo! Se ha convertido en un viejo; en un viejo decrépito y sin alma.



El furor ciega y ahoga a Gioconda. Diríase invadida por una obscura voluntad destructora, como por un demonio. Todo su ser se contrae en la necesidad de realizar un acto inmediato de destrucción. Un pensamiento súbito precipita aquel instinto hacia una mira: la estatua, aquella estatua que es suya, que le pertenece, que hizo con la vida que exprimió de ella gota a gota. La destruirá, la hará pedazos.





Se lanza con un salto de fiera hacia la cortina corrida, la levanta, desaparece tras ella. Silvia lanza un grito y se precipita para impedir el crimen. Se oye el jadear de una breve lucha.

Silvia grita:–¡No, no es verdad, no es verdad! ¡He mentido! Pero ahoga sus desesperadas palabras el estrépito de una masa que se inclina y cae, el ruido de la estatua derribada, al que sigue un nuevo grito desgarrador de Silvia, que el dolor le arranca del fondo de las entrañas. Entra Francisca, loca de terror, corriendo...





... en dirección al grito, que ha reconocido, mientras Gioconda aparece entre los pliegues de la cortina, en actitud de haber asesinado y trata de ponerse a salvo. Francisca la increpa:–¡Asesina! ¡Asesina!–y acude en socorro de la hermana, mientras la otra huye.



La voz de Francisca expresa el espanto de quien ve una cosa horrenda:—¡Silvia, Silvia, hermana! ¿Qué te ha hecho? ¡Ah! ¡Las manos!... ¡Dios mío! ¿Se te quedaron debajo? ¡Dios mío! Están destrozadas...

65



Silvia sale de entre los pliegues rojos, con el rostro indeciblemente contraído por el dolor. La hermana, inclinada, le sostiene ambas manos envueltas en un jirón de lienzo húmedo que se ensangrienta rápidamente. —¡Qué dolor!—dice—. No puedo más...

66





Francisca, sosteniendo las dos pobres manos destrozadas, que empapan de sangre el lienzo que oculta la mutilación irremediable, pide ayuda a Lucio, pues Silvia va a caer. Toma él en brazos a la dulce criatura ensangrentada, que está a punto de perder el conocimiento. Pero antes, ella vuelve los ojos semiapagados hacia la cortina, como indicando la estatua, y dice con voz de agonía: ¡Está... salvada!

68

Unos meses después encontramos a Silvia, en un atardecer de septiembre, cuando la sonrisa del estío que muere parece encantarlo todo, en una estancia baja, toda blanca, sencilla, con dos paredes —que forman ángulo— casi enteramente abiertas a la luz por vidrieras semejantes a las de un invernadero. Las cortinas de esterilla están levantadas; a través de los cristales se ven los oleandros, los tamarindos, los juncos, los pinos, las arenas de oro sembradas de algas muertas, el mar en calma salpicado de velas latinas, la ría apacible del Arno, y más allá del río las malezas agrestes del Gombo, las granjas de San Rossore, los montes lejanos de Carrara la marmolífera.

Silvia contempla la lejanía, mira en torno con ojos infinitamente tristes. Hay en sus movimientos algo incompleto, que suscita una vaga imagen de alas cercenadas, que da la vaga impresión de una fuerza humillada y mutilada, de una nobleza envilecida, de una armonía rota. Lleva una túnica cenicienta, por cuyo borde corre una pequeña orla negra, como un hilo de luto. Las largas mangas ocultan los muñones, que ella mantiene caídos, cuando no los aprieta más al cuerpo, un poco hacia atrás, como para esconderlos entre los pliegues, con un movimiento doloroso de pudor.



Fuera, entre los oleandros, aparece una figura femenina —La Sirenita— con aspecto de hada y de mendiga, en actitud de espiar. Se desliza hacia las vidrieras con paso furtivo, sosteniendo con una mano las puntas del delantal cargado de algas, conchas y estrellas marinas.



Es joven, esbelta, flexible; tiene el cabello fulvo y en desorden, y hay en toda ella algo indeciblemente fresco y bullicioso, que hace pensar en una criatura impregnada de sal, emergiendo de la movilidad de las olas, proveniente de los escondrijos de una escollera. Avanza hacia las vidrieras abiertas, y Silvia, al verla, va a su encuentro, sonriendo.



La Sirenita le ofrece una estrella de mar, muy hermosa, más grande que la mano. Silvia, turbada, con un movimiento instintivo, retira hacia atrás los brazos y le dice que la guarde para Beatriz, su hija, a la que espera aquel día y que no tardará en llegar.





Instintivamente, esconde en los pliegues de la túnica los muñones, con un movimiento doloroso, que no escapa a la atención de La Sirenita, quien, de pronto, suelta las puntas del delantal, dejando caer y esparcirse por el suelo el tesoro de algas, conchas y estrellas de mar. Recoge una gran asteria de cinco puntas, que ofrece a Silvia. La mutilada sacude la cabeza en señal negativa, apretando los labios como para rechazar el nudo que le cierra la garganta.



¿No puedes? ¿Tienes las manos enfermas? ¿Vendadas? ¿Te caíste en el fuego? ¿Te las has quemado? ¿Te duelen todavía? ¿O están para sanar?

Ya no las tengo.

75

¿Que no las tienes? ¿Te las han cortado? ¿Estás manca? ¡No, no, no! ¡No es verdad! ¡Dime que no es verdad!

Las he dado.

76

¿Las has dado? ¿A quién?

A mi amor.

77

¡Ah, qué cruel amor! ¡Eran tan hermosas, tan hermosas! ¿Crees que no me acuerdo? Te las he besado; cuántas y cuántas veces te las he besado con esta boca.

Tú me consolarás, Sirenita. No puedo tomar tu estrella, pero puedo contemplar tus ojos y oír tu voz. Quédate a mi lado, ya que he vuelto a encontrarte.

78

No obstante, La Sirenita, al oír una voz extraña entre los oleandros, hace ademán de huir. Silvia intenta retenerla, diciéndole que es su hermana, que no se aleje, pues pronto llegará Beatriz; pero aquella criatura de ensueño y de verdad, que parece un espíritu del mar, huye hacia éste, se desvanece en el azul y el sol, aunque habiéndole prometido volver.

79

Llega, en efecto, su hermana Francisca, seguida del anciano Lorenzo Gaddi, quien hace instintivamente ademán de tenderle la mano. Ella, con una leve inclinación de cabeza, le ofrece la frente, que él roza con los labios.

80

¡Querido maestro, cuánto le agradezco la visita!

Y yo, ¡cuánto me alegro de volverla a ver, Silvia, y ya en pie y curada! El mar le hace bien. El mar es siempre el gran confortador.

81

—¿Quién estaba contigo, Silvia? ¿La Sirenita? Por otra parte, ahí veo sus huellas: algas, conchas, estrellas de mar... —¿Quién es La Sirenita? —preguntó Gaddi.
—Una vidente que tiene el don del canto. Ya la conocerá usted y la querrá como yo. Estoy segura de que la encontrará perfecta: da siempre y nunca pide.

82

Lorenzo le dice que en eso se parece a ella; pero Silvia le responde: —¡Ay, no! Yo sí habría querido y debido parecerme a ella en esto; pero la luz me faltó y cedí a la acechanza de la vida. ¡Qué ceguera! Tanto pedí que, para obtener, me vi al fin obligada a mentir, ¡yo! Salgo mutilada, amputada, como castigo de la mentira. Había tendido las manos con demasiada violencia hacia un bien que el destino me vedaba. No me quejo, no lloro.

¡Ay! Francisca, hablo y hablo, y el corazón, entretanto, me duele de tal modo que no puedo más. ¿Dónde está Beatriz?

¿Quieres verla ya? ¿Te sientes bastante fuerte?

83

Sí, sí: me siento fuerte, dispuesta. Peor es la tardanza.

Entonces, voy a traértela.

Sin embargo, Silvia busca un último pretexto para retrasar aquel instante yendo a ordenar que preparen el cuarto del maestro, que se quedará allí aquella noche. Está convulsa, incapaz de dominar la angustia, y se dirige a la puerta, como si corriese a esconder su llanto, a punto de estallar.

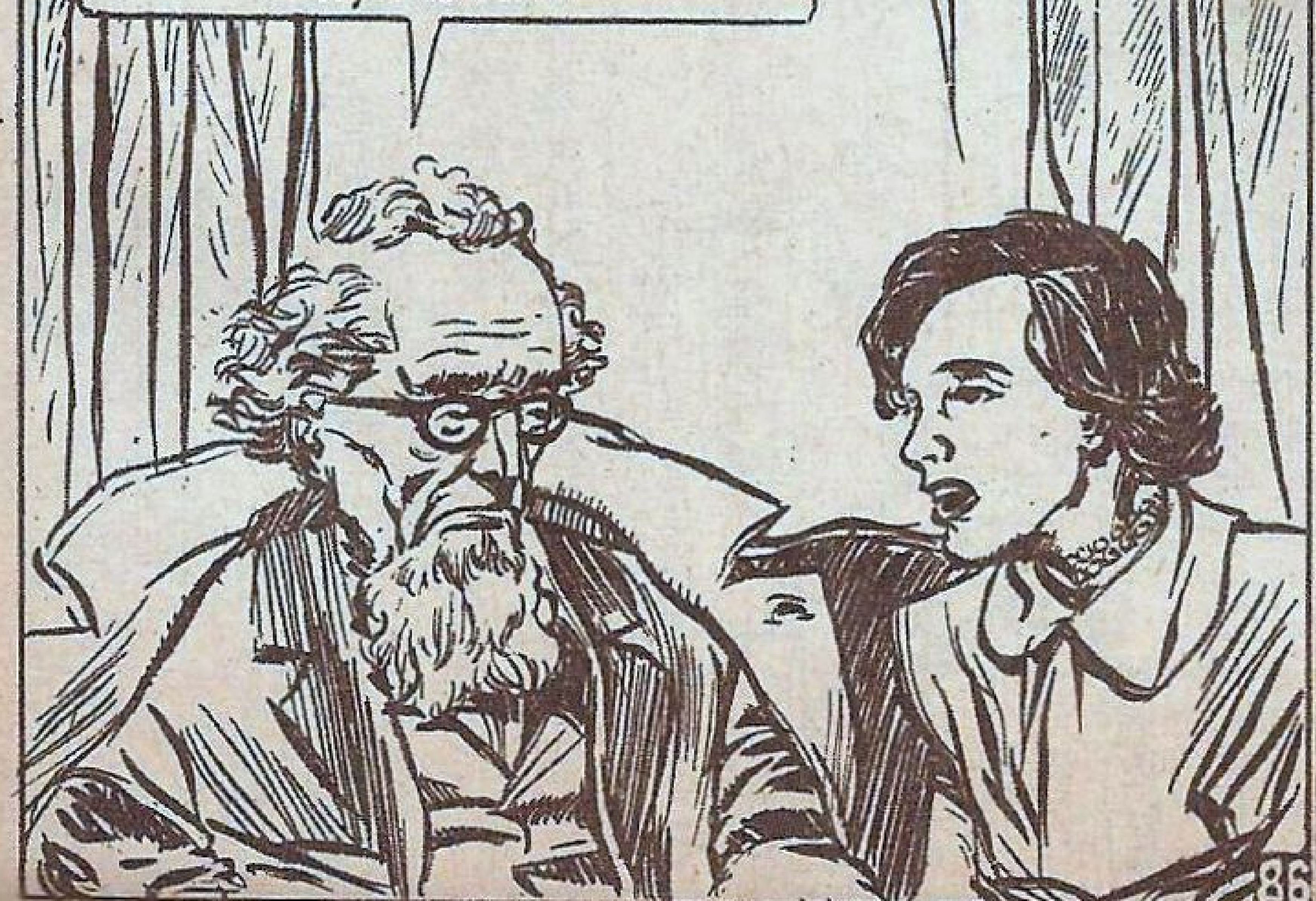
84



Al quedarse solos, Francisca dice al anciano:—¡Ah, qué maldición, qué maldición! ¿La ha visto usted? Mientras estaba en el lecho, tapada con las sábanas, vendada, exangüe, no se advertía todavía el horror de lo sucedido. Pero ahora, viéndola moverse y caminar... El maestro comenta:—Sí, es un destino demasiado atroz. La belleza y la ligereza de sus manos le daban un aspecto de criatura alada. Ahora, parece como si se arrastrase...

Ha sido un sacrificio inútil, como los demás; no ha servido de nada, no ha influído en nada... Y ella ya sabe toda la verdad, en toda su crudeza. ¡Ah, qué infamia! ¿Hubiera usted podido creer que Lucio fuese capaz de tanto?

Él también tiene su destino y lo obedece. Así como no fué dueño de su muerte, tampoco lo es de su vida. Ayer lo vi...



Y le cuenta que le había escrito al Fuerte de los Mármoles rogándole que subiera hasta las canteras y le enviase un bloque.–Ayer lo vi en su estudio —dice a Francisca—. Su rostro está tan descarnado, que parece como si el fuego de los ojos lo fuese devorando. Al hablar, se excita de un modo extraño. Me sentí turbado; trabaja, trabaja, con verdadera furia: acaso tratando de substraerse a un pensamiento que lo roe.





El anciano y la dulce hermana quedan pensativos por unos momentos, con la cabeza inclinada. Reaparece Silvia en el umbral. Trae los ojos abrasados, y un esfuerzo doloroso contrae todo su cuerpo.–Aquí estoy, Francisca, dispuesta a resistirlo todo —dice. Y luego, volviéndose al anciano:–Ya está preparado el cuarto, maestro; puede usted subir cuando quiera. Yendo hacia ella, Lorenzo Gaddi, con voz trémula de emoción, procura confortarla con estas palabras:–¡Valor! Es la última prueba.



La mutilada se dirige hacia la hermana, anhelante:–¡Ve, ve! Tráela ya. Os espero aquí. Francisca le echa los brazos al cuello y la besa en silencio. Luego sale por el lado que da al mar y se aleja rápidamente entre los oleandros.

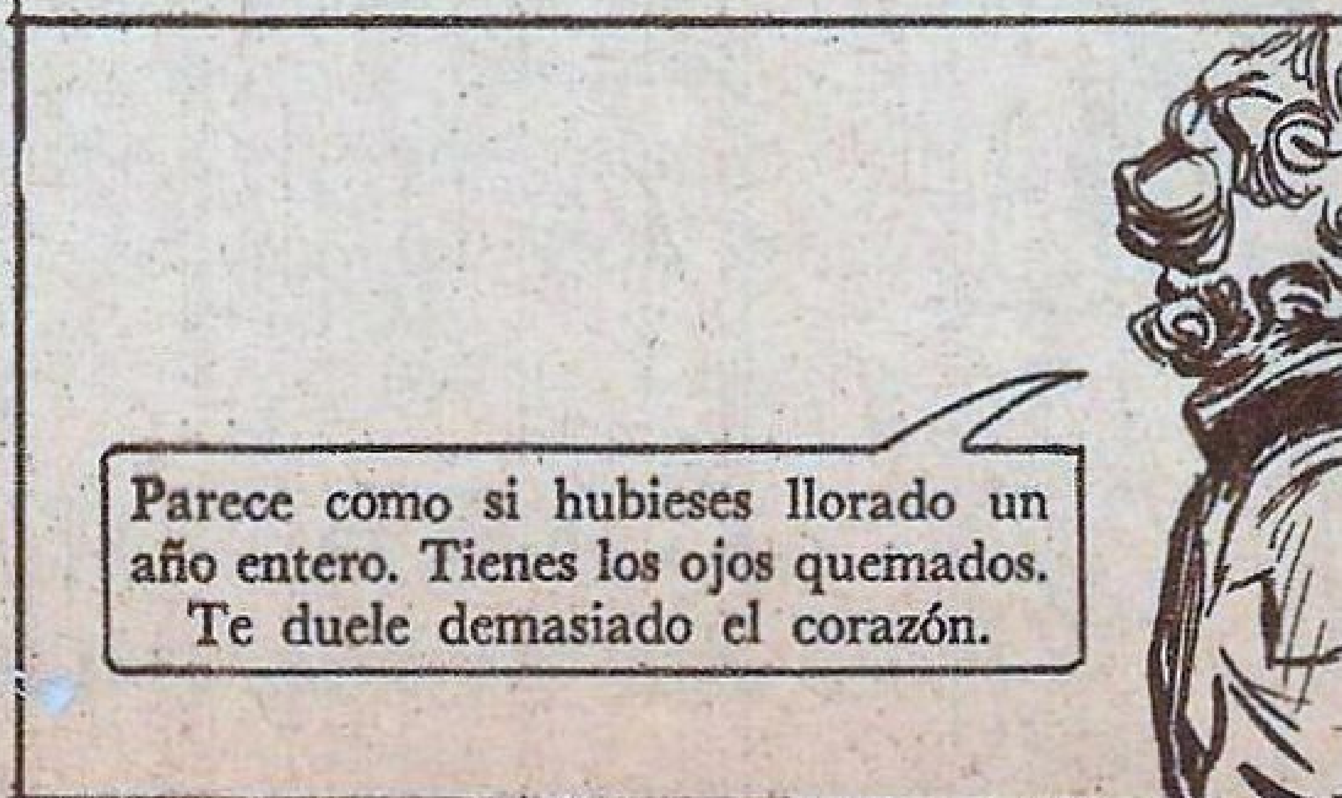


Silvia también sale y mira con ansiedad a través de las ramas, que el sol oblicuo enciende. Es la hora del éxtasis. El día está más diáfano que los cristales de la estancia blanca; el mar está suave como la flor del lino, tan quieto, que las largas imágenes de las velas reflejadas semejan tocar el fondo; el río parece engendrar en el mar ese gran reposo, vertiendo en él la corriente perenne de su paz; los bosques salubres, todos penetrados de oro flúido, tienen una ingravidez maravillosa, como si hubiesen perdido las raíces para nadar en la delicia de su aroma; los Alpes marmolíferos, en la lejanía, dibujan sobre el cielo una línea de belleza en que se revela el sueño que brota de su pueblo invisible de estatuas dormidas.



Reaparece silenciosamente La Sirenita, y se oye su voz pura, que pregunta a Silvia:–¿Estás sola?–;a lo que ella responde:–Sí, esperando.





Se apoya en el oleandro más próximo, convulsa, sin poder soportar más tiempo la angustia de la espera. —¡Ya viene! ¡Ya viene! —exclama. Se separa del tronco y vuelve a entrar en la estancia, como presa del terror, como quien busca un refugio.



Beatriz avanza entre los oleandros, llamando: ¡Mamá! ¡Mamá! —y se precipita hacia ella con un grito de alegría, encendido el rostro, ardiendo, con los cabellos en desorden, jadeando como tras una larga carrera, trayendo una brazada de flores.









En el ímpetu de su ternura, Silvia, viendo que la hija se halla empapada en sudor, ardiendo, está a punto de hacer el gesto instintivo de enjugarle la frente; pero se contiene, esconde en los pliegues de la túnica los muñones, y un calofrío de horror, visible, la sacude de pies a cabeza.

98

Extrañada de que no la tome en los brazos, Beatriz se pone de puntillas, incitándola a que lo haga, pronta a ser arrebatada por el abrazo materno. La madre retrocede, extraviadamente.





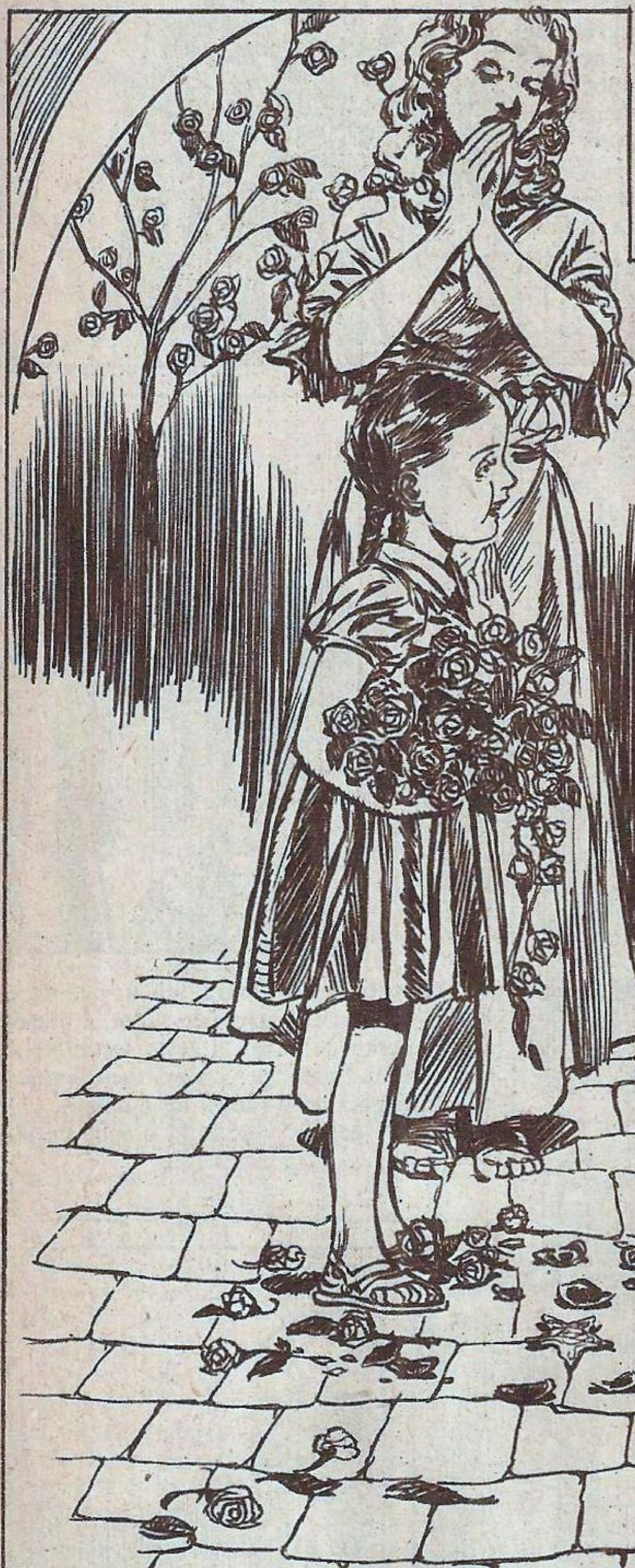
La niña se vuelve para recoger el ramo caído, pues aquellas flores las ha traído para la madre, y entonces echa de ver a La Sirenita, su amiga agreste, a la que reconoce en seguida, y que está en pie, ante los cristales, con los ojos fijos en la madre dolorosa.



Beatriz recoge todas las flores y con el ramo en las manos se precipita de nuevo hacia la madre, que retrocede, en tanto la hija, atónita, le dice:—¿No las quieres? ¡Toma! ¡Tómalas!







Silvia cae de rodillas, vencida por el dolor, abatida como por un golpe más fuerte; cae de rodillas ante la hija, y una oleada de llanto, que brota de sus ojos como la sangre de una herida, le inunda el rostro.

Marius

103

Espantada, Beatriz se lanza sobre el pecho de su madre, con todas sus flores. La Sirenita, que ha caído también de rodillas, inclinada hacia adelante, toca la tierra con la frente y las manos extendidas.

FIN

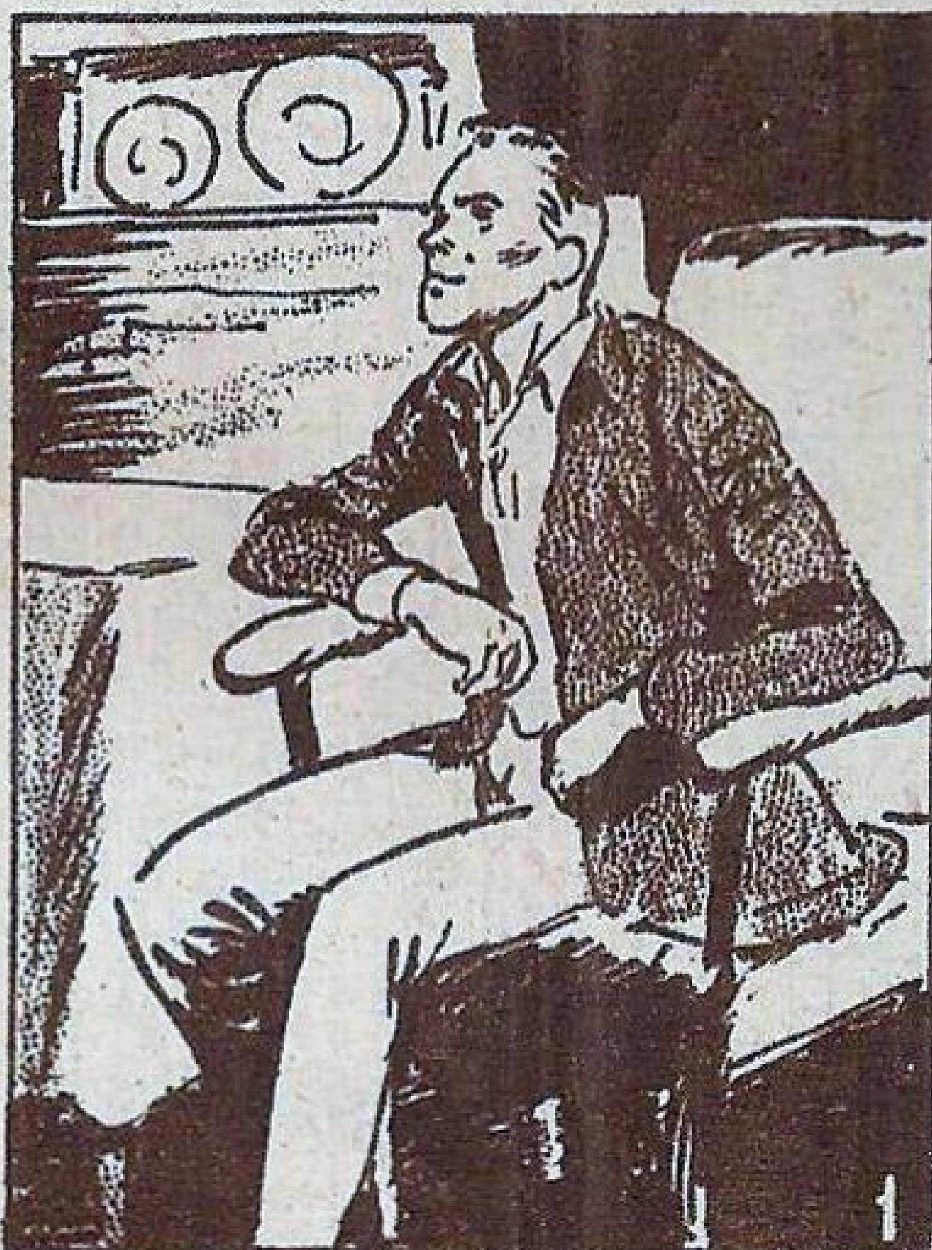


Herida en el Vuelo

POR
JUAN AGUILAR CATENA
ADAPTACION
•
DIBUJOS DE
J. PEREZ DEL CASTILLO.

Ofrecemos hoy a nuestros lectores una nueva obra del novelista español contemporáneo Juan Aguilar Catena, que apareció en 1922 y de la que se han hecho muchas ediciones. **Herida en el vuelo** tiene por escenario, como casi todas las producciones de este autor, la tierra andaluza, que le es familiar por haber nacido en ella. Su Andalucía, quizá por eso, tiene poco que ver con la Andalucía de cromo y pandereta, de la que se ha hecho un fácil producto de exportación: es una Andalucía que pudiéramos llamar normal, en la que los personajes no aspiran a ganar la admiración del lector por sus rasgos exóticos y pintorescos, sino por la humana verdad que palpita en ellos.

—¡Deliciosa! ¡Sencillamente deliciosa! — se repetía Víctor Fresneda. Y ante sus ojos revoloteaba la imagen de la nena, con su vestido de batista clara, su trenza al aire, su cuerpo gentilísimo, su cara bonita, sus ojos —dos grandes, dos inmensos topacios— parleros y reidores.



Tendría trece años; quizá catorce. Si la edad de una mujer es siempre difícil de precisar, la de un capullo es absolutamente indescifrable. Para Víctor sintetizaba toda una época evolutiva: transición. Y la hubiese detenido en ella indefinidamente, como él la conoció tres meses antes, en aquella mañana de primavera en que tomó posesión de la quinta.





Tres meses hacía, y en la memoria pesaban como años incontables. Su amigo el doctor Perales le había dicho, poniéndose muy serio: —Para ti yo no tengo más que una receta: la ociosidad y el campo. Pero no un campo cercano a Madrid, que te ofrezca facilidades tentadoras para venir tan pronto te sientas un poco más fuerte. Un campo lejano, gallego o andaluz, con una sierra cerca, y, sobre todo, para mucho tiempo, para mucho... Y a los negocios, adiós, adiós para siempre. Es el castigo de tu falta de medida esta condición inexorable que te pone, para vivir, la vida. 3

Liquidó sus negocios y, una vez colocado el dinero, que ascendía a más de un millón de pesetas, en títulos bancarios, adquirió una quinta a un kilómetro de Taramaragón, un pueblecito andaluz, en pleno campo. Era un chalet moderno, aunque deteriorado, con jardín, huerta, frutales y agua en abundancia. Las habitaciones, desmanteladas, sin un solo mueble; desconchadas y pintarrajeadas, las paredes; con resquebrajaduras, los techos; las ventanas, sin un cristal; el polvo y la suciedad, por todo.



Tuvo que hacer obra en grande. Comenzó por lo indispensable. Por habilitar una alcoba, un comedor y un despacho. Después el resto de la casa desentonaba, y entró en ella con las reformas. En el jardín y la huerta le ocurrió cosa parecida. Quiso simplemente quitar la maleza y acabó implantando un complicadísimo sistema de regadío. Y fué su morbo el arreglo. Un morbo lleno de distracciones, que le sujetaban la atención y el cuidado, y le hacían pensar mucho menos de lo que había imaginado en la vida antigua.





¡El pueblo! Del pueblo no sabía más que la noche pasada en su mesón. Las callejas estrechas y desempedradas, por donde lo trajo el automóvil en un abominable traqueteo. Y la carretera, vía principal encuadrada por casas miserables, entre las que, de vez en vez, se alzaba orgullosa la de un pudiente, cuya categoría decía el mirador. De sus gentes tampoco sabía nada. Quería hacer honor al nombre de su finca, que se llamaba **Villa Soledad.** 6

Pero un caso había digno de excepción: el de los vecinos. Porque, lindando con su jardín y con su huerta en toda la extensión, como si las propiedades fuesen gemelas, se alzaba la de ellos. En los primeros días no lo preocupó para nada la vecindad. Tenía muchas cosas en que pensar. Después, sí, se creyó obligado a hacer algo más; a presentarse, al menos. La verdad es que ellos tampoco parecían querer nada con él, ni con nadie.



Celedonio, el hombre a quien había dejado de encargado de la finca, le dijo: — Buena familia la del notario, señorito. Y el maestro albañil, después de confirmar este dato, se lo amplió: — Han tenío una desgracia de esas de que no está libre ningún padre que tenga hijas. La mayor se le fué con el novio hace ya tres años, y no han vuelto a tener noticias de ellos. Y los pobres tienen una pena... Yo creo que compraron **Villa Adelaida** para no volver a ver rostro humano.





Realmente se explicaba que no quisieran amistad ni relaciones. Mas quien logró el prodigio de vencer sus últimos escrúpulos fué Ana María. Ajeno a ella, bien ajeno, estaba Víctor Fresneda la tarde en que, después de comer, fué a buscar un banco en el jardín, que estuviese a la sombra; un banco que no tardó en encontrar, adosado a la tapia de separación de las villas.

Comenzó a leer una revista que llevaba en la mano, y una voz a su espalda musitó más que dijo:

No vuelva usted las hojas tan de prisa.



Sobre la tapia, y casi sobre él, Ana María, más roja que la grana, se quedó confusa al verle tornar hacia ella la cabeza. A Víctor lo sedujo tanto la confusión como la ocurrencia. Le pareció que la niña jamás lo hubiese dicho. Fué una intención que seguramente encontró las palabras ya hechas en el aire.

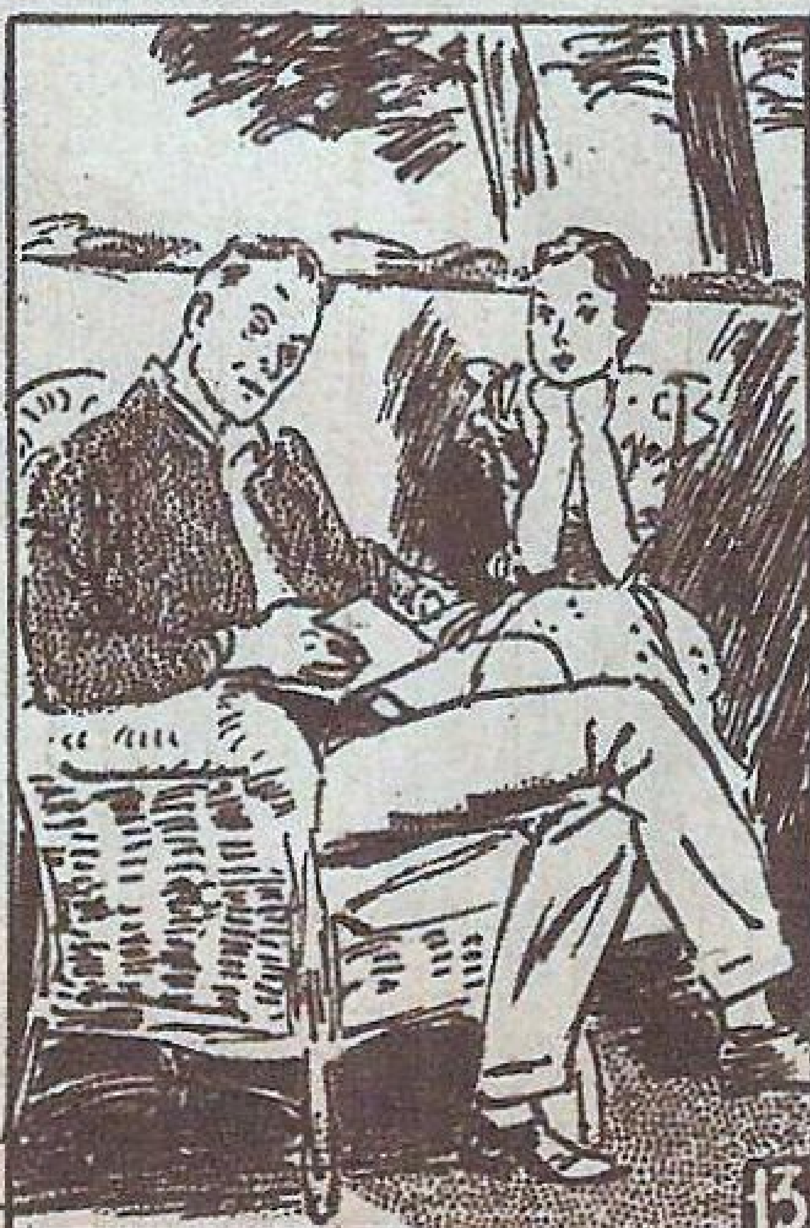


Fué así, sencillamente así, el comienzo de aquella amistad que desde entonces había tenido pleno desarrollo. Por ella los padres hiciéronse menos adustos. Por ella Víctor llegó a dar los «buenos días» y las «buenas tardes» y las «buenas noches» en un tono afectuoso y cordial, como si se tratase de amigos de siempre. No había llegado a más porque los padres de Ana María estaban decididos, por lo visto, a que no llegase.



Y a Víctor le pareció correcta la determinación, y la agradecía observando, sobre todo, que no ponían traba alguna a la amistad de la nena con él. Hubiese tomado a desatino el que la pusieran. Una chiquilla de trece años con un hombre ya de cuarenta... De cuarenta, aún no; pero se podía decir que de cuarenta; los treinta y ocho ya estaban cumplidos. Y luego, acabado, agotado por la vida, canoso, aunque desde que estaba en Taramaragón se advertía con la cara roja y la cabeza erguida.

El no tenía para Ana María más que las ternuras de un hermano mayor. Le enseñaba, la educaba, la mimaba; le recitaba cuentos que siempre tenían un fin moral; fábulas de las que se deducía una enseñanza. Y ya las noches no se le hicieron largas. Velaba leyendo, estudiando cosas que siempre le fueron ajenas. Novelas, sentencias morales, cuentos y folletines fueron integrando lentamente los estantes de una biblioteca que él creyó habrían de estar siempre vacíos, y que se llenaban con libros que adquiría pensando en la nena.



Limpiadas las malezas del jardín, podados los árboles, regularizadas y sembradas las parcelas, abiertas las pozas, rellenos los macizos, bastábale, en realidad, con un jardinero. Y escogió de entre ellos a uno apodado **Perejil**, que le pareció más vivo y despejado. Y **Villa Soledad** comenzó su vida normal con sus habitantes precisos: el casero y su mujer, un jardinero y dos hortelanos; más dos mujeres para las faenas de la casa, que estuvieron a cargo de una qua sabía de cocina y de su hija, una muchacha bobalicona y simpática, que se llamaba Micaela.











Pasan los días estivales sin que se advierta. Cada fecha se jalona, para Víctor, por una paz nueva, más amplia, más intensa. Y le parece que bebe la ambrosía de una felicidad mansa y campesina, al precio de todos los desistimientos. Pero llegan los primeros fríos. En la huerta los hombres se afanan buscando calor en el trabajo. En la cocina, Micaela y su madre, al amor de la lumbre, discuten mansamente. Ana María no sale al jardín. ¿Serán así todos los días del invierno?



La posibilidad le pareció a Víctor un castigo inadmisible. Perales exageró sin duda el diagnóstico para meterle miedo. Porque lo cierto era que, desde que llegó a Taramaragón, no se habían repetido los desvanecimientos, ni las visiones, ni las fatigas, ni los desvelos. No podía ser grave la enfermedad que curó tan prestamente con un sencillo cambiar de aires y de atenciones.



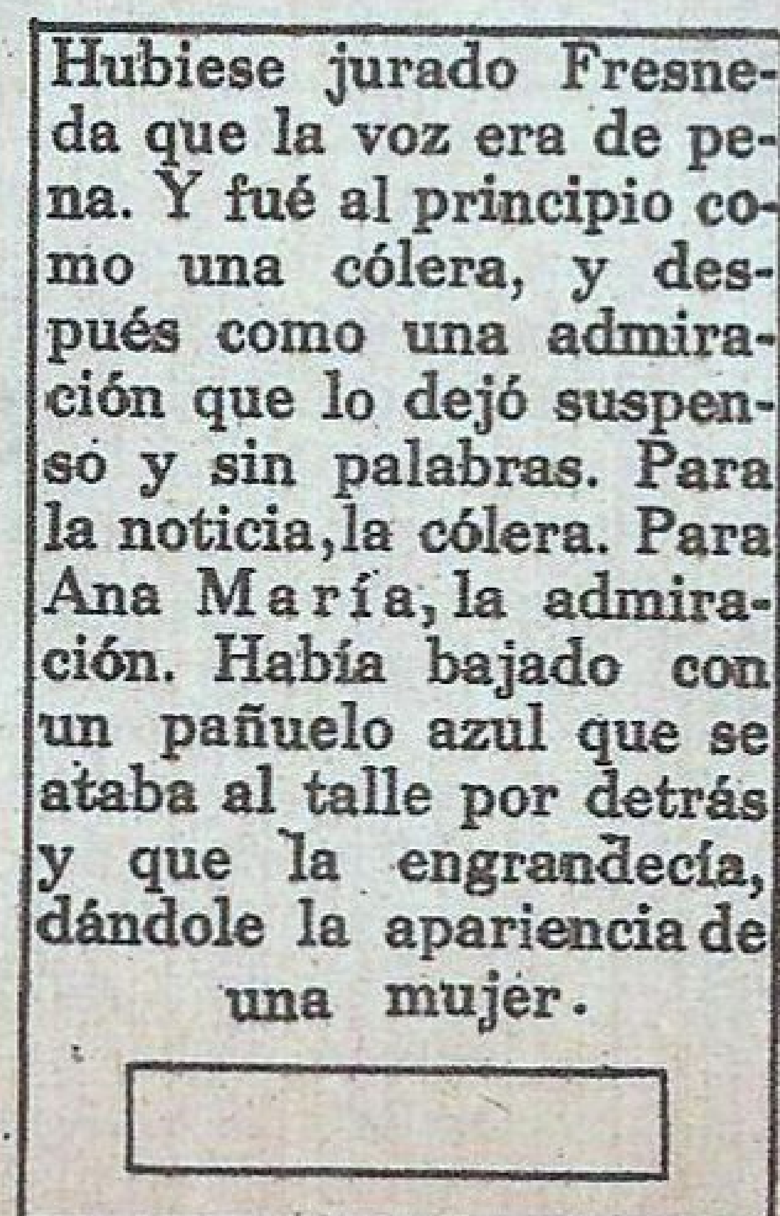


Ganar, sí había ganado, indudablemente. No le pesaría nunca aquella aventura, en la que había fortalecido el cuerpo y el espíritu. Pero, ¡así siempre! Eso no podría ser aunque lo quisiera. Pase el verano, en que todo fué alrededor alegría, luz, beatitud, como una invitación al canto o al sueño. Pero el invierno, ¡el invierno! No; nunca, ¡nunca!



Unos días de sol lo reconciliaron con la monotonía que parecía aborrecible. Otros dos de frío lo exaltaron de nuevo contra Taramaragón y **Villa Soledad.** ¿Contra el pueblo? No. ¿Contra la villa? Tampoco. ¿Contra el frío? ¡Si apenas lo sentía! ¡Si en Madrid lo prefería al calor! ¿Contra qué, entonces, que no tenía nombre? ¿Que no tenía nombre? ¡Lo tenía! ¡Contra el frío, no por el frío, sino porque con él sus charlas con Ana María no tenían lugar!









Y el ruego, porque el tono era de súplica, quedó allí difuminado. Pero Víctor lo comprendió con toda claridad, y con toda concreción le prometió que iría. Ella partió lenta, pausada, dejándose ver, como si quisiera que la mirara. Víctor la vió ir hasta el final de la avenida. Después, bruscamente, dejó el bardal, diciéndose como una amonestación: «Estoy haciendo el tonto. ¿Qué más me da que esta chiquilla salga al jardín o no?»



Claro es que examinándolo bien había que agradecerle a la muchacha la intención. Demostraba que le había tomado afecto, que quería seguir con sus charlas como siempre, pese al frío.

En realidad a él le pasaba lo mismo. Porque aquello era tan agradable, tan desinteresado, ¡tan sin parecido! Una chiquilla y un cuarentón que hablan como amigos, como amigos que se quieren bien, sin segundas intenciones, sin cálculos ni trascendencias. Víctor lo imaginaba rarísimo y se lo encarecía un poco orgulloso.



A las seis, cuando ya reinaba una obscuridad casi absoluta, buscó su sombrero, no sin gran asombro de los servidores; traspuso la puerta del jardín y se detuvo ante la del vecino, hasta que salió a abrirle una criada. Ana María le presentó a sus padres. Don Pedro Sebastián, a quien ahora Víctor veía de cerca, viejo, pasado, apergaminado, con el pelo, el bigote y la perilla totalmente blancos, y las manos temblonas, le dijo con sencillez:—Viene usted a su casa, y yo se lo agradezco. Sus atenciones con mi hija le hacen acreedor a nuestro agradecimiento.



Ya en su casa se confesó descorazonado. Muy atentos aquellos señores, pero pletóricos de trivialidad, de nadería. Sin la presencia de ella, la visita hubiera resultado francamente insoportable. No obstante, la repitió, hasta hacerla diaria y acostumbrada. Hablaban o jugaban a las cartas. Pero tanto don Pedro Sebastián, como su mujer, doña Catalina, guardaban un hermetismo absoluto para cuanto tuviera relación directa con ellos.



Fresneda veía a Ana María como cohibida, como amedrentada. ¡Qué había de ser ella la ingenua, la atrevidísima del jardín, en que pensamientos y palabras surgían tal como nacían, sin compás de reflexión, sin freno y sin medida! Ahora callaba y, cuando más, reía, con una risa contenida y discreta, social más que espontánea. Y todos los esfuerzos de Víctor fueron inútiles para sacar su espíritu de esta prisión, formada, sin duda, a fuerza de consejos y prohibiciones.

En casa de don Pedro Sebastián encontró muchas veces al médico, don Florencio Hinojosa, quien le resultaba desagradable sin atenuantes. Y no sabría decir por qué le molestaba más, si por su persona o por su afinidad con Cayetano, su sobrino: el aun no conocido Cayetano, que anunciaba su viaje cada quince días para no realizarlo jamás. ¡Adorable la criatura, si se parecía a este señor!



El tal Cayetano, de quien don Florencio era tutor, además de tío, estaba en Madrid estudiando. Había cumplido la mayoría de edad uno de aquellos días, y sus primeros actos, como hombre, no concordaban mucho con las aspiraciones y esperanzas de su tío. Al parecer, renunciaba definitivamente a los estudios y, al parecer también, reclamaba a su tutor cuanto le pertenecía, en unos términos y con unos modos capaces de disgustar al más pacífico.

El domingo Víctor fué a misa a Taramaragón con el notario y la familia de éste. Hinojosa se acercó a saludarlos en el mismo atrio, acompañado de un mozo que presentó a Víctor como su sobrino. Fresneda lo examinó y lo encontró lleno de vulgaridad e insolencia. No ofrecía un conjunto de bondad ni de simpatía, sino de ignorancia y de brutalidad. Todo en él decía fortaleza física y ausencia de inteligencia y sensibilidad.



Al terminar la misa, Víctor pasó a la sacristía a recoger al párroco, según su costumbre de todos los domingos, para llevarlo a comer con él, haciendo que le acompañasen don Pedro Sebastián y su familia. Cayetano se les incorporó, afirmando la resolución de ir con ellos hasta la casa. Y, quieras que no, hubo que aceptar su compañía.



Y el camino de retorno a las villas se empezó y se siguió en este orden: Ana María, su madre, Cayetano; el párroco, el notario y Fresneda, detrás. El párroco se mostraba tan contento como de costumbre. El notario, más explícito que otras veces. Víctor, sin oírles, no apartaba su mirada de las mujeres, que reían con sonorísimas carcajadas. Si las de Ana María lo hirieron por lo francas, las de doña Catalina lo asombraron por lo insólitas.





En la misma puerta del hotel del notario se despidió el sobrino de Hinojosa. — Hasta mañana — le oyó decir Víctor. Y aun le hizo más daño la respuesta, que parecía un ruego de Ana María y una súplica de su madre: —Hasta mañana —, mirándolo insistentemente las dos mujeres, con una especialísima significación de cordialidad y de interés, que le dolieron.

34

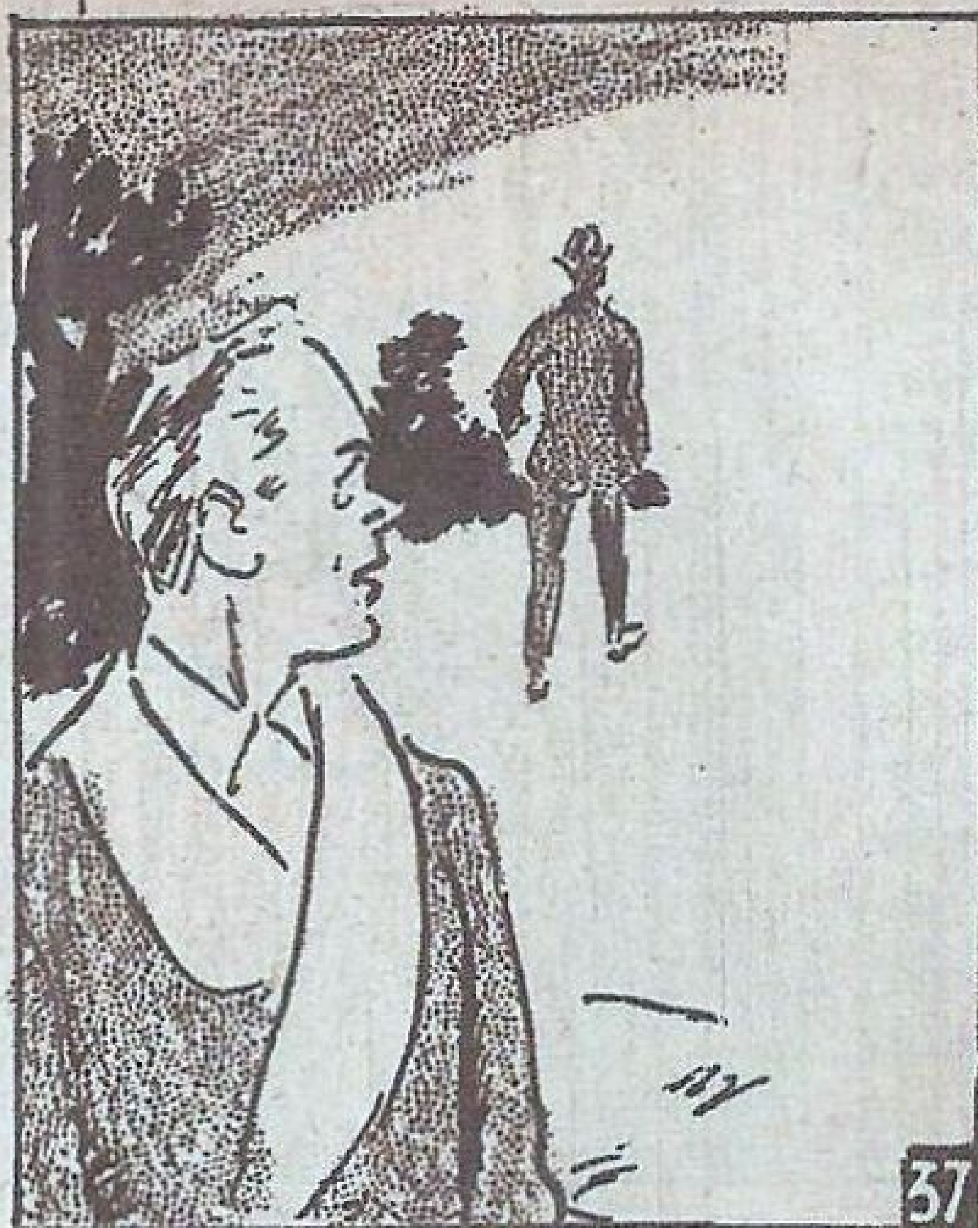
Víctor se fingió distraído para no dar la mano al mozo. Cayetano, reparando en ello, le buscó los ojos tenaz y duramente, para darse por advertido. Fresneda sintió en él la mirada como un reto. Y contestó irguiendo la cabeza, mirándolo de frente, y despidiéndose de él con sequedad.

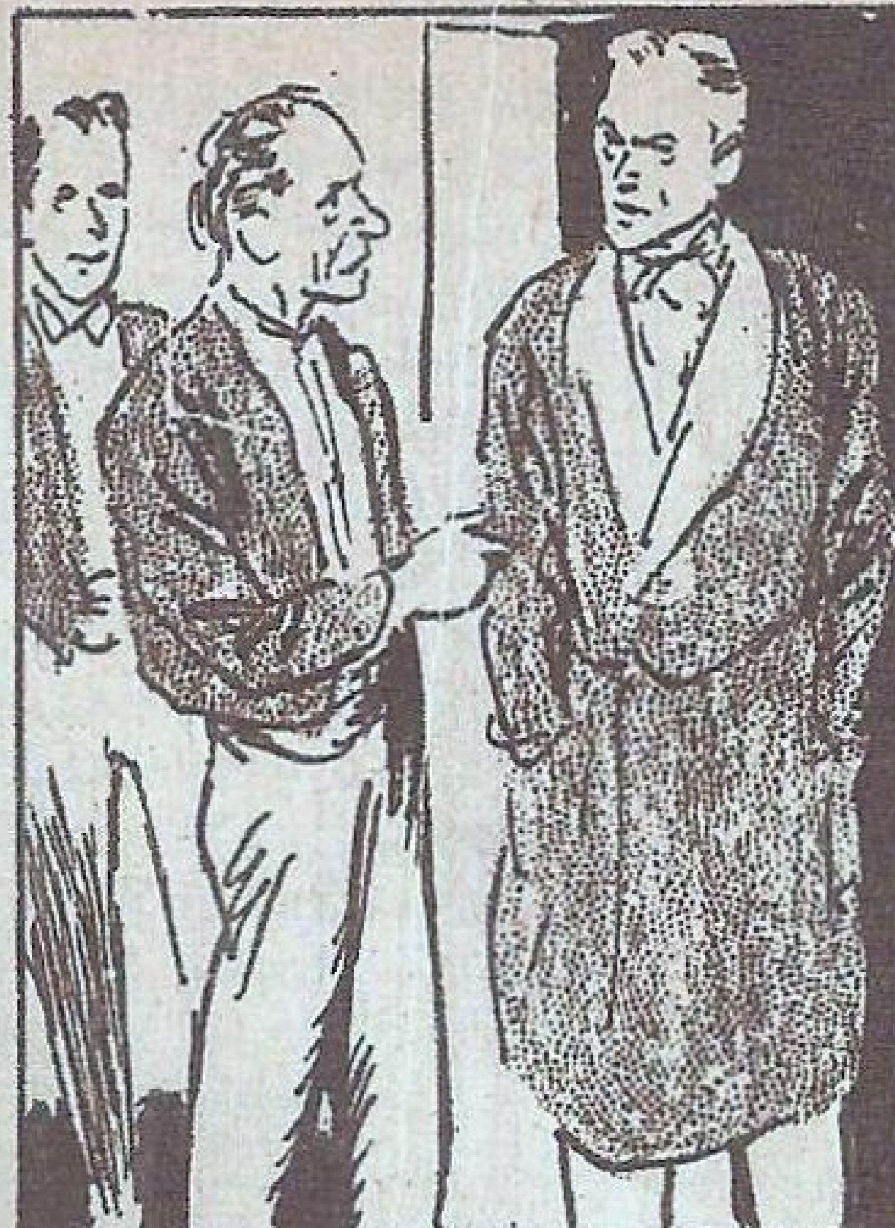


Al día siguiente lo vió llegar. Eran las once cuando Cayetano entró en casa del notario. Salió a la una. Las dos horas le parecieron a Víctor una eternidad. ¿Qué tenía que hacer allí? ¿De qué hablarían? ¿Reirían de nuevo, como el día anterior? Pensó con enojo en Ana María. ¿Qué palabras nuevas encontró este bruto para excitar su sensibilidad, para moverla a una loca alegría que jamás él pudo conseguir?



De buena gana habría ido a casa de don Pedro a estropearle la visita al sobrino del médico. Desistió, temiéndose en ridículo. Cayetano salió a la una. Víctor lo vió marchar por la carretera, erguido, contoneándose con orgullo. Y creyó advertir en sí la punzada de la ira, de los celos.





En la cocina, los hombres le guardaban aquella noche una noticia sensacional. La trajo el casero, ya anochecido, cuando vino de buscar una medicina para su mujer: Cayetano, el sobrino de don Florencio, estaba en la cárcel.





El **tío Celemín** era el alcalde de Taramaragón. Víctor hizo que le explicaran lo ocurrido, y Celedonio contó punto por punto lo que a él le habían dicho. Había sido en el café. Cayetano se enzarzó en...

...una discusión con Lucio Quirico, el secretario del Ayuntamiento, acusándolo de robar los dineros del pueblo que administraba. La gente que los rodeaba temió que Quirico hiciera alguna de las suyas.



Pero no dijo más sino que ya le daría él ocasión de que lo probase, y los emplazó a todos los que presenciaban la escena como testigos. Desde allí debió de ir a contárselo todo al **tío Celemín**, que, menos diplomático, lo metió en la cárcel a patadas, mientras Quirico iba a denunciarlo al juez por injuria y calumnia y no se sabía si algo más.



Don Florencio había ido precipitadamente a Villacarrillo, se suponía que en busca de influencias, y mientras los disidentes en política aseguraban que a Pedro Flores, que era el nombre del **tío Celemín**, y al secretario, les costaría el cargo, los afines temían por la situación de Cayetano, porque ¡buen par de enemigos se había echado esta vez!



A la mañana siguiente, lo sorprendió a Víctor ver a Ana María en el bardal.









¡Si usted quiere! Y la dejó ir indignadísimo. ¿Por qué quiso, ni para qué tenía que querer él? ¡Que se las arreglase el bruto como pudiera! Mas al verse solo se arrepintió de su rudeza de antes, de su grosería, que ella, la mansa, no quiso advertir. Y cuando don Florencio, aquel mismo día, le hizo idéntico pedido, fué con él a ver al alcalde.



En la puerta del Ayuntamiento dejó Hinojosa a Fresneda, asegurándole que esperaría su salida en la botica, tres puertas más abajo. Víctor entró resuelto. El **tío Celemín** lo recibió con grandes manifestaciones de alegría; le hizo sentar en un sillón desvencijado, lo mejor del despacho; le tendió un pitillo y, antes de que Víctor pudiera evitarlo, le sirvió una copa de aguardiente, cosa fina, según él le aseguró mientras lo echaba en la copa.





La cara del alcalde de Taramagón mintió un asombro que estaba muy lejos de sentir. Se asomó a la puerta, llamó al alguacil y le ordenó imperiosamente que allí no pasase nadie. Después cerró por dentro y se volvió nuevamente a Fresneda, diciéndole:—Voy a demostrarle, don Víctor, que soy buen amigo suyo. Cayetano va a ser puesto en libertad y no habrá que hablar más del asunto. Y crea que es un favor que le hago, que no haría por nadie.



Siempre las mismas...



—Formidable, Roberto... La tuya es la mejor declaración de amor que le han hecho a Juanita esta semana...





—Cigarros, cigarrillos... Galletitas para niños...

La Familia Flop









Luego le explicó, refiriéndose a Cayetano:—Hace tres años que no venía al pueblo. ¿Para qué ha venido? ¿O es que cree que se ha olvidado ya?... Hay cosas que no se olvidan. Antes venía todos los veranos. ¿Y sabe lo que pasaba? Tres buenas muchachas hechas desgraciadas. Una huérfana de padre; una pobre chica de servir que ni siquiera era del pueblo y tuvo que emigrar. Alguna puede ser que le cueste cara, muy cara. Porque a otra, aprovechando que el novio cumplía condena, le hizo el mismo daño, y el día que él vuelva no le arriendo la ganancia.



—¿Cómo se las compone? —agregó el alcalde—. Yo no lo sé. Lo verídico es que las enloquece. Ha venido ahora y, por lo visto, en vez de enmendarse, está trabajando a dos manos. A la hija de Quirico, el secretario, no deja de pasearle la calle, y en la casa de don Pedro Sebastián no deja la ida por la venida. Quirico está que no le llega la camisa al cuerpo. Y el meterlo en la cárcel no ha sido por lo que ha dicho, sino por lo otro. Más claro no puedo ser.
Es mucho. Pero que piense lo que hace. Y ahora ya sabe usté a qué atenerse y yo también.

Fresneda, por toda respuesta, le dió un apretado abrazo al tío Celemín.



Y Pedro Flores salió a despedirlo hasta la puerta como un gran señor tosco y rudo, pero un gran señor. Víctor pensaba al alejarse que por algo nunca le había...

...sido simpático Cayetano. Aquel don Juan merecedor de albarda, aquel don Juan, a quien el alcalde achacaba fortuna tras fortuna, ¿en qué abrevadero moral se formó para conseguir estas extrañas, estas fulminantes influencias sobre las mujeres? Y recordó la mañana del domingo cuando, al volver de la iglesia, Ana María reía como loca oyéndole, y su madre alternaba con ella complacidísima. ¿Hasta ellas llegó el extraño dominio?

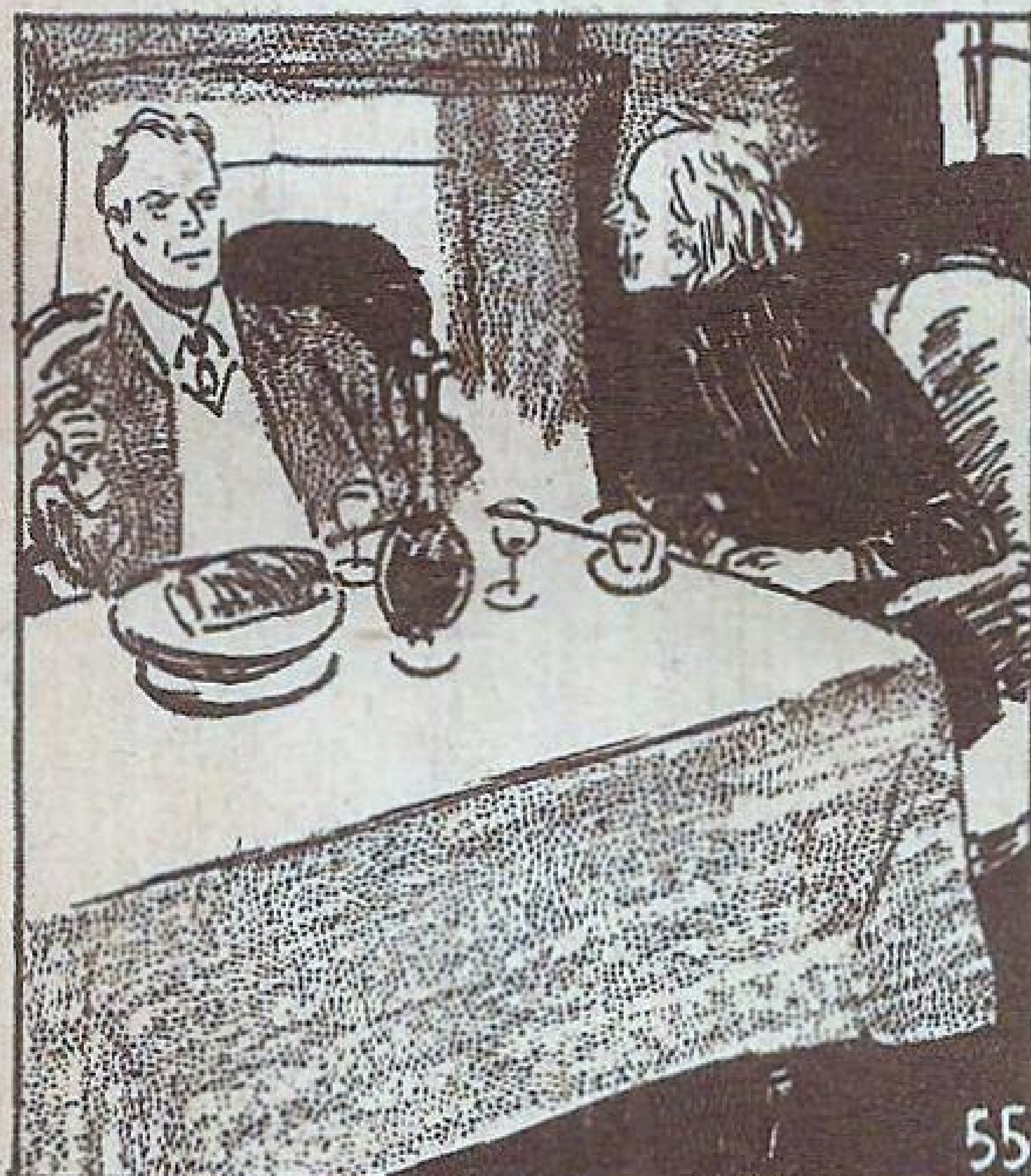


¡Ah! ¡Si él pudiera hablarle como en aquellos tiempos que pasaron, en aquella soledad dulce y pura que desapareció!... ¿Por qué desapareció? Se confesó que, aunque las viejas charlas resucitasen, la nueva vida sería muy diferente, porque ella no le oiría como entonces jamás.

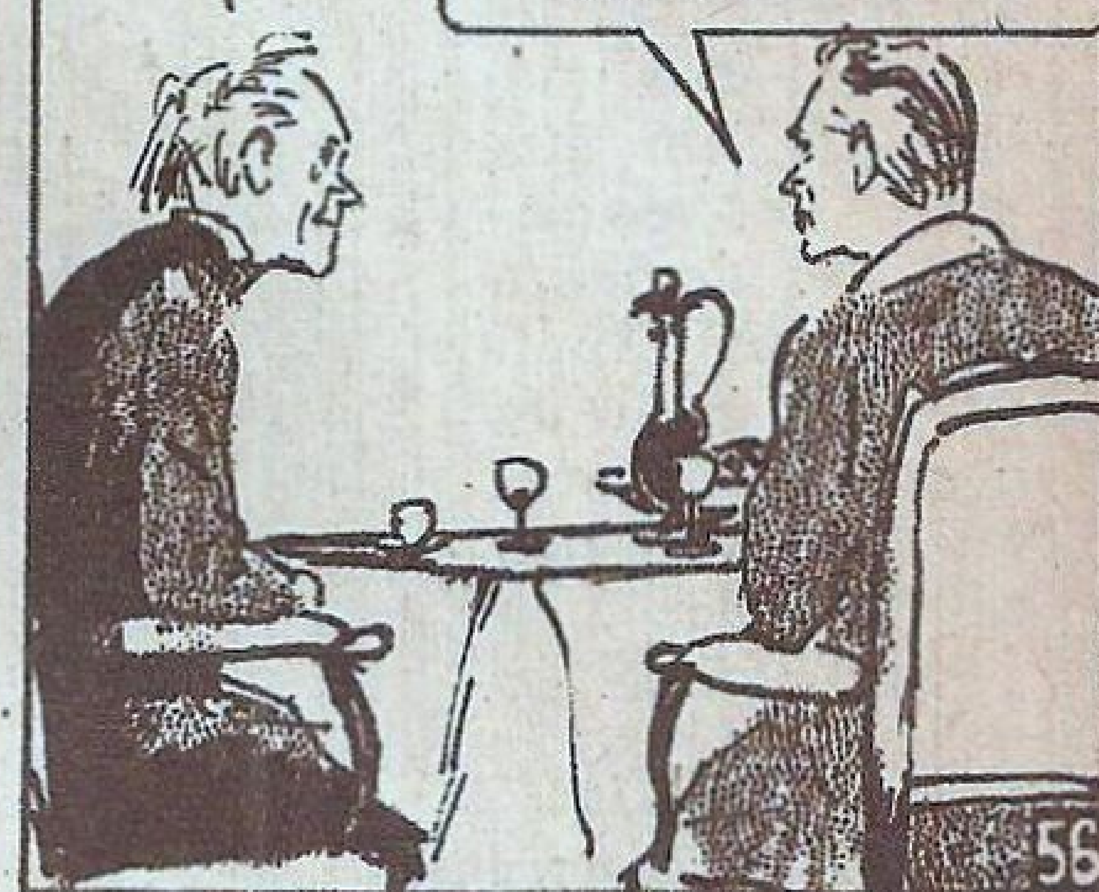


¡Era ya demasiado! Cayetano se plantaba a las diez en la casa de don Pedro Sebastián para no salir hasta la una. A las tres y media volvía y allí permanecía hasta la hora de cenar. Llevaba ya tres días con la maniobra. Tres días en que Víctor no veía a Ana María y en que el viejo notario se presentaba solo en su casa apenas anochecía, y se encarnizaba en el billar que Fresneda había instalado en una de las habitaciones, haciendo neciamente carambolas y en pleno olvido del mundo y de las cosas.

Viéndolo tan tranquilo, sentía rabia. Difícilmente se sobreponía al deseo de gritarle: —¡Imbécil! ¡Mientras juegas, estás preparando la caída de tu hija! Por don Luis, el párroco, supo Víctor la desastrosa situación económica del notario. Su mujer, dándose al lujo y a las extravagancias, había acabado con el patrimonio familiar, llenándolo de deudas.



Cayetano conocía la situación. Y don Luis comentaba: —Cayetano es rico, a la usanza de estos pueblos, en que veinte mil duros dan patente de millonario. Ha obligado a don Florencio a que se los liquide. Y ¿qué quiere usted que yo le diga? Yo no soy capaz de aventurar una infamia; temerla en silencio, sí. Creo que con una madre como la que tiene, Ana María está en feria callada y permanente. Yo no soy capaz de inferirle la ofensa de que usted quiera comprarla, pero sí lo estimo con nobleza suficiente para evitar que otro la compre.

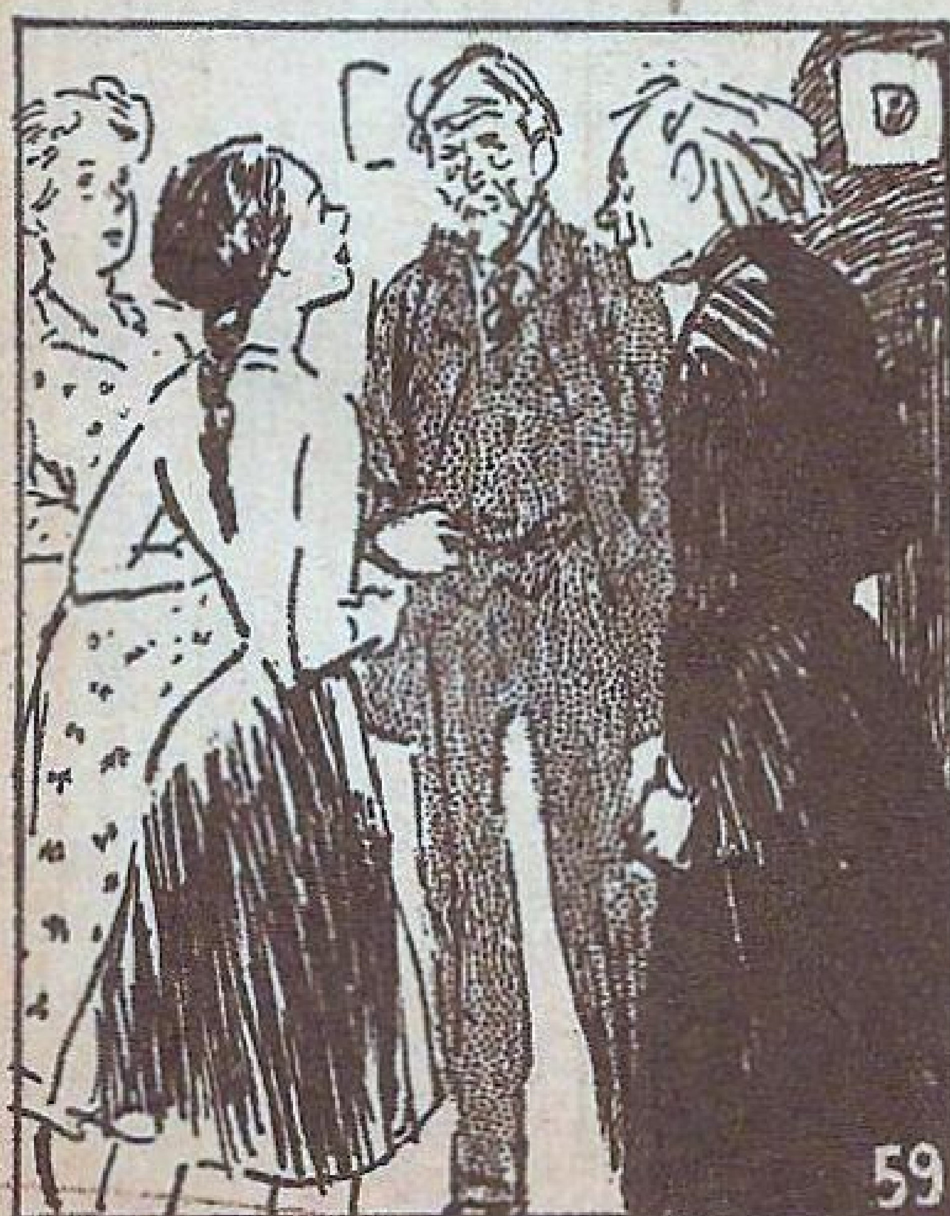


Le temblaba la voz. Temía la risa, el ridículo, la burla de don Luis ante lo inusitado. Y, a pesar de eso, lo formuló con la resolución firme de quien se dispone a todo para evitar un fin peor. El párroco, lejos de reírse, afirmó serenamente: —Eso es serio. De momento, no se lo aconsejo; pero ése es el punto de partida: buscar un compromiso a larga fecha, hasta que ella sea más mujer; y, con la autoridad de un compromiso, usted podrá contribuir a la liberación.





La gestión del párroco, pese a toda su influencia y a que estaba en el secreto de todas las canalladas de Cayetano, no dió resultado; porque, al ir a hacerla, se encontró con que el casamiento de Ana María con el sobrino del médico estaba ya acordado. Por añadidura pudo comprobar que no había pena ni disgusto en la muchacha sino como una satisfacción.



¿Que estaba acordado? ¡Y ellos pudieron disimular que andaban en tratos de tal trascendencia! Fresneda devoró su ira por muchas horas. ¿Oponerse? ¿Cómo? ¿Investido de qué autoridad? ¿Descubrir las infamias de Cayetano? ¿Gritar sus desafueros donjuanescos? ¡Bah! Ya los sabrían. Y, si no, los creerían hijos del despecho; jamás el producto de una realidad deplorable.



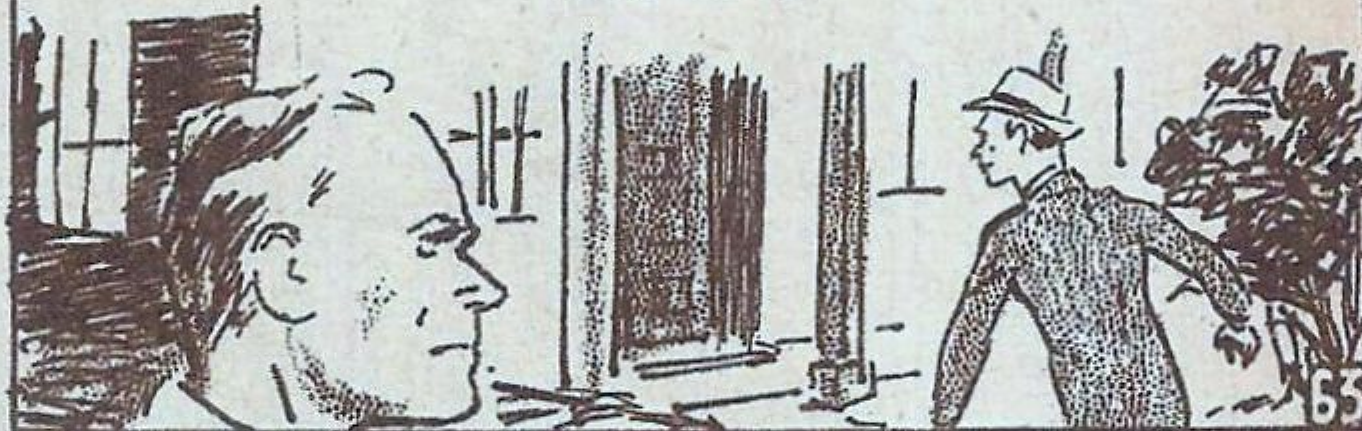
Ana María le echó una carta por el bardal y huyó, antes de que Fresneda se diese cuenta de su presencia. Una carta sin sobre, arrugada, escrita con lápiz, borrosa, como si hubiese sido hecha huyendo de una persecución. Y la leyó emocionado, esperando, esperando...



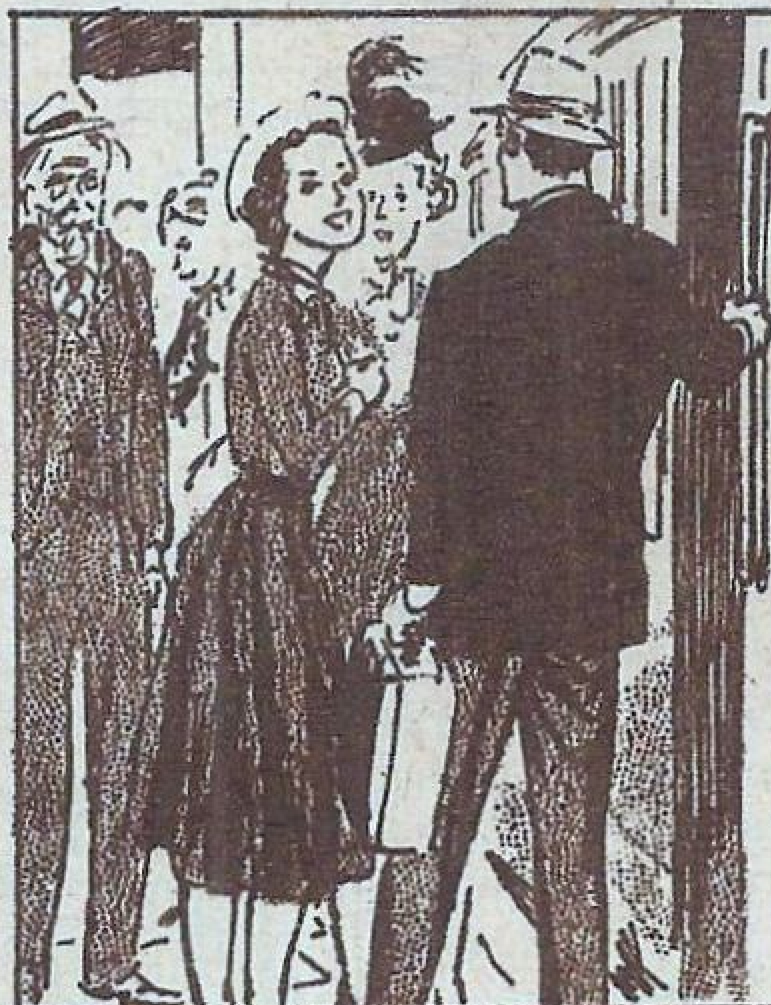
Decía así: «Don Víctor: Nunca olvidaré su petición. Nunca. Quisiera decirle muchas cosas y no sé. Es verdad que quiero a Cayetano. Verdad, también, que lo quiero a usted. Me he de casar con él. Si él no viviera, me casaría, contenta, con usted. Pero vive y lo quiero. ¿Me perdonará usted? Me duele disgustarlo. No quisiera. No me guarde rencor.» Estrujó el papel con rabia. No, no era esto lo que Víctor, en un momento, en un solo momento de ilusión, esperó.



Veía llegar a Cayetano día tras día. Hubiera dado cualquier cosa por no verlo. Allá en el fondo de la casa triste se debía de reír como nunca. Allí se debía de hilar cada día esta formidable madeja, capaz de aprisionar para siempre la felicidad de un alma. Ana María no salía al jardín; los padres, tampoco. Don Pedro Sebastián no volvió a ejercitarse en el billar, ni envió una palabra explicatoria de por qué no iba. ¿No era decir claramente: no vengas? Víctor se abstuvo de ir.



La boda se fijó para el primero de junio. Víctor, de memoria, ajustó la cuenta de los días que quedaban. Un mes justo. Dos, escasos, del noviazgo a la boda. Rápido todo, como un asesinato. No suelen ir las gentes tan de prisa a la felicidad.



Una vez casados, salieron en viaje de novios y el matrimonio se instaló en Madrid. Cayetano puso allí un café lujosamente, con la esperanza de que le concedieran permiso para jugar. No lo logró, y el negocio iba mal. Don Pedro Sebastián, que había vuelto a visitar a Víctor, después de mil excusas, solía darle noticias de su hija. Dudaba de que ésta fuese dichosa.—¡Cómo voy a pensar que mi hija ha de ser feliz! —le decía a Fresneda—. Cayetano puede hacer la dicha de los que lo rodean no faltándole nada, teniendo para satisfacer necesidades y caprichos. De otro modo...

Ella escribía cada vez más de tarde en tarde. Se justificaba: «...cuando lo que se ha de escribir no es agradable... Todo sigue igual, y lo igual no es bueno»...



«El está muy contrariado, y yo... ¿qué puedo hacer?... No sé qué ha pasado por mí. No quisiera decíroslo, y os lo digo, porque ¿a quién se lo diré, si no? Por eso escribo poco, y aun lo poco no debiera escribirlo.»

Un día —había pasado año y medio desde que Ana María se casó— entró **Perejil** muy presuroso al despacho de su amo diciéndole que se asomase al balcón.

Mire usté, don Vítor, en el jardín de don Pedro. ¿Ve usté el carruaje con unas maletas? Yo me he enterao bien. Son de la señorita Ana María que viene. ¡Que viene!



Al día siguiente la vió pasar entre la madre y don Pedro Sebastián, que lloraban. Traía sombrero y un velo largo, un velo azul sobre la cara. Entraron en la casa. Todo rápido. Para la observación, no más. Escueto como un hecho. Viene sola, sola. ¿Por qué? ¿Qué nueva mujer es esta mujer? ¿Quién la trae? ¿Qué la empuja? ¡Preguntar! Y ¿a quién?



¿Ella? Sí. Ella. Sola y en el jardín. Pero no junto al bardal, sino en el lado opuesto. ¿Huye? ¿Teme? Víctor la vió día tras día ambular como distraída por los senderos abandonados. Por aquellos senderos lejanos del bardal, esquivando el encuentro, el saludo, las palabras que habrían de decirse en él quizá.



Hasta que un día, inopinadamente, se encontraron y se las dijeron. Primero en frases sueltas, no bien empezadas, intercaladas, sin conexión, como suspiros que interrumpen una conversación superficial, que luego sigue, para terminar en una amplia confesión. Ana María lloraba desconsoladamente, refiriendo los detalles mil de su agonía. Y Víctor sufría todas las cóleras.



¿Cómo justificar el amor de Ana María por aquel hombre? ¿La influencia, la fascinación del seductor? No. Rotundamente, no. Otra cosa cualquiera extraordinaria, absurda. Obediencia a un instinto fatal, tal vez. Acaso la necesidad de lo abyecto, o de lo simplemente brutal que muchas veces se advierte en seres de elección. Ofrece la vida muy a menudo sorpresas de éstas. Son como rincones obscuros en espíritus iluminados. Y no se realizó jamás sin tragedia la preponderancia de estas pequeñas parcelas insanas sobre las amplias extensiones de la bondad, del buen sentido, del juicio recto y sereno.



Después se encontraron junto al bardal por la noche.

Antes no te dejaban casi nunca salir al jardín después de cenar.



Y Víctor advierte el admirable desenvolvimiento de su hermosura. El busto, desarrollado y pleno, bajo el **echarpe** azul de lana. Los brazos blancos y desnudos, armoniosos y torneados, en una exaltación de la forma. Es otra la mujer, y otros los ojos que la miran. Ojos que no buscan los suyos, como antes, que beben lentamente una emoción nueva en la blancura mórbida de los brazos.



El ha cambiado también a los ojos de Ana María, ¿cómo no? Pero ¿ganó en el cambio? Aquel señor que un día, por suerte suya, se instaló en la quinta abandonada, era otro hombre.

Más hosco quizá, pero más acentuado, más varonil. Seguía, no obstante, sin ser como los demás. Desnudeces de alma o de cuerpo, ¿lo impresionaban siquiera? Y si despertaban en él una emoción, ¿qué emoción era ésta tan fría y delicada que no se traducía como en los otros hombres? Y aquella noche, Ana María oyó con una indefinible emoción al hombre que nunca vió ella en don Víctor.

La boca casi junto al oído, temblona la voz, seca y apagada, como en un gran ardor:—¿Por qué no quisiste? —le decía—. Yo no he querido a ninguna mujer como a ti. Con cariño de padre y de hermano, y de amigo y de hombre. ¡Con todos los cariños! Tú no puedes hacerte cargo de lo que es eso. En mi corazón, nadie como tú dejó su huella.



¡Don Víctor!

Ya ves a don Víctor, como tú dices. Hablando locamente lo que debiera callar. Pero es que no puede más el pobre. No puede más. Perdónalo.





A la luz de la luna y por entre los árboles, flotante el amplio **echarpe azul**, al alejarse Ana María parece que se aleja la figura de un sueño.



El alcalde dió la noticia a Víctor: había llegado al pueblo el **Alones**, el novio que cumplía la condena, quien se llama en realidad Francisco Sánchez. Lo habían echado a presidio por si había sido o no, que había sus dudas, uno de los complicados en la muerte de Dieguito, el sastre, un viejo que mataron allí hacía diez años.

Viene libre y con ganas de trabajar, y ahí está. Pa poco tiempo, me figuro, porque aquí nadie le dará trabajo, y tendrá que emigrar.

¿Sin redención posible? Es triste.



Sí, señor, muy triste; pero ¿a que usted no metía en su casa a un presidiario?

¿Quién se lo ha contado, señor alcalde? Lo metería si lo necesitara. Mándemelo mañana.



No se lo mandó. Y es que el Alones, cuando el alcalde fué a decírselo, tenía ya colocación: lo había tomado a su servicio Quirico, el secretario del Ayuntamiento. —El mundo no es tan malo como usted dice —comentó Víctor. Y el alcalde le repuso: —Espere un poco a ver lo que pasa.





Volvieron a verse Ana María y Víctor por la noche, en el jardín. Ella había tenido carta de Cayetano, anunciándole que vendría. A Fresneda, la noticia lo aplanó. «Se acabaron las conversaciones» — pensó. —En la carta apenas dice otra cosa —le explicó Ana María—; pero tan secamente, que parece que está llena de amenazas.

¿Amenazas? ¿Para quién?

¿Para quién, si no para mí? Usted no lo conoce. Es difícil saber quién es, no habiendo entrado en su vida, como yo.



Acaso venga dispuesto a trabajar.

¿El? ¡El! El se jacta de no haber trabajado nunca. Dice que eso es de bestias.



Y agregó:— No sabe trabajar más que en cosas que no le sujeten la atención más de media hora, para saber la recaudación, tomar el dinero y gastarlo. Ni sabe, ni quiere otra cosa. Y ahora tiene puestos sus ojos en la quinta. En los malos tiempos del café lo decía: «Los viejos van a tener que vender para que salgamos del apuro.» Y ¡Dios sabe qué nuevo apuro le ha hecho volver al pensamiento!

Tu padre no debe ceder por nada.

Hasta aquí procedió siempre con engaños. Llegará a la violencia, lo conozco. Y ¿quién se opondrá a ella?

83

¡Oh, si él pudiera, si tuviera algún título para intervenir, ya vería Cayetano como variaban las cosas! Con razón le había dicho el alcalde en alguna ocasión: —Escoge sus víctimas donde no hay peligro de padres ni hermanos. Donde no hay quien recoja sus gallardías. Y en vano procuró sugerirle esperanzas y alientos. El temor, en ella, vivía sobre toda otra cosa.



84



Y Víctor, saltando el bardal, cambió el tema, para alejar de ella todo temor. Por primera vez se internó por aquel jardín, con Ana María, quien lo condujo hasta un banco medio oculto en la arboleda, mientras decía: —Todo esto da lástima verlo. No es como el de usted. ¿De cuánto tiempo son estas malezas? Entre ellas viven difícilmente los rosales. Así es que apenas hay flores...

85

¡Y pensar que podrían estar los dos jardines igual!

Formando uno solo. ¿Por qué no quisiste?

86

Porque...

Y ahora ¿querrías?

87

Ahora, sí. Entonces, yo creía otra cosa. Me había acostumbrado a verlo sin pensar en nada.

Y yo. Fué la sensación de tu peligro la que me hizo echarme al camino. Baldíamente.

88

Seguía él hablándole, y ella se apegaba a Víctor oyéndole, hasta el extremo de hacerle sentir en sus mejillas las caricias de sus cabellos. Y fué una tentación invencible la que le hizo besarlos, con rápidos besos.



89

¿Ve usted lo que yo temía?

¿Y qué puedo yo contra el encanto que me seduce? ¿No adviertes que yo también tengo miedo, un miedo loco a que esta noche sea quizá la última?

90

Sería demasiado.

Será, tal vez. Y entonces, en mi memoria, no quedará una sola dulcedumbre. Ni en la tuya.

91

¿No sería más amargo si quedara?

No. Una luz en las sombras es como una vida que nos habla. Y gusta oír la voz de los consuelos allí donde, de tanto sufrir, se han quedado los dolores sin voz.

92

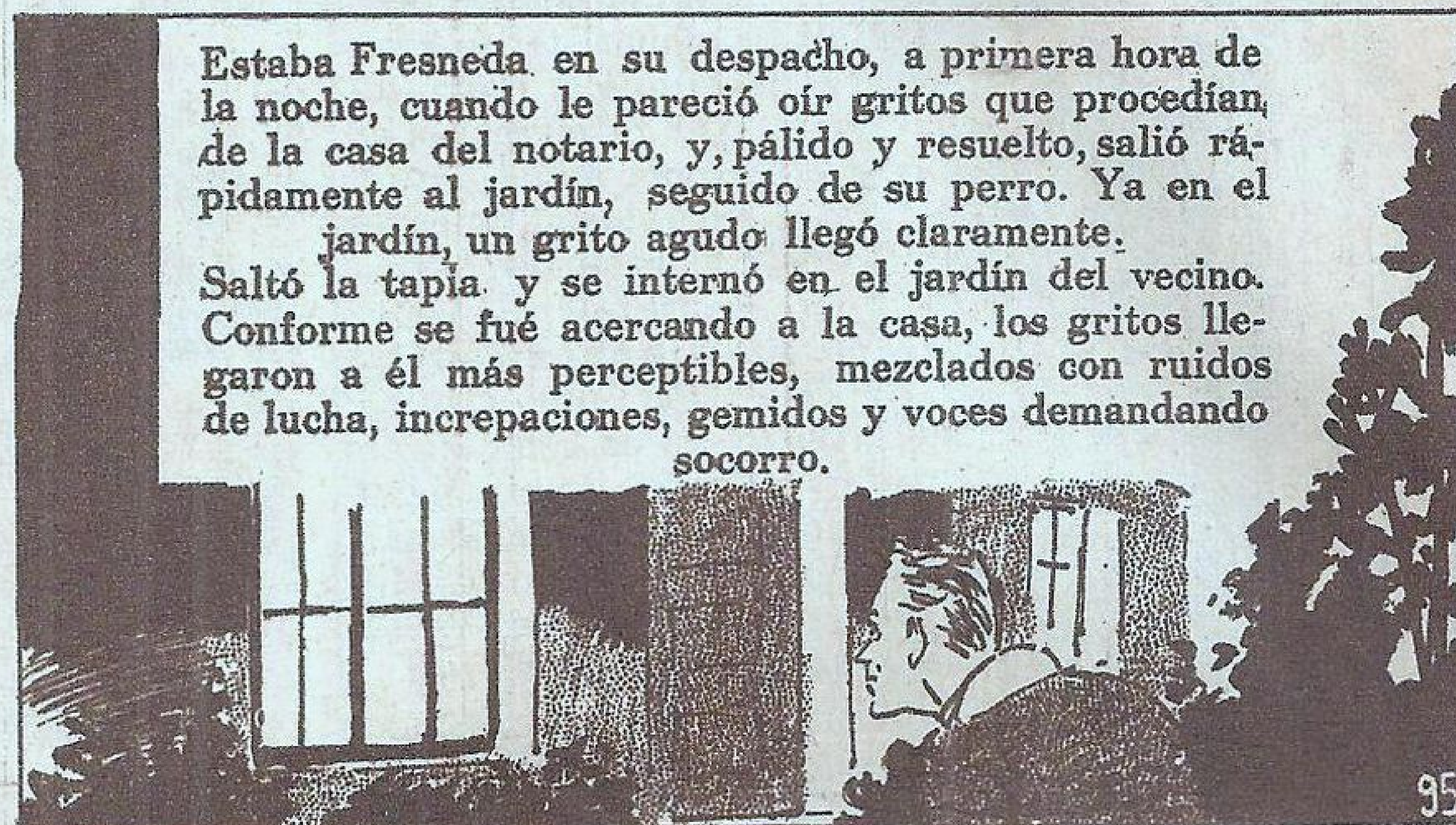


Pálida, muy pálida, le ofreció sus labios. Fresneda los tomó. Y tras el beso, la súplica: —Váyase ahora, don Víctor, se lo ruego, antes de que... Y, sin terminar la frase, Ana María lloró. El obedeció. En los ojos de ella leyó la voluntad cautivada, propensa a todas las concesiones. Y también a todos los remordimientos agudos.

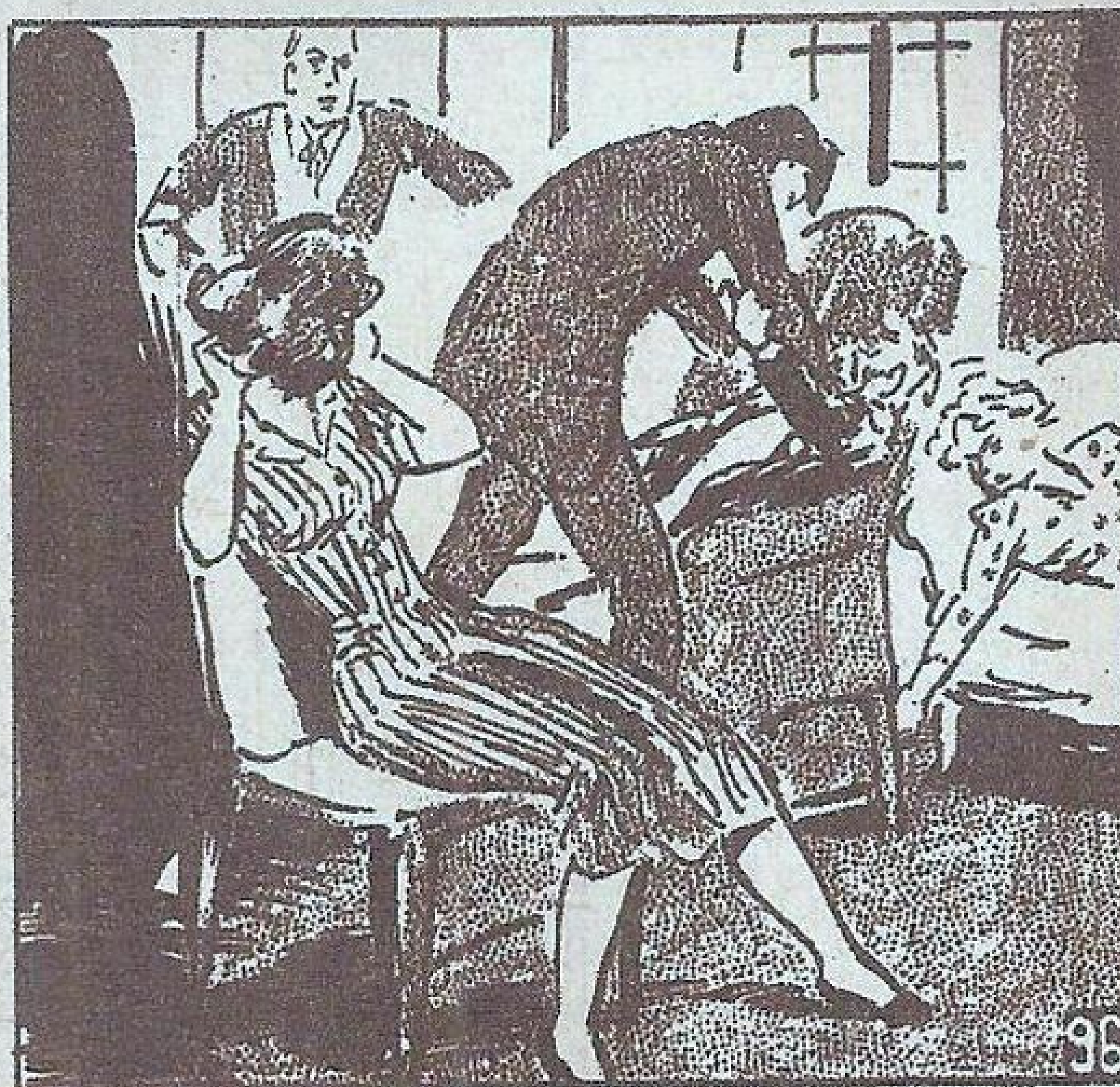
93

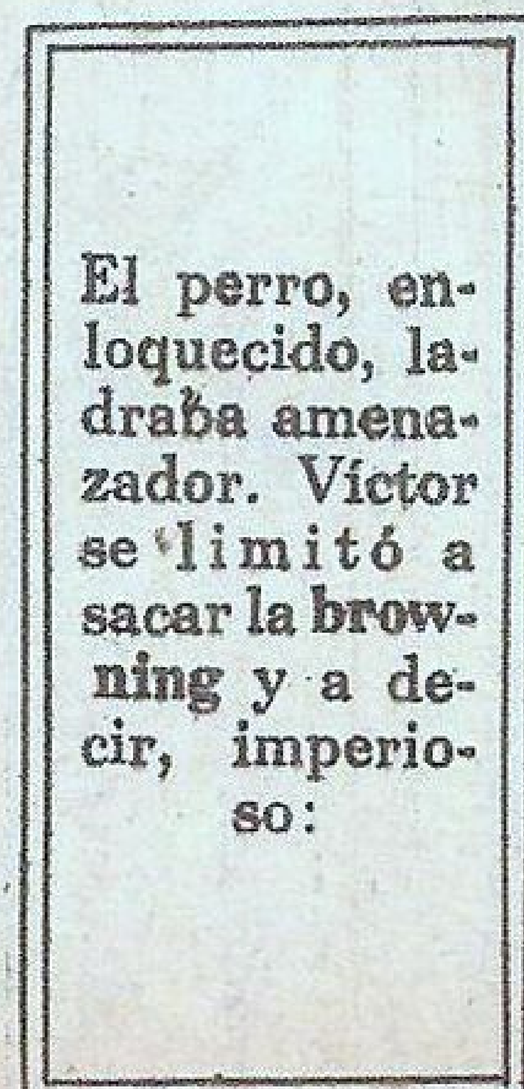


No la veía. A partir de la noche más feliz de su vida, se escapaba a sus ojos tarde y mañana. Cuando más, cuando más, advertía su sombra allá en las profundidades de la huerta, mientras Cayetano, terminada la tarea, dormía seguramente. Porque, a su regreso, Cayetano se había dedicado al cultivo de la huerta, de lo que sacaba algún dinero: al cultivo de la huerta y a jugar en el Casino del pueblo, desplumando a los incautos.

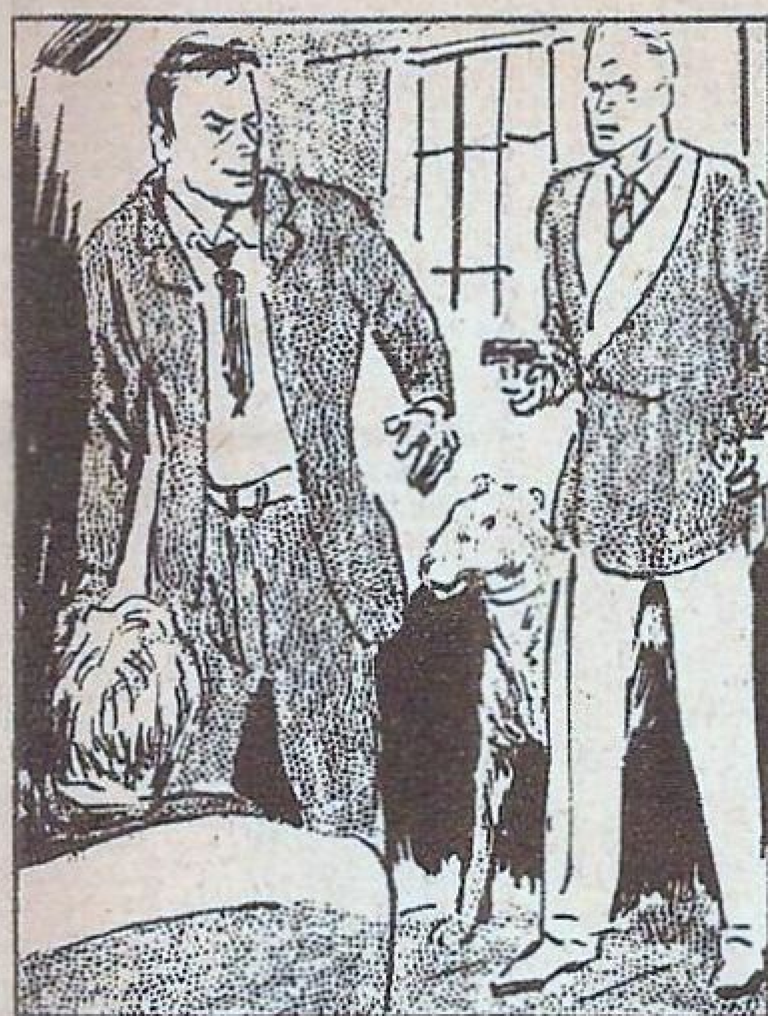


El espectáculo que se ofreció a su vista lo horrorizó. Sobre una silla, Ana María, con el pelo suelto, la cara arañada, se quejaba pidiendo desesperadamente auxilio. En el diván, doña Catalina, desmayada. Sobre el sillón del notario, éste luchando con su yerno a brazo partido, vencido por él en absoluto y vomitándole: — ¡Canalla! ¡Canalla! ¡Con viejos y con mujeres te atreves! ¡Cobarde!









Se volvió Cayetano a él, entre sorprendido y espantado. Sus ojos, inyectados en sangre, daban la sensación de locura. Buscó con ellos algo que arrojar, algo con que defenderse y, al no encontrarlo, se declaró vencido, aunque no perdió por ello su jactancia, y exclamó: — No se moleste, señor don Víctor. Dejao está. Dejaos están los tres... provisionalmente.

Ana María, colérica, transfigurada, acusó implacable:

¡Es un canalla, don Víctor, un canalla!¡Mire usted su obra! ¡Echelo de aquí!



Dirigiéndose a su mujer, Cayetano dijo cínicamente:—A ti te va mejor con él que conmigo. No me choca. Si yo tuviera **parné**, sería igual. Pero guárdate. Porque me voy a ir, pero no me voy a quedar muy lejos. No vas a tener siempre tan a la mano el protector, o lo que sea, así prevenido.



Fresneda, perdida ya la serenidad, lo empujó bruscamente, diciéndole: —Es usted un sapo. Salga, y en el camino, en el jardín o en donde quiera, me mancharé las manos, sin pistola y sin nada, pegándole a un patán. Cayetano, seguido por Víctor, salió al jardín. Fresneda dijo a Ana María que cerrara bien.



Y, cuando sintió echar la llave a su espalda, guardó el arma.

Ya me tiene a su disposición.

No hace falta. Buscaremos mejor momento. Cuando esté más tranquilo. No vaya a pensar que abuso de su emoción.



Iba a decir algo más, pero Víctor le dió en la boca, con el puño, tan tremendo golpe, que lo tiró de espaldas. En tierra ya se defendió bravamente. Y habría peleado hasta el completo aniquilamiento de uno de ellos, hasta el crimen tal vez. Pero a Víctor le llegó un socorro extraordinario: el de su perro **Sultán**, que hizo presa una pierna de Cayetano y lo redujo a pedir por Dios que aquella boca lo dejara libre.



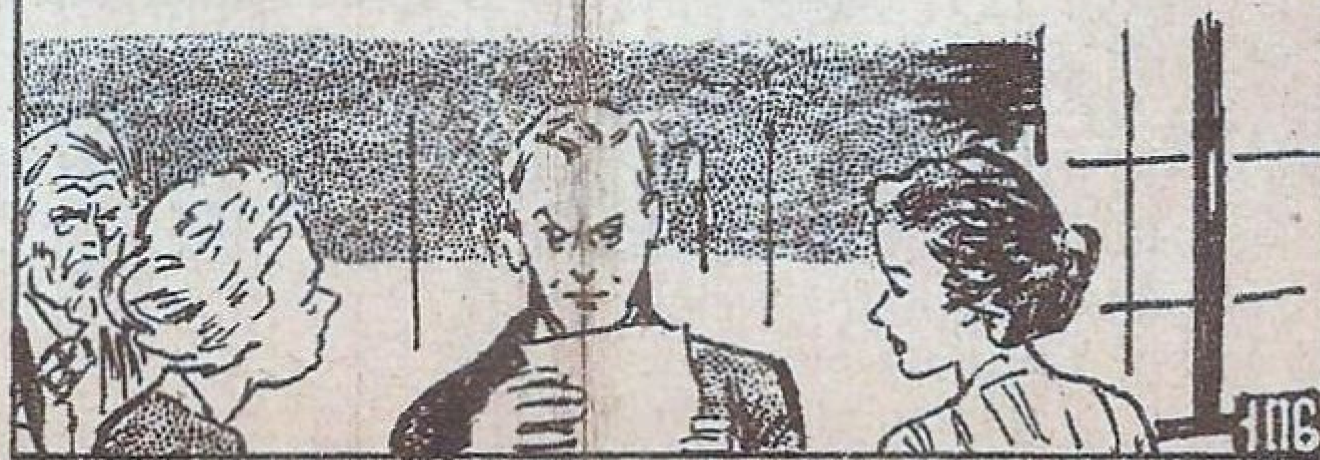
Víctor, de pie, no sin trabajo, logró que el animal soltase. Cayetano se levantó tambaleándose y se alejó sin proferir palabra, como si para el dolor tuviese el hombre facultades extraordinarias. Ya en la carretera, Víctor lo vió tumbarse en la cuneta y vendarse la pierna con un pañuelo. Fresneda saltó difícilmente el bardal y, seguido de **Sultán**, entró en su casa.



Iba ahora todos los días, como antes, como al principio, a casa del notario, y hablaban de Cayetano, que no daba señales de vida. Víctor lo vió más de una vez en el pueblo. Supo que se había metido en casa de su tío Florencio y allí comía y dormía. Le placía a Fresneda la tarea de tranquilizarlos, que ellos le agradecían, y que le permitía estar en contacto con Ana María, fortaleciéndola con su presencia y hablando de cosas vulgares.



Al poco tiempo, Víctor recibió una carta de Cayetano, en la que la letra era torpe, la ortografía mala, pero el rencor y la amenaza, claros y precisos. Días después, al llegar a casa del notario, vió sobre la mesa una carta desplegada que le tendieron. Era de él también. Se había dado, por lo visto, a la escritura. Iba dirigida a Ana María. En ella la amenazaba con llevársela a Madrid otra vez por las buenas o por las malas.







—En cuanto te reclame —dijo Víctor a Ana María—, me iré a Villacarrillo, a Madrid, si es preciso, a consultar con un buen abogado. Ya nos informarán. Y de aquí no sales si no quieres. Para eso me basto yo. No se bastaba, ya lo sabía él. Pero contaba con la falta de legalismos, y la resolución del **tío Celemín.** Para tenerlo una temporada bajo llave y ganar tiempo, se bastaba Pedro Flores. Su serenidad les dió ánimos.



En la plaza se arremolina la gente mansamente, sin más espolique que la curiosidad. Crece el rumor. Los grupos se apiñan junto a la puerta del Ayuntamiento. Se pregunta, se contesta. Se hace el elogio socarrón del que cayó, porque nadie se atreve a ensañarse con él en este instante. Se disculpa, en cambio, con calor, al que intentó matar. Corre entre la gente que el **Alones** ha dicho que si no le ha dao bien es el único sentimiento que le queda.



—¡Paso! ¡Paso! — gritan unas voces. Las gentes no se mueven. —¡Paso! —dicen aquéllas más imperiosamente— ¡Paso, que es la mujer del herido! Se apartan los que obstruyen el camino. Todas las miradas se fijan en Ana María, que avanza sostenida por su madre y seguida del notario y de don Víctor. En la puerta del Ayuntamiento, Fresneda los abandona. Entran, seguidos del público rumor, las mujeres y el notario.



Todo es confusión en el pensamiento y el espíritu de Víctor. Casi todo lo ignora, y lo que sabe no es luz en su conciencia. El alcalde le envió un alguacil con una tarjeta que decía: «Cayetano está en el Ayuntamiento gravemente herido. Prevenga a la familia y acompáñela. Su mujer debe venir a verlo. Ya le explicaré.» El alguacil sólo supo añadir que el agresor era el **Alones.**



Desde una esquina vió Víctor salir al párroco del Ayuntamiento, adonde había ido a dar al herido los auxilios espirituales.

Parecía que a la solemnidad habitual del Sacramento, juntábase en este crepúsculo la tristeza sin ruido de algo irremediable.



Esperó a don Luis en la iglesia.



Y el párroco señaló al cielo con el índice, acatando con el gesto el divino mandato.

Hablaron, y su conversación derivó hacia los orígenes del suceso. Quirico había puesto al **Alones** de mozo al servicio de una mujer que él mantenía. De mozo y de guardián. Cayetano le puso cerco. La mujer cedió, al parecer burlando al **Alones** y a Quirico.

El marido de Ana María se había refugiado en una casa cuyo corral lindaba con el corral de la amante del secretario. En esa tarde, la mujer mandó al **Alones** a un recado, y ella bajó al corral. El **Alones**, sospechando algo, aparentó que salía y se quedó. Cuando Cayetano quiso saltar la tapia, le descargó dos tiros casi a quemarropa.



Después..., lo conocido. El herido, al Ayuntamiento. El agresor, a la cárcel, convicto y confeso y pregonando: — No le he tirao porque saltara. A mí, eso, ¿qué? Le he tirao porque le tenía que tirar, porque a eso vine, a tirarle. A vengar a una pobre mujer que fué mi cariño. ¿Lo iba a anunciar? Pero, ya que lo he hecho, no lo niego. ¿Lo he matao? Bien está.



Don Víctor eludió su encuentro más de un mes. Suponía que, pese a todo, en el corazón de ella habría un dolor; en su espíritu, la impresión imborrable. Y respetó los dos, pese a don Pedro, que se obstinaba en que fuese a su casa todos los días. El notario denunciaba con elocuencia extraordinaria su comprensión de las cosas. Su pensamiento se traslucía así: — Tú la querías. Se casó con otro. Ha enviudado. Tú la sigues queriendo. Vamos, ¿no es natural que ahora seas aceptado? Yo, por lo menos, te acojo con los brazos abiertos. Y Víctor sonreía piadosamente.





Amanece. Deambulan en la huerta unas sombras. Se oyen una copla, una broma, unas risas. La hortaliza verde tiene tonos obscuros. El agua burbujea dormidamente. Aun se ve una estrella en el cielo. Una estrella que trasnochó y se retira tarde, vacilante como un noctámbulo.

Carraspeo. Toses. Los hombres hablan en voz alta, para que Víctor les oiga y recoja la alusión.

La garganta está llena de telarañas.

Una copa de aguardiente sentará bien.

Id y tomadla.



Los hombres se alejan. Fresneda se acerca al lindero y otea la huerta vecina, sola y en silencio. A poco, la silueta de Ana María se determina lejanamente. No mucho después se acerca, y se revela con sus caracteres de luz entre las negruras del vestido. Callan, mirándose fijamente, hasta que la emoción les hace dejar de mirarse.









Los hombres que tornan se quedan mirándolos con regocijo. — ¿Ves? — dice ella, pugnando por desasir sus manos de las de Fresneda, que las aprisionan—. Nos sorprendieron. Déjame que me vaya. El le responde: — A ti, a ti sola. Porque a mí ya me habían sorprendido. Todos sabían mi adoración. Los hombres y las cosas. Pero anda, vete. Tienes razón. No es bueno que ante ellos... En cuanto sea hora regular hablaré con tu padre. Espérame.

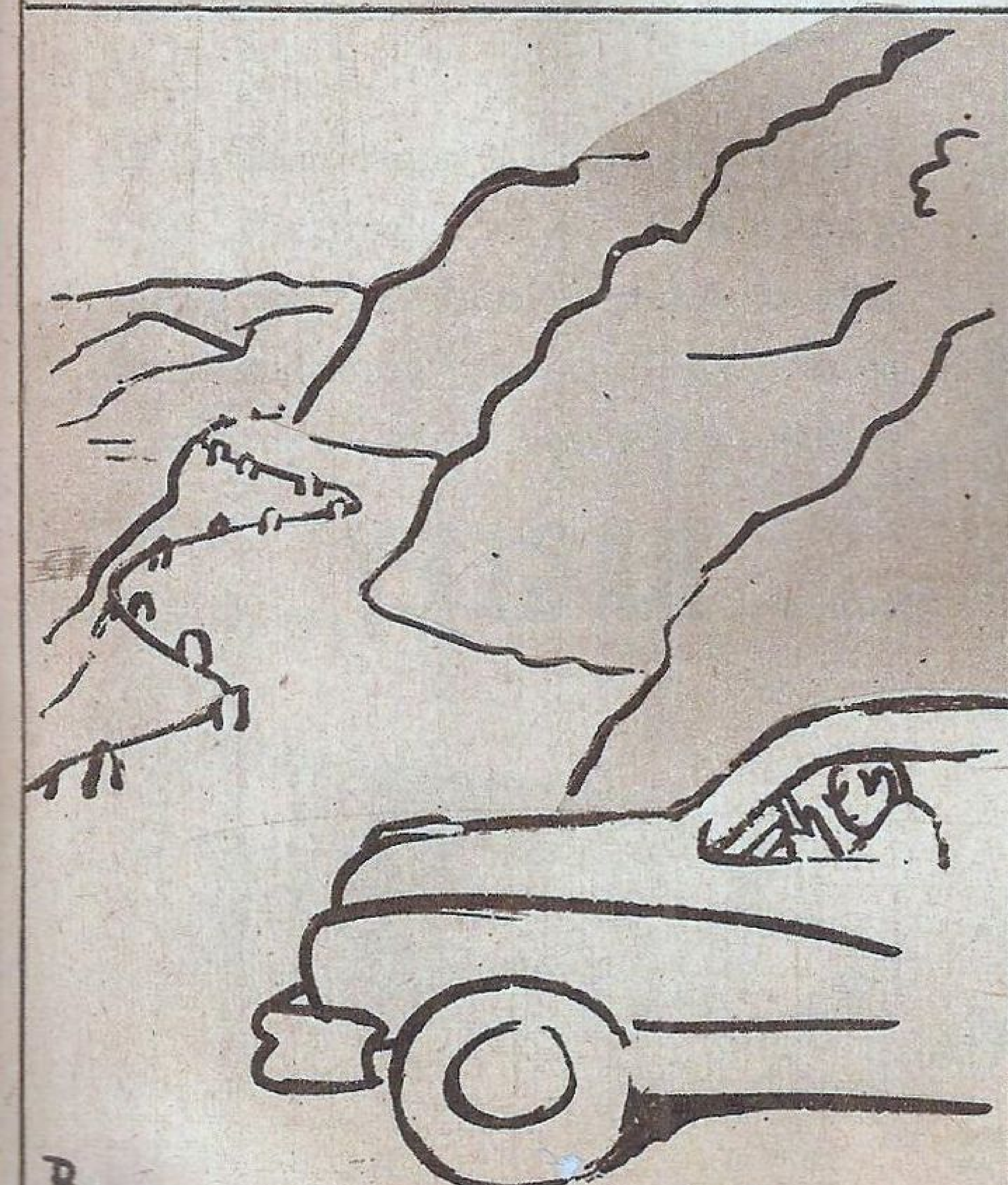




Ana María se va, volviendo la cabeza y la mirada. Víctor, en éxtasis, la contempla marchar. Celedonio, con voz potente, que resulta horrísona, grita: — ¡Vivan los novios! Perejil y los hortelanos ríen gozosamente, contestándole. Víctor también, sin contestar.

FIN

Puntos de Vista, por RAMÓN Columba



LAS CURVAS EN EL CAMINO...



...Y EN LA PLAZA

El Aderezo de Brillantes

Por GUY de MAUPASSANT

DIBUJOS DE DAVID COOPER

(ADAPTACION)

Matilde era una de esas bonitas y encantadoras muchachas, nacidas como por un error del destino en una familia de empleados. No tenía dote ni medio alguno de ser conocida, amada y desposada por un hombre rico y distinguido; y se dejó casar con...

1

...Loisel, empleado de modesta categoría del Ministerio de Instrucción Pública. En el matrimonio sufría sin cesar, sintiéndose nacida para todos los refinamientos, para todos los lujos. Sufría por...

2

...la pobreza de la vivienda, por la miseria de las paredes, por el desgaste de los sillones. Todas estas cosas, que muchas mujeres de su casta no habrían advertido, la torturaban e indignaban.

3

Se sentaba a comer a la mesa con un mantel de varios días, frente al marido, que destapaba la sopera encantado.

¡Ah, qué rico puchero! No conozco nada mejor que esto.

Matilde pensaba en las comidas finas, en la platería reluciente, en las tapicerías que pueblan las paredes con personajes antiguos y pájaros extraños.

4

Una noche su marido entró, triunfante, con un gran sobre en la mano.

Toma. He aquí algo para ti.

5

Ella rompió vivamente el papel y sacó una tarjeta en la que había estas palabras impresas: «El Ministro de Instrucción Pública y su esposa ruegan al señor y a la señora Loisel que les hagan el honor de pasar la velada en la residencia ministerial, el lunes 18 de enero.»

6

En lugar de mostrarse complacida y regocijada, como esperaba el marido, Matilde arrojó con despecho la invitación.

¿Qué quieres que haga con esto?

Pero, querida, pensé que estarías contenta. Nunca sales, y ésta es una ocasión, una espléndida ocasión. Me costó infinito trabajo conseguirla.

7

¿Qué quieres que me ponga para ir allá?

Pero tienes un vestido que... a mí... me parece muy bien...

Loisel calló, estupefacto, desolado, viendo que dos lagrimones bajaban de los ojos de su mujer.

8

¿Qué te ocurre? ¿Por qué lloras?

Nada... Pero no tengo vestido presentable y, por consiguiente, no puedo ir a esa fiesta.



Loisel no se desanimó. ¿Cuánto costaría un vestido adecuado, que también sirviera para otras oportunidades?

No sé exactamente, pero me parece que con cuatrocientos francos podría llegar a arreglarme.

Sea. Te doy los cuatrocientos francos, pero trata de tener un lindo vestido.



Cuando el vestido estuvo listo, una nueva inquietud desasosegó a Matilde: no poseía una alhaja, ni siquiera una piedra. Loisel creía que podría suplirlas con flores naturales: diez francos bastarían para adquirir dos o tres rosas magníficas. Pero Matilde rechazaba la idea, afligida de antemano por la humillación de parecer pobre en medio de mujeres ricas. De pronto él exclamó: —¡Qué tonta eres! Vete a casa de la señora de Forestier y pídele que te preste una alhaja. Eres bastante amiga de ella como para hacerlo.

Matilde lanzó un grito de alegría. Poco después, la señora de Forestier le presentaba un cofre abierto.

Elige, querida.



Había pulseras, un collar de perlas, una cruz veneciana de oro y piedras preciosas. En un estuche de raso negro, Matilde descubrió...

...un espléndido collar de brillantes. Su corazón latió con violencia. Se lo puso y permaneció extasiada ante sí misma.

¿Puedes prestarme éste?



Matilde se abalanzó sobre su amiga y la besó con vehemencia. Luego huyó con el tesoro.

La señora de Loisel tuvo gran éxito en la fiesta. Era la más linda; y, elegante, graciosa y sonriente, estaba loca de alegría. Los caballeros la miraban, preguntaban su nombre, buscaban serle presentados. El Ministro reparó en ella.



Matilde bailaba enajenada, envuelta en una especie de nube de felicidad, hecha de homenajes y admiraciones.



Se retiraron alrededor de las cuatro de la mañana. Loisel echó sobre la espalda de su mujer el abrigo que había traído para la salida, modesta prenda que contrastaba con el vestido de baile. Ella quiso huir, para no ser notada por las otras mujeres, que se envolvían en ricas pieles.

¡Aguarda! Te vas a enfriar afuera. Voy a llamar un coche.



Pero ella, sin escucharle, bajaba rápidamente la escalera. En la calle...

...no encontraron coche en seguida. Después de andar unas cuadras, tiritando, consiguieron un cupé que los llevó hasta la casa. Subieron tristemente a su piso. Pensando que todo había terminado, Matilde se sacó el abrigo frente al espejo: quería verse una vez más en su gloria. Pero casi instantáneamente dió un grito de horror.



¿Qué tienes?

Es que..., es que... ¡He perdido el collar de la señora de Forestier!

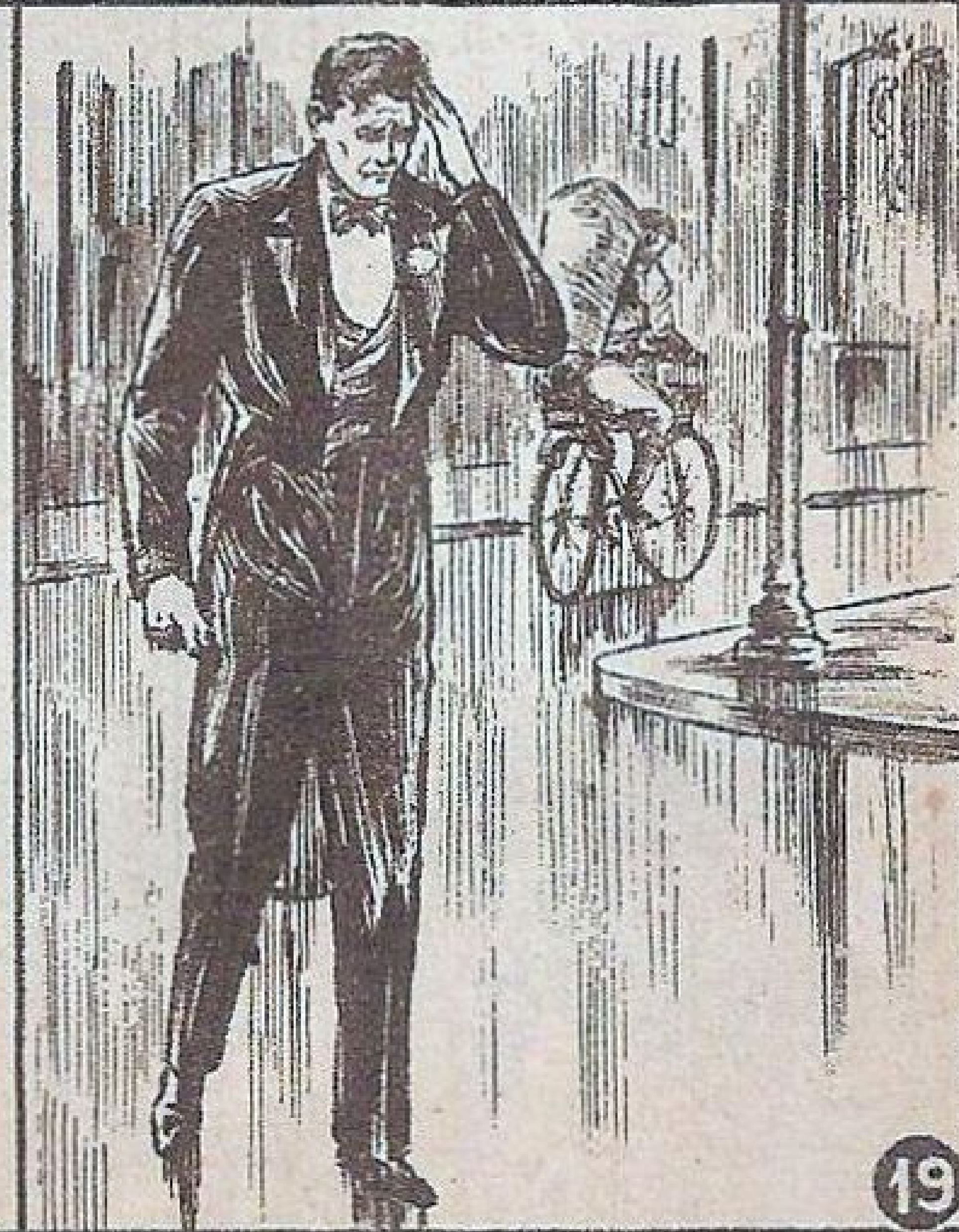


¿Qué?... ¿Cómo?... ¡No es posible! ¿Estás segura de que lo tenías al salir del baile?

Sí. Lo toqué en el vestíbulo. Quizá en el coche...



Sí, podía haber caído en el coche, pero no tenían el número. Buscaron en las ropas y en la casa; todo en vano. Por unos minutos se miraron, aterrados; al fin, Loisel resolvió rehacer a pie el camino que habían recorrido. Salió, dejando a su mujer con el vestido de fiesta, sin fuerzas para acostarse, tirada en una silla, sin luz, sin pensamientos.



El collar estaba perdido. Matilde, bajo el dictado de su cónyuge, escribió a la señora de Forestier diciéndole que se había roto el cierre del aderezo y que lo había mandado arreglar. Así se tomaron unos días para lograr la substitución de la alhaja. Enfermos de pena y angustia, recorrían las joyerías de París, en busca de un aderezo semejante. Hallaron al cabo uno que, después de largos regateos, dejaban en 36.000 francos. Loisel tenía 18.000, heredados del padre. Pidió prestado el resto: 5.000, acá; 1.000, allá; 500, acullá...





Firmó pagarés, se entendió con usureros, comprometió todo el resto de su existencia. La señora de Forestier recibió de vuelta el collar; ni siquiera abrió el estuche cuando lo tomó de manos de Matilde. 21

Para pagar las deudas contraídas, despidieron a la sirvienta y cambiaron de alojamiento. Matilde asumió todos los quehaceres de la casa. El marido, por la tarde, llevaba las cuentas de un comerciante; por la noche, hacía copias a veinticinco centavos por página.





Esta vida duró diez años. En ese término se habían cancelado todas las obligaciones, y Matilde se había convertido en la mujer fuerte y ruda de los hogares pobres. A veces, cuando el marido estaba en la oficina, se sentaba junto a la ventana y pensaba en esa velada de antaño, en la cual había estado tan hermosa y festejada. ¿Qué habría sucedido si ella no hubiera perdido el aderezo? 23



Un domingo, dando una vuelta por los Campos Elíseos, se encontró con la señora de Forestier, que no la reconoció. Se dió a conocer. La otra no pudo disimular su sorpresa, que fué aumentando, hasta la estupefacción, cuando Matilde le refirió lo ocurrido en los largos años en que no se habían visto. 24



Y Matilde sonreía con alegría orgullosa e ingenua. La señora de Forestier, muy conmovida, exclamó: 25



FIN

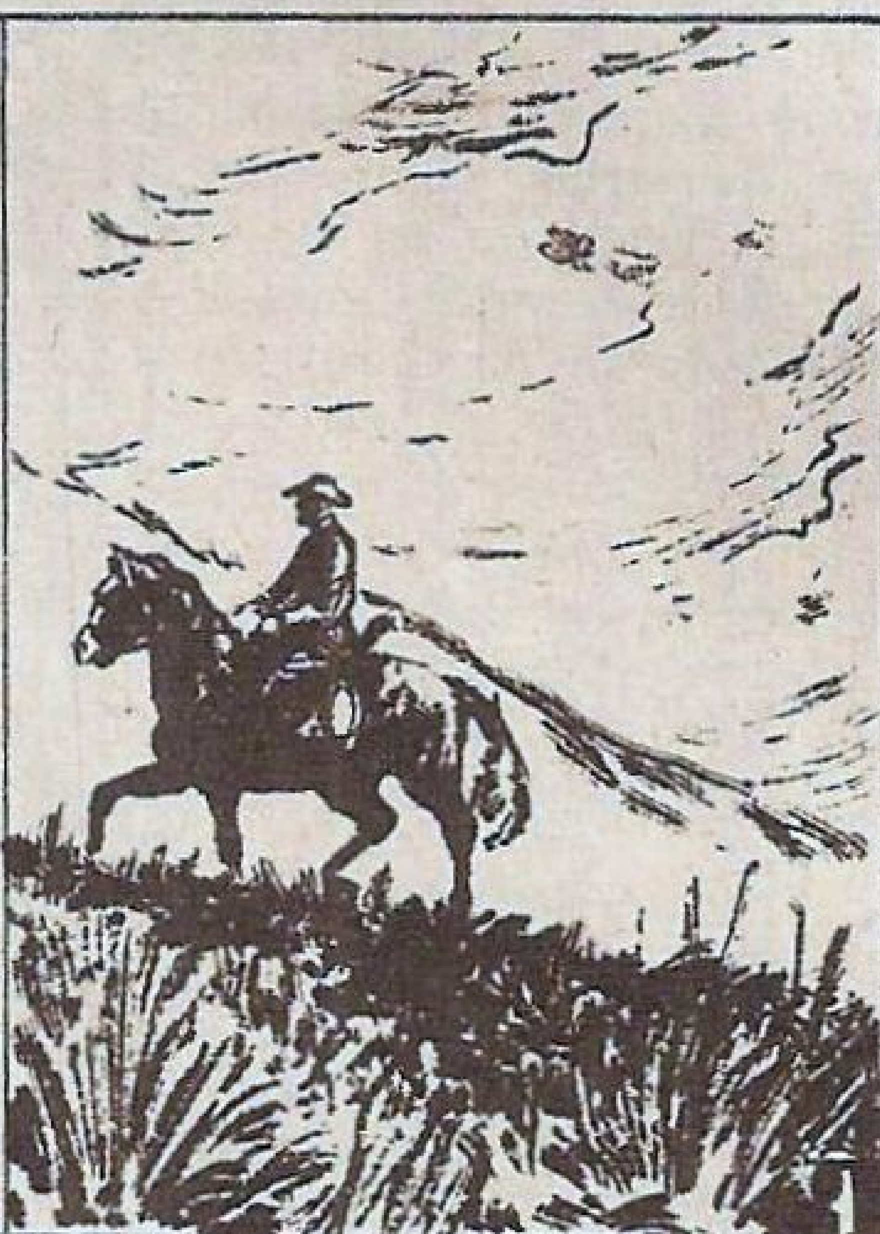
UN CASO EXTRAÑO

Por GUY BOOTHBY

ADAPTACIÓN ★ DIBUJOS DE ARTURO CASTILLO

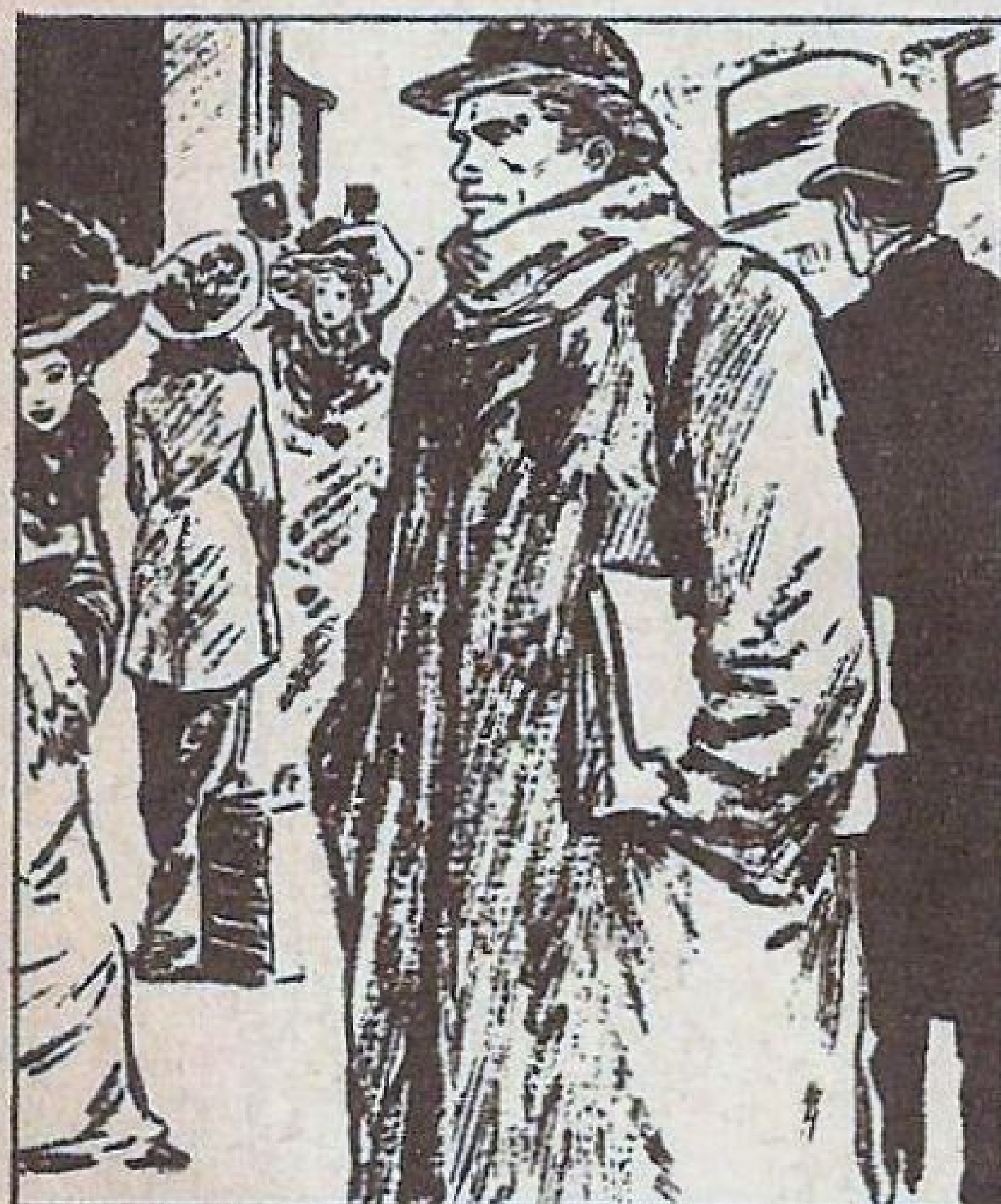
Guy Newell Boothby nació en Adelaide, capital de la Australia del Sur, el año 1867, y murió en 1905. Educado en Inglaterra, realizó en 1891 un memorable viaje a través del continente de su nacimiento. Sus novelas, que no bajan de medio centenar, pertenecen principalmente al género de aventuras y le han dado vasto y merecido renombre.

Después de duro aprendizaje en un barco de vela, donde había entrado por mi gusto, logré desertar y tenté los más diversos oficios —albañil, esquilador de perros, vendedor ambulante, minero— antes de descubrir mi propia vocación. La hallé al ingresar en uno de los cuerpos más hermosos que existen: la policía montada de Queensland, Australia.





Al lograr distinguirme en algunos casos difíciles, se me dió la oportunidad de alistarme en el estado mayor de los agentes de policía, en Melbourne. En este servicio sorprendí el secreto de existencias muy curiosas y metí la nariz en gran número de asuntos extraordinarios. Cuando me creí con experiencia suficiente, dejé de ser empleado y me establecí por mi cuenta.



Pronto tuve más trabajo del que podía realizar. Pero mi ambición no se satisfacía con el reducido escenario de la capital de una colonia inglesa. Quería vivir y triunfar en Londres. Y en una fría tarde de enero desembarqué en el puerto de Liverpool.

Pocos días después alquilé mi despacho en un buen barrio, lo amueblé, hice insertar algunos anuncios en ciertos diarios y esperé la llegada de clientes. A pesar de mis muchas andanzas, sólo contaba treinta años de edad y, aunque no ignoraba las dificultades del medio, me alentaba una gran fe en mí mismo.

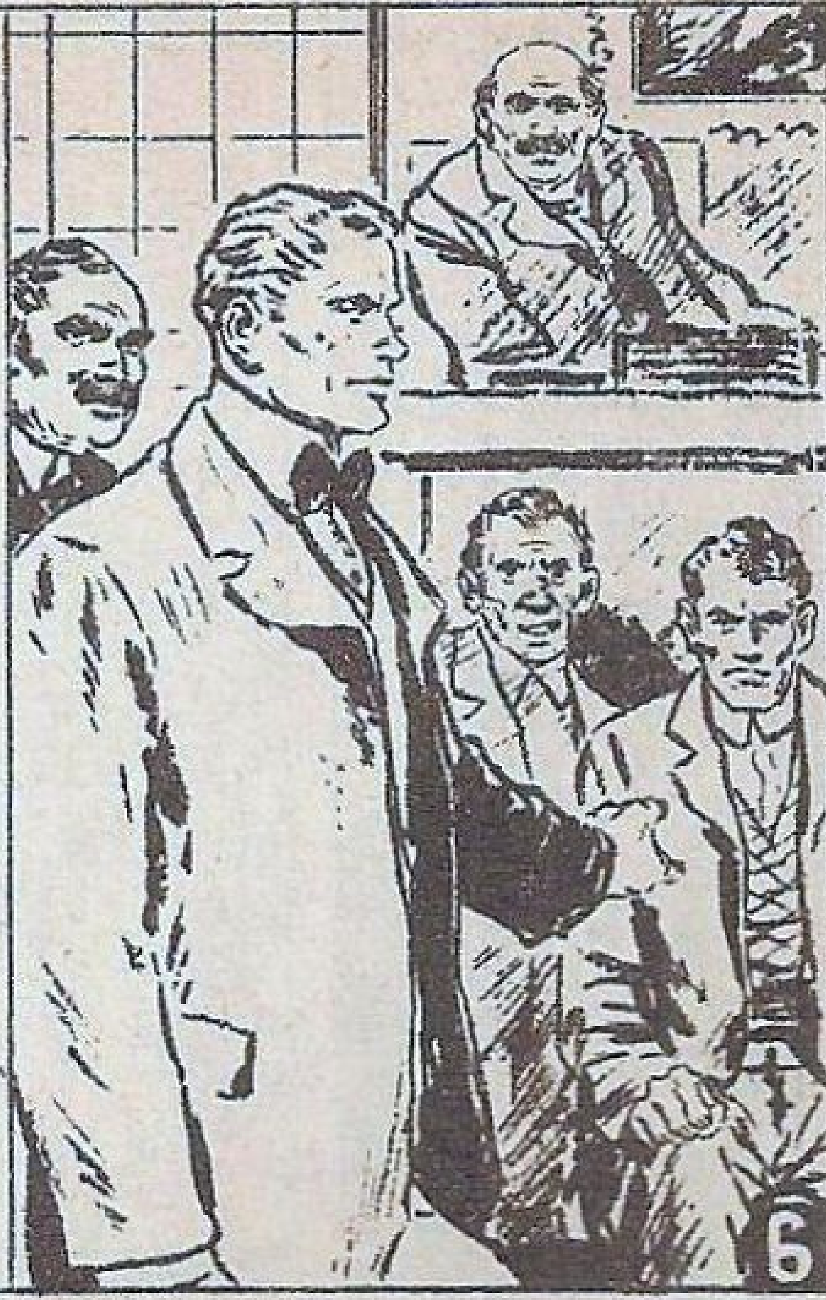


La narración de mis tres primeros años en Londres sería larga y carecería de interés. Básteme decir que mi primer asunto serio fué el robo de diamantes de la calle Richard, y que el éxito que obtuve me valió la confianza de una importante firma comercial de Hatton Garden. Quizá me diese aún mayor notoriedad el esclarecimiento de las estafas cometidas por la falsa Condesa Demikoff. Desde entonces me hallé en situación de poder rehusar o aceptar los casos que se me planteaban, y conquisté, aunque a trueque de grandes molestias y graves peligros, las mayores satisfacciones que puede dar mi profesión.

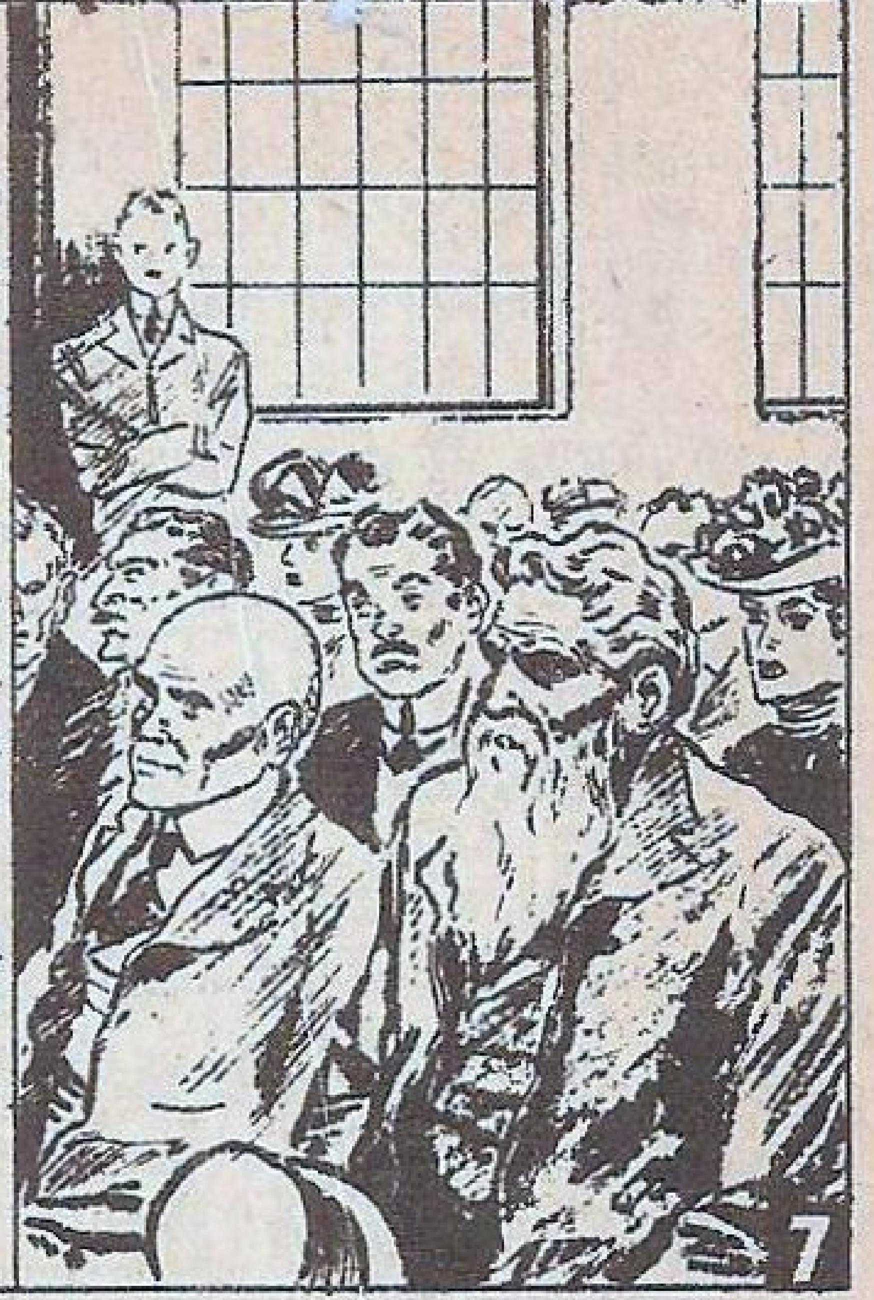


Muy halagadora fué sin duda para mí la intervención que me cupo con motivo del gran fraude del «United Empire Bank»; pero su verdadera trascendencia estuvo en que una incidencia, ajena a aquel hecho, me hizo conocer el caso más extraño de mi larga carrera. Yo había conseguido hacer comparecer ante el tribunal a los dos culpables. Todos los días, oleadas de curiosos invadían la sala de audiencias.

Llegó el momento en que tuve que hablar para decir cómo había perseguido y capturado a los acusados, y se produjo en el auditorio una impresión profunda. Conté las dificultades para seguir una pista que salía de Inglaterra, y estaba refiriendo todo lo que se había intentado para obstruir la extradición de los delincuentes, cuando...



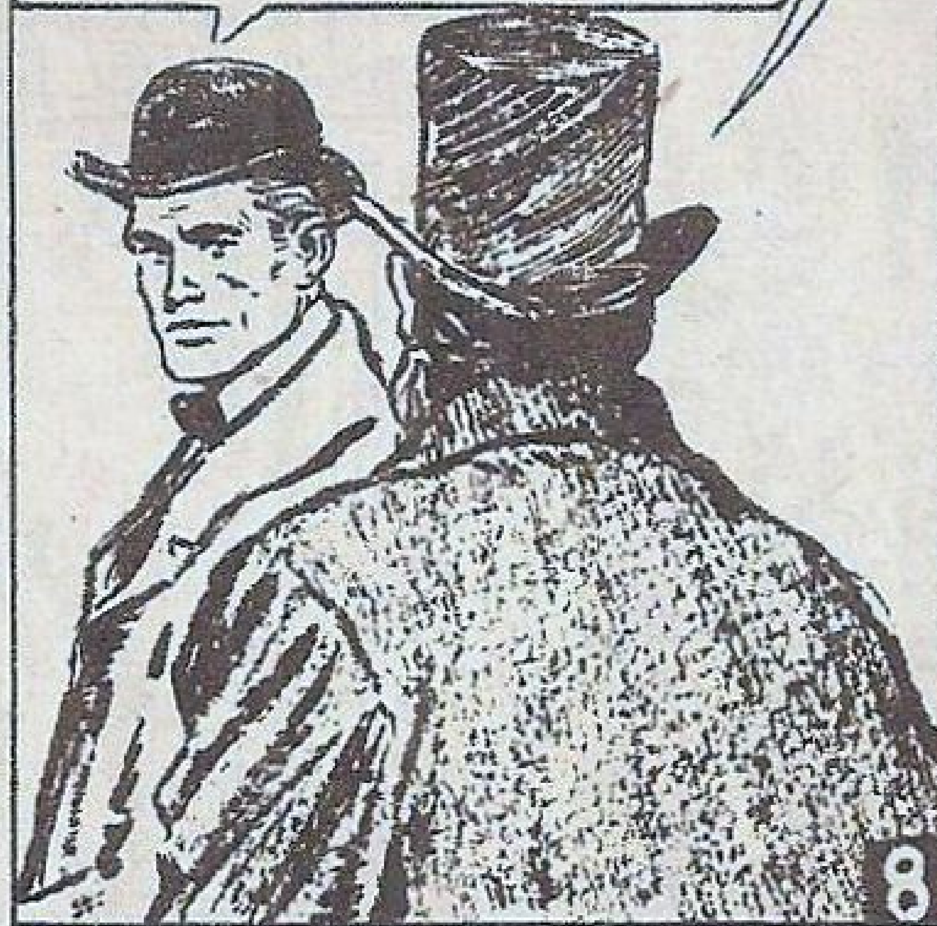
...oí una exclamación que me hizo volver los ojos hacia el público. Casi a mi lado, en el extremo de un banco, se hallaban sentados un hombre que parecía muy alto junto a otro muy pequeño. El primero ostentaba una cabellera plateada y venerable barba. Tenía buen aspecto, y me bastó una ojeada para advertir que era ciego. Su compañero tenía expresión dulce, casi infantil, y ojos chispeantes; pero las líneas de su boca eran duras.



La exclamación debía de haber procedido de uno de aquellos dos individuos. Seguían el proceso con gran atención. Al día siguiente los vi sentados en el mismo sitio y los examiné con gran cuidado. Pero solamente cuando terminó la causa, y los acusados fueron condenados a una larga prisión, trabé relación con aquellos dos espectadores. Salía yo del tribunal, oí pronunciar mi nombre y me volví. No sin sorpresa vi que era el ciego quien me había llamado; su compañero, que hacía de lazarillo, permanecía a su lado, expectante. La voz que llegaba hasta mí tenía una inflexión patética.

¿Tengo el honor de hablar al señor Fairfax?

Soy Fairfax. ¿Qué se les ofrece?



Si pudiésemos obtener de usted que nos dedicase una hora de su precioso tiempo, le estaríamos más agradecidos de lo que puede suponer. Tenemos un negocio muy importante, que usted dirigirá probablemente con provecho... En todo caso, le aseguro que nuestro relato merece ser escuchado.



¿Por qué no han venido a hablarme hasta hoy? ¿Por qué han esperado que terminase la causa del «United Empire Bank»?

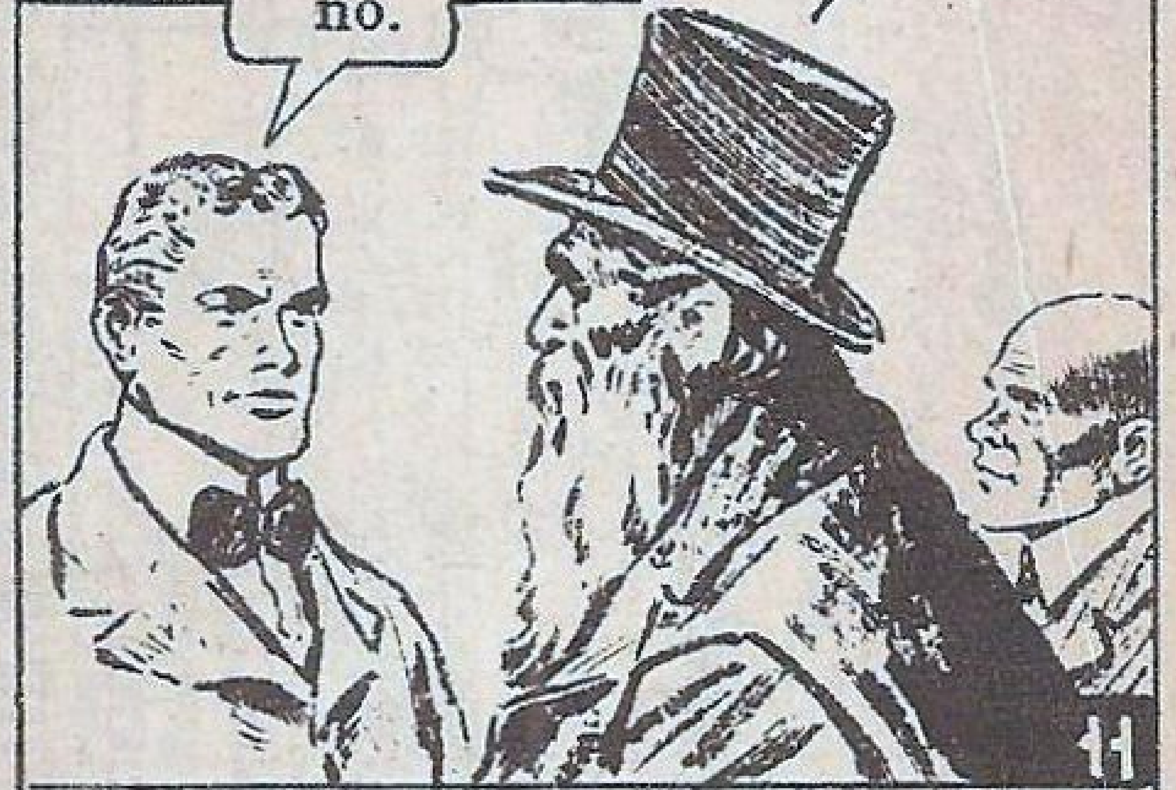
Queríamos adquirir la certeza de que usted es un hombre hábil. El negocio que debemos exponerle...



...«es tan grave y tan capital para nosotros, que no queríamos comprometernos a la ligera y deseábamos saber, antes de ir a su casa, cómo se comportaría usted en el caso que se estaba juzgando. Estamos ahora convencidos de que no pondremos nuestros intereses en malas manos, y el primer objeto es convencerlo de la bondad de nuestra causa y decidirlo a defenderla. Conocemos la dirección de su oficina... En verdad, nos hemos paseado por delante de ella, sin atrevernos a entrar, porque antes de la sentencia nuestra opinión sobre su capacidad estaba hecha. ¡Si pudiera recibirnos esta noche!»

Esta noche, imposible. Estoy horriblemente cansado y necesito reposo. Pero pueden ir a verme mañana temprano.

Estamos dispuestos a remunerar dignamente sus servicios.



Esta escena ocurría en la esquina de Ludgate Hill y Old Bailey. El paraje era muy frecuentado. Los transeúntes miraban con curiosidad, y, como el ciego se expresaba con gran animación, se había formado un círculo de desocupados. Cerramos la conversación quedando en continuarla al otro día, a las diez; me saludaron finamente y se alejaron en dirección opuesta a la que yo tomé.



Al día siguiente, acababa de leer mi correspondencia y estaba dictando algunas respuestas a mi primer empleado, cuando entró el ordenanza y me entregó dos tarjetas. Decían, respectivamente: «Séptimo Coddy» y «Jorge Kitwater».



Un minuto después, el ciego entraba guiado por su pequeño acompañante, que de lejos parecía un niño y de cerca un anciano.

Buenos días, señores. Los felicito por su puntualidad.

Temíamos llegar tarde... El objeto de nuestra visita es muy importante.



Mientras hablaba, saqué un cuaderno para anotar lo que iba a oír.

Ante todo, convengamos en que considerará absolutamente confidencial lo que vamos a decirle.

Lo prometo. Si yo divulgara lo que me dicen mis clientes, tendría que cerrar la oficina. Guardaré...



...religiosamente para mí los informes que me den.

Gracias. Mi relato es quizá el más extraño que oyeron oídos humanos. Mi amigo y yo estamos en Inglaterra desde hace poco tiempo. Por años...



...recorrimos la China como misioneros, sembrando la palabra divina en las regiones más apartadas del Celeste Imperio. No sé si usted conoce aquel país, pero debe de darse cuenta...

Dispensen... Vuelvo a decirles que mi tiempo es escaso y les ruego...



Le pido mil perdones. Este tema me hace ser prolijo sin querer. Prometo ser conciso en adelante. Como le decía, vivimos en China muchos años. Entre los personajes que tuvimos la fortuna de convertir, se halló un mandarín riquísimo, que al morir legó a nuestra misión su fortuna, consistente en oro, plata y piedras preciosas, para que pudiéramos seguir evangelizando.



¿Por qué abandonaron esa obra?

Es una historia triste. El solo hecho de contarla me apena más de lo que nadie puede sospechar. Cuando murió el mandarín, un...



...« viajero inglés llamado Gedeón Hayle vino a vivir a nuestra casa. Teníamos el tesoro heredado en la misión, en lugar seguro. Una mañana, a pesar de nuestra natural falta de suspicacia, nos despertamos con la certeza de que el tesoro había desaparecido y de que nosotros y nuestra misión estábamos seriamente comprometidos. En efecto, nuestro huésped se había marchado con el valioso legado del mandarín, y la familia de éste nos acusaba de haber desviado al magnate chino de la religión de sus mayores y de haberle robado su patrimonio... En la China los extranjeros no son populares. Nuestra situación, en lo más profundo del imperio, era peligrosa. Tuvimos que sufrir en silencio.»

El ciego hizo una pausa y dió un gran suspiro.

¿Qué castigo les impusieron?

Usted ve que soy ciego; mi compañero, Séptimo Coddy, es mudo... Esos fueron los castigos que nos infligieron.



Miré a aquellos dos hombres con estupefacción. Aunque no creía todo lo que acababa de oír, el caso me interesaba vivamente.

¿Y qué quieren que yo haga? No puedo devolverles la vista ni el habla...

No; pero puede ayudarnos a encontrar al traidor causante de nuestra desgracia. Es preciso que ese hombre no disfrute de lo que nos ha robado, y que tenía un destino tan alto.



¿Tienen algún indicio acerca de dónde puede estar?

Ninguno; pero confiamos en su talento para localizarlo, aunque se halle en el otro extremo del mundo. Y sólo le pedimos que nos lo ponga frente a frente; nosotros nos encargaremos de lo demás...




¿Saben, por lo menos, hacia dónde se dirigió ese hombre después de robarles?
Sí, y algo más. Atravesó la provincia de Yunnán para ir a Birmania. En Rangoon se embarcó para Londres en el Jemadar...
23


¿Cuándo llegó el Jemadar a Londres?
El 23 de junio. Eso también nos fué fácil puntualizar.
24


Otra cosa: ¿en cuánto avalúan el robo?
El cálculo es difícil...
Kitwater presentó la mano a su compañero. El mudo la tomó y...
25


...con las yemas de los dedos le dió unos golpecitos en la palma, como sobre el teclado de una máquina de escribir.
Mi amigo dice que solamente las noventa y tres piedras, entre ellas rubíes y zafiros de aguas deslumbradoras, pueden tasarse en doscientas mil libras esterlinas.
26


Aquella cifra me hizo pestañear. ¿Decían la verdad, o trataban de interesarme exagerando el valor del tesoro?
Lo que me dicen es apenas verosímil, y dispensen mi incredulidad... ¿Cómo podrían probar lo que aseguran?
Quizá baste, como prueba de nuestra buena fe, nuestros propios achaques, y el anticipo, que estamos dispuestos a hacer, de la suma necesaria para los gastos suyos.
27









Kitwater se esforzaba por hablar con tono natural; no obstante, dijo esas últimas palabras con una expresión que me hizo estremecer. Comprendí que, aun estando ciego aquel hombre, no sería envidiable la situación del tal Gedeón Hayle si llegaba a tomarlo por su cuenta... En cuanto salieron mis visitantes, encendí un cigarro y me puse a reflexionar. Un hombre roba a otros en el corazón de la China. Los perjudicados sufren luego espantosas mutilaciones y vienen a Londres a suplicarme que encuentre al culpable... Todo esto era atractivo para la imaginación, pero absurdo como negocio, máxime en circunstancias en que me solicitaba, con brillantes ofrecimientos, una poderosa sociedad comercial. Resolví, pues, contestar negativamente a Kitwater y Coddy.

















Ignoro qué defectos podrían imputarse a los señores Kitwater y Coddy, pero sin duda no padecían de falta de puntualidad: exactamente a la hora señalada entraban de nuevo en mi despacho. —Acepto la comisión que desean confiarme, pero en estas condiciones: me entregarán quinientas libras esterlinas para mis gastos y otras quinientas si consigo el objeto propuesto. ¿Les parece aceptable?



El señor Coddy movió enérgicamente la cabeza en señal de asentimiento.

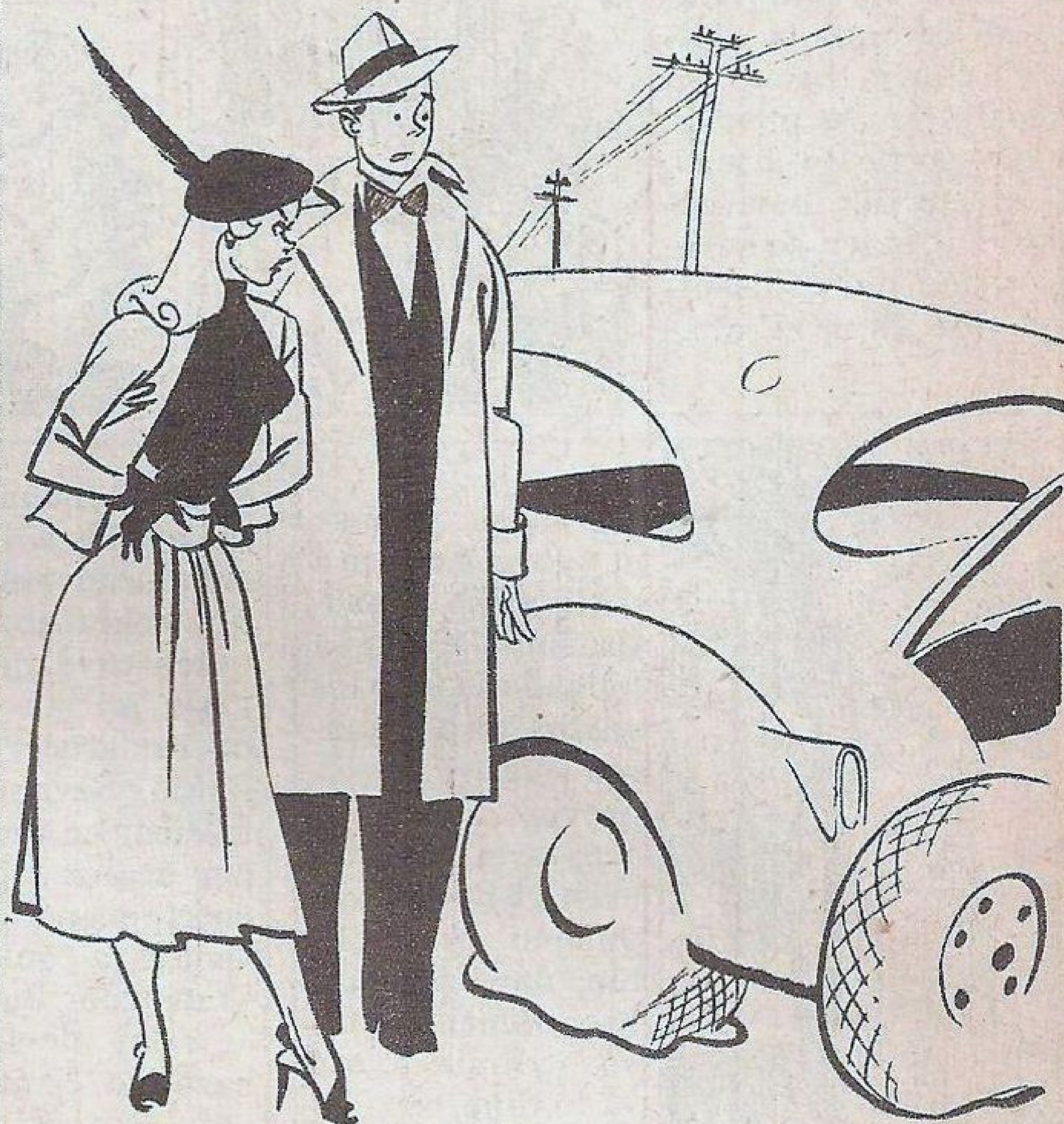


Según Kitwater, Hayle era alto, delgado, de pelo castaño y barba corta muy poblada. Representaba unos treinta y ocho años. Expertísimo en materia de piedras preciosas, nadie mejor que él sabía el valor de lo que había robado. Seguramente habría vendido algunas de las piedras; pero, para no llamar demasiado la atención, no podía haberlas enajenado en gran número. Otro dato de interés era que el prófugo tenía una hermana lisiada, que vivía humildemente en un suburbio de la capital británica y murió cuando Hayle estaba todavía en China.

Una última pregunta desencadenó la ira del ciego.



Ellas...



—Con que se ha pinchado una goma, ¿eh? No te creo... Es una nueva treta para quedarte a solas conmigo...



—¿Cómo adivinaste que el hombre del "garage" estaba engrasando mi coche cuando yo fuí?...

Pensé que me hallaba ante un curioso ejemplar de misionero; se le podría dar una bofetada en una mejilla, pero era dudoso que presentara la otra... En ese momento Coddy se levantó y, dirigiéndose hacia su compañero, le puso la mano sobre el brazo. El efecto fué instantáneo: Kitwater se serenó y me pidió disculpa por su arrebato.



Está perdonado; su exaltación es muy natural. Ahora sólo me resta solicitarle su dirección, por si tengo que escribirles.

Por el momento estamos en casa de mi sobrina, en la aldea de...



...«Bishopstowe, en el Surrey. Mi difunto hermano fué por muchos años vicario de esa parroquia y al morir dejó a su hija una pequeña propiedad. Dicen que el sitio es encantador. Por desgracia, no puedo verlo, y mi amigo Coddy no está en condiciones de describírmelo... Señor Fairfax, le reitero las gracias por su benévola intervención, que no dudo será eficaz. Habíamos traído esto: cien libras para los primeros gastos. En cuanto lo considere conveniente completaremos las quinientas.»



Agradecí y puse el sobre encima de la mesa. Aquella suma cubría holgadamente los gastos preliminares que yo podía prever. Pero al aceptarla me dominaba una repulsión indefinible, nacida de la procedencia que yo atribuía a ese dinero.

A la mañana siguiente, temprano, atendí a Turner —uno de mis colaboradores más inteligentes—, que regresaba de Montecarlo y a quien tuve que encomendarle un viaje a San Petersburgo, a fin de esclarecer las actividades de Pablo Sevanovitch, acusado de traficar en diamantes falsos. Turner acababa de salir, cuando me entregaron la tarjeta de un personaje a quien yo no conocía: «Eduardo Bayley —Administrador de la Sociedad Minera de Santa Cruz (República Argentina).»



Era un hombre alto, simpático, correctamente vestido. Se aseguró de la reserva en que quedarían sus palabras y en seguida fué al grano.

Nuestra explotación está muy lejos, por lo cual procuramos emplear solamente a personas de cuya honestidad estemos seguros. Pero a veces nos engañamos y tememos que eso nos esté ocurriendo con el actual gerente.



Exacto. Mi sociedad remuneraría espléndidamente sus servicios.

Es un ofrecimiento tentador, pero hay una dificultad.



¿Una dificultad? ¡La venceremos!...

Perdone. Se trata de un compromiso que he contraído precisamente ayer para encargarme de otro asunto.



¿Ayer? ¡Qué contrariedad! Podría haber llegado antes de que usted se comprometiera.

Es posible. Hasta las cuatro de la tarde yo no había dado mi respuesta definitiva... Pero quizá pueda servir uno de mis empleados.



No es lo mismo. Tenemos interés en usted, y sólo a usted estoy autorizado a ofrecerle el pago de los gastos, más una gratificación de cinco mil libras esterlinas.

Muy honrado, señor; pero no puedo revocar el compromiso contraído.



Mi interlocutor hizo un gesto de desaliento; nos dijimos unos cumplimientos convencionales, y se marchó.

No tardé en abandonar mi oficina para dirigirme a la agencia de navegación del Jemadar. Los informes que allí me dieron no fueron muy alentadores, pero harto sabía yo que no habían empezado mejor otros asuntos que luego me depararon éxitos ruidosos.



En efecto, sólo sabían que un señor Bertram había viajado desde Oriente y desembarcado en los **docks**, sin que tuvieran otra noticia de él. Por esos días, el Jemadar navegaba entre Singapur y Hong-Kong. Sin demorar más, me encaminé al barrio de Hatton Garden, centro de los principales joyeros londinenses, y me presenté a una de las casas más importantes, Jacob & Bulenthall, donde se me dispensó la buena acogida que yo esperaba, pues en otra oportunidad les había hecho un señalado servicio. —Quisiera saber —dije al señor Jacob— si de dos meses a esta parte se ha lanzado al mercado un lote de rubíes y zafiros de gran valor.

Precisé más mi consulta, y el comerciante, después de revisar sus apuntes...

El 16 del mes pasado vino un caballero que nos dijo que había descubierto un yacimiento riquísimo en Extremo Oriente y nos ofreció cinco rubíes y cinco zafiros...



Helos aquí. Cuando estén tallados, serán dignos de una corona imperial. Pero el vendedor era muy entendido; negoció con habilidad y se llevó una gruesa suma.



¿Sabe si ese hombre ha vendido otras piedras en Londres?



Sí; estas cosas siempre se difunden en nuestros círculos. Vendió quince piedras más pequeñas a Henderson & Soll, y tres, tan grandes como éstas, a una casa de Amsterdam.

En total, veintiocho unidades... ¿Me describe a ese hombre, señor Jacob?



Alto, algo flaco, cutis bronceado, algunas canas, ojos negros, nariz afilada, con bigote, barba afeitada. Se negó a dar su nombre por temor a que sirviera de guía para localizar su yacimiento.



No, porque no estaban talladas, y las piedras en estas condiciones son muy raras en Europa, y sus poseedores las guardan cuidadosamente... ¿Acaso viene a decirnos que son robadas?

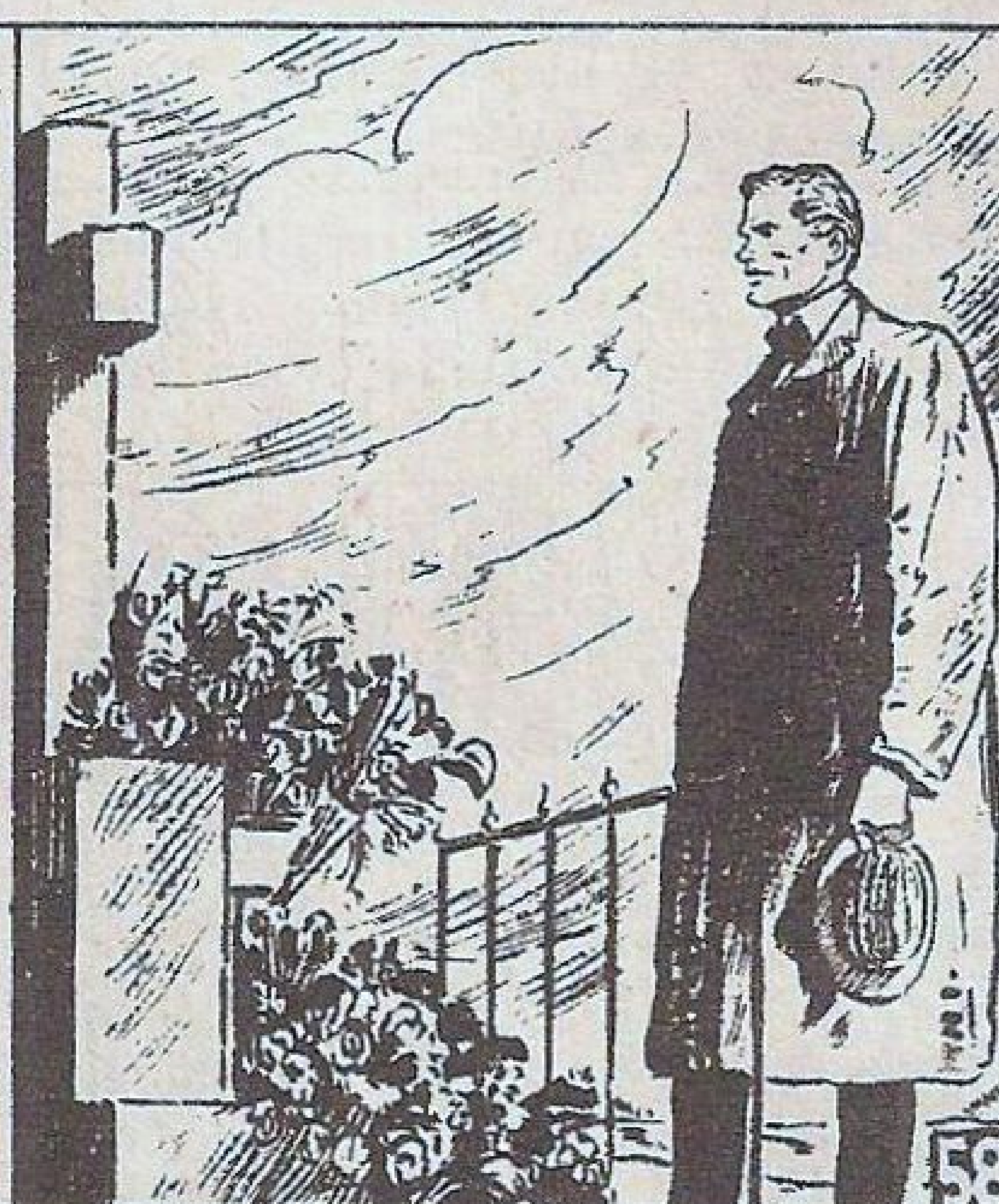
Hay un robo de por medio, mas no de los caracteres corrientes. Se trata, según suposiciones mías, de un socio que ha arrebatado su parte a otros dos.



El señor Jacob respiró hondamente, aliviado, y yo me dirigí al cementerio de Brompton. Iba a realizar una visita originada en mi convicción de que el hombre es suficientemente diverso como para que aun el más malo tenga algún aspecto favorable. He conocido malhechores que por nada del mundo hubieran robado un centavo a un niño, y...



...abrigaba la esperanza de que si allí estaba enterrada la hermana de Gedeón Hayle, su sepultura me diría algo sobre éste. La primera de mis presunciones se vió confirmada, y no sin asombro vi que la losa estaba recién puesta y cubierta de flores. Busqué al sepulturero, quien me informó...



...que el caballero que costeó la piedra funeraria había también anticipado el pago de la atención de las flores para varios años.



De las andanzas de aquel día yo había extraído dos datos de importancia, que me apresuré a comunicar a Kitwater por medio de una esquela: Hayle estaba en Londres, o, por lo menos, había estado hasta la semana pasada, y era de creer —aunque su filiación no coincidiera exactamente con la suministrada por el joyero— que había negociado veintiocho piedras preciosas. Después de cenar, salí de mi hotel, como acostumbraba, para fumar y dar un corto paseo. La noche, espléndida, era una incitación más para cultivar ese hábito. No tardé en advertir que dos hombres me seguían.





Llevaba veinte metros de delantera a mis perseguidores y no me fué difícil ocultarme en el hueco de un portal, desorientarlos y volver sobre mis pasos, hasta encontrar un carruaje en el que regresé a mi domicilio. Naturalmente, yo no carecía de enemigos (¿qué detective no los tiene?), pero me era difícil conjeturar quiénes podían hallarse interesados en espiarme en esos días.

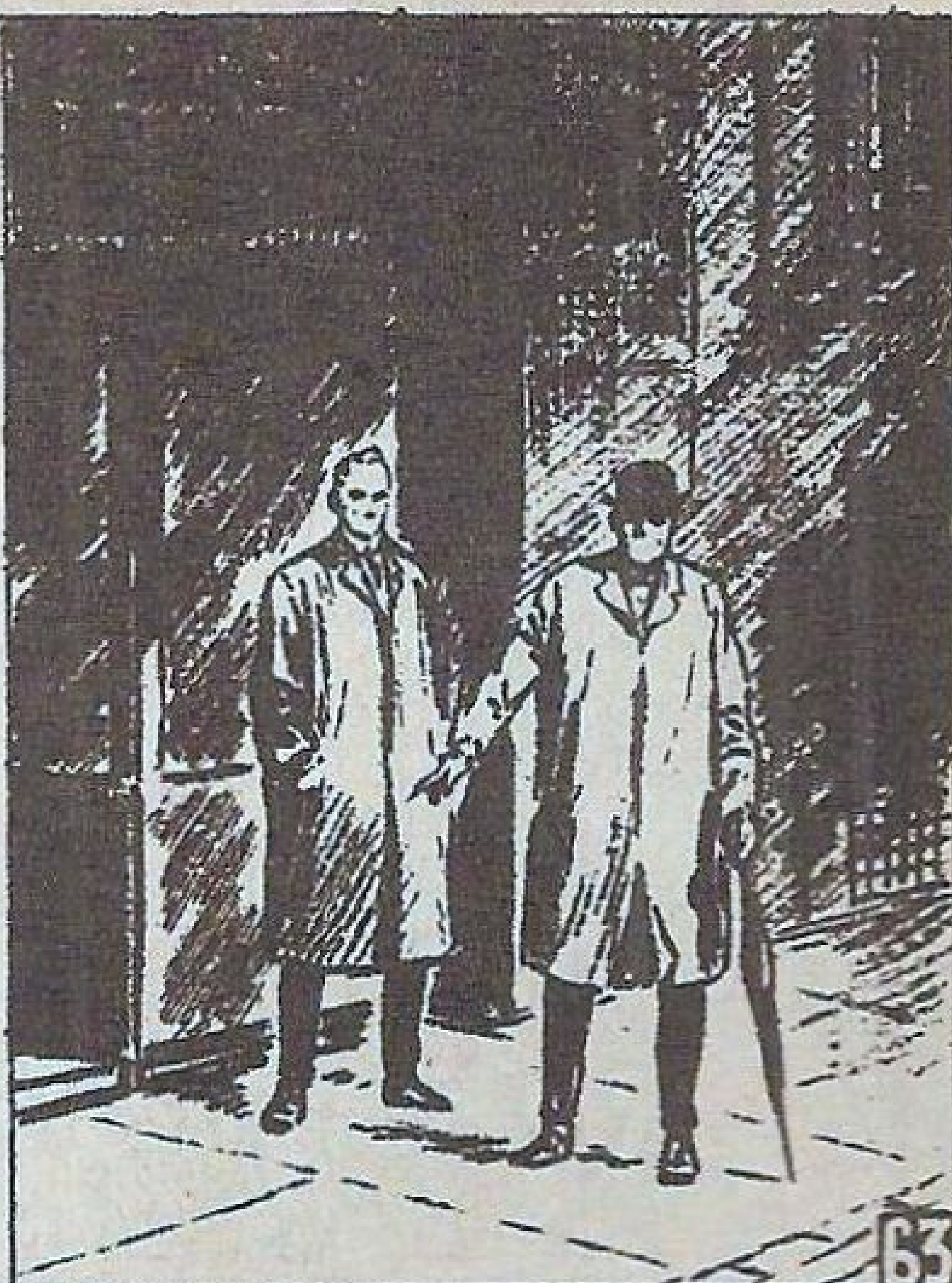
61



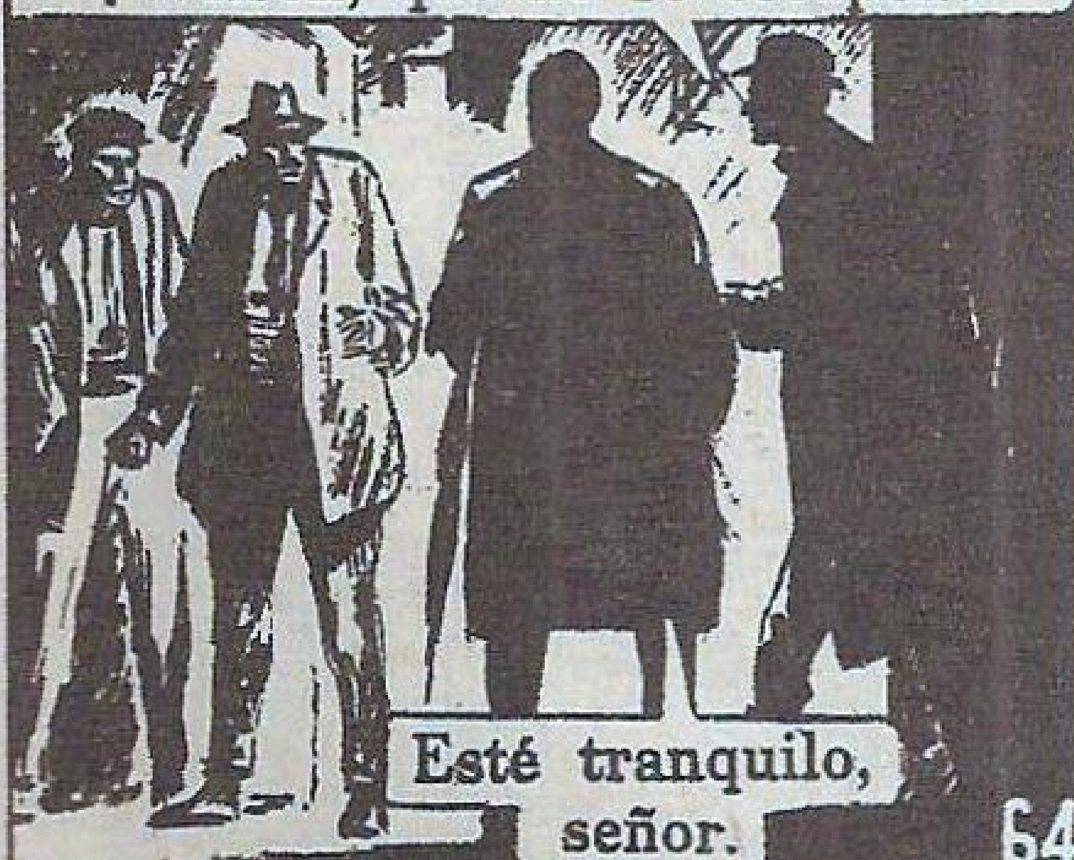
Desechando cavilaciones, reanudé por la mañana mi jornada normal. Los trámites que realicé ante comerciantes holandeses me sirvieron para ratificar lo que me había dicho Jacob, y el cuidado del presunto Hayle en ocultar su identidad me llevó a esta conclusión: él no podía estar convencido de la muerte de Kitwater y Coddy, pues en tal caso no se condenaría a mentiras y disimulos tan molestos como arriesgados.

62

Por la noche no pensé en renunciar a mi costumbre, pero tomé medidas en previsión de que se repitiera lo ocurrido en la víspera. Wilson, uno de mis ayudantes, dotado de fuerza extraordinaria, vigilaría a los que me siguiesen, y en tiempo y lugar oportunos caeríamos sobre ellos. Los hechos empezaron a confirmar mis planes.



Al llegar a una calle sombría y desierta, dejé que mis perseguidores se acercaran.



Los desconocidos parecían dos pobres hombres. Permanecían desconcertados por nuestra reacción, y uno de ellos temblaba visiblemente.



El hombre a quien acababa de dar este buen consejo, echó a correr con toda la velocidad de sus piernas. Sin descuidar mi revólver, me encaré con el otro, a quien ya Wilson había desarmado.

65



La actitud compungida de aquel individuo era realmente cómica. Había servido de instrumento para fines cuyos verdaderos alcances ignoraba. Comprendió... 66

...que su mejor negocio estaba en bienquistarse conmigo y no hesitó mucho para confesarme que él y su compañero habían sido contratados en la taberna de «La Cabra» por un elegante y dadivoso caballero. Se trataba de hacer callar a un burgués que vivía en el hotel Rickford, y a quien él señalaría cuando saliera a sus «paseítos de digestión». El hotel Rickford era el mío, y yo fuí el burgués señalado... Mi informante prosiguió: —Debíamos arreglarle a usted la cuenta, y en prueba llevarle su reloj, a medianoche, detrás de la iglesia de San Martín, donde él nos daría el dinero y nos permitiría quedarnos con su alhaja.





Di otros persuasivos consejos a aquel infeliz que había estado a punto de asesinarme, y cuando lo dejé partir quedé seguro de que no volvería a cruzarse en mi camino ni trataría de aproximarse a la iglesia de San Martín. Yo fuí quien me encaminé allá. Tenía aún media hora antes de la fijada para la cita. Empezaba a llover. Los espectáculos teatrales habían ya terminado y se veían pocos transeúntes.



Pocos minutos tuve que esperar, escondido en la vecindad del templo. Antes de extinguirse en el aire la duodécima campanada del reloj de la torre, un coche se detuvo frente a la entrada de San Martín. El que lo ocupaba descendió, pagó y despachó al auriga. Era un hombre de elevada estatura, envuelto en amplia capa.





Ese debía de ser el instigador que yo esperaba. Extrañado, sin duda, de no encontrar a sus sicarios, miró a todos lados, aunque por fortuna sin verme, y comenzó a pasearse por la acera. De pronto se detuvo, escogió un cigarro de su petaca y lo encendió. Si yo no hubiese tenido larga práctica en el dominio de mis nervios, habría dado un grito de asombro: a la luz del fósforo había reconocido al señor Eduardo Bayley, administrador de la Sociedad Minera de Santa Cruz.

71











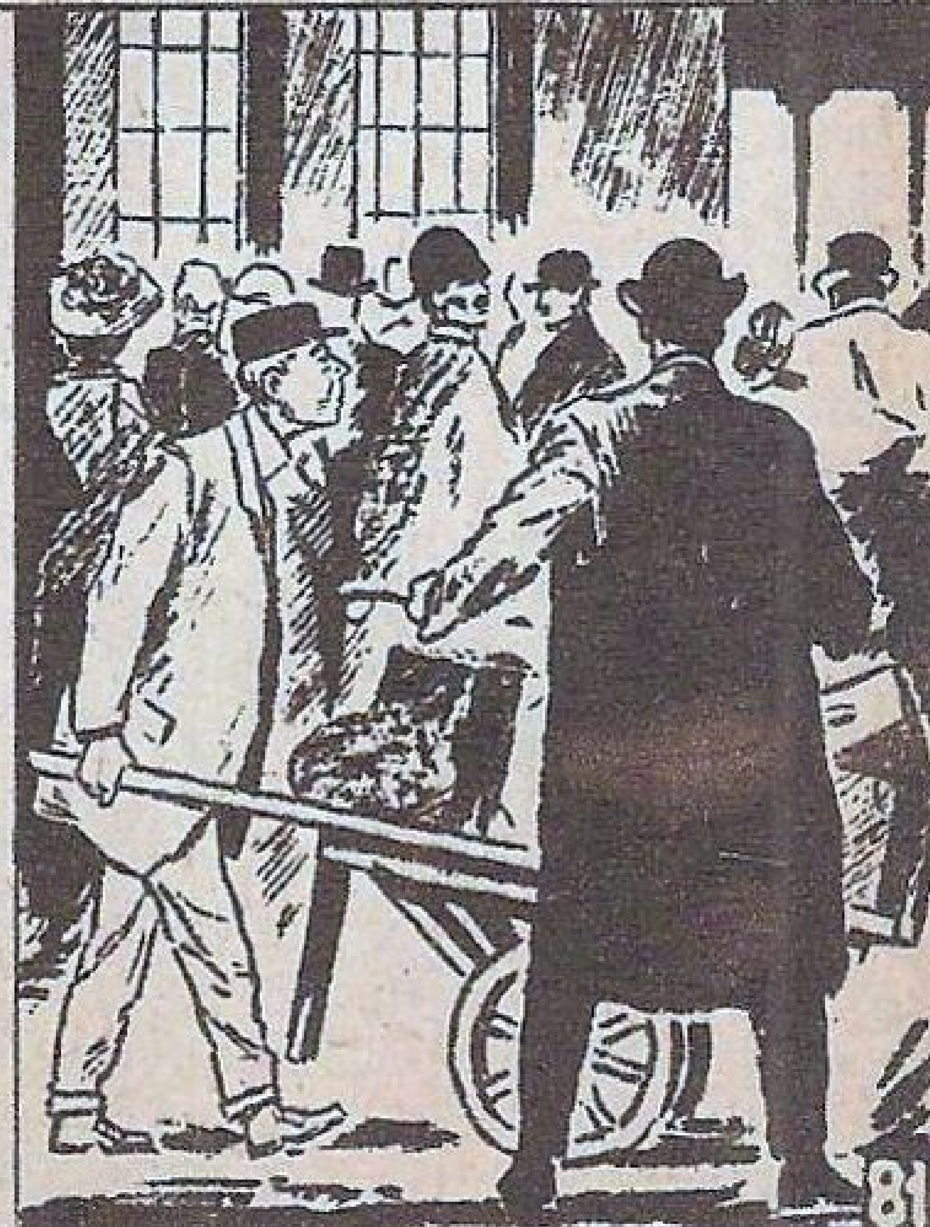




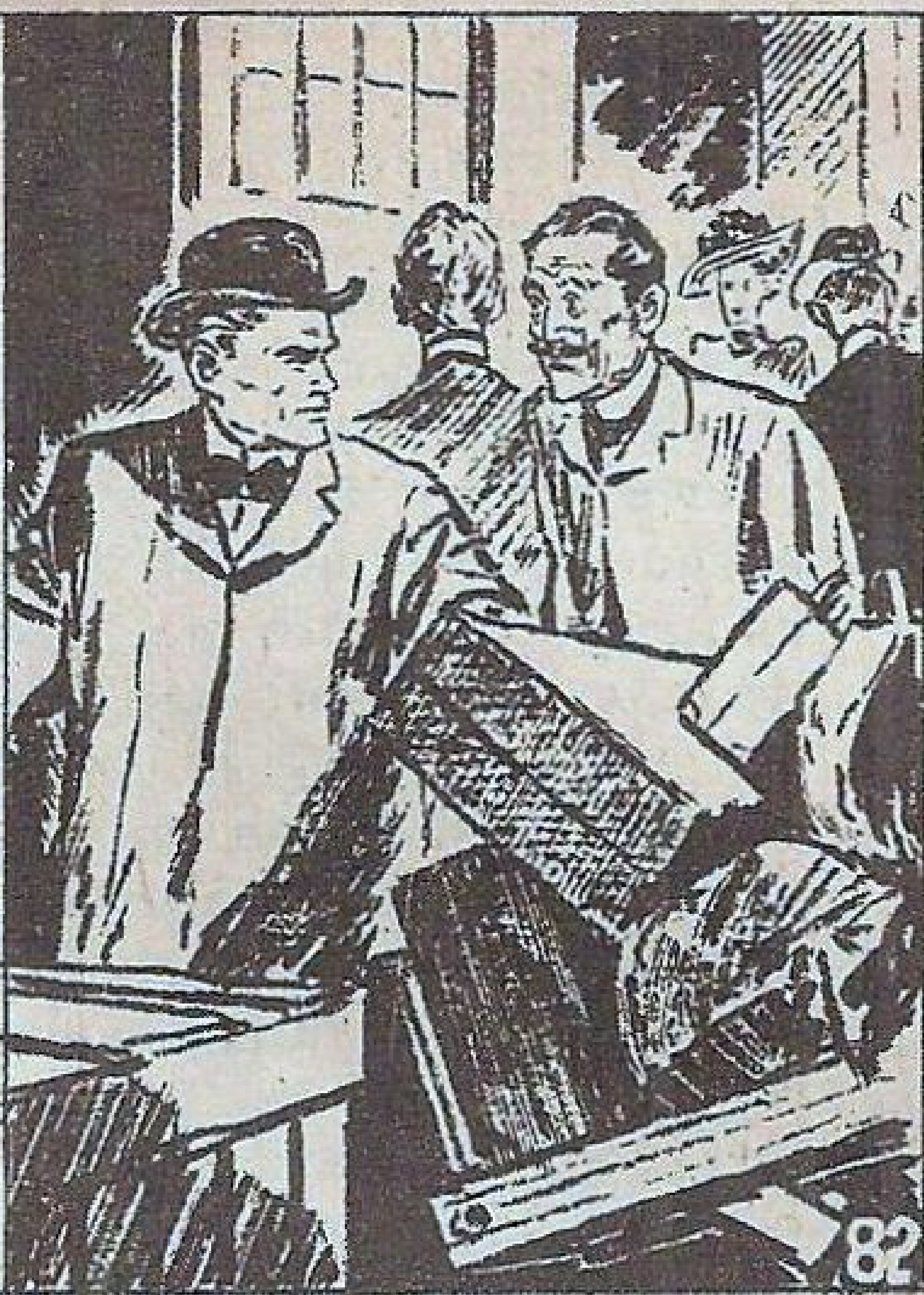


Salí de la Minera de Santa Cruz furioso, sobre todo contra mí mismo. Para castigo de mi vanidad, referí todo lo ocurrido a Kitwater y Coddy, cuando acudieron a mi oficina en procura de novedades. El ciego tuvo una primera reacción de suspicacia; luego, al oírme afirmar que ya la aprehensión de Hayle no era asunto de ellos solamente, sino también mío, siguieron escuchándome como en éxtasis. Por lo demás, en la audacia de los procedimientos reconocían perfectamente al peligroso Hayle. Al despedirse, Kitwater me dijo: —Mi sobrina me ha encargado que invite a usted a ir el domingo a Bishopstowe. Después de...





...me echó a las piernas su carretilla con baúles, y, cuando iba por fin a salir de la estación, un francés me inmovilizó para preguntarme, en inglés incomprensible, dónde estaba la ventanilla del cambio de monedas extranjeras.





A pesar de todo, llegué a tiempo para ver que Hayle montaba en un coche de alquiler. Tomé otro y, estimulando al cochero con el ofrecimiento de una buena propina, empezamos la persecución a través, primero, de las calles conocidas, pero muy luego por callejuelas, pasajes y encrucijadas...

83

Los caballos que conducían el carruaje de Hayle era manifiestamente superiores; alcanzarlo resultaba, pues, poco menos que imposible. Sin embargo, aquél fué acortando velocidad, y, al detenerse frente a una taberna, los dos coches estaban tan próximos que casi chocaron.



Salté al suelo y corrí para impedir que Hayle se apeara.

¿Qué desea, mi amo? ¿Busca a alguien?



El coche estaba vacío.

85

Tengo por principio, y le debo muchos de mis éxitos, no dejar que el orgullo entre en mis negocios. Aplicándolo al caso, y como noté que aquel hombre se disponía a entrar en la taberna, me apresuré a invitarlo, juntamente con el que me había llevado. Los tres, instalados ante una mesa del sórdido establecimiento, nos enfrascamos en una...

. . . charla que las rondas de aguardiente hacían más y más expansiva. No tardé en saber que, frente a un callejón, el cochero de Hayle, convenientemente aleccionado y remunerado, había aminorado la marcha, y su pasajero, saltando sin que el vehículo se detuviera del todo, había echado a correr con su manta y su valija.

Ese hombre es un ladrón peligroso. Ayúdeme a atraparlo, conduciéndome al callejón en que escapó, y usted se ganará una esterlina y habrá hecho un servicio a su país.



Poco después, aquel cochero y yo cumplíamos nuestras respectivas promesas, y me internaba en una callejuela flanqueada de casuchas miserables. A la puerta de un ínfimo despacho de bebidas había un grupo de gente mal entrazada, a quienes me dirigí sin vacilar. —Habrá whisky para todos, si saben informarme acerca de un caballero que debió de pasar por aquí no hace mucho con una manta y un saco de viaje — les dije.



Se ha metido en el coche de Jim. El «momia» fué a buscárselo y recibió en pago un chelín.



Ahí, bebiéndose su chelín. Entró más orgulloso que un pavo real, pero dentro de poco habrá que ponerlo en el arroyo.



El «momia» se encontraba en un punto avanzado de su borrachera, pero todavía con la lucidez nesesaria para tartamudear algunos recuerdos. Había oído que su «burgués» ordenó a Jim, el cochero que paraba habitualmente en la entrada del callejón, que lo llevara a la estacion de Waterloo.



Lo que yo conocía de Hayle no era como para creer que hubiera hecho precisamente lo que había dejado oír al «momia». De todos modos, me parecía obvio que necesitaba salir de Londres en el más breve plazo, de modo que opté por ir a la estación de Waterloo, pero simultáneamente me comuniqué con mis agentes y les ordené, telefónicamente, que vigilaran las otras estaciones, en procura del individuo cuyas señas les trasmití. En Waterloo no hallé ni rastros del fugitivo, y las primeras noticias que recogí en mi oficina eran desalentadoras. Por fin, recibí este telegrama de Dickson, uno de mis auxiliares, fechado en Douvres: «Hombre»...

. . . «en cuestión tomó tren once cuarenta. Atravesó Douvres. Se dirige a París. Conforme con sus instrucciones, lo sigo.» Yo sabía que Dickson no lo perdería de vista, facilitada su tarea por la circunstancia de que Hayle no lo conocía. Era sábado. El domingo yo iría a Bishopstowe, y el lunes a París. Quizá se piense que debí conceder mayor urgencia a esto último, pero no tengo inconveniente en reconocer que, aunque disto de ser un galanteador, me halagaba mucho la perspectiva de ver de nuevo a la señorita Kitwater.



No se puede imaginar un lugar más lindo que la aldea de Bishopstowe, en Surrey: la carretera sombreada por árboles centenarios, el cobertizo del herrero, la rústica hostería...

. . . en cuya puerta se balanceaba una muestra pintoresca, la capilla edificada a pocos metros del camino, todo, en fin, daba al paraje una apariencia de idílica tranquilidad.



No deslucía ese conjunto la casa de Margarita Kitwater, quien me acogió con la franqueza más cordial.

¿Cómo está, señor Fairfax? ¡Le agradezco tanto que haya venido!... ¿Nos trae buenas noticias?



En aquel bello retiro campestre, Kitwater pasaba sus horas de eterna noche paseándose por el jardinillo de la finca y rumiando la desesperación de su problema. Los informes que yo le llevaba, lejos de conformarlo, lo exasperaron, aunque reaccionó por un esfuerzo de voluntad. Pretendió acompañarme a París; pero al cabo admitió que sólo me serviría de estorbo y se resignó a quedarse. Coddy se mostraba más sereno, entregado a interminables lecturas de arqueología, ciencia a que se había aficionado. Era evidente que la presencia de aquellos hombres había complicado tristemente la vida de Margarita, en quien...





No; lo que Margarita había oído a su padre era que su hermano Jorge era una mala cabeza, incapaz de entregarse a una ocupación seria. Entonces yo no tuve inconveniente en decir que no creía en las actividades religiosas de los señores Kitwater y Coddy. Creía, sí, que habían sido engañados por Hayle, en circunstancias que yo no podía precisar, y que la justicia estaba más bien de parte de ellos que del otro. Llevando mis reflexiones a otro terreno, me atreví a decir que juzgaba un sacrificio excesivo el que se había impuesto la joven al encargarse de aquellos dos inválidos, con la probabilidad de que, frustradas las esperanzas del tesoro, una pobreza definitiva se agregase a sus males. —Además...



SAN MARTÍN

•

Un día, cuando saltaban las piedras en España al paso de los franceses, Napoleón clavó los ojos en un oficial seco y tostado, que cargaba uniforme blanco y azul; se fué sobre él y le leyó en el botón de la casaca el nombre del cuerpo: ¡"Murcia"! Era el niño pobre de la aldea jesuíta de Yapeyú, criado al aire entre indios y mestizos, que después de veintidós años de guerra española empuñó en Buenos Aires la insurrección desmigajada, trabó por juramento a los criollos arremetedores, aventó en San Lorenzo la escuadrilla real, montó en Cuyo el ejército libertador, pasó los Andes para amanecer en Chacabuco; de Chile, libre por su espada, fué por Maipú a redimir al Perú; se alzó protector en Lima, con uniforme de palmas de oro; salió, vencido por sí mismo, al paso de Bolívar avasallador; retrocedió; abdicó; pasó, solo, por Buenos Aires... y murió frente al mar, sereno y canoso, clavado en su sillón de brazos, con no menos majestad que el nevado de Aconcagua en el silencio de los Andes.

JOSÉ MARTÍ

•

...noté que la prolongación de su trato me deparaba una alegría desconocida. Al despedirnos...

Una última indiscreción, señorita Kitwater. Necesito saber a quién sirvo.

Usted no está al servicio de nadie, señor Fairfax, sino que ayuda a reparar un perjuicio injusto.



Tuve que aclarar y concretar: ¿era ella quien facilitaba el dinero para los trámites de Kitwater y Coddy?

97

Confundida y —¡ay!— más bella que nunca, Margarita bajó la cabeza, asintiendo.

Está bien. Son los intereses de usted los que tengo que defender, y lo haré con todas mis posibilidades.



98

Pero en mi interior, una vocecita musitaba: amigo Fairfax, ¿no crees que el trato de esta joven te transforma en un perfecto imbécil?

En París, en la casa de huéspedes que utilizábamos siempre que nos era necesario como cuartel general, me encontré con Dickson. Estaba radiante. Tenía a Hayle estrechamente fiscalizado. Sabía que el aventurero mantenía relaciones con una mujer dispendiosa, la Beaumarais, y Dickson, a su vez, había intimado con la doncella de la dama, quien lo creía un magnate ruso y no tenía secretos para él. Por ejemplo, sabía que esa misma noche Hayle y la Beaumarais cenarían en «Ambassadeurs» y luego irían a la función de «Folies Bergère». A instancias de Dickson...



99

...me disfracé convenientemente, y fuí a situarme a la salida de dicho teatro. En efecto, Hayle, luciendo un frac irreprochable, apareció dando el brazo a una hermosa mujer, que no podía ser otra que la Beaumarais. Se instalaron en un carruaje que partió en seguida. Me pareció suficiente, como corroboración de la eficiencia de mi ayudante, y...



100

...me dirigí a mi alojamiento. El día siguiente sería de prueba para mí. Antes de meterme en la cama, escribí un informe para la señorita Kitwater, y hallé en hacerlo mayor placer del que solían brindarme tales diligencias. Desperté muy temprano y, siguiendo la costumbre inglesa de empezar el día con una comida substanciosa, me disponía...



101



102

...a tomar un buen desayuno, cuando el criado me anunció que un caballero pedía verme. ¡Era Gedeón Hayle! Quedé estupefacto. De todas las eventualidades posibles, ésa era la más inesperada. —Espero que me dispensará usted —empezó diciéndome— esta visita matinal. He sabido sus señas y me he apresurado a venir para encontrarlo en casa.

La semana anterior no parecía usted tener tanta prisa por verme, y no acierto a comprender la causa de su cambio de opinión.

Los motivos son varios. Cansado de jugar al escondite, he creído más cómodo explicarme de una vez con usted.



103

Quizá eso nos evite muchas molestias. Debe empezar por saber que represento a Kitwater y Coddy.

Lo suponía. Representa usted al par de bribones más merecedores de la horca que jamás haya existido. Los conozco y puedo juzgarlos.



104

¿Los conoció usted cuando eran misioneros en China?

¿Kitwater misionero?... ¿Kitwater?... Déjeme usted reír a gusto... Es la ocurrencia más chistosa que he oído en mi vida.



105

Pasó el ataque de risa de Hayle, como había pasado mi asombro al verlo en mi habitación, y empezó a hablar seriamente. Según él, había descubierto, en unión de Kitwater y Coddy, una valiosa colección de piedras preciosas. Hayle las guardó en su cinturón de cuero. Una noche los atacaron unos bandidos chinos, mataron a sus dos sirvientes y mutilaron a Kitwater y a Coddy. Hayle dió por muertos a sus socios. Consiguió salvarse y llegar a Inglaterra, con nombre supuesto porque había cometido algunas faltas en su pasado y temía que no le permitiesen disfrutar de su opulencia recién lograda. La idea de que Coddy y Kitwater hubieran quedado con vida, lo indujo...

...a vigilar la entrada de los buques procedentes de Rangoon, pocos, por otra parte.—Un día los vi desembarcar, y ya no los perdí de vista.



Soy franco, señor Fairfax: nunca he pecado por exceso de moralidad... Siguiendo los pasos de aquellos dos desdichados, los vi entrar en la oficina de usted. Juzgué que la colaboración que usted les prestase sería... fastidiosa, y por eso concebí la idea de hacerlo dar un paseíto hasta la Argentina.



Y, como no acepté, intentó usted hacer que el paseíto fuese al otro mundo, ¿verdad?



Hayle anhelaba disfrutar sin sobresalto de su riqueza. Reconocía que para eso era previo apaciguar a Kitwater y a Coddy, mediante la entrega de una suma elevada. Accedería a hacerlo por mi intermedio, y a cambio del solemne compromiso de dar por terminado el asunto. La cantidad que ofrecía era cincuenta mil libras esterlinas. Pensé que la partición era demasiado desigual para que los otros la aceptasen, pero no podía negarme a transmitirla y así se lo dije. Tenía, sin embargo, una duda: ¿Hayle no trataría de usar el tiempo de la tramitación para huir? —Puede usted vigilarme —respondió—, y además...

...cuenta usted con los buenos oficios del magnate ruso que corteja a la doncella de la Beaumarais.



Creo que palidecí de rabia. ¡El estúpido Dickson había sido burlado como un colegial!

Mi visitante se retiró dejándome una invitación para cenar con él esa noche, en un restaurante céntrico. Sería una reunión insólita —el detective y el criminal—, pero podría yo acudir con la certeza de que mi anfitrión no echaría veneno en el vino; no pertenecía a la familia de los Borgia... Telegrafié a Bishopstowe la proposición de Hayle, puse a Dickson en el primer tren para Calais, y al volver a mi domicilio tenía ya la respuesta que preveía: «Toda nuestra parte o nada. **Kitwater y Coddy.**» Antes de acudir a la cita de Hayle, tomé aun otra precaución, que...



...la negativa de mis representados hacía doblemente aconsejable: me comuniqué con dos policías franceses, León Leglosse y Pedro Lepallard, sagaces y antiguos amigos míos, y los puse al tanto de mi comisión. Mientras ellos vigilaban, Hayle y yo...



El despacho que le exhibí lo contrarió mucho, pero trató de disimular.



Durante la excelente comida, Hayle no cesó de hacer gala de ingenio y buen humor. Llegamos a los cigarros. Envuelta en volutas de humo, la dulce imagen de Margarita Kitwater me sonreía. Hayle me pidió excusas y salió por un momento. Quedé reflexionando acerca de cómo iniciaría el procedimiento de fuerza que parecía inevitable...



Por cierto que Hayle no me escatimó tiempo para mis meditaciones: no volvió nunca a la mesa del restaurante. Cuando comprendí que se había escabullido por los fondos del establecimiento, era ya demasiado tarde para una persecución inmediata. No sabía si enfurecerme o reír de mi torpeza, en la que ya empezaba a ver el fruto...

...de una influencia nueva, que actuaba perturbando mi inteligencia. Leglosse y Lepallard no pudieron ayudarme en el momento. Abatido, oyendo ya la carcajada de mis colegas del otro lado del Canal, regresé a mi domicilio, donde una nueva sorpresa me aguardaba.

«Mi tío y Coddy desaparecieron. Sólo en usted confío para evitar lo peor. — **Margarita.**» Bien sabía yo que aquellas líneas traducían el ansioso temor de que Kitwater asesinara a Hayle, y lo que más me tranquilizaba era la certeza de que el escurridizo sujeto sería inencontrable para los dos pobres mutilados.



Pero fué precisamente la atención que suscitaba la desgracia de éstos lo que contribuyó en primer término a reanimar mi pesquisa. La policía francesa había tomado nota de la llegada a París del ciego y del mudo procedentes de Inglaterra, y cuando Lepallard, que se mantenía atento, me trajo esa nueva, fué con el agregado de que aquellos dos hombres habían partido para un puerto del Mediterráneo.



Una inferencia era fácil: si Kitwater y Coddy viajaban alejándose de Inglaterra, era sobre la pista de Hayle. ¿Cómo la habían obtenido? ¿Dickson les había suministrado un primer informe? En todo caso, la solución de estas dudas pasaba a un plano secundario, frente a la urgencia de seguirlos y procurar cerrarles el paso hacia Hayle. Me apresuré, pues, a salir con el mismo destino. Era un pequeño puerto, de ubicación privilegiada, donde faquines y arrapiezos me informaron a porfía sobre la pareja del ciego y el mudo de corta estatura. Se alojaban en una fonda, desde donde podía observarse cuanto ocurría en una hermosa villa, edificada como en una atalaya sobre el mar y recientemente alquilada por un forastero rumboso y espléndido. Pero cuando llegué a la fonda, Kitwater y Coddy habían salido.



Impulsado por un presentimiento vívido, corrí a la villa, logré forzar la consigna del sirviente, y llegué a tiempo para escuchar la voz de Kitwater, trémula de furor, que decía: —¡Apúntale bien, Coddy! ¡Si se mueve, tírale como a un perro rabioso!... ¡Al fin te tenemos! ¡Te arrancaré los ojos y la lengua, para que te parezcas a nosotros, tales como nos dejaron los bandidos a quienes nos abandonaste!

Al entrar en la habitación, Hayle estaba de espaldas al balcón que daba a una rápida pendiente sobre el acantilado. El pavor se pintó en su rostro al verme. Permanecía callado, para que la procedencia de su voz no sirviera de guía al ciego, que blandía un puñal y se replegaba sobre sí mismo como si fuera a saltar. Coddy tenía en la mano un revólver.



¡Abajo ese revólver, Coddy! ¡Suelte ese puñal, Kitwater! ¡Hayle, admita usted que ha perdido la partida!



Hayle abrió resueltamente el balcón.

¡Las piedras están conmigo! Al menor intento de violencia...



Pero no pudo terminar la frase. El sonido de la voz acababa de orientar al ciego, que se lanzó con el ímpetu del toro. Evidentemente, su sed de venganza arrollaba las voces de la codicia y de la razón.

Fué todo tan rápido y cedió tan fácilmente la endeble barandilla del balcón, que cuando quise acordar ya no se veían ni los cuerpos caídos al mugiente remolino del mar. Echado de bruces sobre la mesa, Coddy lloraba con sollozos entrecortados.



Han pasado tres años. Nunca pude saber cómo mis extraños clientes dieron con la pista de Hayle, para hacerse justicia por sus propias manos: Kitwater, que habría podido contármelo, se llevó el secreto al fondo del mar, y Coddy, que habría podido escribirlo, desapareció aquella tarde para siempre. Muchas veces recuerdo este caso, el más extraño de mi carrera profesional. Mientras escribo estos renglones en el jardincillo de Bishopstowe, mi mujer, Margarita, me interrumpe, trayendo en brazos al pequeño Fairfax, del que dicen que se parece mucho a su madre.



La Nevasca

Por ALEJANDRO PUSHKIN

DIBUJOS de ATHOS COZZI (ADAPTACION)

A fines del año 1811, vivía el noble Gavrila Gavrilovich en su quinta de Nenaradovo. Con fama de hospitalario y afable, frecuentemente recibía visitas que iban a comer, beber y jugar a las cartas con su mujer, Prascovia Petrovna, y algunas, a ver a su hija, María Gavrilovna.



María Gavrilovna tenía dieciséis años. Esbelta y pálida, considerada como excelente partido, había leído muchas novelas francesas y, por consiguiente, estaba enamorada. Elegido de su corazón era...





...Vladimir Nicolaevich, un pobre alférez, con licencia en su aldea. Es casi superfluo añadir que él le correspondía con igual pasión, y que los padres de su adorada prohibieron a la muchacha hasta que pensara en él.



Nuestros enamorados se comunicaban por escrito y diariamente se reunían en el bosquecito de pinos o junto a la vieja capilla. Allí se juraron amor eterno, lamentando su desdichada suerte, y formaron muchos proyectos.

Con el invierno dieron fin a los encuentros amorosos, pero aumentó el intercambio epistolar. Vladimir Nicolaevich insistía en que se casaran secretamente, seguro de que los padres de ella aceptarían los hechos consumados y darían la bendición que rehusaban. María Gavrilovna rechazó muchos planes de huída. Por fin accedió. Contaba con la fidelidad de la doncella para salir de su habitación en la noche, y con la cariñosa discreción de Teresca, el cochero, para que las llevara hasta la iglesia de la aldea de Dyadrino, distante cinco verstas, donde Vladimir estaría esperando para la boda.

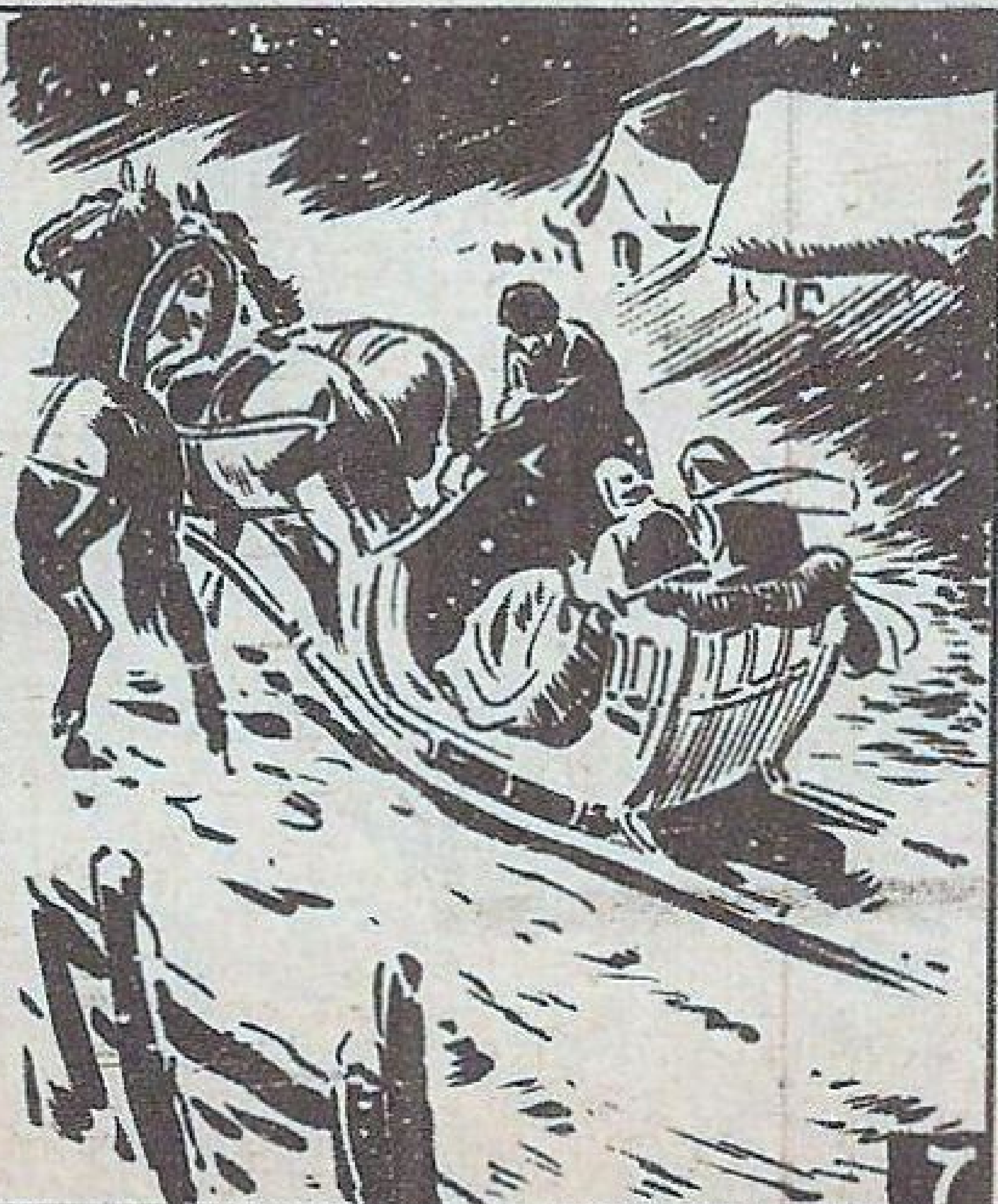
En la víspera, la niña no pudo dormir. Empaquetó sus ropas y escribió una larga carta a una señorita sentimental, amiga suya, y otra a sus padres, en la cual se despedía con tiernas frases y les rogaba perdón.



A la hora fijada, cuando todos los demás dormían en la casa, María se abrigó bien, tomó su joyero y bajó al patio por la escalera trasera. La sirvienta la seguía, con dos paquetes. La nevasca, desatada al anochecer, había arreciado.



Soplaba el viento, que arremolinaba la nieve y hacía trepidar las ventanas. Con dificultad, las dos prófugas llegaron hasta el trineo, cuyos caballos, helados, no querían estarse quietos. El cochero las ayudó a ubicarse y a distribuir el reducido equipaje. Después...





...empuñó las riendas, y los caballos tomaron a todo escape en dirección a Dyadrino. El cura de este paraje había sido ya convencido por el alférez para prestar su indispensable colaboración en el proyecto matrimonial.

Vladimir tenía también los testigos: Dravin, corneta retirado, y el guarda Chmit, y el hijo del jefe de policía del distrito. No sólo habían aceptado la proposición del novio, sino que, después de comer y beber con él, habían prometido sacrificarle sus vidas si era preciso.



Por fin Vladimir se dirigió a Dyadrino en su pequeño trineo. Dos horas después debía llegar María Gavrilovna a esa aldea; Vladimir no tenía más que veinte minutos de camino —un camino que conocía perfectamente—, de modo que aguardaría a su prometida en el pequeño templo.



La obscuridad se había hecho completa. Arreciaba la nevasca. En un momento desapareció el paisaje, borrado por la niebla, a través de la cual volaban los copos de nieve. El cielo se confundía con la tierra. Vladimir se encontró de pronto fuera de la huella, que en vano intentó retomar.

El caballo marchaba a la ventura, penetraba en montones de nieve, caía en las cunetas. Vladimir se esforzaba solamente en no perder la dirección de su marcha; mas había transcurrido ya media hora, y no veía el bosque de Dyadrino. Quizá pasase otra media hora; el caballo daba ya muestras de cansancio, cuando. . .

. . .el viajero descubrió algo negro en el horizonte. Era el bosque. "Gracias a Dios", pensó Vladimir, "ahora estoy cerca." Pronto halló el camino y siguió entre la sombra de los árboles. El viento no azotaba allí; la pendiente era suave y el caballo se rehizo. Vladimir se tranquilizó.



Pero avanzaba, avanzaba y no veía a Dyadrino ni salía del bosque. Con terror notó que iba por un bosque desconocido. Salió de la espesura. La nevasca había cesado. Bajo un cielo claro, la llanura aparecía blanca y ondulada. Con los ojos arrasados en lágrimas, Vladimir continuó. . .



. . .hasta un grupo de chozas. Llamó a una de ellas. A los pocos minutos se abrió un postigo y un viejecito preguntó qué deseaba.



Vladimir se sintió sumido en la desesperación de un condenado a muerte. Sin embargo, tuvo valor para solicitar un caballo de refresco, pues el suyo estaba extenuado.



El viejo tenía un hijo que podía guiar al viajero. Hubo que esperar largo rato. Cuando el muchacho y Vladimir llegaron a Dyadrino, los gallos saludaban el nuevo día. La iglesia estaba cerrada. No se veía a nadie, y Vladimir se dirigió a la casa del cura.



María Gavrilovna amaneció en casa de sus padres. Al caer la tarde se sintió mal. El médico la encontró delirando. Presa de alta fiebre, la enfermita estuvo dos semanas al borde del sepulcro.



Nadie se enteró en la casa de la huída intentada. María había tenido tiempo de quemar las cartas de despedida. El sacerdote, los testigos, la doncella, el cochero, todos, en fin, tuvieron razones para guardar el secreto. Y en cuanto a la enfermita, las palabras de su delirio. . .

...eran tan incoherentes, que sólo revelaron a los padres lo que ya sabían; esto es, que amaba profundamente a Vladimir Nicolaevich. Reconocieron, al cabo, que únicamente el alférez restituiría la salud de la niña, e hicieron saber a aquél que consentirían en su matrimonio. Mas ¡cuál no sería el asombro de los señores...

...al recibir como respuesta una carta que les decía que jamás volverían a verlo, y que les rogaba que lo olvidasen! Días después supieron que había partido a luchar contra Napoleón. Entretanto, María, convaleciente, no nombraba nunca a su antiguo amado.



17

Pasaron tres años, ricos en acontecimientos. Vladimir Nicolaevich había muerto heroicamente. Murió también Gavrila Gavrilovich, y su viuda y su hija, herederas de una gran fortuna, se trasladaron a vivir en otra de sus propiedades. Muchos pretendientes asediaban a la joven, embellecida con la edad; pero ella, fiel a la memoria sagrada de Vladimir, se mostraba indiferente a todo requerimiento amoroso. De pronto, todos los aspirantes tuvieron que retirarse ante un coronel de húsares, de veintiséis años, herido y condecorado con la orden de San Jorge.

Se llamaba Burmín. Se había retirado a sus posesiones, vecinas de la residencia de María Gavrilovna, y pronto fué visible que ésta lo distinguía mucho. Sin embargo, él observaba una actitud reservada y melancólica, a la que daba realce la palidez de su semblante.



18

Cierto día, Burmín encontró sola a la joven, que leía junto al estanque de su casa, y le suplicó que le escuchara.



La amo, la amo apasionadamente... He obrado con imprudencia cediendo a la hermosa costumbre de ver a usted, de oírle, de tratarla. El recuerdo de su encantadora imagen...

19

...será en lo sucesivo el dolor y el consuelo de mi vida, porque un obstáculo invencible se opone a que pida su mano... ¡Estoy casado!... Hace cuatro años que me casé, aunque ignoro quién es mi esposa...

¿Qué dice?... ¡Qué extraño! Prosiga, tenga la bondad; después yo le contaré...



20

—A principios de 1812 —prosiguió Burmín— me dirigía al lugar de mi regimiento, cuando me sorprendió una terrible nevasca. El cochero pensó acortar el trayecto tomando por un atajo. Extraviados, nos dejamos guiar por una lucecita y fuimos a dar en la iglesia de una aldea. A pesar de la hora avanzada, mucha gente iba y venía por el pórtico. —¡Por aquí! ¡Por aquí!—me gritaron voces ansiosas. Otros me aclararon que una novia aguardaba; el retraso del novio la había hecho perder el sentido. Era obvio que aquella buena gente me confundía. A la escasa luz de la iglesia, la joven desmayada...



..."me pareció muy bella. Una idea diabólica cruzó por mi mente, y dije al cura —anciano cegatón que actuaba en lugar del titular de la parroquia— que podía bendecir nuestra unión. Nos casaron."

21

Al decirnos "Bésense", mi esposa volvió a mí su pálido rostro, abrió los ojos y exclamó: —¡Ah, no es él! — y volvió a desmayarse. En medio de la estupefacción de todos, tomé el trineo y me alejé sin hallar oposición.



22

¡Dios mío! ¿Y usted no sabe qué se hizo de la pobre mujer?

Lo ignoro. En aquel tiempo daba yo poca importancia a un acto criminal. Ahora lo expío cruelmente.



23

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡De modo que fué usted!... ¿Y no me reconoce?

Burmin, demudado, cayó a los pies de María Gavrilovna, su legítima esposa.



FIN

24

El TIZÓN de la VIRGEN

POR LEO PERUTZ

Matemático ilustre y viajero internacional, el escritor checoeslovaco contemporáneo Leo Perutz surgió a la fama con su primera novela, "La tercera bala". Sus siguientes obras fueron una sucesión de éxitos, no sólo en el campo estricto de la librería, sino también en el del teatro y del cinematógrafo, que se apoderaron de sus argumentos para adaptarlos a sus respectivos escenarios. "El tizón de la Virgen" es, sin duda, una prueba de la acabada técnica narrativa de Leo Perutz.

DIBUJOS DE
ÁNGEL BORISOFF
(ADAPTACIÓN)











Cuando desperté, en pleno día, advertí que estaba en la sala de un hospital: un cuarto bien arreglado, como los que se reservan a quienes pagan o merecen, por alguna razón, una atención poco común. Una vieja hermana enfermera tejía *crochet*. En otro lecho...



...yacía un hombre barbudo, de mejillas sumidas y con la cabeza vendada. Me miró de extraña manera, lleno de ansiedad. Mas en los minutos que siguieron debo de haber perdido la conciencia, porque cuando...



...abrí los ojos nuevamente ya aquel hombre no estaba allí, ni tampoco su cama.
Yo creí poder recordar ya todos los hechos que me habían conducido a aquella situación. Mucho de lo que había pasado, sin embargo, aun conservaba su condición enigmática y siniestra. Pero ya no me asustaban. Las personas no aparecían como fantasmas terroríficos; allí estaban, a la luz del día, y eran hombres como yo y las demás criaturas terrenales. Gradualmente fueron ligándose, hasta formar un todo coherente. Necesitaba sólo llenar algunos huecos de la memoria.
La hermana debió de advertir mi intención de hablar, porque alzó las manos en señal de protesta, como para significar que el esfuerzo podía hacerme daño. No la obedecí.



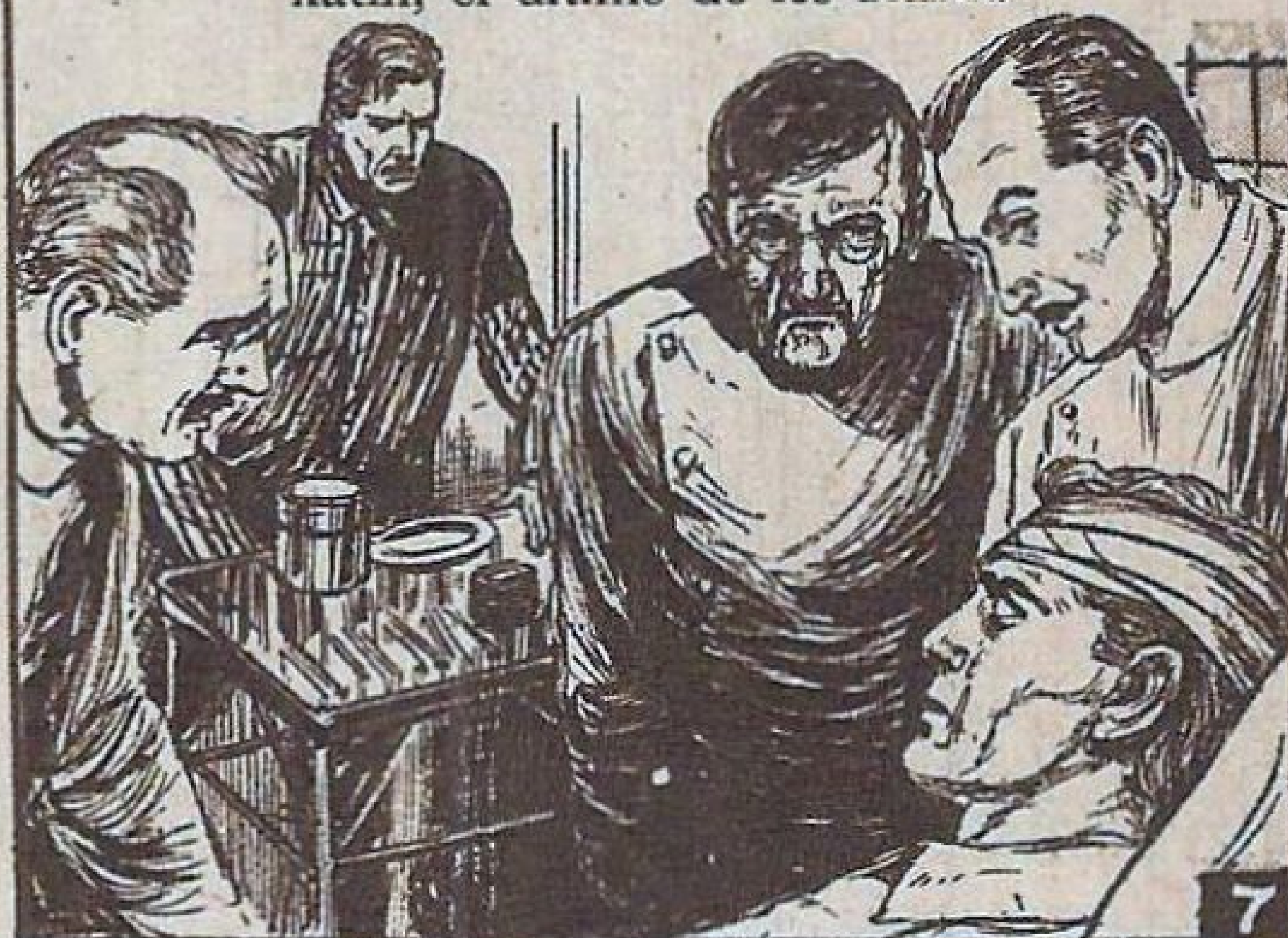




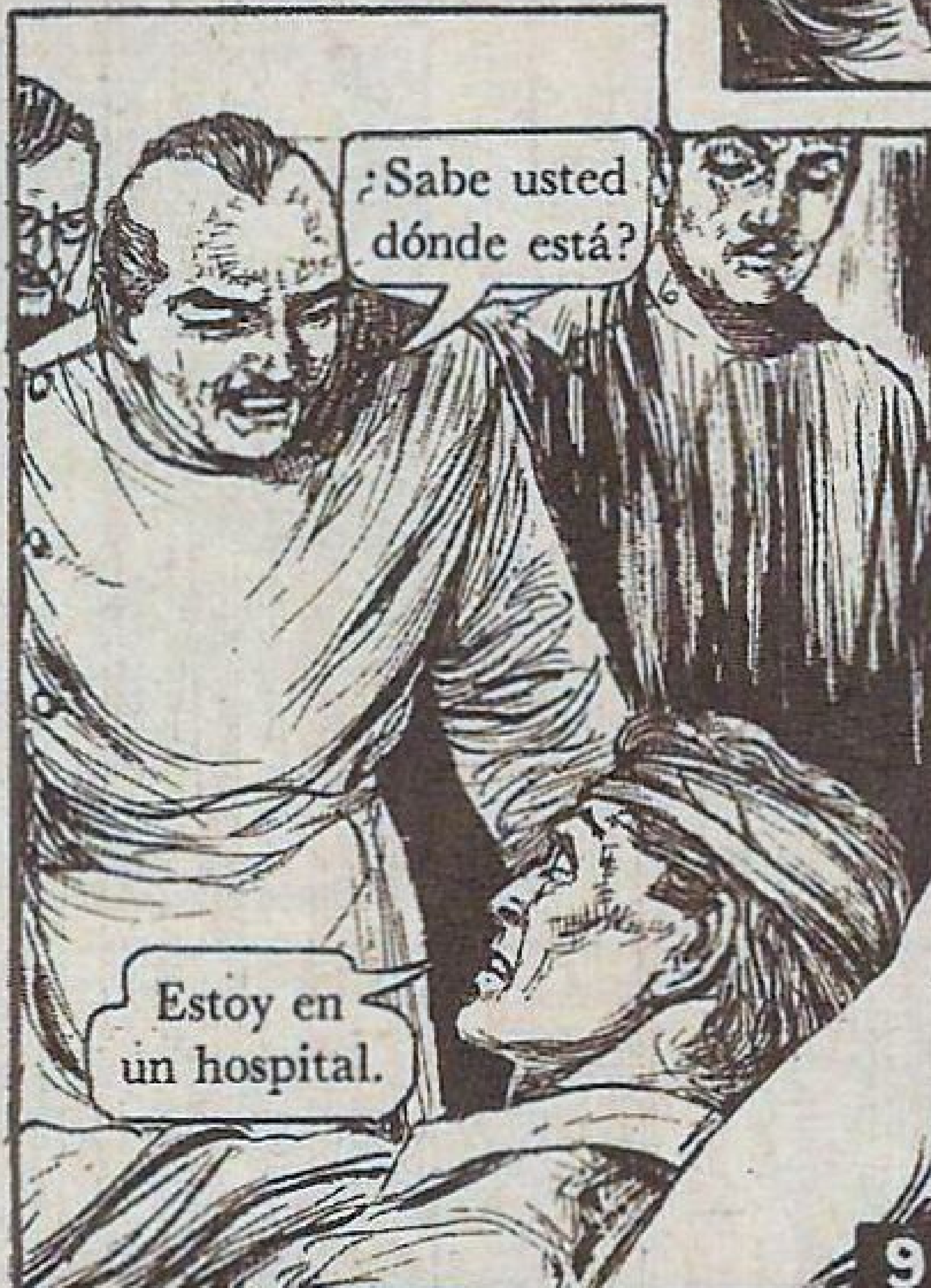


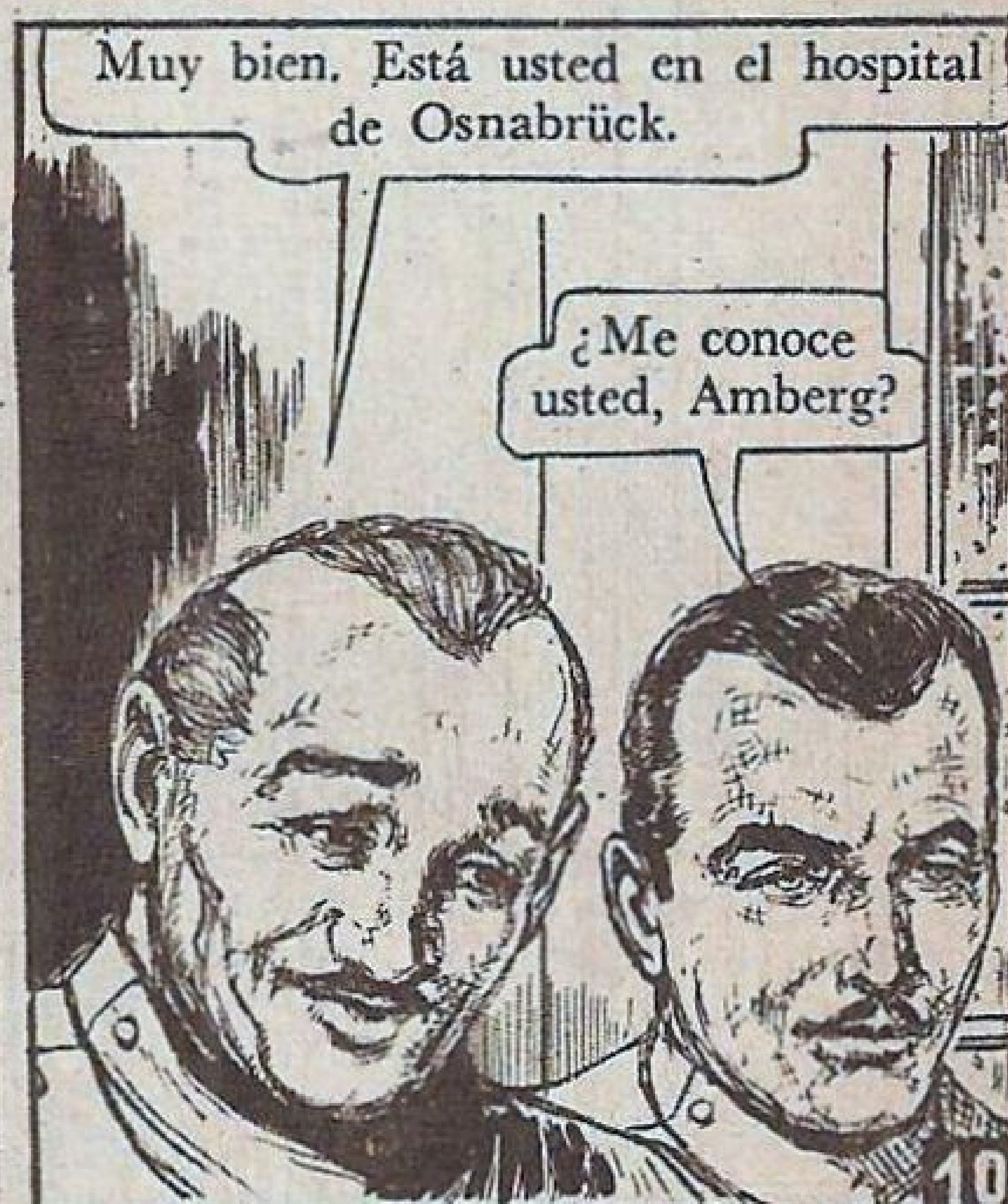
...de mi puesto de médico oficial del distrito de Morwede el 25 de enero. Trabajé un mes en esa pequeña villa de Westfalia, hasta aquel domingo fatídico. He permanecido cinco días en el hospital. Nada más claro. ¿Por qué me estaba mintiendo aquella mujer? ¿Por instigación de quién? ¿Quién podía tener interés en hacerme creer que yo había estado inconsciente durante cinco largas semanas? Era inútil pensar en ello. Me preocupaba, más bien, lo que había terminado, terminado para siempre. Ella, Bibiche, estaba viva; yo lo sabía. La bala dirigida contra ella me había herido a mí. Pero Bibiche no volvería jamás; su senda —yo así lo creía— no se cruzaría nunca más con mi senda. Oí pasos, y...

...abrí los ojos. El médico interno y dos ayudantes estaban junto a mi lecho. Detrás de ellos, un hombre hercúleo, con ropa de rayas blancas y azules, empujaba una mesita con instrumentos. Lo reconocí en seguida, a pesar de ese disfraz y de que había cambiado de peinado. Era el Príncipe Praxatin, el último de los Rurik.



















...«en la plaza de la estación de Osnabrück, a eso de las catorce, en medio de un tránsito intenso, mirando hacia adelante como hipnotizado. El agente de turno le gritó, los chóferes blasfemaban, pero usted no oía ni trataba de apartarse. Cuando corrió, fué para meterse delante de un coche, y quedó arrollado. Fractura de la base del cráneo, hemorragia cerebral; así lo trajeron aquí. Lo ha pasado bastante mal, y las cosas hubieran podido ser peores aún. Pero ahora se halla fuera de peligro.»





La enfermera había tomado nota de las indicaciones del médico, que salió con sus ayudantes. El Príncipe Praxatin fué el último en imitarlos, después de echarme una mirada recelosa. ¿Qué significaba todo lo que yo acababa de oír? ¿Qué objeto perseguía la versión que se me daba de mi accidente, desfigurando hechos que yo recordaba con nitidez?



Contaré mi verdadera historia. Mi nombre es Jorge Federico Amberg. Soy doctor en medicina. Mi padre era un historiador bastante conocido. Perdí a mi madre a los pocos meses de nacer, y a mi padre a los catorce años. No dejó más que una biblioteca de libros especializados, de los cuales todavía conservo algunos. 18



La hermana de mi madre me dió un hogar. Era una mujer simple, severa y reservada. Aunque pocas veces me dijo palabras cariñosas, se las arregló, con sus escasos recursos, para permitirme terminar mis estudios, y le estaré agradecido mientras viva. Sus instancias por hacerme abrazar una profesión práctica me apartaron de la historia, por la que sentía predilección, y me llevaron a la medicina. 19

Cuando egresé de la facultad me encontré en posesión de conocimientos y habilidad mediocres, sin pacientes, sin dinero y, lo peor, sin verdadera vocación por la medicina. Un día, mientras esperaba a un amigo que debía devolverme un libro, me puse a leer un diario de la mañana. Un anuncio me llamó la atención.



El representante de Freiherr von Malchin anunciaba que el puesto de médico oficial del distrito estaba vacante. Se aseguraba una renta mínima, con alquiler y combustible pagados, y se daría preferencia a los aspirantes que agregasen a su título un sólido bagaje de conocimientos generales. No se me ocurrió que yo pudiera solicitar ese destino. Lo que quedó resonando en mi mente fué el nombre de aquel señor, que yo completaba, diciéndome: "Freiherr von Malchin und von der Bork". Me resultaba familiar. ¿Dónde lo había oído antes? De pronto se aclaró mi memoria. Me vi ejecutando al piano una vieja canción; anunciaban a mi padre al señor Freiherr von Malchin und von der Bork. Mi padre ordenaba que lo hicieran pasar, y yo me retiraba.



Sin pensar, ni por un instante, que el terrateniente del aviso y el visitante de mi padre podían no ser una misma persona, escribí en seguida solicitando el puesto. La respuesta tardó diez días, pero colmó mis esperanzas. 21

Freiherr von Malchin me decía que consideraba un honor haber tratado a mi padre, y que le agradaría prestar un servicio al hijo de un estudioso al que había estimado tanto y cuya temprana muerte aun deploraba. Me pedía que fuese en seguida a hacerme cargo del puesto. Debía hacerlo por Osnabrück y Münster, hasta Rheda, donde me esperaría un carruaje.



Mi proyecto no sorprendió a mi tía. Sólo discutimos sobre los gastos necesarios para completar mi guardarropa y comprar los elementos indispensables, aparte de una porción de medicinas. Vendí las joyas que quedaban de mi madre y, como aun con su producto no alcanzaba, tuve que hacer lo mismo con muchos libros de mi padre.



El 25 de enero, mi tía me acompañó a la estación. Cuando me despedí y le agradecí todo lo que había hecho por mí, vi por primera vez en su rostro una expresión de ternura y sus ojos se empañaron.





Llegué a Osnabrück cerca de mediodía. Tenía que esperar una hora y media, y decidí matar el tiempo paseando por la ciudad. Me dirigí hacia los barrios antiguos. ¿Qué fuerza desconocida me impulsó en ese instante a vagar escudriñando entre las calles estrechas, como si persiguiese un propósito determinado? Me interné por un pasaje que llevaba a una plazoleta; la crucé, subí breves escalones que conducían a una callejuela transversal, y de súbito me encontré parado frente a un negocio de antigüedades. Entre las ruinas allí exhibidas, me atrajo un relieve de mármol. Evidentemente era la reproducción de una obra de arte medieval, y representaba...

25



...la cabeza de un hombre, una cabeza de rasgos audaces, casi feroces, pero nobles. Las comisuras de sus labios dibujaban una sonrisa fría, ultraterrena, como en muchas esculturas góticas. Yo había visto antes ese rostro ardiente y apasionado en la ilustración de algún libro o en un ornamento. Pero no podía recordar quién era, y, cuanto más pensaba en ello, más incómodo me sentía.

26



Me di cuenta de que esa cara rondaría mi memoria, dormido o despierto, y me acometió un terror infantil. No quise mirar más el relieve y preferí observar un montón de volúmenes polvorientos, atados con un trozo de piolín.

27



La puerta de la tienda estaba cerrada, probablemente por ser hora de almorzar. No pensé, pues, en averiguaciones que aclarasen mis recuerdos, y volví sobre mis pasos, no sin antes lanzar al relieve gótico una última mirada a hurtadillas, como si estuviese haciendo algo vedado.

28

Diez minutos antes de salir mi tren estaba yo parado en la plaza de la estación. Allí fué donde tuve el más inesperado encuentro: el encuentro con un Cadillac verde, como habrá muchos; sólo que aquel Cadillac verde iba manejado por una mujer a quien yo había buscado en vano, en Berlín, durante un año entero.



29



La había conocido cuando ambos estudiábamos, en el Instituto Bacteriológico. Se sabía que era griega, huérfana de un edecán del Rey. Se llamaba Kallisto Tsanaris, estudiaba química fisiológica y frecuentaba la mejor sociedad.

30



Desde su primera aparición en el Instituto, la estudiante griega produjo gran revuelo.

31

Todos estábamos ansiosos por impresionarla. Pero ella sabía mantenernos a distancia, reduciendo su conversación a temas del trabajo común —el funcionamiento del mechero de Bunsen, por ejemplo— y no haciendo confidencias de índole privada.



A fines del curso caí enfermo. Cuando reanudé mi asistencia, Kallisto Tsanaris ya no estaba en el Instituto. Había terminado sus estudios. Me dijeron que se había despedido individualmente de todos los condiscípulos y que había preguntado por mí. Con referencia a sus planes, se había expresado con mucha vaguedad.

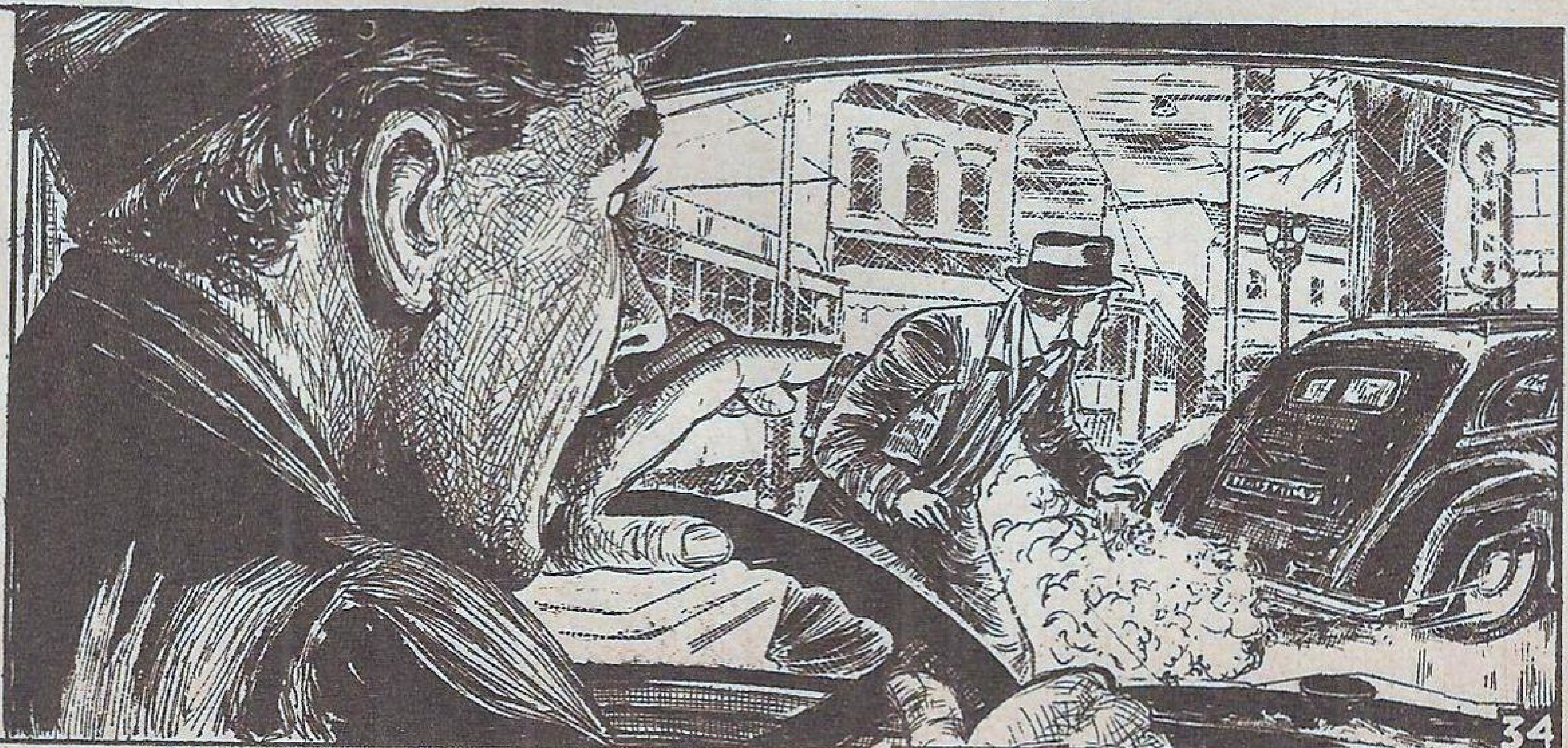
32



33

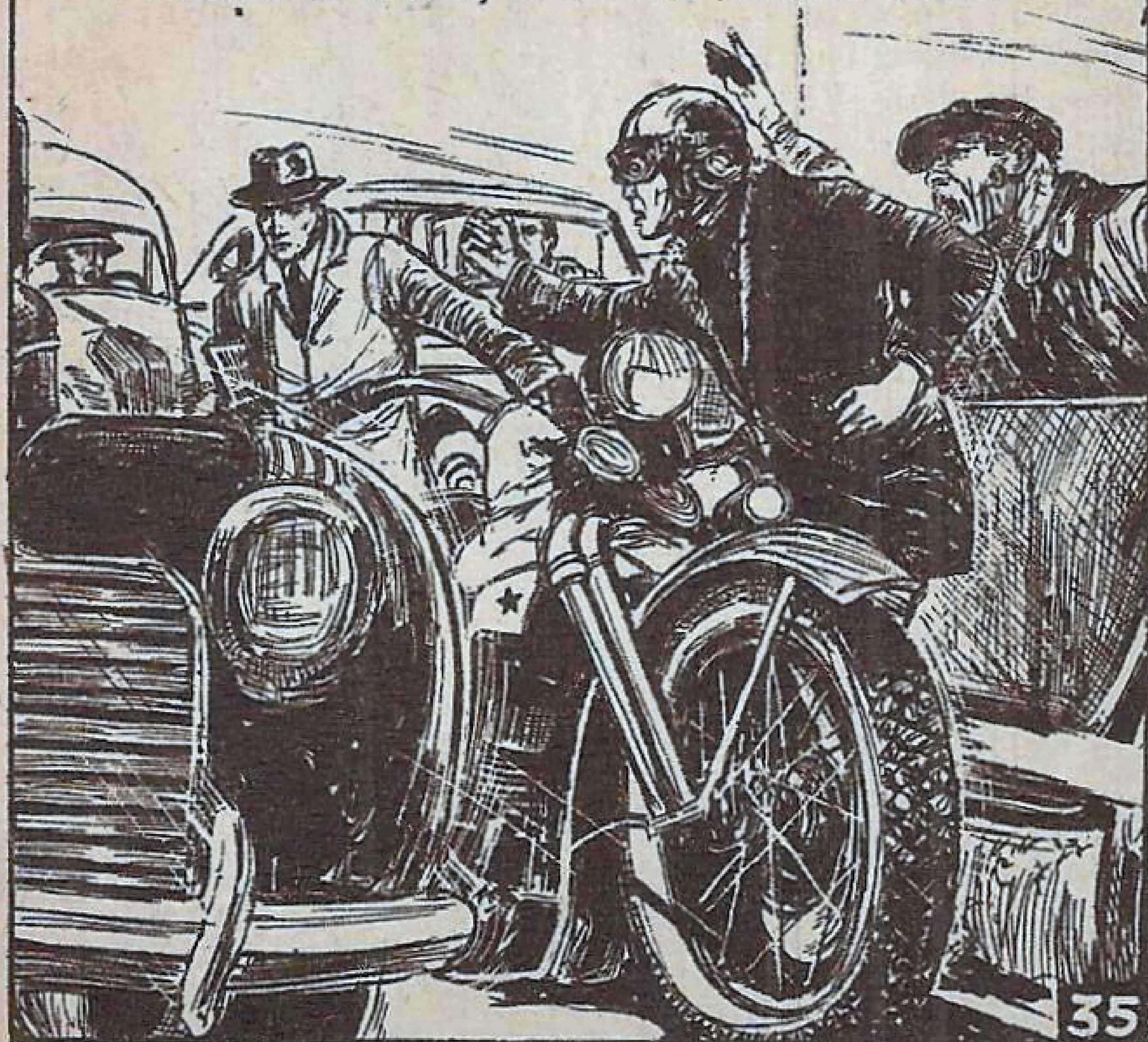
Entonces comprendí que la amaba, que no podía acostumbrarme a la idea de que eran idos los tiempos en que la podía ver diariamente, oír su voz, escuchar aquellos soliloquios en que se llamaba a sí misma Bibiche, atisbar sus movimientos. Me convencí de que volvería a verla, de que cualquier mañana reaparecería en el laboratorio para emprender nuevos trabajos. Pero después de muchas enfadosas semanas de espera abandoné esa esperanza y comencé a buscarla.

Todas mis diligencias fueron estériles. Duraron hasta que tuve que abandonar a Berlín. Y he aquí que en Osnabrück la encontraba, a diez pasos de distancia, manejando un Cadillac verde. La hubiera seguido, abandonando los compromisos que me negaban libertad; pero el auto arrancó y se perdió de mi vista.



34

—Adiós, Bibiche —musité—. Quedé abstraído, preguntándome por qué la había perdido nuevamente, si Dios era quien la había enviado... Al volver en mí, estaba en medio de la calle, rodeado de ruidos infernales.



Los conductores de taxis me gritaban. Un hombre saltó de su motocicleta y blandió el puño. El agente de tránsito hacía señales incomprensibles. Di un paso, y se me cayeron los diarios y revistas que llevaba bajo el brazo. Me detuve para recogerlos y oí rechinar un auto muy cerca de mí. Dejé los periódicos y salté a un lado... Pero no; debo de haberlos recogido antes, porque los leí durante el viaje. ¿Qué pasó luego? Nada. Revisé mi equipaje, que estaba en orden, y subí al tren.

En Rheda me esperaba un amplio trineo, a cargo de un mozo de raro aspecto. Me arrebujé en la amplia manta, y emprendimos la marcha en medio de un paisaje de monótona desolación invernal. Los viajes siempre me amodorran, y quedé dormido.



Desperté al detenerse el trineo ante la cabaña del guardabosque. Un hombre alto, de grandes botas y chaqueta corta, me sonreía.

¿Tuvo un buen viaje, doctor?

Muy bueno, gracias. ¿Tengo el honor de hablar con Freiherr von Malchin?



No, no soy el Barón. Soy su representante, el Príncipe Arkadi Fiodorovich Praxatin, un ruso arrojado por la tormenta. Uno de esos emigrados que dicen haber poseído no sé cuántas hectáreas, un palacio en San Petersburgo y otro en Moscú, y que ahora trabajan en cualquier restaurante. Con la diferencia de que yo...



Chicas 1950...



—¡Qué gracioso sería que el patrón hubiera perdido el tren a Mendoza!...



—La fiesta proyectada no se suspenderá, querido... Festejaremos el triunfo de tu adversario...



Arkadi Praxatin se había apoderado de una de mis manos y la oprimía afectuosamente. En su voz había cierta melancolía, y también una mofa de sí mismo que me causaba embarazo.

—Inspector —continuó el Príncipe—, agente o administrador: como usted quiera designarme. Mis creaciones culinarias han sido famosas, pero aquí, en este país, en este ambiente. . . ¿Juega usted a los naipes, doctor? ¿No? ¡Qué lástima! Esto es un páramo, donde no hay sociedad. A veces pienso que no podré soportar más esta vida. Pienso, pienso demasiado. Usted no simpatizará con los rojos, ¿verdad?. . . Bueno, pero estoy aquí charlando y charlando, y en la casa hay una niña enferma. El Barón, mi protector y amigo, me pidió que le rogara a usted que, si no estaba muy fatigado, se detuviera y viese a la enfermita que está aquí, en la cabaña del guardabosque. Dos días de fiebre. Debe de ser escarlatina.



Entramos en la casa. A través del corredor mal iluminado, llegamos a una habitación obscura y destemplada. Alguien arrancaba a un violín los primeros compases de una sonata de Tartini. En la media luz fantasmagórica, esa melodía lúgubre me afectó profundamente. La música cesó. Una mujer de rostro pálido y cansado por la vigilia me miró con ojos inquisitivos y ansiosos. A la débil luz de una lámpara se destacaba sobre la almohada la cara de la paciente, una niña de trece a catorce años. En el marco de la ventana, inmóvil, estaba un muchacho con un violín.



Mi examen confirmó la presunción de que era escarlatina. Mientras yo hacía a la mujer las indicaciones médicas pertinentes, el ruso se encaró con el joven del violín.



¡En qué compromiso me pone, Federico! Se le ha prohibido venir aquí, pero usted no hace caso. Tendré que decírselo a su padre.



¡Oh! ¿Ya lo sabe usted? ¿Está seguro? ¿Creerá que porque le he firmado unos pagarés podrá extorsionarme?



La extraordinaria discusión del Príncipe con el mozalbete me divertía más de lo que me fastidiaba. Pero como en el último se veía una obstinación peligrosa, que lo convertiría en vehículo de contagio, me dirigí a él y lo llamé seriamente a la realidad. Era necesario que permaneciese aislado y en observación dos semanas como mínimo. No demostró ningún propósito de obedecer, y, a mi vez, afirmé que denunciaría su conducta a su padre (yo suponía que sería el Barón).

Me replicó que por ningún concepto debía hacer saber que lo había hallado allí, y le contesté: —No me quedará otro remedio. Y debo advertirle, joven, que no demuestra ser valiente. A su edad. . .

. . . yo afrontaba los castigos merecidos con mucho más ánimo del que usted está demostrando.



Verdaderamente, no debió decir eso, doctor. ¿No ve que Federico está en una situación difícil? ¿No sería suficiente que usted ordenara desinfectar sus ropas?

Sería suficiente, si él se comprometiera a no volver hasta que haya desaparecido toda posibilidad de contagio.





Silenciosamente, como una sombra, el muchacho se aproximó a la cama.



—Elsie, ¿me oyes, querida? No voy a volver. He dado mi palabra. Me han obligado. Tú sabes que si mi padre supiera que he estado contigo, me enviaría lejos. Por eso es mejor que no vuelva. ¿Me oyes, Elsie? —No puede oírle, señor; está dormida.

48

Tomó la lámpara y se dirigió hacia la mesa. La luz dió de lleno sobre el rostro del adolescente, a quien vi bien por primera vez. Me sentí tan emocionado, que mi corazón pareció paralizarse... Cuando me recobré de la confusión, me dije que no podía ser, que todo era producto de mis nervios excitados. Pero miré de nuevo aquella cara, bajo una luz distinta, y...



...comprobé que no era una ilusión. Ese muchacho, de algún modo inexplicable, tenía las facciones del relieve gótico de mármol que yo había visto pocas horas antes en la vidriera del anticuario de Osnabrück.



Más que el parecido externo, lo que sorprendía era la identidad de espíritu que mostraban: la singular yuxtaposición de desenfreno absoluto y gracia orgullosa.



Mediante un gran esfuerzo de voluntad pude liberarme del hechizo. Debía prepararme para seguir mi camino. Federico rehusó un lugar en nuestro trineo, que le ofreció Praxatin; luego tomó su violín, contempló a la niña dormida y con una inclinación de cabeza pasó delante de mí y salió de la casa.

51

Praxatin y yo habíamos ocupado el trineo y, dejando atrás el bosque, avanzábamos por campos cubiertos de nieve.





Arkadi Fiodorovich Praxatin me siguió informando: Elsie estaba con la familia del guardabosque porque su padre pensaba que los aires, en ese lugar, eran más sanos que los del pueblo, inficionados casi permanentemente por las nieblas que se levantaban de las ciénagas vecinas. El Barón visitaba con frecuencia a su hija, de quien Federico estaba enamorado. La reacción de von Malchin ante esa pasión juvenil era todavía un enigma. Por el príncipe ruso supe, también, que las habitaciones que se me destinaban eran tres, en la planta alta de la casa del sastre de la villa, un ex dragón, herido en la marcha sobre Varsovia, que...

53



...al día siguiente me ayudaba a desempaquetar el instrumental y me daba algunos detalles de su vida. Estaba casado en segundas nupcias, con una mujer que le había traído en dote esa casa. Ella se encargaría de mi ropa, de mi comida y del aseo de los cuartos.

54

El primer visitante que tuve fué el maestro. Flaco, arrugado, peinado en un estilo singular y vestido con calculado descuido, el maestro...



55

....no concurrió a verme como enfermo, sino en virtud de su desacuerdo con el resto de los hombres... Tenía una queja sobre cada uno. El único que le había parecido digno de estimación fué mi antecesor, que había muerto.



Freiherr von Malchin me recibió en su estudio, una sala amplia y baja. Nubes de humo de cigarro flotaban sobre el escritorio, se cernían sobre la biblioteca y se desvanecían gradualmente al elevarse hacia las vigas que soportaban la techumbre. De las paredes colgaba una colección de armas antiguas. Mientras buscaba asiento, informé...

56

...al señor de Morwede sobre el estado de Elsie. Me escuchó atentamente y me dijo que había estado a verla esa mañana muy temprano.



Luego, dejando de lado la enfermedad de la niña, el Barón habló acerca de mi padre. Lo consideraba un hombre excepcional, y lamentaba...

57

...no haber tenido oportunidad de darle las gracias. —¿Darle las gracias? ¿Por qué?



58



Me había respondido lanzándome una mirada aguda, con la que su fisonomía perdió la expresión amistosa, y se hizo dura, excitada y fanática.

59

Se suavizó de nuevo al hablarme de las picas, hachas, armas de fuego, dagas y lanzas que exornaban las paredes de la estancia, y de las gentes con quienes tendría yo que tratar. Elogió sin reticencias al presbítero, y tuvo indulgente ironía para el Príncipe Praxatin, "el último



de la casa de los Rurik". Continuó: —Está también mi ayudante. La envié ayer a Berlín, en...

60

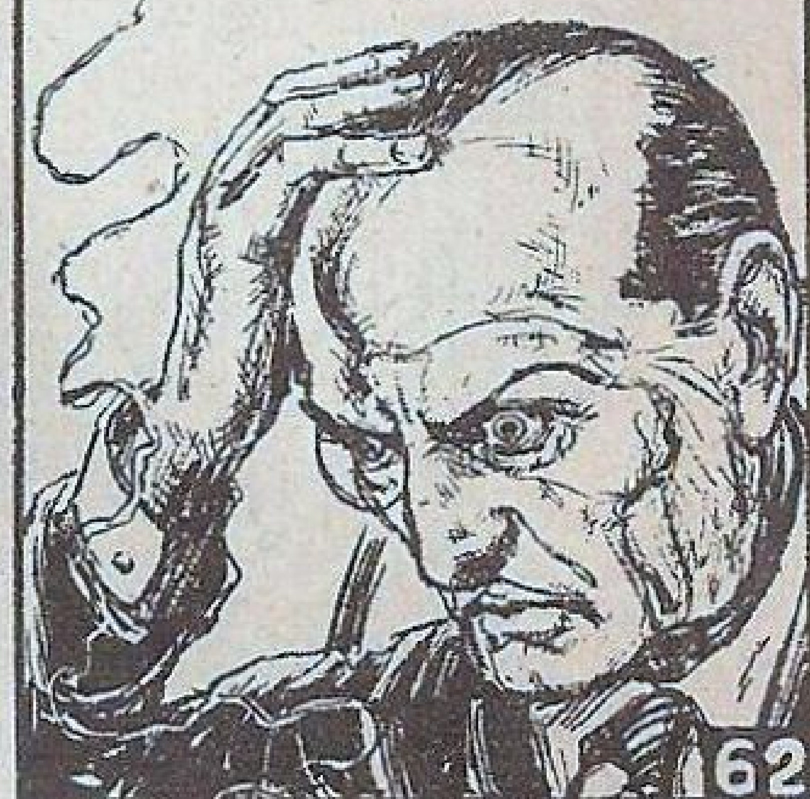
...mi coche. No la verá, pues, hasta la semana que viene. Necesitamos un esterilizador de alta presión.

¿Con propósitos agrícolas?



61

No. Estoy trabajando en un problema científico determinado, como ya le dije. Mi ayudante me asesora y ayuda. Es bacterióloga de gran espíritu científico. Cuando ella regrese, usted podrá disponer del coche que le cedí para su viaje. Es un ocho cilindros. Un Cadillac, pintado de verde... Pero ¿qué le pasa, doctor? ¿Se siente mal? ¿Un poco de "brandy"? ¿Un vaso de agua?...



62

Desde que el Barón habló de su ayudante femenina, se insinuó en mi mente una idea que tomó consistencia al oírle agregar que se trataba de una bacterióloga. Sus palabras me electrizaron, con el claro presentimiento de lo que oiría en seguida. Luego la sensación de asombro y de alegría, la excitación que no podía manifestar pero tan dominante que me era imposible reprimirla, causaron una bifurcación de mi conciencia.



¿Qué me pasaba? ¿Dónde estaba? Oía la voz del Barón, pero me parecía no estar allí, sino en el lecho de un hospital... Al recobrarme, el Barón estaba inclinado sobre mí, con un vaso de "brandy" en la mano.

63

Optimismo, por RAMON Columba



Bebí apresuradamente, y expliqué, a guisa de disculpa, que últimamente había estado trabajando mucho y que padecía crisis de debilidad.



El Barón abrió la ventana que daba al parque. Una corriente de aire frío invadió la pieza. En ese momento debió de entrar Federico. En su indumentaria había rastros de que venía de los pantanos y de los bosques.

64



65



Von Malchin hizo un breve comentario antes de presentarme al muchacho, lo que dió por cumplido diciéndome simplemente: –Éste es Federico, sin mencionar apellido ni parentesco. El joven se inclinó, pero nada indicó en él que nos hubiéramos visto antes. Yo me sentía de nuevo chocado por la semejanza con el mármol del anticuario. Di un paso en su dirección, mas me recibió con una mirada tan altanera y glacial, que me detuve en seco y dejé caer la mano.

66

El Barón no advirtió el episodio. Me preguntó si me agradaban los deportes. Le contesté que era un esgrimista mediano.



Freiherr von Malchin, entusiasmado, dió a Federico la llave del gimnasio y la del armario de los floretes. Él iría allí en seguida. Federico salió precediéndome. Tarareaba una canción italiana, y se movía con tanta rapidez que me resultaba difícil seguirlo. En el gimnasio me quité el saco y el chaleco. En silencio me alcanzó la careta y el florete. Era obvio que no tenía intenciones de esperar al Barón. Ocupamos nuestros lugares, nos saludamos y tomamos posición. Federico comenzó con un movimiento envolvente y una doble finta, seguida, como yo esperaba, por una estocada rápida.

67



Pero súbitamente la lucha tomó un giro imprevisto. Empecé a pensar que había subestimado a mi adversario.

68



Cuando no podía adivinar su intención, abandonó su guardia con un golpe que apenas pude contestar. Me rozó el hombro. — Touché! — exclamé. Y volví a mi posición. Estaba furioso conmigo mismo; no podía comprender cómo había sido lo suficiente torpe para permitir eso. Una sorpresa mayor me aguardaba.

69

Mi camisa estaba desgarrada; sangraba mi hombro izquierdo.



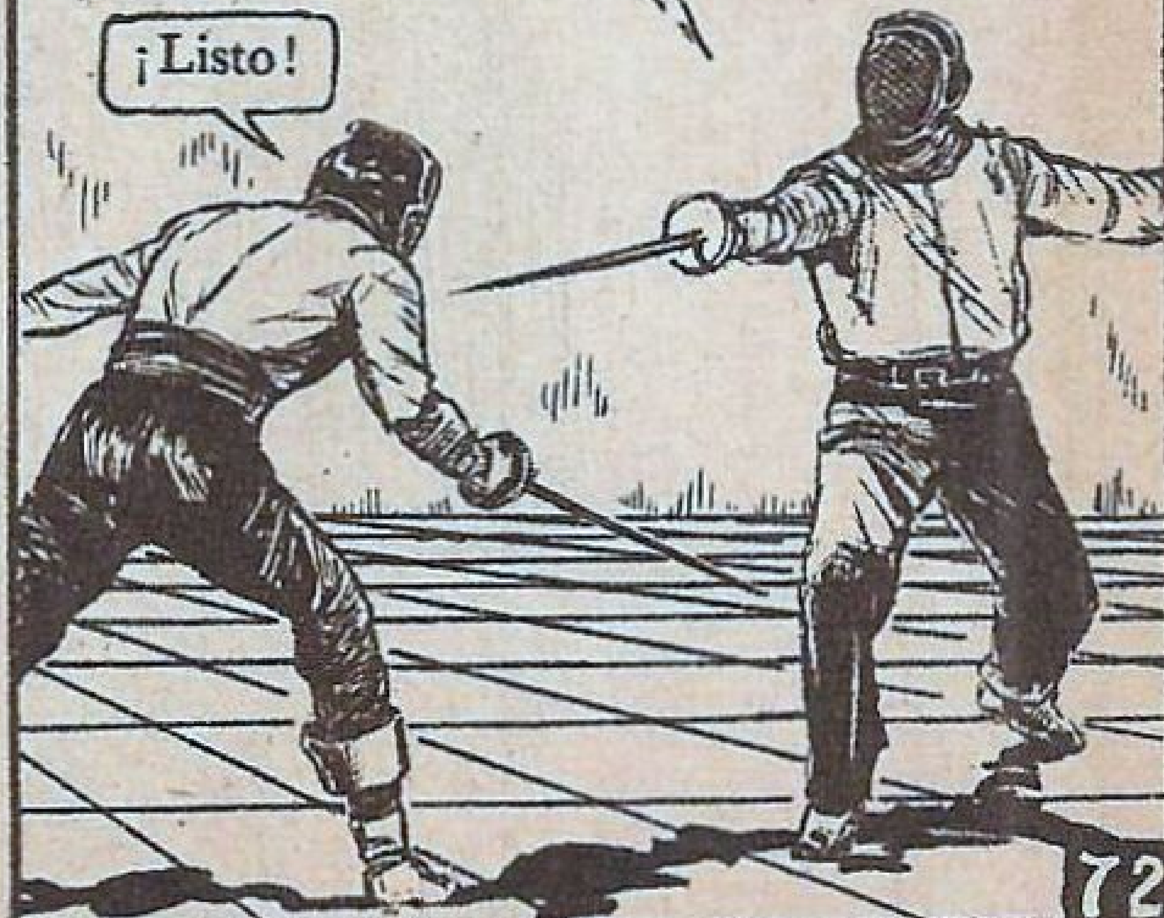
70



Lo miré estupefacto. Él no se inmutó. Los reflejos plateados de sus ojos azules me decían que no estaba yo frente a un niño, sino frente a un hombre; a un hombre a quien yo había imputado cobardía, y que quería vengarse.

71

Sentí, a mi vez, un salvaje deseo de enfrentarlo de nuevo, de castigarlo, y abandoné toda vacilación.



72

Cruzamos las hojas. Me encontraba ante un esgrimista de primera y un enconado enemigo. Me atacaba con una intensidad y un atrevimiento que yo no había hallado en ningún contrincante.

¿Quién era ese muchacho? La preocupación de su parecido con la efigie de la vidriera me volvió como una ráfaga. Pero en ese momento yo no podía pensar más que en mi propia defensa. Al querer pasar a la ofensiva advertí con horror que mi enemigo era más fuerte. Me había llevado contra la pared. Yo estaba perdido, cuando...

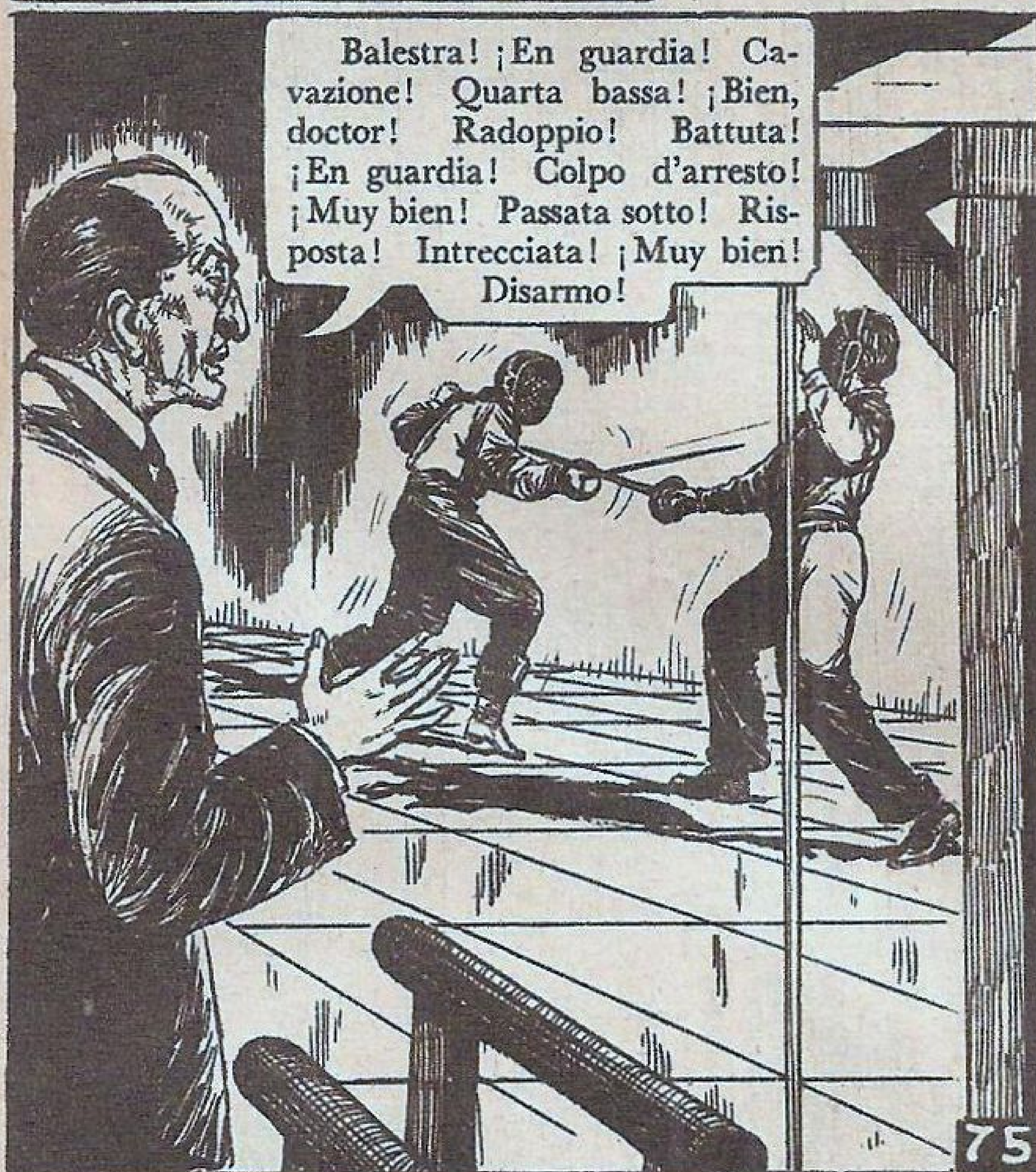




Reconocimos la voz del Barón, y elevamos los aceros.

★

Respondí con una risa histérica a la pregunta: —¿Está usted satisfecho de mi pupilo?—, que me formuló von Malchin, y en seguida éste se dispuso a dirigir un asalto. Daba sus órdenes, y Federico las cumplía con la velocidad del relámpago.



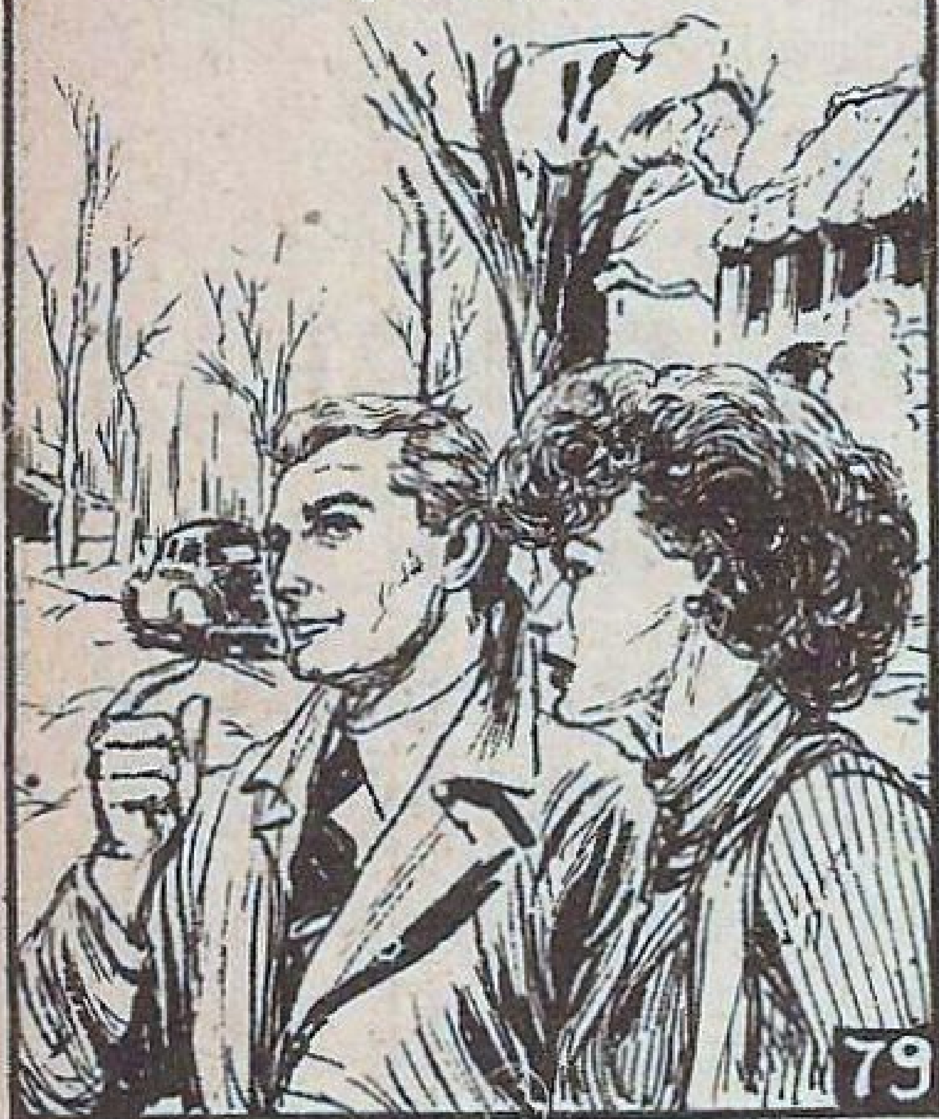
El acero voló de mis manos. Federico lo levantó y me lo alcanzó. Después me tendió la mano. El Barón comentó: —No esgrime mal para ser un muchacho de quince años.







Ella asintió y añadió un halagador elogio de mi retentiva. El Príncipe había subido al automóvil y se alejaba rumbo al "garage" del Barón. Kallisto y yo seguimos conversando en la calle. Atribuía a un exceso de arrogancia mía que no nos hubiésemos tratado más en el Instituto. —La pequeña estudiante griega no significaba nada para usted —llegó a afirmar con mimosa coquetería. Esto me hizo ver el asunto bajo un aspecto nuevo.







Y, con una inclinación de cabeza, entró en la casita. Al quedar a solas temí que todo no hubiera sido más que un sueño.







El ruso se obstinaba en jugar a las cartas con el sacerdote, cosa que éste rechazaba con dulce firmeza: no podía arriesgar dinero; tenía que cuidar hasta los centavos. Pero el Príncipe no se desanimaba.







★

Había algo, en las palabras de ella, que me hizo sentir avergonzado y molesto. Me parecía que las palabras dirigidas al Príncipe Praxatin en realidad estaban destinadas a mí. Sí: era conmigo que se estaba d i v i r tiendo. Me puse de pie.

★



Pero yo estaba decidido, y con amarga satisfacción comprobé que Bibiche no hacía más esfuerzos por retenerme. Cuando llegué a mi casa me arrojé sobre el sofá. Me sentía extraviado y descontento de mí. ¿Sabía Bibiche que le había entregado yo también mi corazón, pero seriamente, sin el histrionismo del ruso? ¿Sabía que alguna noche, después de ver entrar a von Malchin en el laboratorio, había permanecido yo horas y horas bajo la nieve, con la vista fija en los postigos azules, atormentado por los celos? ¿Y cómo consideraba ella mis sentimientos —que no por callados podían permanecerle ocultos— cuando ni siquiera me había confiado en qué consistía ese magno proyecto del Barón, en el cual ella colaboraba apasionadamente? Mis cavilaciones fueron interrumpidas por un niño, a quien Bibiche solía usar como mandadero.



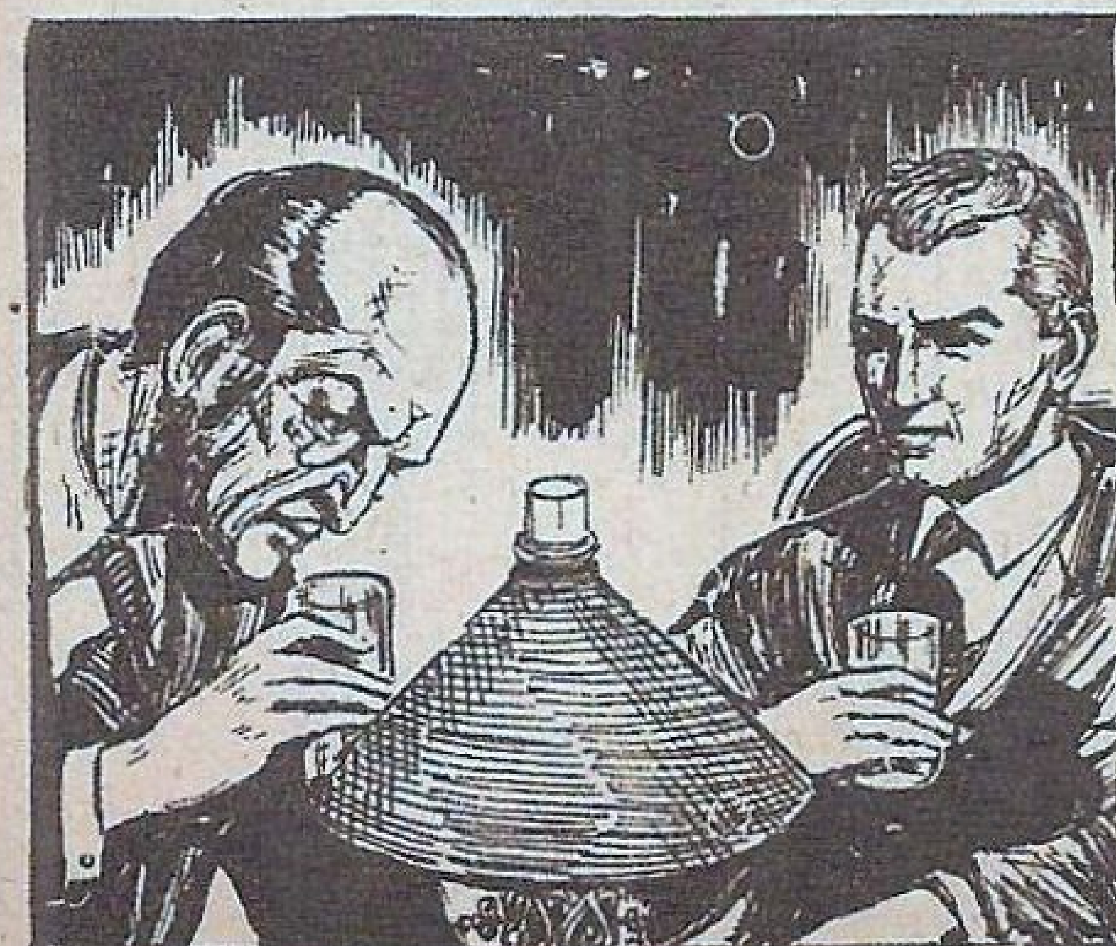
Salté del sofá y leí el billete. Decía: "Está usted enojado conmigo y no sé por qué. Pobre Bibiche. Tengo que hablarle hoy mismo. Estoy cenando con el Barón. ¿Puede esperarme en el portal esta noche, a las veintitrés? No me será posible ir más temprano."



★

Bibiche fué puntual a su cita, pero el Barón la acompañaba. Me hizo una broma sobre mis paseos en una noche tan fría, mientras ella me miraba con desesperación, como diciéndome: "Insistió en acompañarme; no pude evitarlo." Pero yo no me sentía fastidiado; era feliz al verla y saber que éramos amigos, a pesar de la torpeza de mis procederes. Después, mientras los tres marchábamos hacia la casita de postigos azules, deslizó su brazo en el mío y me dijo en voz baja: —Cuando quieres, te pones antipático.





Dejamos a Bibiche en su domicilio y, de regreso, el Barón, muy locuaz y comunicativo, se obstinó en que prolongásemos la velada en su estudio, mientras saboreábamos su excelente «whisky». Espontáneamente tuvo a bien explicarme por qué aquella habitación era la única de su residencia en que no había luz eléctrica. —Las más grandes obras de la inteligencia humana —me dijo von Malchin— han tomado forma...

92



...a la luz de una lámpara de aceite: la "Eneida" de Virgilio, el "Fausto" de Goethe... La lámpara de aceite dió su luz al desconocido que trazó los planos de la catedral de Aquisgrán. Cristo vió su luz amistosa y gentil. Las vírgenes prudentes del Evangelio llevaban lámparas de aceite en las manos, cuando avanzaban al encuentro del esposo. Y a esta amable claridad he arribado a la certeza de que si hay algún porvenir para Alemania o para Europa, será dependiendo de un emperador que gobierne el Santo Imperio Romano restaurado.

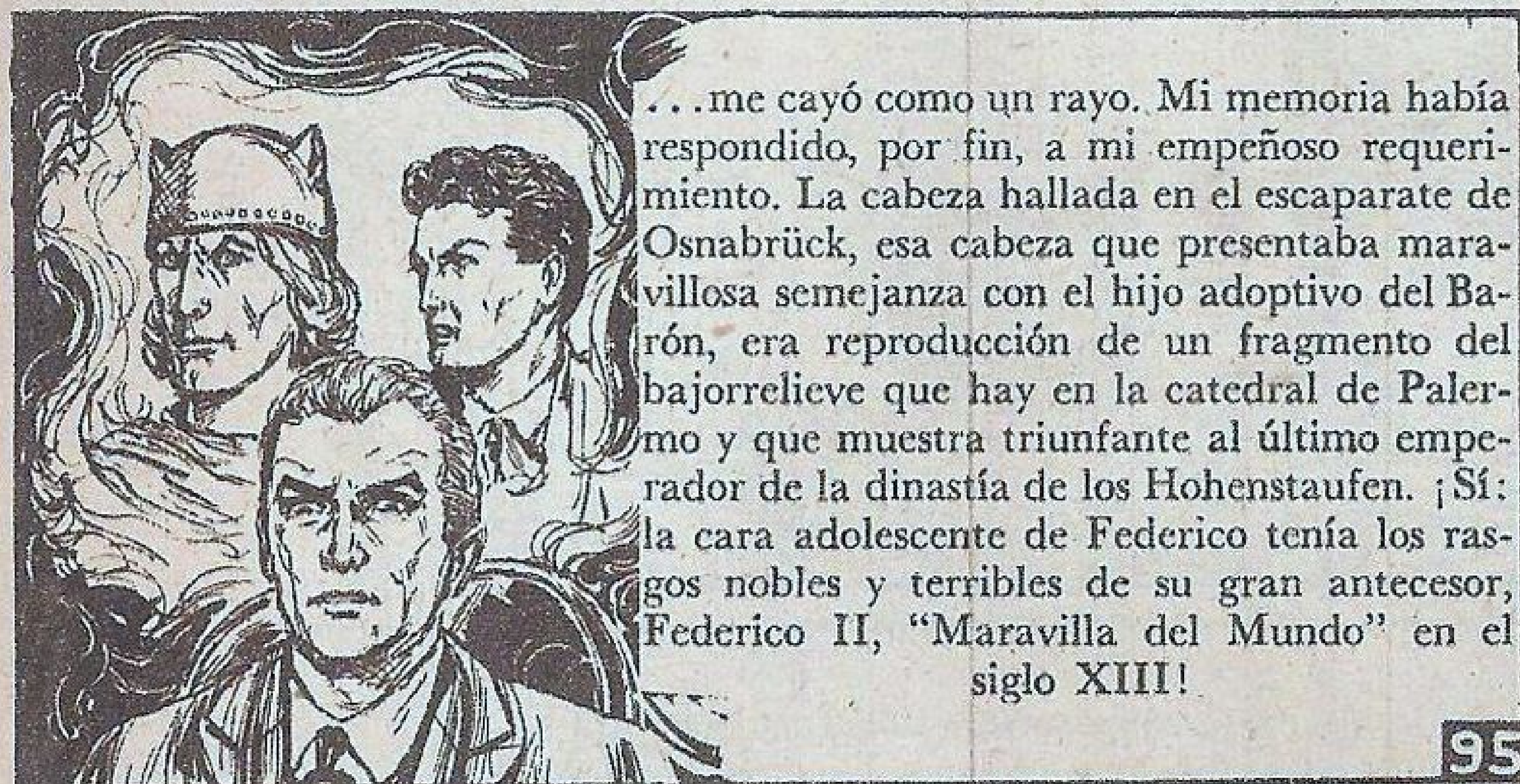
93

Carezco de términos para calificar el asombro que me produjo esa revelación. Freiherr von Malchin se apresuró a añadir que no era ése el trabajo en que se hallaba empeñado, pero que formaba parte de su plan. Continuó: —El reinado de los Habsburgos es un capítulo cerrado, lo reconozco. Pero están los Hohenstaufen, en cuya época palpitó el verdadero corazón del mundo. Su raza, contra lo que se cree, no se ha extinguido con aquel Federico II que murió en 1250. He seguido pacientemente el rastro de sus descendientes, generación tras generación, hasta dar con el último. Vivía en Bérgamo. Era pobre y se ganaba la vida como carpintero, mas su filiación imperial es inequívoca. Tenía un hijo, que no vaciló en confiarme.



No me atreví a contradecir al Barón. Tampoco sé si hubiera tenido suficiente fuerza de convicción para hacerlo, porque, al conjuro de la extraordinaria plática, yo acababa de hacer un reconocimiento que...

94



...me cayó como un rayo. Mi memoria había respondido, por fin, a mi empeñoso requerimiento. La cabeza hallada en el escaparate de Osnabrück, esa cabeza que presentaba maravillosa semejanza con el hijo adoptivo del Barón, era reproducción de un fragmento del bajorrelieve que hay en la catedral de Palermo y que muestra triunfante al último emperador de la dinastía de los Hohenstaufen. ¡Sí: la cara adolescente de Federico tenía los rasgos nobles y terribles de su gran antecesor, Federico II, "Maravilla del Mundo" en el siglo XIII!

95

A la inquietud emergente de esta comprobación, no tardó en sumarse el pavoroso influjo de lo que el Barón llamaba el trabajo de su vida. La primera indicación clara surgió de una conversación de que participaban también Bibiche y el presbítero. Éste fué quien planteó el tema, sin proponérselo, al sostener: —Creer es estar en gracia. La fe es la obra de Dios dentro de nosotros.

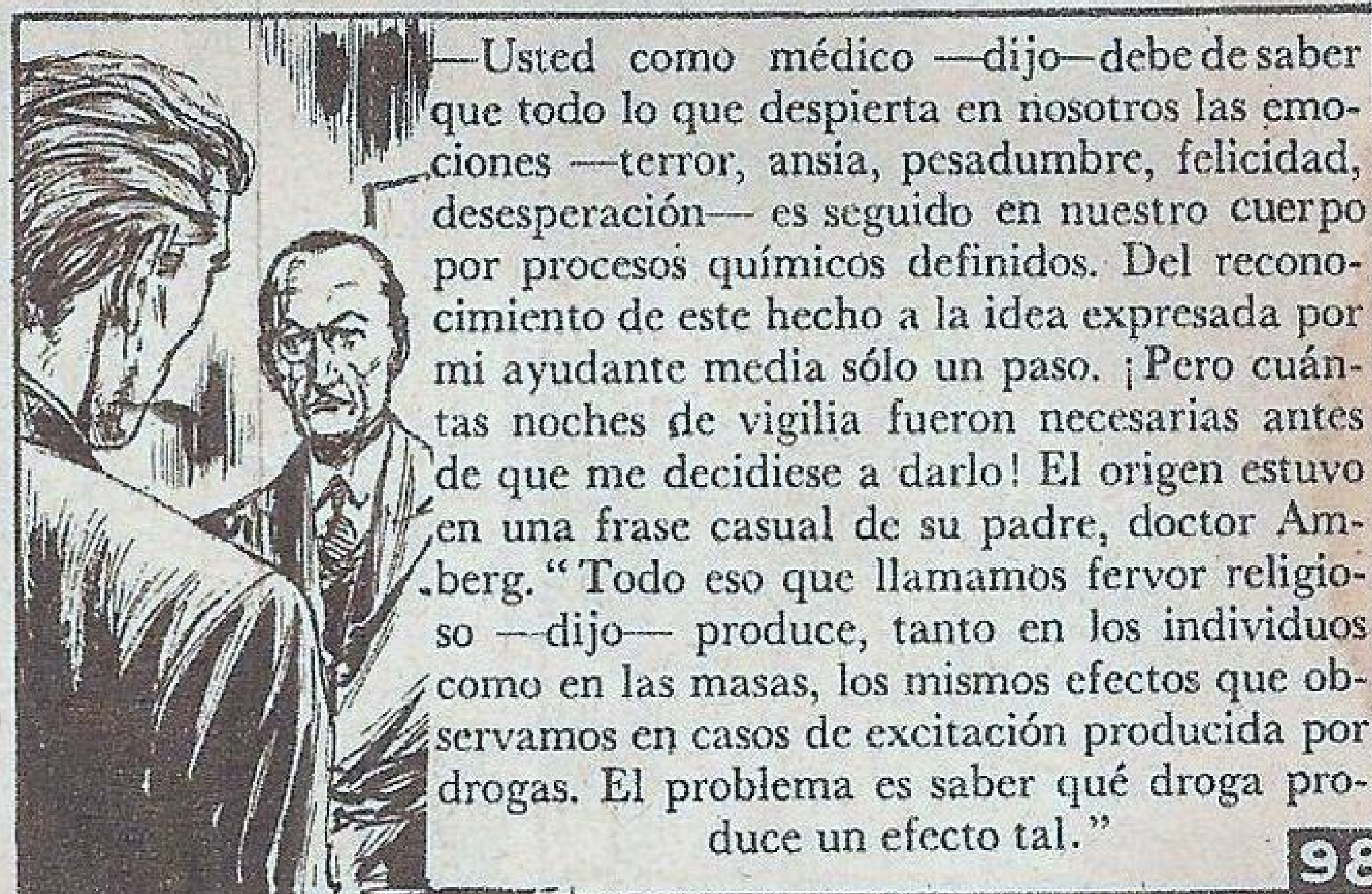


96



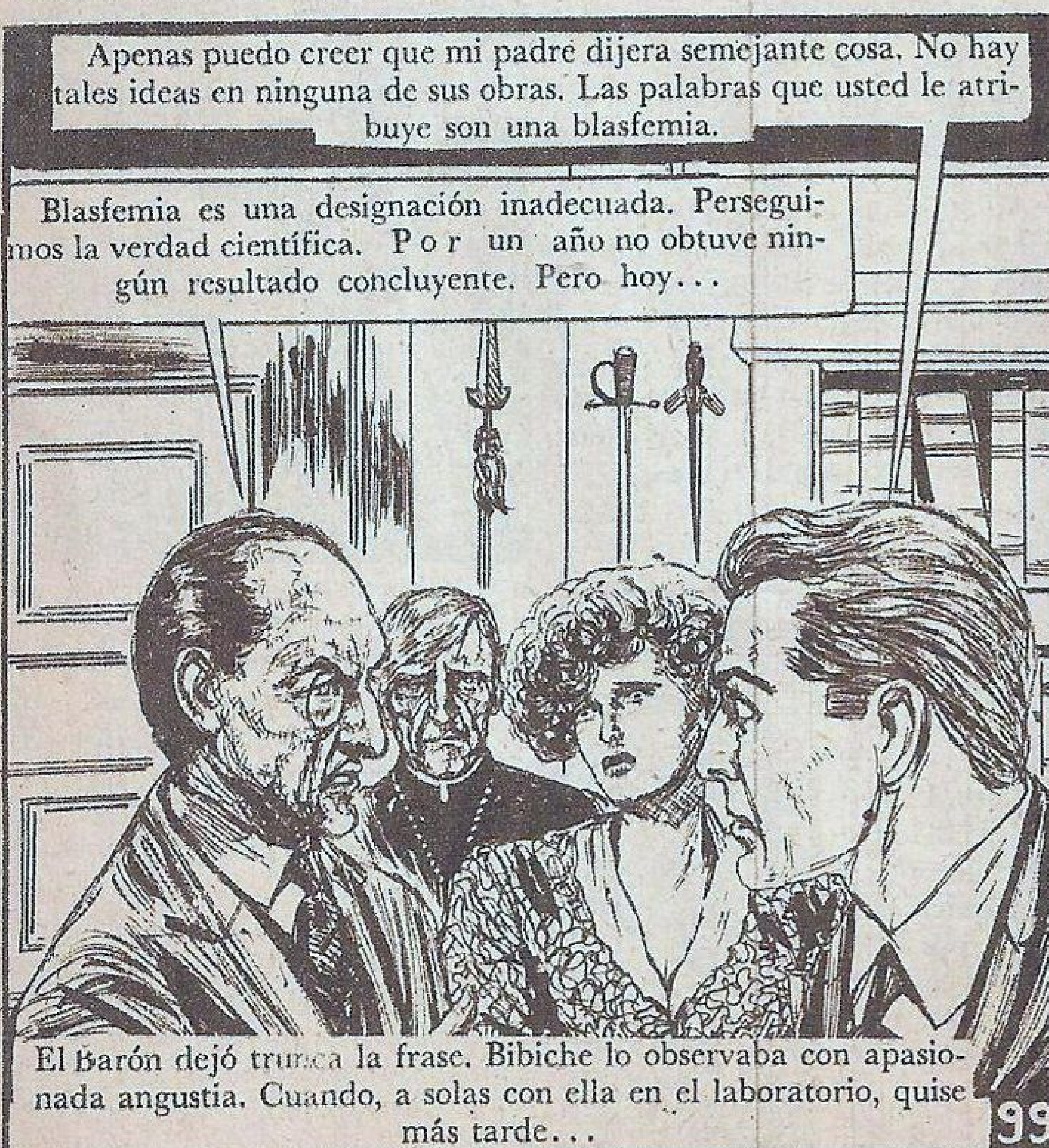
Se hizo un silencio repentino en la habitación. Yo estaba pasmado; en el gesto del sacerdote había una expresión de censura y de fatigada protesta, como si estuviese al tanto de las teorías que von Malchin, contestando por su ayudante, pasó a desarrollar.

97



—Usted como médico —dijo— debe de saber que todo lo que despierta en nosotros las emociones —terror, ansia, pesadumbre, felicidad, desesperación— es seguido en nuestro cuerpo por procesos químicos definidos. Del reconocimiento de este hecho a la idea expresada por mi ayudante media sólo un paso. ¡Pero cuántas noches de vigilia fueron necesarias antes de que me decidiese a darlo! El origen estuvo en una frase casual de su padre, doctor Amberg. "Todo eso que llamamos fervor religioso —dijo— produce, tanto en los individuos como en las masas, los mismos efectos que observamos en casos de excitación producida por drogas. El problema es saber qué droga produce un efecto tal."

98



El Barón dejó trunca la frase. Bibiche lo observaba con apasionada angustia. Cuando, a solas con ella en el laboratorio, quise más tarde...

99

...aclarar del todo aquel misterio que también la envolvía, tropecé con una reserva que me enfadó. Me marché, disgustado, y me alcanzó en la puerta de su casa.



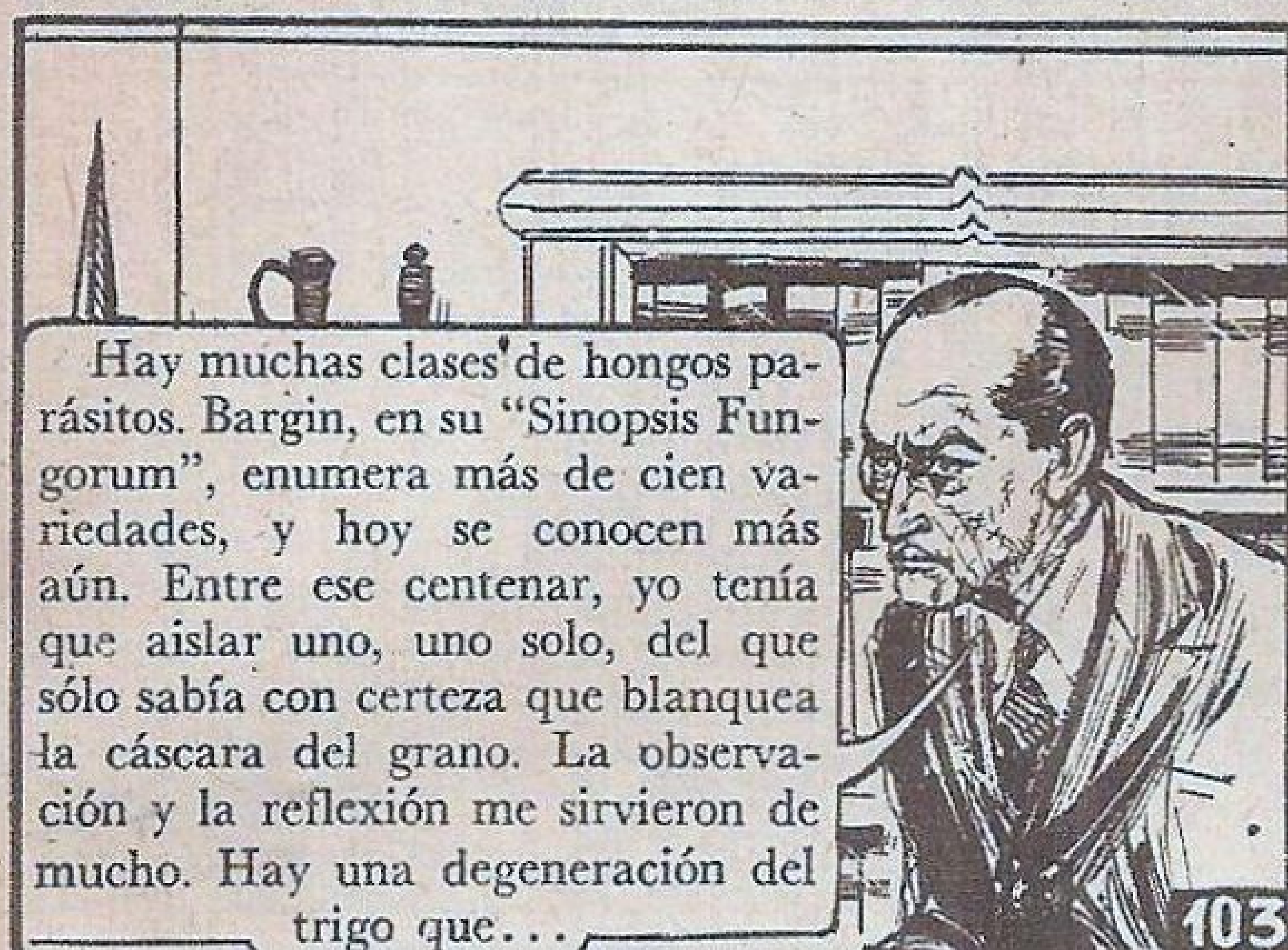
100



101



El transcurso de aquel lapso fijado por Bibiche habríame parecido de lentitud exasperante, si el Barón no hubiese venido involuntariamente en mi ayuda, explayando la totalidad de su pensamiento. Freiherr von Malchin creía haber descubierto el agente que, introducido en la alimentación humana, provocaba fenómenos de fanatismo, de fervor, de éxtasis. Ese elemento era la degeneración del trigo. En otros términos, consumir cierto trigo degenerado producía esas formas de exaltación. Esa conclusión —que von Malchin apoyaba en viejos textos orientales— lo llevó a buscar cuál era el hongo que originaba el tipo de degeneración del trigo que luego daba dichos resultados.



. . . ha sido descripta a menudo, y que en cada localidad donde aparece recibe un nombre diferente. En España, "tizón de Magdalena"; en Alsacia, "rocío de los espíritus"; en los Alpes, "nieve de San Pedro"; en Bohemia, "peste de San Juan"; aquí, en Westfalia, donde llegó a ser bastante común, la llamaban "el tizón de la Virgen". Todos estos nombres tienen de común un elemento religioso o místico. De este descubrimiento pasé a otro igualmente importante: cada vez que esa plaga había aparecido, el pueblo que la soportaba en sus sementeras —y por ende en su alimentación— experimentaba tremendas conmociones de fanatismo: la "cruzada de los niños", la exterminación de los albigenses, el nacimiento del. . .



. . . culto de Aná, y muchas otras luchas y revoluciones espirituales se han originado en comarcas donde había aparecido, poco antes, "el tizón de la Virgen". Para dar a esto una prueba experimental, yo sólo necesitaba producir artificialmente "el tizón de la Virgen", infectar el trigo naciente con los gérmenes del parásito, hacerlo consumir por el pueblo y esperar la reacción. Aquello. . . ¡ya está hecho!



El Barón había formulado su audaz conclusión en presencia del presbítero, quien sufría ostensiblemente.

Soy solamente un anciano que no ha hecho gran cosa en su vida, y sé que no queréis escucharme. Pero, a pesar de todo, no dejaré de preveniros. ¡No hagáis eso! ¡Dejad en paz a mis paisanos!. . . Temo por vosotros, por mí, por todos.



¡Mi viejo amigo!. . . ¿De qué tiene miedo? Yo sólo trato de que los hombres se acerquen más a Dios.



A medida que se acercaba el momento fijado por Bibiche para demostrarme su amor, "el tizón de la Virgen" se alejaba más y más de mi pensamiento, no obstante la impresión que me causaron las palabras reveladoras de von Malchin y la repulsa admonitoria del presbítero. Creo que había olvidado completamente todo eso, cuando el reloj de la iglesia comenzó a dar las nueve campanadas. Ella no vendría. Abrí la ventana. No se oía la más leve pisada sobre la nieve.



Me serví un vaso de "brandy". Luego otro. Ella no vendría. ¿Qué habría pasado? ¿Enferma? ¿El Barón? No, no estaría enferma. No querría, simplemente. Me había engañado; se divertía con mi credulidad. El Barón estaba con ella. . . ¡Y yo esperando, esperando horas y horas, esperando una eternidad! Llamaron a la puerta de mi habitación. El chico mandadero, que traía una excusa, seguramente. Me puse de espaldas a la puerta y exclamé: —¡Adelante!







Sí, soy yo; Bibiche. ¡*Tú* Bibiche! ¿Te he hecho esperar, amor mío?

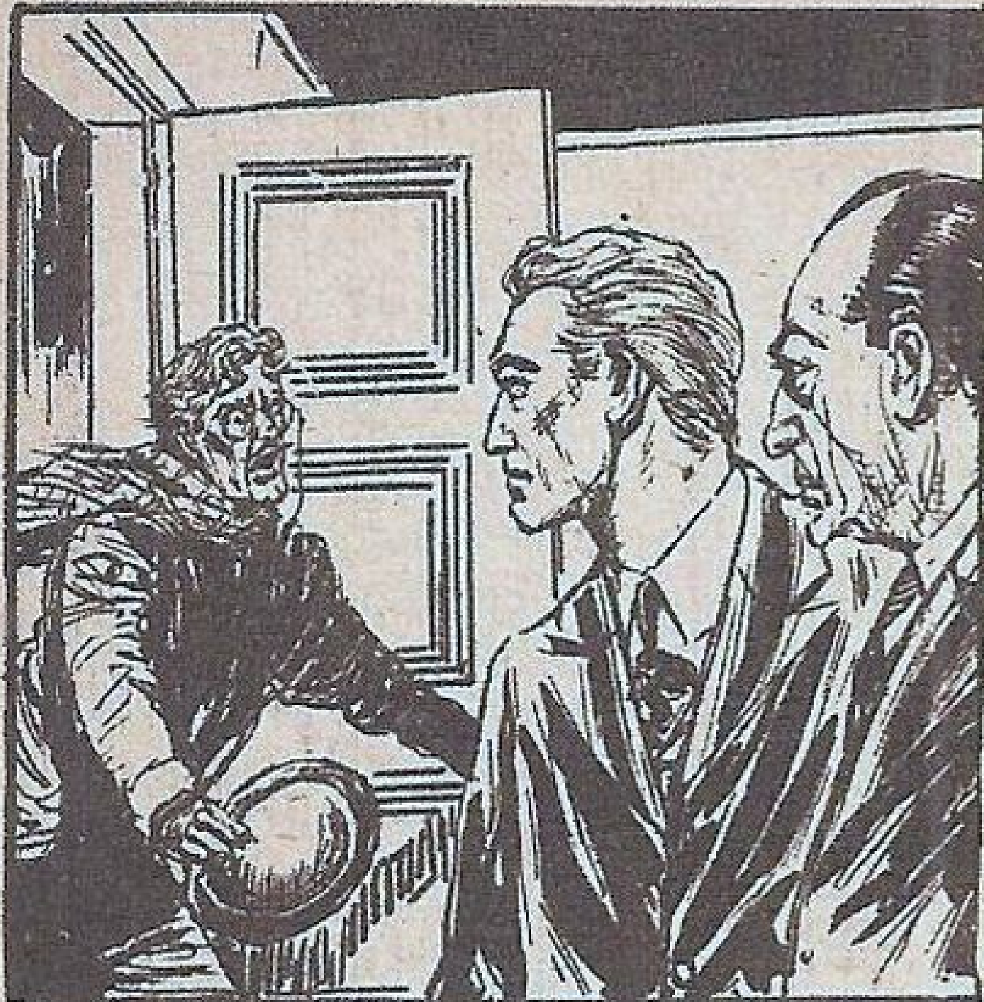
Al abrazarla, miré el reloj. Eran las nueve y tres minutos.

110



Una semana después, al dirigirme a casa del Barón, me encontré con uno de mis enfermos, quien me dijo que iba a escuchar la predicación. "Por todo el pueblo hay predicación" —agregó, y yo pensé que la dieta sazonada con "el tizón de la Virgen" estaba dando ya sus frutos.

111



Freiherr von Malchin me recibió en el vestíbulo. Empezó a hablar, y una vez más extendió ante mis ojos estructuras quiméricas y prodigiosas, construídas sobre sueños y esperanzas, y que yo oía fascinado por tal audacia de pensamiento. Nos interrumpió el redoble de las campanas de la iglesia, y, casi simultáneamente, la irrupción del maestro, que prorrumpió con voz entrecortada:
—¿Todavía está usted aquí, señor Barón? ¿No sabe lo que pasa?

112

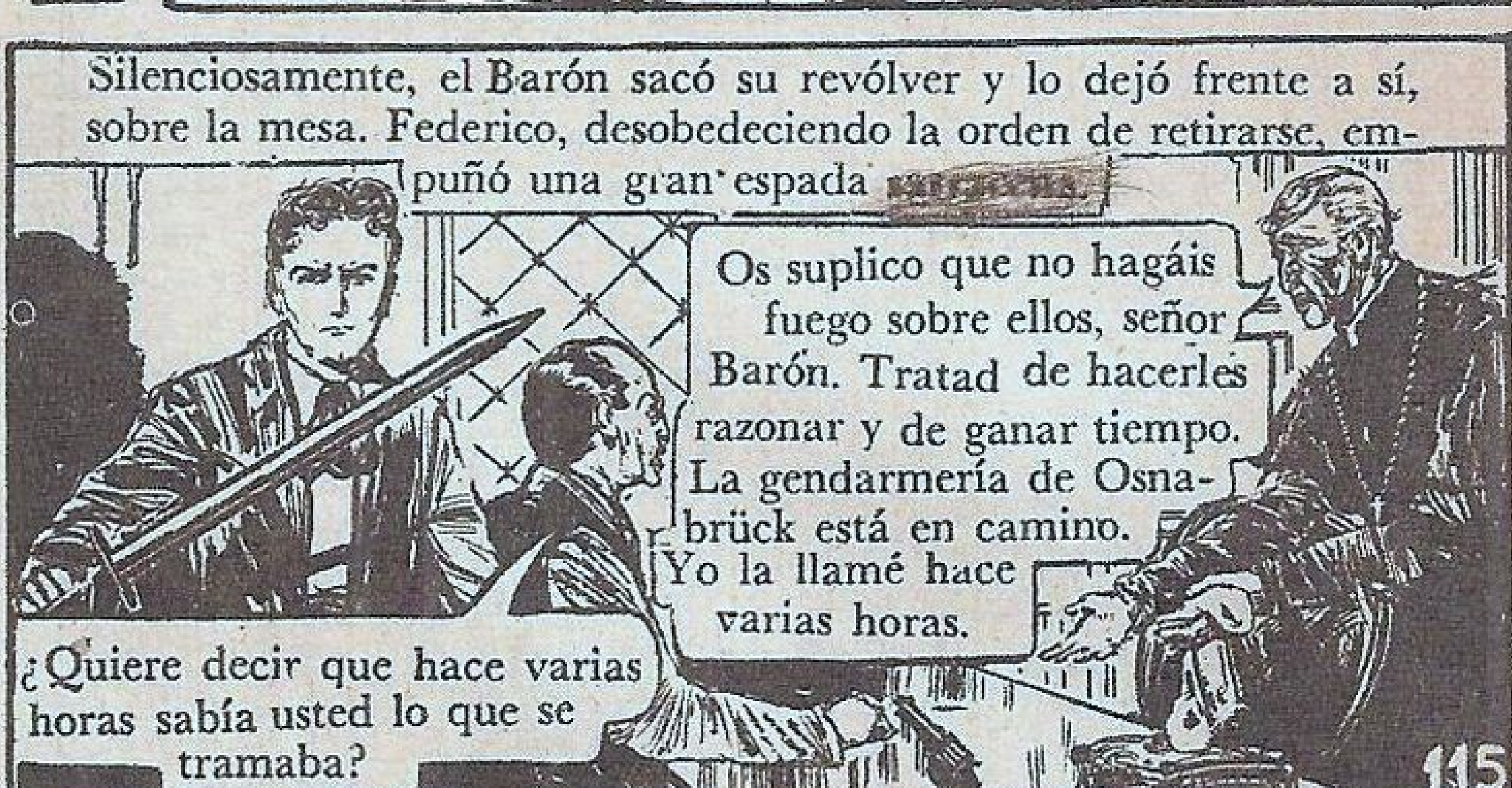




El presbítero había entrado apoyándose en Federico. Su sotana estaba hecha jirones. Se oprimía la mejilla con su gran pañuelo manchado de sangre. La muchedumbre, según explicó brevemente, lo había derribado a golpes. Después lo olvidaron, y pudo huir.

114

Silenciosamente, el Barón sacó su revólver y lo dejó frente a sí, sobre la mesa. Federico, desobedeciendo la orden de retirarse, empuñó una gran espada [redacted]





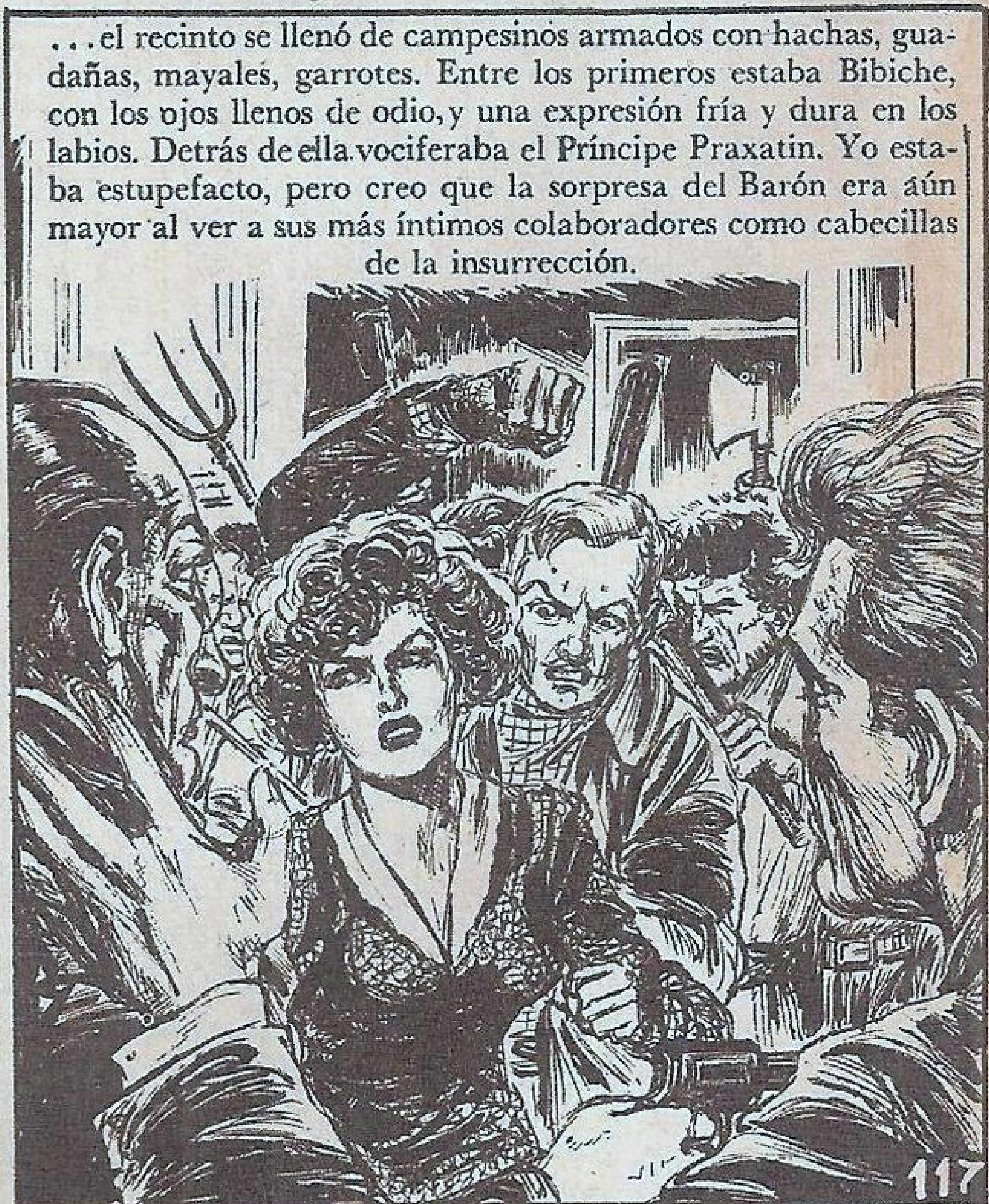
★

Yo sólo pensaba en Bibiche, en salir a buscarla. El Barón se levantó a abrir. En un instante . . .

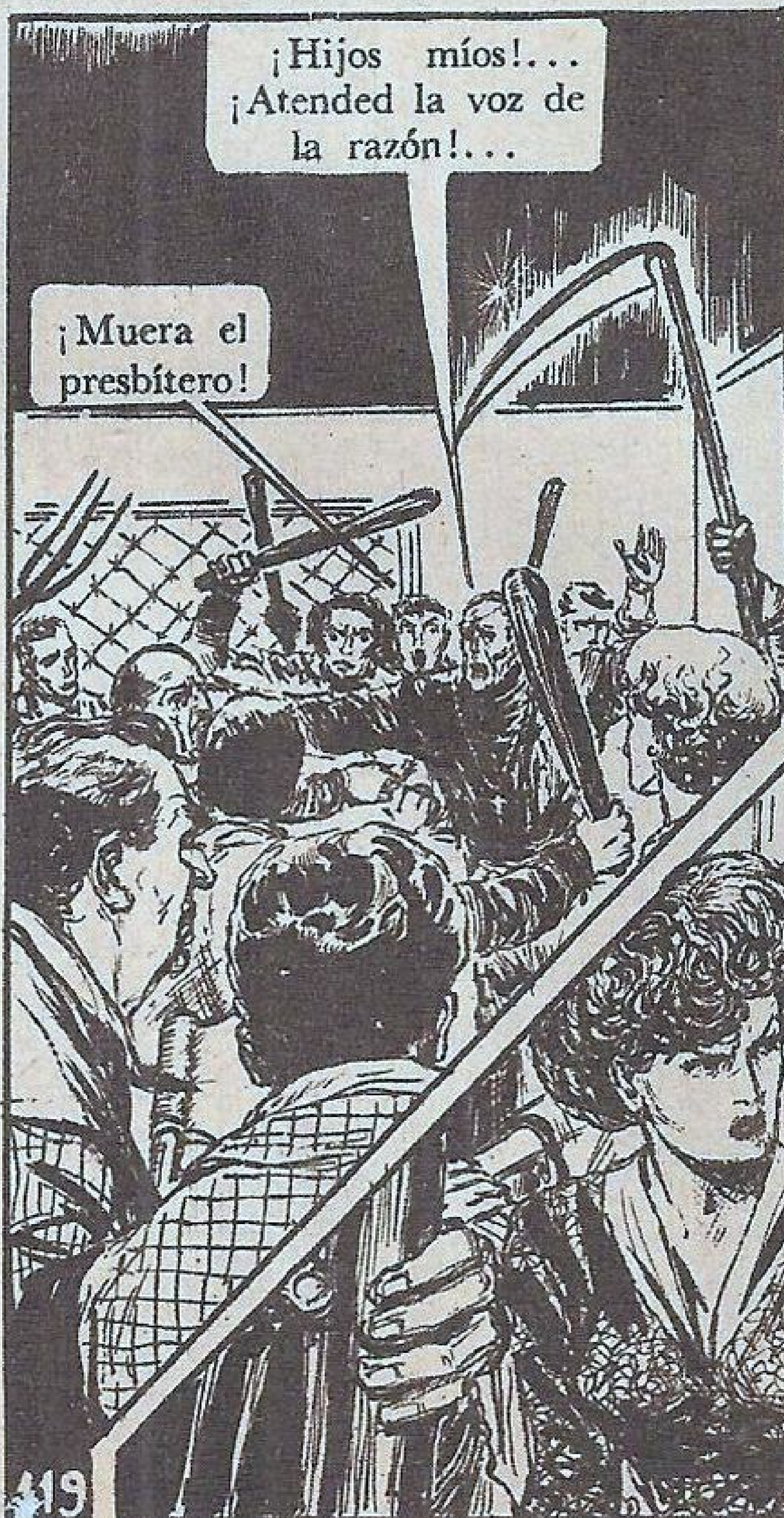
★

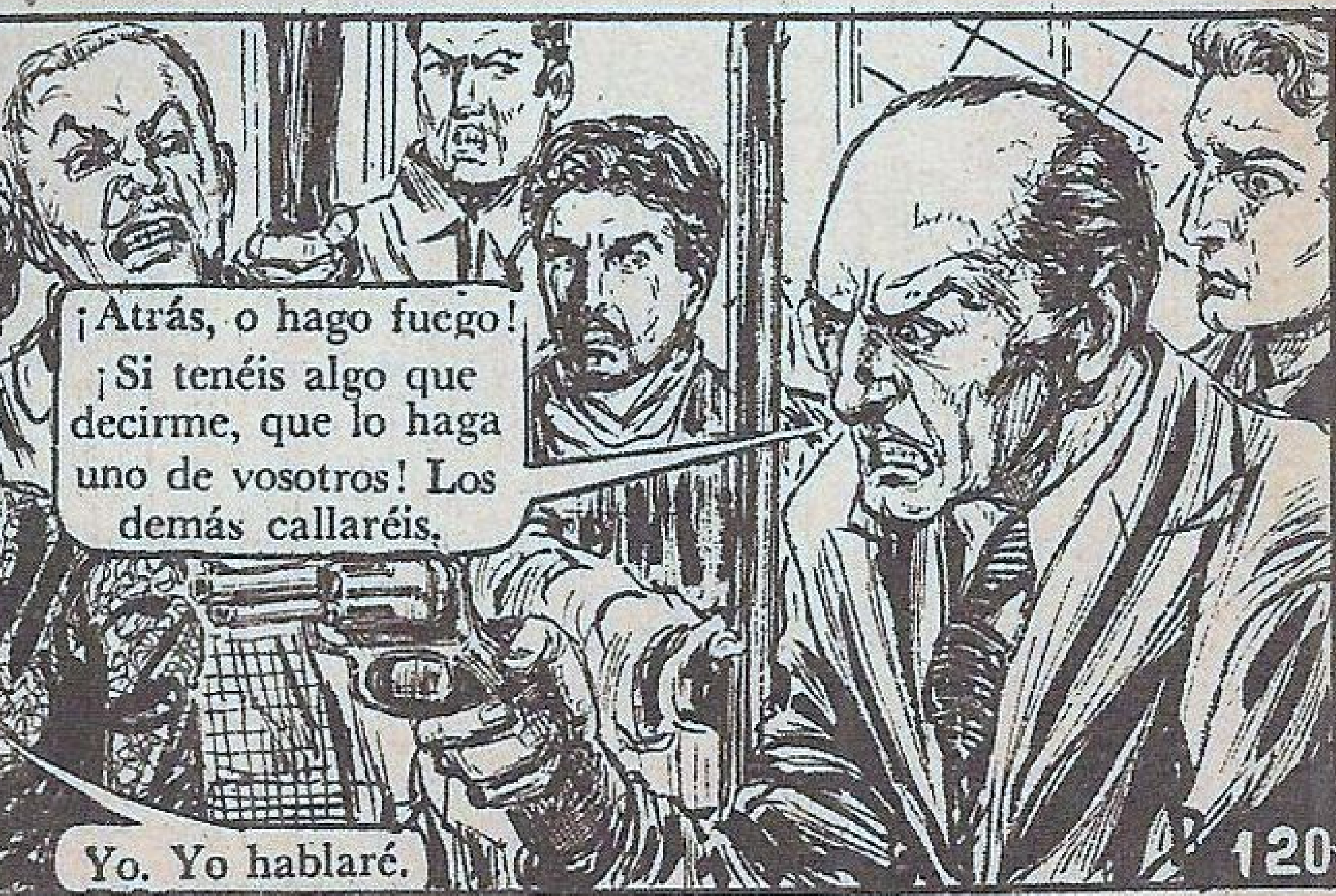
116

. . . el recinto se llenó de campesinos armados con hachas, guadañas, mayales, garrotes. Entre los primeros estaba Bibiche, con los ojos llenos de odio, y una expresión fría y dura en los labios. Detrás de ella vociferaba el Príncipe Praxatin. Yo estaba estupefacto, pero creo que la sorpresa del Barón era aún mayor al ver a sus más íntimos colaboradores como cabecillas de la insurrección.









¡Usted, Kallisto! ¡Usted, el parlamentario de esa chusma? ¿Me ha traicionado, pues? ¿Día a día, fríamente, me ha estado engañando?



Miradlo. ¡Éste es el hombre que se alimenta de vosotros, que se enriquece a vuestras expensas! Ahora está a merced vuestra. ¡Dadle su merecido!

121

No puedo relatar ordenadamente lo que siguió. Un objeto pesado pasó rozando la cabeza del Barón. Éste levantó el revólver y apuntó. La bala me hirió a mí, que me había arrojado entre el Barón y Bibiche. Entre todas las voces, prevalecía la del presbítero, en vana imploración de paz. La pieza tambaleaba y daba vueltas alrededor de mí. Sentí un agudo dolor en el hombro. Vi una guadaña que se balanceaba sobre mi cabeza y caía. —¡La gendarmería! ¡La gendarmería! ¡Llega la gendarmería! —gritaron varias voces. Oí el ruido de motores y bocinas. Perdí el conocimiento.



122

Luego, en el hospital, como ya he dicho, han tratado de hacerme creer que todo lo ocurrido en Morwede era producto de mi delirio. Felizmente estuvo a verme el presbítero, quien me explicó: —Hay influencias que están tratando de ocultar el asunto. No quieren que se sepa que ha habido disturbios de campesinos. Éstos han vuelto al trabajo. Von Malchin murió de un ataque al corazón durante la refriega. Federico ha sido restituído a su padre, carpintero de Bérgamo. Elsie ha ingresado como pupila en un colegio de Suiza. Bibiche ha vuelto al lado de su marido, reconciliados. ¡Ah! ¿No sabía usted que estaba casada?... Ella no traicionó a von Malchin: sólo que el experimento no dió el resultado que creía el Barón, porque cada época tiene su fe...

Interrumpí al presbítero: —¿Quiere decir que la fe de nuestra época es...? Pero no me contestaron. Abrí los ojos, y llamé a la enfermera.



¡Hermana! Por favor, haga que vuelva el presbítero que acaba de retirarse.



¿El presbítero? Aquí no había nadie. Usted estaba hablando solo.

123



Una semana después, con ayuda de un bastón, pude abandonar el hospital. Al ir a despedirme del director, lo acompañaba una joven, y él hizo las presentaciones.

Doctor Amberg, mi esposa... El doctor Amberg estuvo internado aquí... Estaba en la plaza de la estación y... A ver, doctor, cuéntenos cómo fué...



El director se acarició la barba con expresión satisfecha.

124

¡Ah! ¿Entonces no lo golpearon durante una revolución? ¿Sabes, querida? Era su idea fija. Había habido fractura de la base del cráneo y hemorragia cerebral, y por seis semanas nos tuvo muy apurados.

Temo que no tendrá muy buen recuerdo de todo ese tiempo.

Al contrario: hermosos recuerdos. Nunca lo olvidaré... Bibiche.



125

¿Cómo? ¿Se conocían ustedes?

Tuve el placer de estudiar con su esposa en el Instituto Bacteriológico de Berlín.



Pero ¡es claro! Estaba tratando de recordar de dónde conocía al doctor Amberg... Soy poco fisonomista.

126

Quedamos un instante callados. Bibiche me tendió la mano.

Espero que tenga buen viaje, Dr. Amberg. Y... piense bien de nosotros alguna vez.



127

Atravesé el patio. Sentía sobre mí la mirada de Bibiche. La nieve comenzaba a derretirse. El sol apareció por detrás de las nubes. El aire era suave. Parecía como si estuviese llegando la primavera.



FIN

128

La MUERTE *de la* EMPERATRIZ *de la* CHINA

Por RUBÉN DARÍO

ADAPTACIÓN — DIBUJOS DE PÉREZ del CASTILLO

Delicada y fina como una joya humana, vivía aquella muchachita de carne rosada, en la pequeña casa que tenía un saloncito con los tapices de color azul desfalleciente. Era su estuche. Se llamaba Suzette, y hacía año y medio que se había casado con...



...Recaredo. (Capricho paternal. ¡El no tenía la culpa de llamarse Recaredo!) Recaredo era escultor. En la casa tenía su taller, con profusión de mármoles, yesos, bronces y terracotas.



A veces, los que pasaban oían a través de las rejas y persianas una voz que cantaba y un martilleo vibrante y metálico. Suzette, Recaredo: la boca de la que emergía el cántico, y el golpe del cincel.



Luego el incesante idilio nupcial. En puntillas, llegar a donde él trabajaba y besarlo rápidamente. O él...



...llegarse quedamente hasta la "chaise longue" donde ella descansa, el libro abierto sobre el regazo, medio dormida; y allí, el beso en los labios, beso que sorbe el aliento y hace que se abran los ojos, inefablemente luminosos.



Y a todo esto, las carcajadas del mirlo, mirlo enjaulado que cuando Suzette toca música de Chopin se pone triste y no canta. ¡Las carcajadas del mirlo! No era poca cosa. — ¿Me quieres? — ¿No lo sabes? —¿Me amas? —¡Te adoro! Y ya estaba el animalucho echando toda la risa del pico.



Cuando los dos amados estaban juntos, se arreglaban uno a otro el cabello. Y aunque no eran sino pobres muchachos enamorados, se veían hermosos, gloriosos y reales. Porque el Amor, ¡ oh, ¡jóvenes llenos de sangre y de sueños!, pone un azul cristal ante los ojos y da las infinitas alegrías.



Recaredo tenía la pasión de la forma, y gran afición por japonerías y chinerías. Era en esto original. No sé qué habría dado por hablar en chino o japonés. Conocía los mejores álbumes; había leído buenos exotistas, adoraba a Loti y a Judith Gautier, y hacía sacrificios por adquirir trabajos legítimos de Yokohama, de Nagasaki, de Kioto o de Nankin o Pekín: los cuchillos, las pipas, las máscaras feas y misteriosas, los mandarinitos enanos, los monstruos de grandes bocas de batracios, y diminutos soldados de Tartaria, con faces foscas.

Aquella mañana, Recaredo entró muy alegre. Llevaba una carta en la mano y despertó a Suzette, que dormía junto a un tazón de rosas.



Suzette, un tanto amodorrada, se había sentado y le había quitado el papel. ¡Conque aquel andariego había llegado tan lejos! ¡Un excelente muchacho el tal Robert, con la manía de viajar! Había partido hacía dos años para San Francisco de California. ¡Habríase visto loco igual!



Decía la carta: "Hong-Kong, 18 de enero de 1888. Mi buen Recaredo: En San Francisco supe vuestro casamiento y me alegré. Di un salto y caí en la China. He venido como agente de una casa californiana, importadora de sedas, lacas, marfiles y demás chinerías. Junto con esta carta debes recibir un regalo mío que, dada tu afición por las cosas de este país amarillo, te llegará de perlas. Ponme a los pies de Suzette y conserva el obsequio en memoria de tu ROBERT."



Ambos soltaron la carcajada. El mirlo a su vez hizo estallar la jaula en una explosión de gritos musicales.

10

La caja había llegado; una caja de regular tamaño, llena de marchamos, de números y de letras negras que decían y daban a entender que el contenido era muy frágil. Cuando la caja se abrió, apareció el misterio.





Era un fino busto de porcelana, un admirable busto de mujer sonriente, pálido y encantador. En la base tenía tres inscripciones, una en caracteres chinescos, otra en inglés y otra en francés: "La Emperatriz de la China."

12

La Emperatriz de la China. ¿Qué manos de artista asiático habían modelado aquellas formas atrayentes de misterio? Era una cabellera recogida y apretada, una faz enigmática, ojos bajos y extraños, de princesa celeste; sonrisa de esfinge, cuello erguido sobre los hombros columbinos, cubiertos por una onda de seda bordada de dragones, todo dando magia a la porcelana blanca, con tonos de cera, inmaculada y cándida. ¡La Emperatriz de la China! Suzette pasó sus dedos de rosa sobre los ojos de aquella graciosa soberana, un tanto inclinados, bajo los puros y nobles arcos de las cejas. Estaba contenta.

Y Recaredo sentía orgullo de poseer su porcelana. Le haría un gabinete especial, para que viviese y reinase sola, como en el Louvre la Venus de Milo, triunfadora, cobijada imperialmente por el "plafond" de su recinto sagrado.



Así lo hizo. En un extremo del taller formó un gabinete minúsculo, con biombos cubiertos de arrozales y de grullas. Predominaba la nota amarilla. Toda la gama: oro, fuego, ocre de oriente, hoja de otoño, hasta el pálido que agoniza fundido en la blancura. En el centro, sobre un pedestal dorado y negro, se alzaba la exótica imperial. Alrededor de ella...



...había colocado Recaredo todas sus japonerías y curiosidades chinas. La cubría un gran quitasol nipón, pintado de camelias y de anchas rosas sangrientas. Era cosa de risa, cuando el artista soñador, después de dejar la pipa y los cinceles, llegaba frente a la Emperatriz, con las manos cruzadas sobre el pecho, a hacer zalemas. Una, dos, diez, veinte veces la visitaba. Era una pasión. En un plato de laca yokohamesa...



...le ponía flores frescas todos los días. Tenía por momentos v e r d a d eros arrobos delante del busto asiático que lo conmovía con su deleitable e inmóvil m a j e stad. Estudiaba sus menores detalles: el caracol de la oreja, la nariz pulida, el arco del labio. Suzette lo llamaba de lejos. —¡Voy! — contestaba; y seguía en la contemplación de su obra de arte.



Un día, las flores del plato de laca desaparecieron como por encanto.



Allá en lo hondo de su cerebro, se decía el señor Recaredo, artista escultor: "¿Qué tendrá mi mujercita?" No comía casi. Estaba seria: ¡qué seria! La miraba con el rabo del ojo y veía aquellas pupilas húmedas como si quisieran llorar. Al responder, Suzette hablaba como los niños a quienes se ha negado un dulce.



¿Qué tendrá mi mujercita? ¡Oh, señor Recaredo! Lo que tiene vuestra mujercita es que sois un hombre abominable. ¿No habéis notado que, desde que esa buena de la Emperatriz de la China ha llegado a vuestra casa, el saloncito azul se ha entristecido y el mirlo no canta ni ríe con su risa perlada? Suzette despierta a Chopin y lentamente hace brotar la melodía enferma y melancólica del negro piano sonoro. Tiene celos, señor Recaredo: tiene el mal de los celos, ahogador y quemante como una serpiente encendida que aprieta el alma. ¿Celos? Quizá él lo comprendiese, porque...

18

... una tarde, a través del humo de una taza de café...

Eres demasiado injusta. ¿Acaso no te amo con toda mi alma? ¿Acaso no sabes leer en mis ojos lo que hay dentro de mi corazón?



Y Suzette rompió a llorar. ¡Que la amaba! No, ya no la amaba. Habían huído las buenas y radiantes horas, y los besos que chasqueaban t a m bién eran idos, como pájaros en fuga. A ella, a Suzette, la había dejado por la otra.

¡La otra! Recaredo dió un salto. Estaba engañada. ¿Lo diría por la rubia Eulogia, o por la ricachona Gabriela, o por aquella Luisa...?

Mira, chiquilla, dime la verdad. ¿Quién es ella? Sabes cuánto te adoro, amor mío.





Temblaba tanta verdad de amor en aquellas palabras entrecortadas y trémulas, que Suzette, con los ojos enrojecidos, secos ya de lágrimas, se levantó irguiendo su linda cabeza heráldica. —¿Me amas? 21

—¡Bien lo sabes!

Deja pues que me vengue de mi rival. Ella o yo: escoge. Si es cierto que me adoras, ¿querrás permitir que la aparte para siempre de tu camino, que quede yo sola, confiada en tu pasión?



—Sea — dijo Recaredo. Y, viendo irse a su avecita celosa y terca, prosiguió sorbiendo el café, tan negro como la tinta. No había tomado tres sorbos, cuando oyó un gran ruido en el recinto de su taller.

Fué. ¿Qué miraron sus ojos? El busto había desaparecido del pedestal negro y oro, y, entre minúsculos mandarines caídos y descolgados abanicos, se veían por el suelo pedazos de porcelana que crujían bajo los zapatos de Suzette, quien, toda encendida y con el cabello suelto, aguardando los besos, decía entre carcajadas argentinas al maridito asustado: —Estoy vengada. Ha muerto para ti la Emperatriz de la China.



Y, cuando comenzó la ardiente reconciliación de los labios, en el saloncito azul, todo lleno de regocijo, el mirlo, en su jaula, se moría de risa.



Luisa MILLER

Por FEDERICO SCHILLER

ADAPTACIÓN • DIBUJOS DE ARTURO CASTILLO

A través de las páginas de INTERVALO han desfilado adaptaciones de "Guillermo Tell", "María Estuardo", "La doncella de Orleáns" y "La conjuración de Fiesco". Todas estas obras, de Juan Cristóbal Federico Schiller (1759-1805), muestran la tendencia del gran poeta —que comparte con Goethe el cetro de la literatura alemana— a dar un fondo histórico a las manifestaciones de su genio dramático y a infundir en sus evocaciones un generoso sentimiento de amor a la libertad y a la justicia. La que hoy publicamos, fiel a esas características, pertenece a la juventud de Schiller.

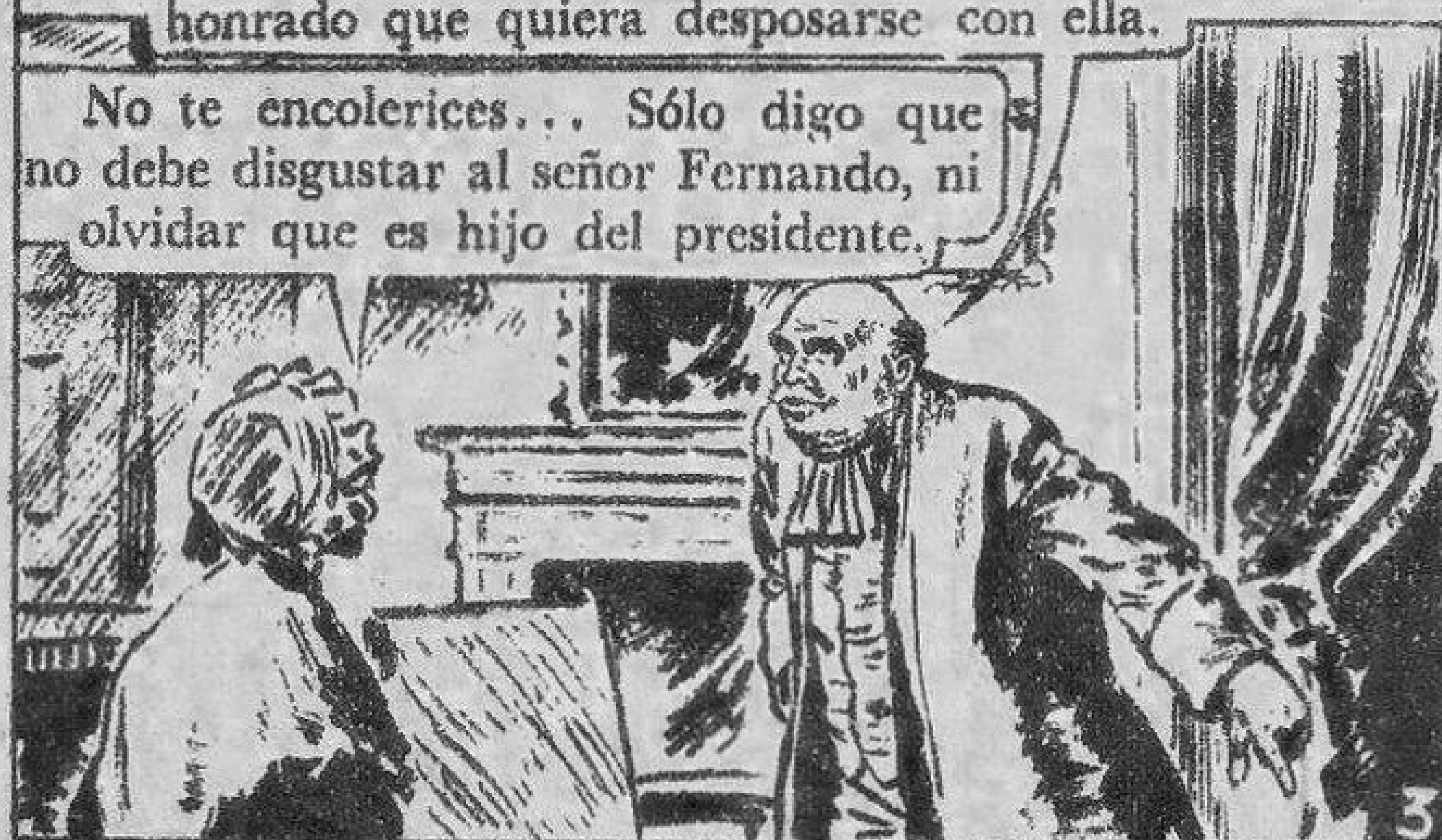


Estamos en una ciudad germana, en el siglo XVII. Vive allí la corte, disoluta y egoísta, de un soberano no mejor ni peor que la mayoría de los que reinan en los territorios comprendidos entre el Rin y el Vístula, entre los Alpes y el Báltico. El presidente del Consejo, que ejerce la autoridad inmediata, es herr Walter, y ha llegado a su eminente cargo después de cometer un crimen contra su predecesor. Pero no es en su palacio donde se inicia esta historia, sino...

1

...en la modesta casa de Miller, viejo violoncelista que se gana la vida tocando en las iglesias y en las fiestas.







En ese instante apareció en la puerta el secretario Wurms, un pelirrojo de ojos pequeños y malignos, que hacía de confidente y auxiliar de Walter, y cuyas aspiraciones a la mano de Luisa sacaban de quicio al viejo músico.

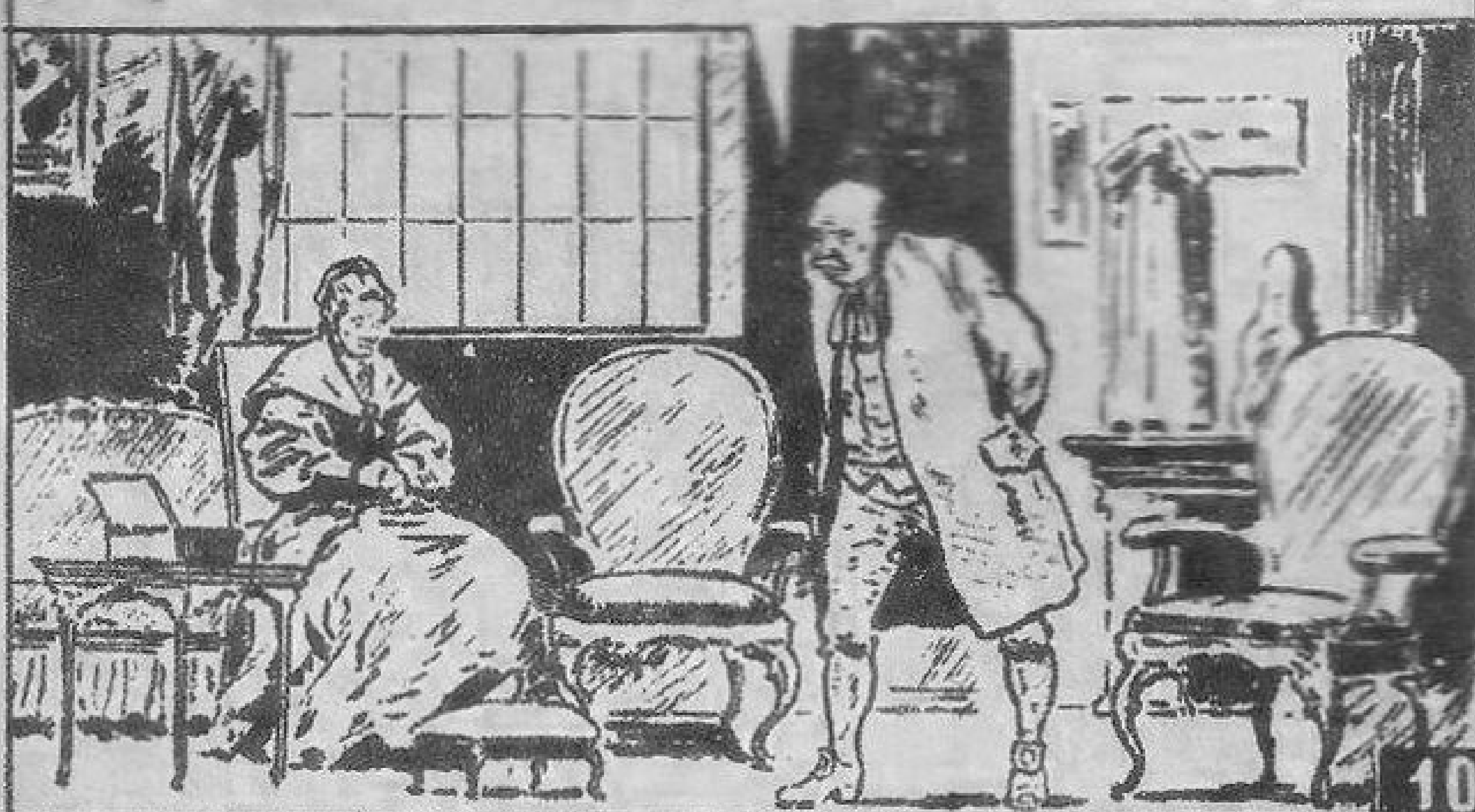














En efecto, en ese momento entró una hermosa adolescente. Saludó a sus padres y paseó luego una mirada rápida y ávida en torno, pues había creído oír la voz de Fernando. Como no lo halló, acercóse impacientemente a una ventana.











Wurms, despechado y caviloso, llegó al palacio de Walter y empezó a tejer su intriga. Una dramática solidaridad ligaba a aquellos dos hombres,pues el sinuoso secretario había sido cómplice en el crimen a que el presidente debía su encumbramiento. Al principio, la relación de los amores de su hijo con Luisa Miller sólo mereció de Walter una sonrisa incrédula e irónica. Pero la seriedad de los hechos fué comunicándose a su semblante, y al cabo replicó gravemente: —Si es como decís, pronto podréis tomaros desquite. Hay en el gabinete el propósito de. . .



. . .alejar a lady Milford antes de que llegue la nueva Duquesa. Es preciso que el Duque quede preso en las redes de la familia. . . Mi hijo se desposará con lady Milford. ¿Qué os parece?





Wurms insiste y logra quebrantar la seguridad de que se jactaba el presidente. Debe prever que Fernando rechace dar su nombre a lady Milford, la favorita del Duque. Argüirá razones de honor. Pero si el presidente le replica ordenándole casarse con una dama insospechable, entonces Fernando no podrá eludir sus disposiciones, sino confesando que ama a otra, y el presidente hallará la oportunidad de imponerse a su hijo. Así deliberaban, cuando un ayuda de cámara anunció al señor de Kalb, mariscal de la corte. El presidente despide al secretario con un gesto.



El mariscal de Kalb, vano como un pavo real, olía a ámbar y esencias, y hablaba con grandes aspavientos. El presidente Walter oyó distraído sus frivolidades hasta que lo interrumpió bruscamente.





Por un rato, el presidente sigue con expresión desdeñosa y divertida al huero personaje que se aleja de su despacho. Luego, volviendo sobre sus pensamientos, hace comparecer a su hijo y empieza a hablarle con severidad. Lo nota triste y melancólico, sin disposición de secundar sus planes. Sin embargo, éstos obedecen a la exclusiva preocupación de labrarle un porvenir. Con esa mira, ningún obstáculo lo ha detenido, y hoy le ofrece un camino libre y desembarazado, por el que alcanzará honores y fortuna.

Mas como el joven rechazara con horror esta herencia, su padre lo interrumpió ásperamente.



Mis creencias sobre la felicidad no están de acuerdo con las vuestras, señor. Envidia, maldiciones, miedo..., ésos son los espejos donde se mira el poderoso.



¡Magistral! ¡Sublime! ¡Lástima que mi cabeza sea ya demasiado dura para aprender tan extravagante lección! Y bien: tu talento no se enmohecerá..., Pondré alguien a tu lado, para que puedas entregarte sin peligro a esas extrañas locurás... Acordarás hoy mismo tomar mujer. He enviado, en tu nombre, una tarjeta a la Milford. No tardes en visitarla y decirle que serás su futuro esposo.



¿A la Milford, señor? Pero...¿habláis en broma? ¿Cómo me presentaría luego sin avergonzarme ni aún ante el más humilde jornalero?

¡Bravo, querido hijo! Ahora comprendo que eres un hombre cabal..., y digno de la mejor dama del ducado. Sea: hoy al mediodía te desposarás con la Condesa de Ostheim.



El presidente tendía a su hijo la trampa sugerida por Wurms. Fernando palideció al oír el nombre de la Condesa, una de las bellas y virtuosas doncellas de la corte. El presidente lo advirtió y le dirigió una recelosa mirada. ¿Estaría el secretario en lo cierto?





El presidente retrocedió un paso, lleno de ira.







Y Fernando de Walter, bajo el peso de la orden del implacable presidente, encaminóse al palacio de lady Milford, la inglesa favorita del Duque, cuyo poder en la corte era ilimitado. Pero, si el joven hubiera podido adelantarse a sí mismo, habría visto la agitación de lady Milford y oído unas palabras que jamás imaginó en sus labios.













Un ayuda de cámara interrumpe las apasionadas confidencias de la favorita. Se inclina hasta el suelo y pone en manos de lady Milford un estuche que le envía el Duque. Contiene joyas, joyas valiosísimas, joyas deslumbradoras. Con un estremecimiento de horror, lady Milford pregunta cuánto han costado, y el servidor responde, sin lograr contener las lágrimas —Cuestan... nada más que siete mil jóvenes soldados, enviados en ayuda de un lejano aliado, que retribuyó con estas piedras. Algunos protestaron..., y sus cadáveres yacen en la plaza. Entre ellos, los de dos hijos míos...



Pero el viejo sirviente, con frío desprecio y aun exponiéndose a la temible ira de su ama, no aceptó la bolsita de dinero que ella le ofrecía. —Juntadlo con lo demás— le dijo, y se retiró.

Lady Milford era un corazón apasionado y, generosa aún en su condición, llamó a otro criado, le ordenó que esas joyas se vendieran y que su importe sirviera para socorrer a cuatrocientas familias de una aldea que había sido devorada por un incendio. Apenas lo hubo hecho, le anunciaron a Fernando, y ella se estremeció de impaciencia e incertidumbre.









Y lady Milford narró a Fernando su historia dolorosa. Ella era inglesa, de la noble y desgraciada familia de los Norfolk, cuyos m i e m bros se arruinaron por sostener la causa de María Estuardo.

Su padre murió en la horca, condenado por el parlamento, sus bienes fueron confiscados y su familia desterrada. Ella quedó huérfana, sin saber más que tocar el piano y decir algunas palabras en francés. Habituada al lujo, a las lisonjas, a las servidumbres numerosas, pensaba ya en el suicidio cuando el Duque la conoció, se prendó de ella y le juró amarla, desplegando ante su vista un porvenir espléndido. —Mi corazón ardía en deseos de encontrar otro corazón. Yo me entregué al suyo — afirmó Milady.



—Oíd más. El Duque, en verdad, sorprendió mi inexperiencia, pero la sangre inglesa de los Norfolk se rebelaba contra la idea de verme reducida a ser la favorita de un tiranuelo alemán. Cuando llegué, procuré remediar las injusticias que veía . . .



—Yo, Walter, he abierto muchos calabozos, he roto sentencias de muerte y abreviado condenas a galeras . . . Y el hombre que ahora podría recompensarme, el que por obra del destino quizá pudiera salvarme, al...





Lady Milford, ciega de alegría por lo que creía un cambio en el ánimo del joven, lo tomó de las manos y prosiguió con acento lleno de fuego:

46

Egidio Esteban Passamonti/2020 - Columberos

—Oye, Walter; si una desdichada como yo, llevada por una fuerza irresistible, se acercara a ti rebosando de amor, y tú, para rechazarla, pronunciaras una palabra vacía: "Honor"..., y ella en su desesperación cayera de nuevo en el vicio...



—¡No, por Dios! Milady, debo haceros una confesión. Amo a una joven de obscuro origen, a Luisa Miller, la hija del músico...



—Sé que abro un abismo a mis pies, pero el deber habla más alto que la prudencia. Me recordaréis mi clase, mi nacimiento, las ideas de mi padre, pero yo la amo. ¿Queréis decirme algo, milady?



Lady Milford levantó el rostro que había ocultado entre las manos.

—Juntos no podremos ya ser felices, Walter. Pero mi orgullo no puede retroceder: nuestro enlace es el tema de todos. Mi oprobio será inmenso si un súbdito del Duque me desprecia. Arreglaos con vuestro padre, defendeos como podáis, pero yo apelaré a todos mis recursos.



Entretanto, la delación de Wurms y la confesión de Fernando habían obrado sobre el soberbio presidente, que veía interponerse el amor de su hijo y Luisa como una valla para sus ambiciosos planes. Y así el...

. . . viejo músico vió, desesperado, que se acercaba a su casa el presidente con sus agentes como un presagio de la cólera del poderoso a quien no detenían ni el honor ni la ley. Poco antes había llegado Fernando, de vuelta del palacio de la Milford.

La entrevista de los novios fué cruel y dolorosa, pero afirmó en el ánimo de Fernando la decisión de enfrentar al padre. Al salir de la casa tropezó con aquél y sus esbirros.











Al oír la terrible amenaza —que para Luisa y su madre significaba la lapidación y la picota, y para el viejo, años de cárcel—, el Barón se interpuso entre ellos y los guardias, mientras la mujer de Miller caía de rodillas, y el músico se aprestaba a defenderse con su endeble bastón.

—¡Llevadlos! ¡En nombre del Duque! ¡Lejos de esa mujerzuela, Fernando! ¿He de repetiros mis órdenes?





Los gendarmes retroceden ante la espada amenazante. Entonces el propio presidente recoge a Luisa, que se ha desmayado, y la entrega a sus guardias. Fernando reconoce su impotencia y. . . 57

. . . se inclina al oído del padre.



La alusión al crimen que le había permitido ascender a su cargo, hirió al presidente como un rayo.



Y, levantando apenas la mano, el presidente confirmó sus órdenes con una seña a los asombrados gendarmes. 59

De vuelta a su casa, el presidente narró al secretario lo sucedido. Wurms, conocedor de los secretos resortes de la pasión y del arrebatado carácter del Barón Fernando, desaconsejó al Presidente los caminos de la violencia para lograr su objetivo.

No os pongáis en lucha con una pasión que crece con los obstáculos. O yo no lo comprendo, o vuestro hijo es tan desenfrenado en su amor como en sus celos. Que llegue a sospechar algo de Luisa... Basta un grano de levadura para fermentar toda la masa...



A continuación, el secretario Wurms explicó su plan. Tratábase de encarcelar al músico y a su esposa, acusados de ofensas a Su Alteza. La condición para que saliesen libres y sin daño sería una carta escrita por Luisa en los términos que se le dictasen. Luego, ella debería callar a todo trance, para evitar el cumplimiento de la amenaza que pendería siempre sobre sus padres. Por este medio, Luisa perdería el cariño de Fernando, sus padres se humillarían poco a poco ante tantos reveses y luego, quizá, hasta acogerían de buen grado la propuesta de Wurms para casarse con Luisa, cuya reputación estaría comprometida. El mariscal de Kalb se prestaría a la intriga.



El presidente admite que la trama está hábilmente urdida. Luego se sienta y traza unas líneas.

Que lleven inmediatamente a la justicia esta orden de prisión contra Miller y su esposa. Y que se haga saber al mariscal que lo espero.



Kalb no tarda en comparecer. Como sus intereses están estrechamente ligados a la posición política de Walter, éste no halla mucha dificultad para alarmarlo. Bock, copero mayor de la corte, será el elegido para substituir a Fernando como esposo de la favorita. Bock es enemigo de Kalb, y en cuanto pueda influir sobre lady Milford, Kalb estará perdido. ¿Cómo evitarlo? Que Fernando se desengañe de Luisa y no se opondrá a casarse con lady Milford. ¿Y qué hacer para que pierda su confianza en la hija del músico? Que vea una carta de Luisa dirigida a un caballero. El destinatario de esa misiva será el mariscal.

El mariscal no se atreve a prestarse al papel que se le quiere asignar.

Pero tened en cuenta mi buen nombre...

Perdonadme: ignoraba que dieseis tanta importancia a vuestra fama de hombre irreprochable... Retiro lo dicho. ¡Que triunfe Bock! Yo renunciaré...



¡Qué sería de mí, si vos me abandonaseis! ¡Ah, no..., desechad ese pensamiento! Estoy dispuesto a todo.

Bien. La Miller os propondrá una cita en una esquela. Dejaréis esta carta donde Fernando pueda encontrarla. Puede ser, por ejemplo, en el desfile..., al sacar el pañuelo..., y desempeñaréis ante Fernando vuestro papel de enamorado. Hoy se escribirá ese billete. Venid por él esta noche.



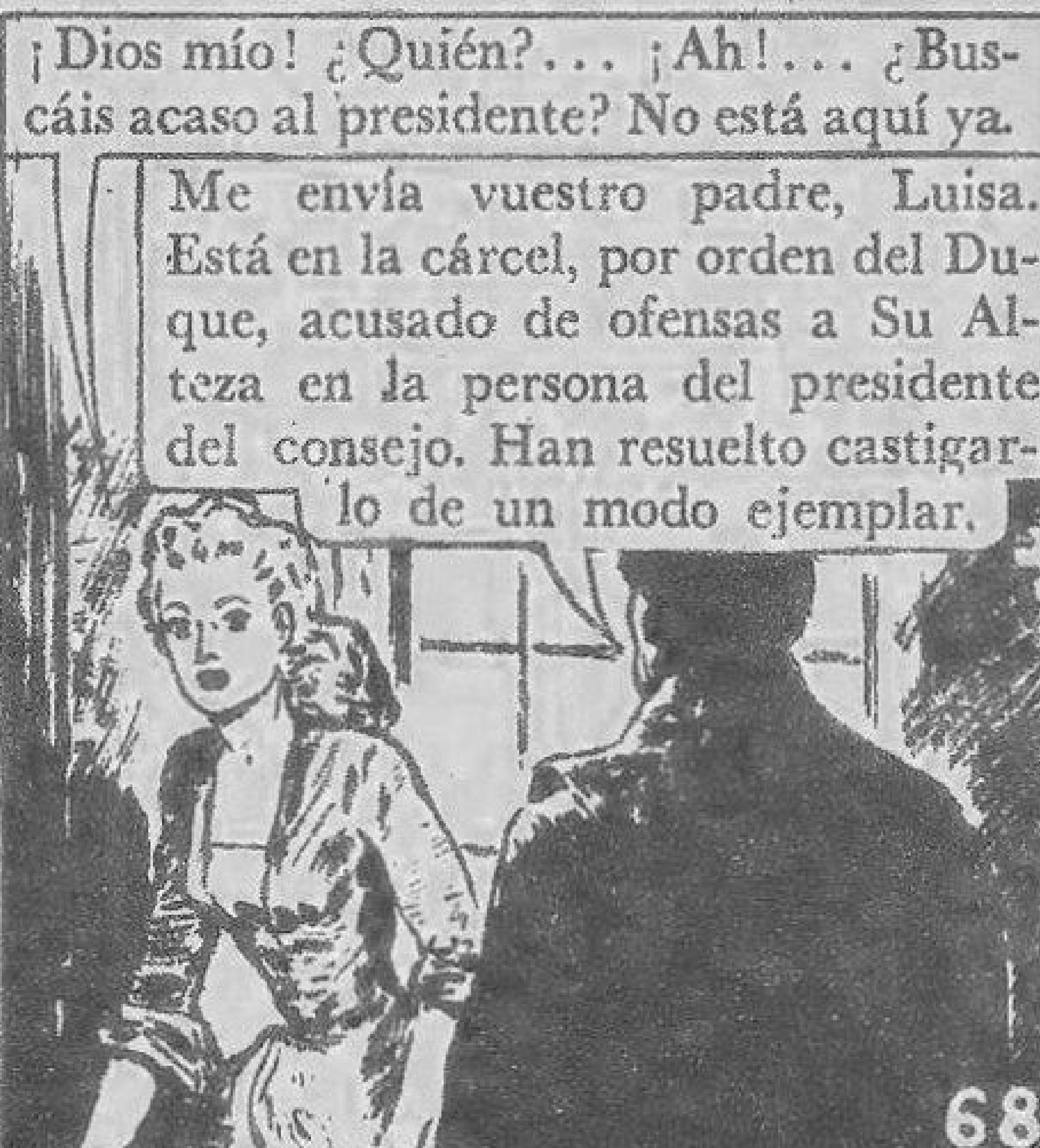
Ya Miller y su mujer habían sido apresados secretamente, y, en la tarde de ese triste día, Fernando y Luisa conversan en uno de los aposentos de la solitaria casa del músico.



Pero a esta ardiente instancia, Luisa opuso una suave y firme negativa. Ella no podía abandonar a sus padres, ancianos ya y ahora en manos del presidente, que castigaría en ellos la burla de sus propósitos. Al fin le pidió, entre sollozos, que considerara todo como un engañoso ensueño, pues Fernando, más que a sí mismo, se pertenecía a su linaje. Ella, humilde burguesa, no podría quebrantar las rígidas leyes que le imponía esta desigualdad de nacimiento. Fernando le creyó sólo a medias. Distraído, rompió las cuerdas de uno de los violines del músico y luego dió libre paso a su cólera.

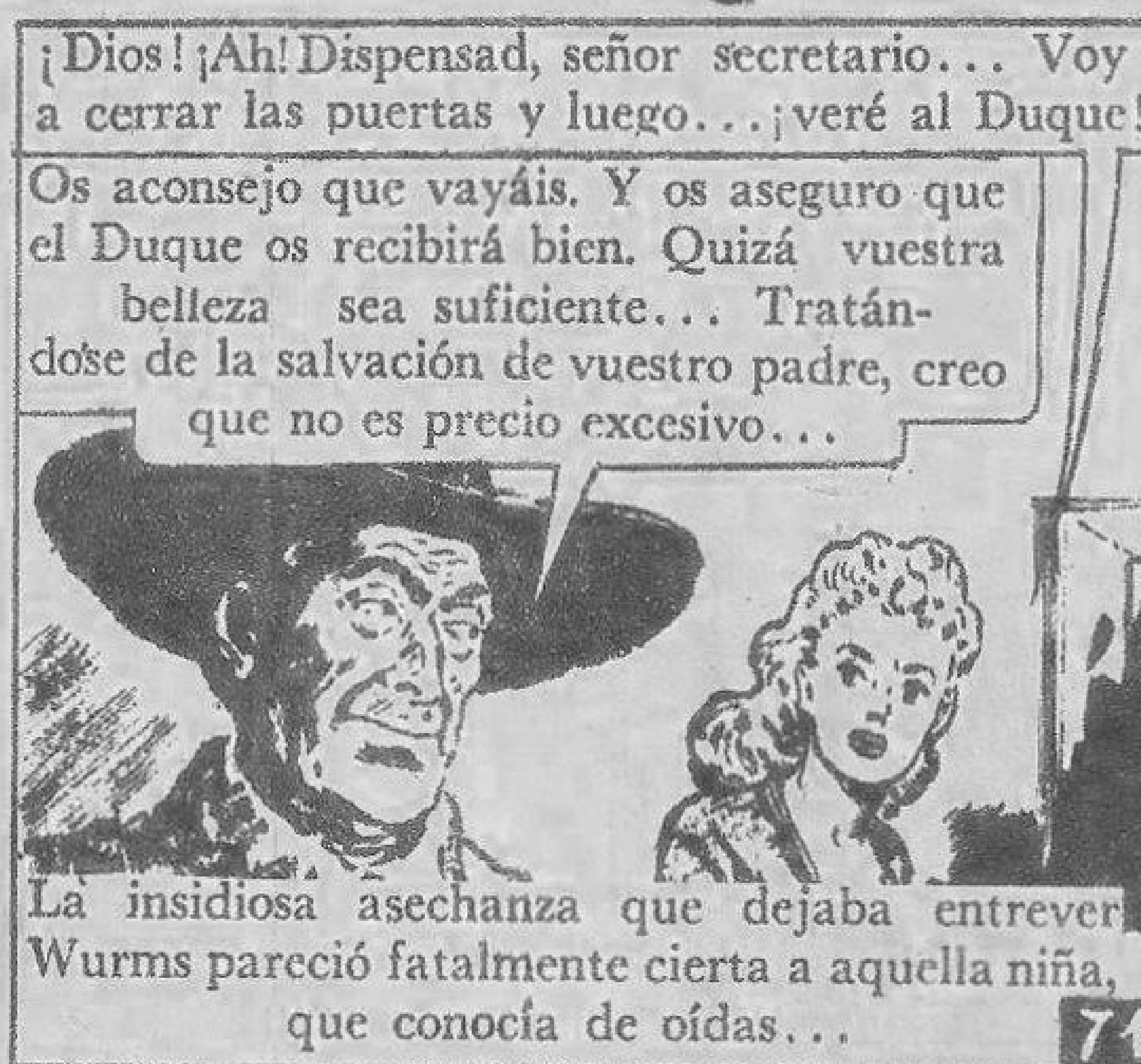


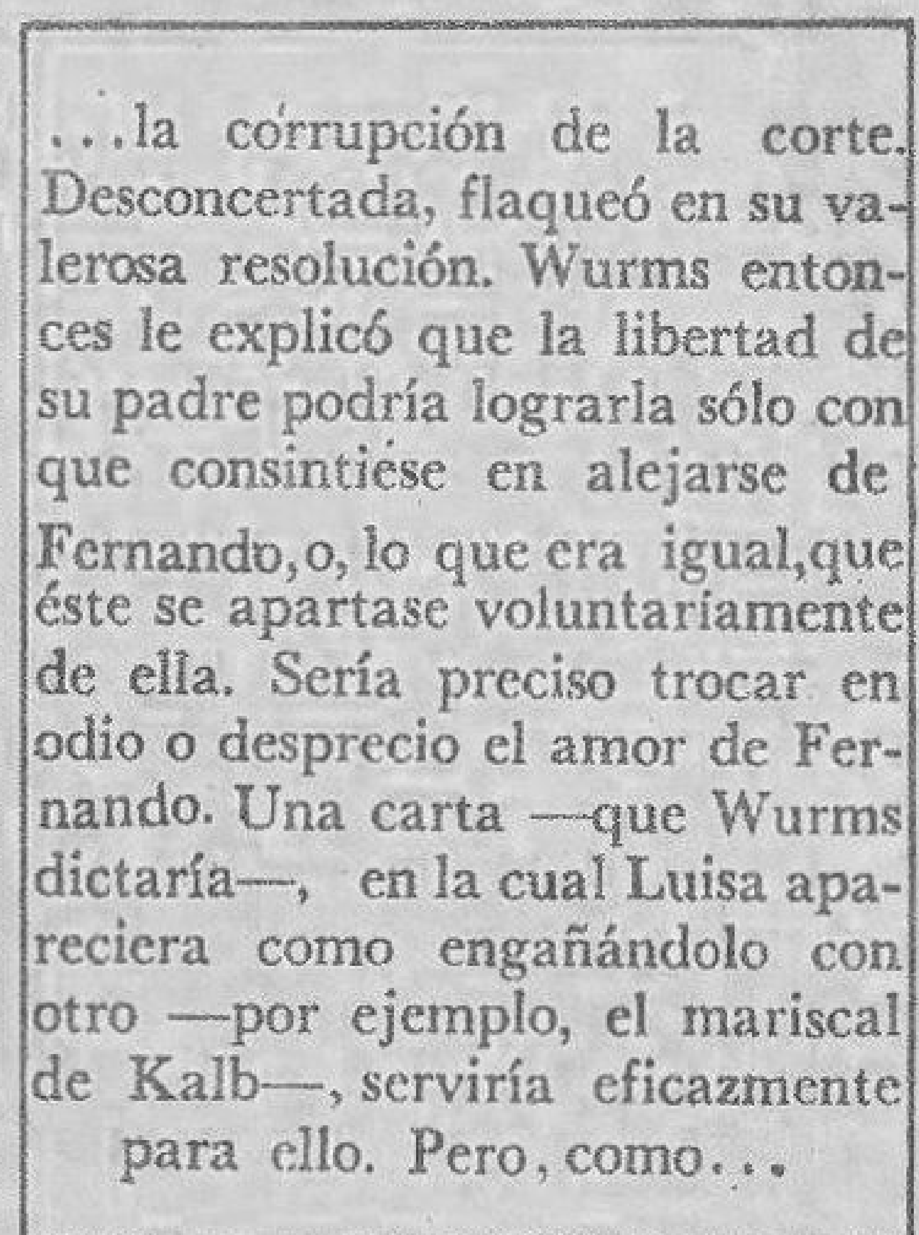














...Fernando era una persona generosa y volvería a Luisa si descubría que todo era una intriga, Luisa debería sostener, a cualquier precio, que esa carta había sido escrita voluntariamente por ella. Y así, colocada entre su deber filial y su amor por Fernando, como entre los torcedores de un tormento, Luisa escribió la carta pedida.

Dirigida al mariscal de Kalb, la misiva decía así: "Excelentísimo Señor: Tres días hace que no nos hemos visto. Fernando tiene la culpa, pues me vigila todo el día. Ayer estuvo el presidente en mi casa. Era ridículo ver cómo el bueno de Fernando defendía mi honor. Difícilmente pude contener mis deseos de reír y fingí un desmayo para disimularlos. Mañana él estará de servicio. Aprovechad esta ocasión y venid a donde sabéis, para ver a vuestra enamorada Luisa."



Por un lado los acontecimientos, diestramente gobernados por quienes los provocaron, y por otro las pasiones, fuera del alcance de los mismos a quienes arrastran, precipítanse entonces como un torbellino: la carta llega a manos de Fernando por el conducto que había sugerido a Kalb el presidente, y el joven, arrebatado por celos, irrumpe violentamente en casa del mariscal.

(¡No es posible! ¡No es posible! Y, sin embargo, esta carta... escrita de su puño... ¡Por esto renunció a mi amor! Ella sabe hasta dónde llega mi pasión, ha visto el fondo de mi alma, ha contemplado mi corazón en mis ojos... Nuestro primer beso...,¿y nada sentía, Dios? ¿No sentía más que la satisfacción de su triunfo? ¿Nada más que el homenaje rendido a sus encantos? ¡Muerte y vergüenza!)





Esta carta debió de caer de vuestro bolsillo durante la parada, y yo..., yo he tenido la fortuna de encontrarla. ¡Leed!



Y mientras Kalb lo hacía, Fernando descolgó dos pistolas de una panoplia que adornaba el salón. Al verlo, el mariscal intentó huir, pero el Barón lo retuvo por un brazo.

Poco a poco... Toma esta pistola y tira; éste será el primer ruido que hagas en el mundo. ¡Tira!



—¿Qué?¿Alargarte y acortarte como un gusano? ¿Llevar el registro de las idas y venidas de tu amo a ciertos lugares excusados? ¡Ah, y que Luisa te haya dado su amor! ¿Hasta dónde has llegado en él? Mueres si no lo dices....
—¡Nada, absolutamente! Os han engañado..., tened un minuto de paciencia...



¿Estáis loco? ¿No me oís? Jamás la he visto..., no la conozco...



¡Nada sé de ella!

¿No la has visto? ¿No la conoces? Luisa Miller se ha perdido por tu obra, y tú la niegas... ¡Vete, miserable!



Sólo un culatazo de la pistola que empuñaba Fernando cayó sobre el rostro del mariscal; los otros no lo alcanzaron, pues ya había huído.

"¡Estamos perdidos! ¡Dios, no me hagas responsable! ¡Ella es mía! Unido a Luisa toda una eternidad sobre la rueda del tormento infernal..., mis ojos echando raíces en sus ojos..., mis cabellos confundidos con los suyos, nuestros lamentos mezclados... y entonces recomenzarán mis caricias, y le repetiré mis juramentos... ¡Dios mío, esta unión será terrible, pero eterna!"



Antes de que los terribles designios de Fernando entrasen en vías de ejecución, el joven mantuvo una nueva entrevista con su padre. El presidente se declaró arrepentido de su oposición a Luisa Miller; mejor informado, admiraba la virtud y la belleza de la niña. Fernando, que antes hubiera agradecido esas palabras, veía en ellas un doloroso sarcasmo y las sentía caer como un corrosivo sobre su corazón atormentado por los celos. Sin duda la pérfida había logrado engañar a su padre, como lo engañó a él...

Entretanto, otra escena muy diferente tenía por escenario uno de los rutilantes salones de la mansión de lady Milford, quien había hecho llevar a Luisa a su presencia.

—¿Qué edad tienes? ¿Dieciséis años? Yo quiero hacerte feliz, querida mía. Sofía, mi camarera, se casa. Tú ocuparás su puesto. (¡Dieciséis años! Esto no puede durar; es sólo el primer latido de una pasión...)

Os agradezco ese favor, milady, como si en realidad pudiera aceptarlo.



—Veo en el fondo de tus palabras que un interés apasionado te impide acceder... Pues bien, ¡yo lo descubriré!



—Nada temo, señora. Mi desdicha es tan grande que la franqueza ya no puede aumentarla. Queríais hacerme dichosa... ¿Lo sois vos, milady?





Las serenas palabras de Luisa, su sencillo candor, desarmaron a lady Milford, que se arrojó llorando en sus brazos, ofreciéndole todas sus joyas para que dejase a Fernando. Luisa Miller no respondió al punto. Luego, pensativa, apretó entre las suyas las manos de milady.

—Tomadlo. Os lo cedo libremente. Corred a su brazos, obligadlo a acompañaros al altar..., pero quizá la sombra de una suicida se interpondrá siempre entre vuestros labios y los suyos. Dios será misericordioso, pues ya nada espero de nadie.



Pero esa cesión del hombre a quien amaba, hecha por una obscura hija del pueblo a la poderosa y riquísima favorita, hirió tan profundamente en su orgullo a milady, que la movió a rever toda su existencia y, uno por uno, los secretos resortes de su pasión. No, ella también sería capaz de renunciamiento. Y, como su existencia entera se le apareció odiosa a su orgullo nuevamente exaltado por la generosidad de Luisa, escribió al Duque una carta de separación, despidióse de sus criados y partió para su patria esa misma noche.

Decidida a morir, Luisa Miller regresó a su casa. Allí, silenciosa y abatida, la encontró su padre, recién puesto en libertad. La indecisa luz del crepúsculo y la amarillenta de la lámpara de Miller parecían acentuar con su desolado resplandor la amargura de aquel encuentro.



Luisa había estado escribiendo y, a las vivas instancias de su padre, le dió a leer el billete, dirigido a Fernando. En él le daba cuenta, a la vez, de la intriga que la envolvía y de su resolución de dejar una sociedad contra cuyos egoísmos se estrellaban toda virtud y toda pasión pura.



—¡Dios mío! Tú eres mi ídolo, Luisa... Si sientes aún amor hacia tu padre, ¡atiéndeme! Yo no podré vigilarte... Está en mis manos arrancar de las tuyas un puñal, pero puedes suicidarte con una aguja... ¡Luisa, Luisa, sólo puedo aconsejarte! ¿Cómo te presentarás ante Dios? ¿Querrás engañarlo diciéndole que acudes por amor hacia Él, cuando tus ojos buscan aún en la tierra a tu verdadero dios?



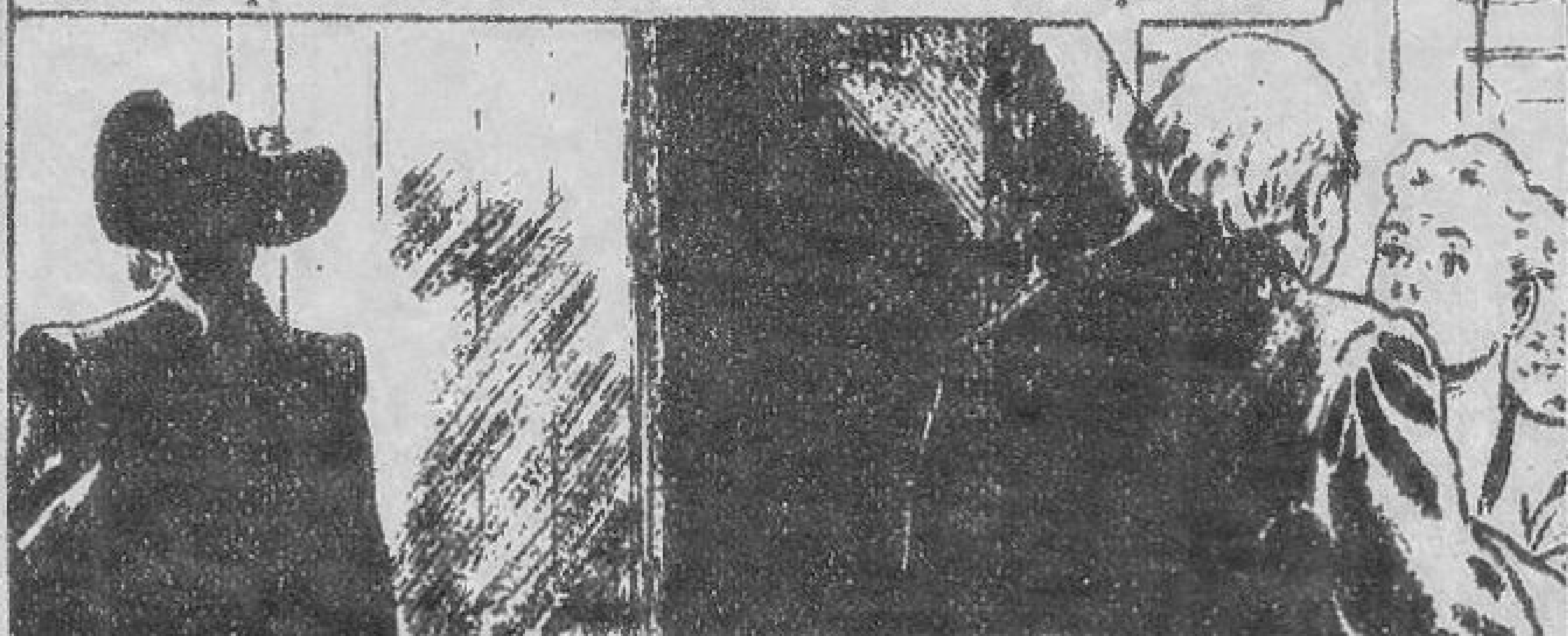
El viejo músico sollozaba, amenazaba, rogaba.

Al fin Luisa, después de una terrible lucha consigo misma, rasgó la carta y se arrojó en brazos de su padre.



¡Vayámonos de aquí, padre mío! Lejos de esta ciudad donde mis compañeras se burlarán de mí y donde mi reputación ha desaparecido. ¡Lejos, lo más lejos posible!

Sí, lo dejaremos todo. ¿Adónde quieres ir, hija mía? El pan de Dios se encuentra en todas partes...



En ese instante, la silueta del Barón se recortó en la puerta contra la última luz del día. 91

¡Ahí está él! ¡Estoy perdida! ¡Para matarme ha venido!

¿Cómo? ¿Vos aquí, Barón?

Buenas noches, Miller. Hubo un tiempo en que se contaban uno por uno todos los segundos del día, esperando mi llegada... ¿Cómo se explica ahora esta extrañeza?



92

Señor Barón, la mano de Dios se ha levantado contra nosotros desde que entrasteis en esta casa. Habéis atraído la desgracia... ¿Aun no estáis harto?

Es que vengo a anunciar a tu hija una alegre noticia. Mi padre aprueba mi elección.



93

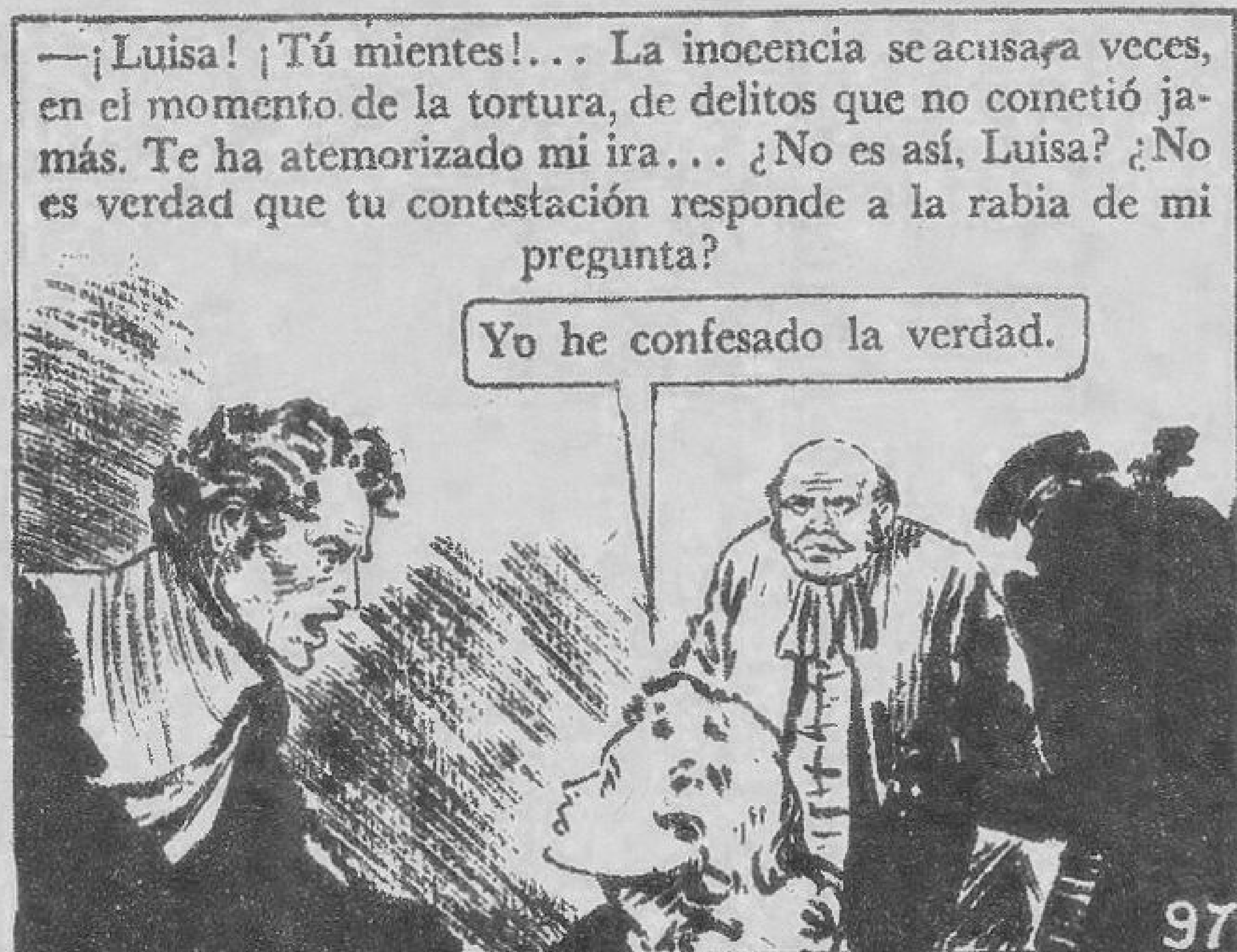
—Aquí estoy para cumplir mi palabra y llevar a mi prometida al altar. ¿Creéis que bromeo? ¡Cosa extraña! La mentira debe de ser aquí moneda corriente, pues la verdad parece tener poco crédito. Desconfiáis de mis palabras, ¿eh? Fiaos entonces de este testimonio escrito.

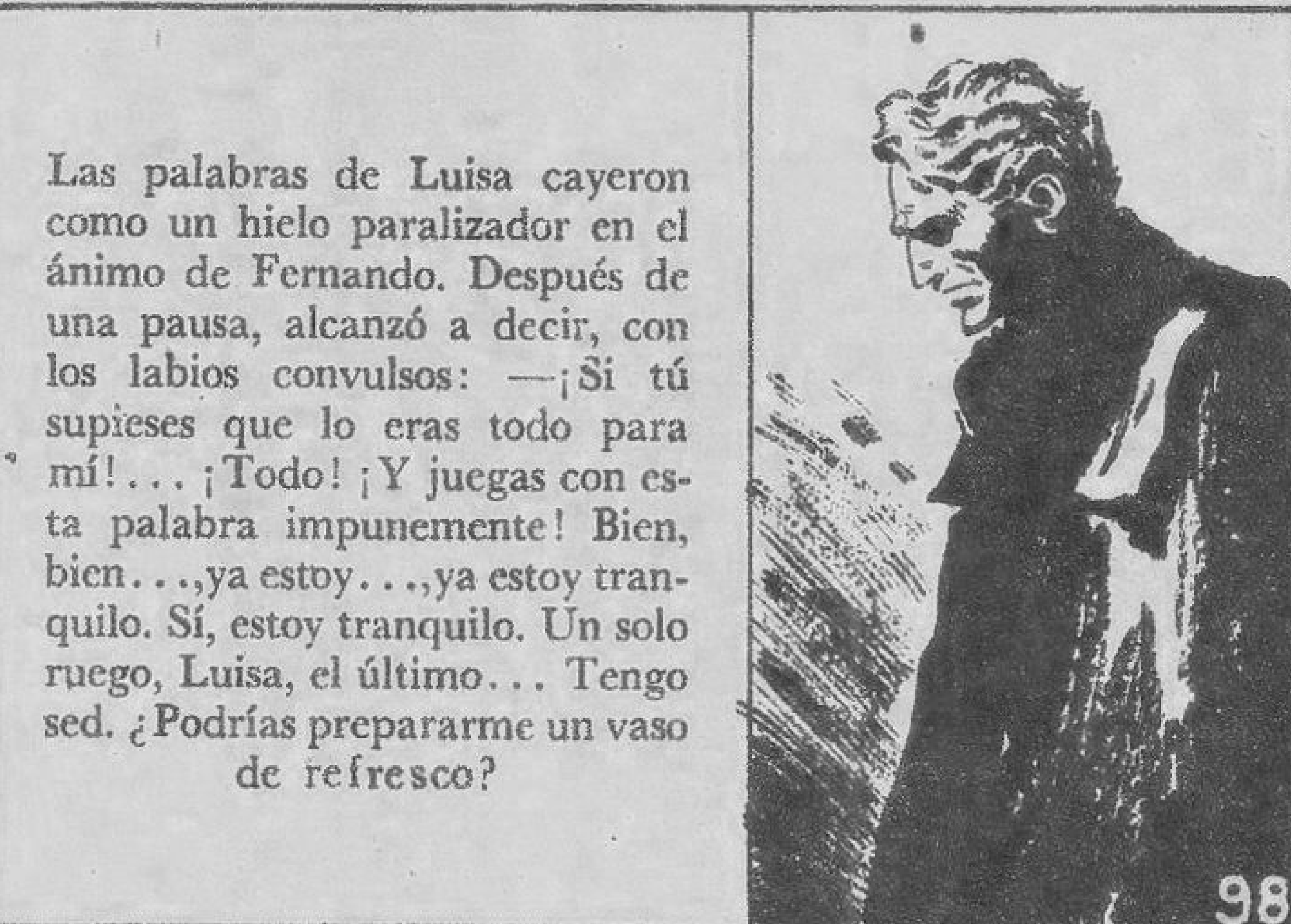


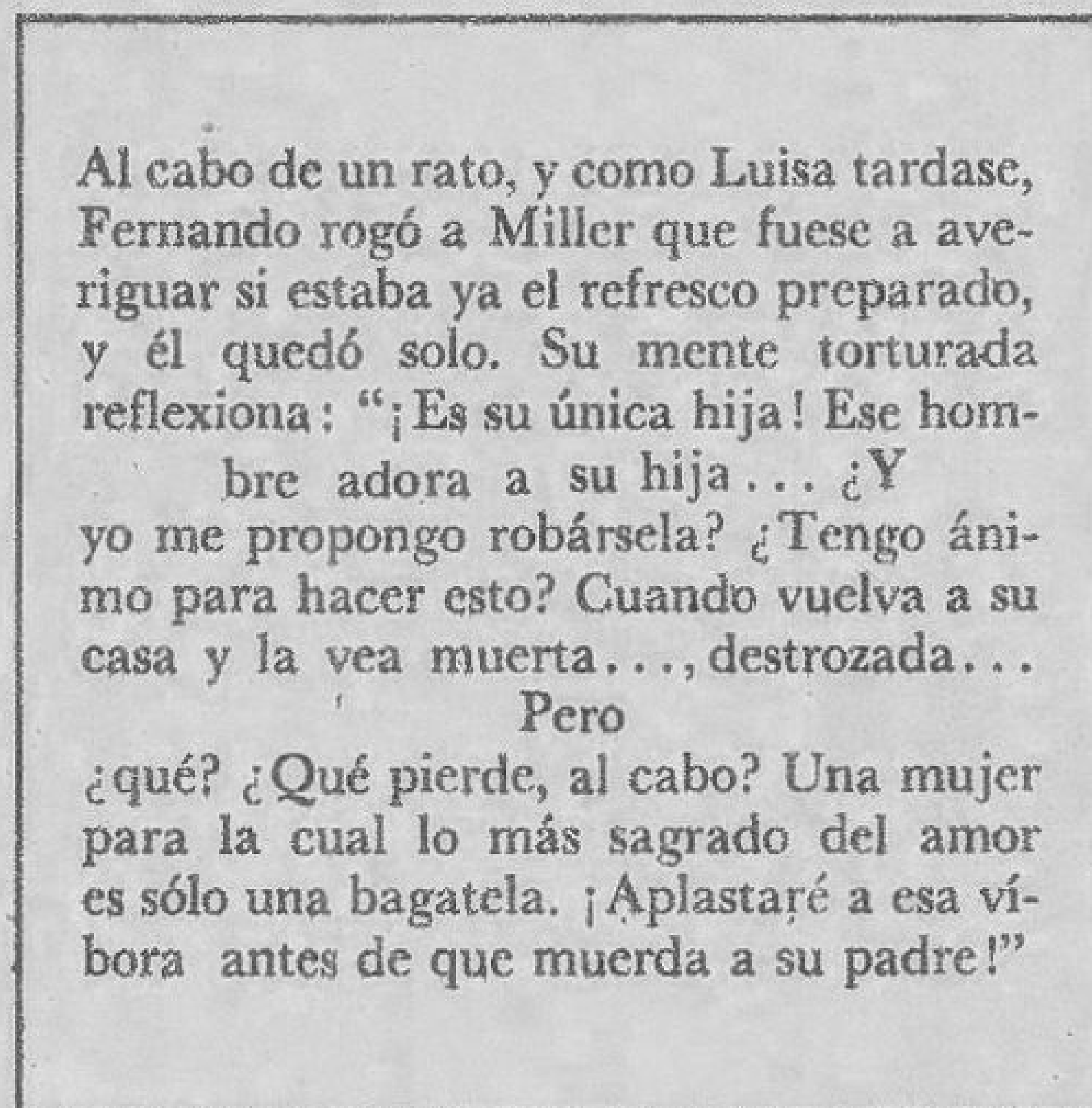
Y el Barón, con rabioso ademán, arrojó al rostro de Luisa la carta que Wurms la había obligado a escribir. 94

















Cuando Luisa volvió sosteniendo apenas la bandeja, el Barón rogó al músico que llevara al presidente una tarjeta donde excusaba su inasistencia a una cita.



Los dos enamorados iban a quedar solos. Pero, mientras Luisa acompañaba con la luz a su padre, pues había cerrado la noche, el joven vertió en el vaso el veneno que traía preparado. La entrevista varía de tono con rapidez: a una fingida indiferencia siguen el sarcasmo, luego el reproche, la ira y el furor más tarde. De pronto, Fernando bebe e imperiosamente tiende el vaso a Luisa.



De seguro... Esta mujer tiene buen corazón... Sin embargo, todas son así.

¡Hablar de ese modo a tu Luisa, Fernando!



El veneno comenzaba a obrar sus efectos. Sintiéndolos, Fernando se entregó a un furioso delirio de ira y celos.

105

—¡Vete, vete! ¡Yo sucumbo! ¡Acércate, serpiente! Es demasiado tarde... ¡He de aplastarte como a una víbora!¡Eres tan hermosa! ...Sólo al fabricar tu alma se equivocó Dios... Pero abrázame otra vez, como aquel día en que nos dimos el primer beso... ¡Yo era tan feliz! Luisa, Luisa, ¿por qué has hecho esto conmigo?



No hay salvación posible. ¿Has amado al mariscal? Cuida de tu alma, Luisa...,no mientas, pues antes de que se apague la luz de esta vela, estarás delante de Dios... ¡El refresco estaba envenenado!



—¡Fernando! ¡Oh, ya no puedo callar! La muerte...,la muerte quebranta todos los juramentos... ¡No hay un ser en la tierra más desgraciado que tú, Fernando! Tu padre me dictó esa carta. Me forzaron a ello... Perdón... Tu Luisa hubiera preferido morir,pero mis padres...,el peligro...,ellos obraron muy astutamente. El Salvador murió perdonando. Misericordia para ti y para tu padre...



—¡Detente! ¡No me dejes, ángel del cielo! ¡Y pidió misericordia para el más insensato de todos los crímenes! Tal fué su último ruego... Qué hermosa está, qué seductora después de su muerte... No era fingida su pureza, porque ella ha resistido a su último suspiro...



Entretanto, Miller había entregado al presidente el m e n s a j e de Fernando. Presa de la más viva agitación, no bien leyó su contenido, corrió el presidente a casa de Miller. Wurms, el músico, criados, alguaciles y gente del pueblo lo siguieron precipitadamente. Allí Luisa yacía exánime y, al verlo entrar, Fernando arrojó el vaso, ya vacío, a los pies de su padre.

¿Qué es esto, hijo? Jamás pudiera creer... ¿Por qué has hecho esto?

¡Hija mía!



—Pocas palabras, padre, porque ya comienzan a faltarme... Me han arrancado traidoramente la vida... Vos mismo lo habéis hecho. Yo he cometido un asesinato, pero tuya es la mayor parte de la culpa...

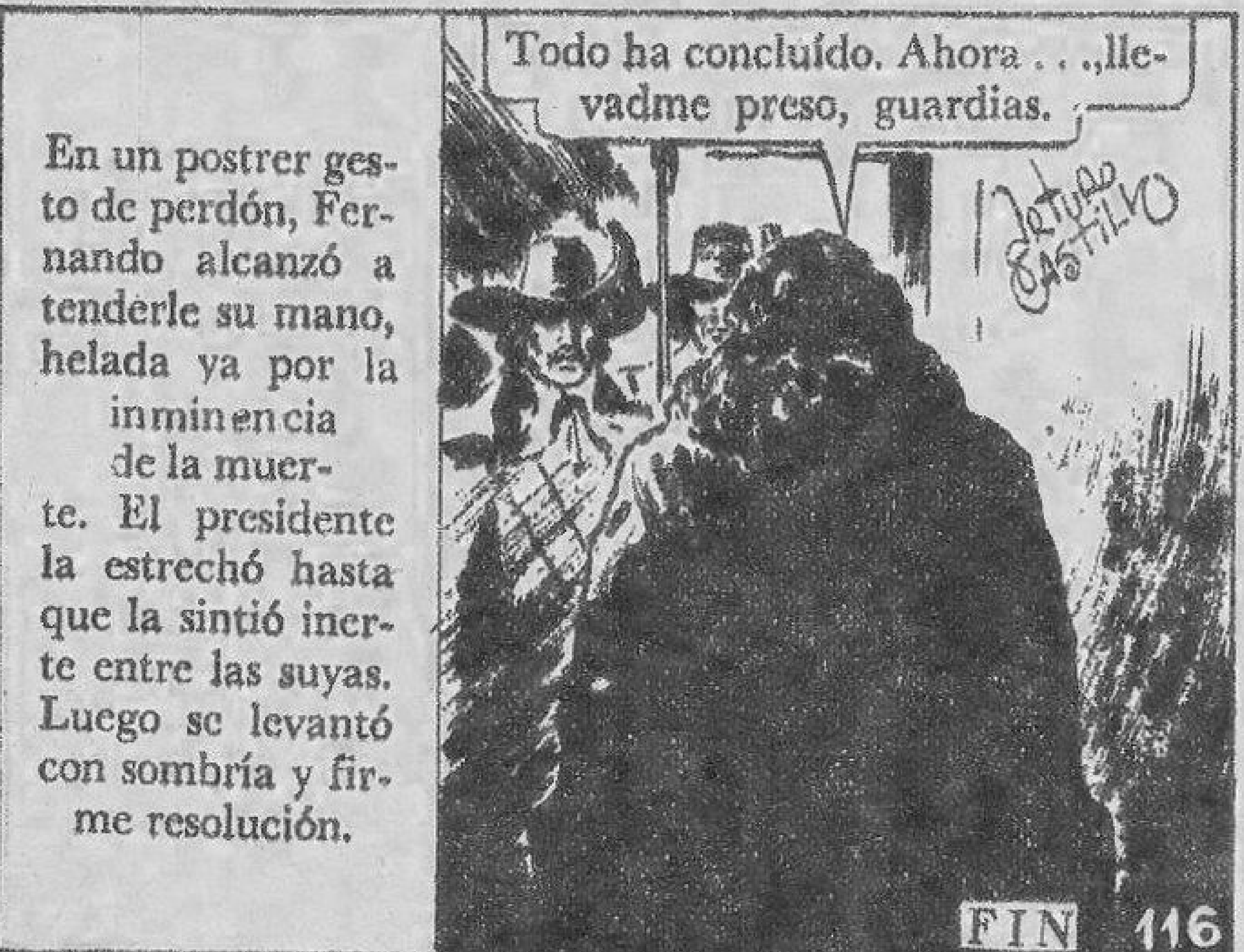












INDICE

Editorial

COLUMBA HERMANOS

Redacción y Administración:

Sarmiento 1889 **Buenos Aires**



Venta interior y exterior: B. Bertrán
Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hermanos
Talcahuano 1146

Registro Nacional Nº 322588 de la Propiedad Intelectual	Correo Argentino	Franqueo a pagar Concesión Nº 372 / Tarifa Reducida Concesión Nº 2761



to más ce
perfecto y
tis, si se
le San
vo de toca
los méto
o, porque
y durade

IGUEÑO-

DE BELLEZA

cie
(art 934)

Diar

ramos

Las maravillosas muñ
sueños están en BROA
mosas, magníficas y
morosamente confecc
material plástico sup
tente mundial Nº 49.2
prácticamente irrompib
bado perfecto, similar
un bebé; con ojitos mov
con reflejo humano; v
peinados modernos en
plendorosas; ataviada
"chic" y presentadas
cajas-estuches policron
la muñeca "maravillosa
guita de sus niñas, a
gará ese dulce sentimi
que las hará pequeña
felices y buenas. Al
tituirá una bella nota
todo hogar mo

Recuerde: son creacio
de BROADW

GARANTIZ

amigui-
óds, Pe-
Ltda. y
Gath y
a., Casa
ega, Ba-
undos y
n comer-
no y en
agencias
AY.

Maribel
(art 992)

BLECIMIENTOS

BROADWAY

UN ALARDE DE CALIDAD